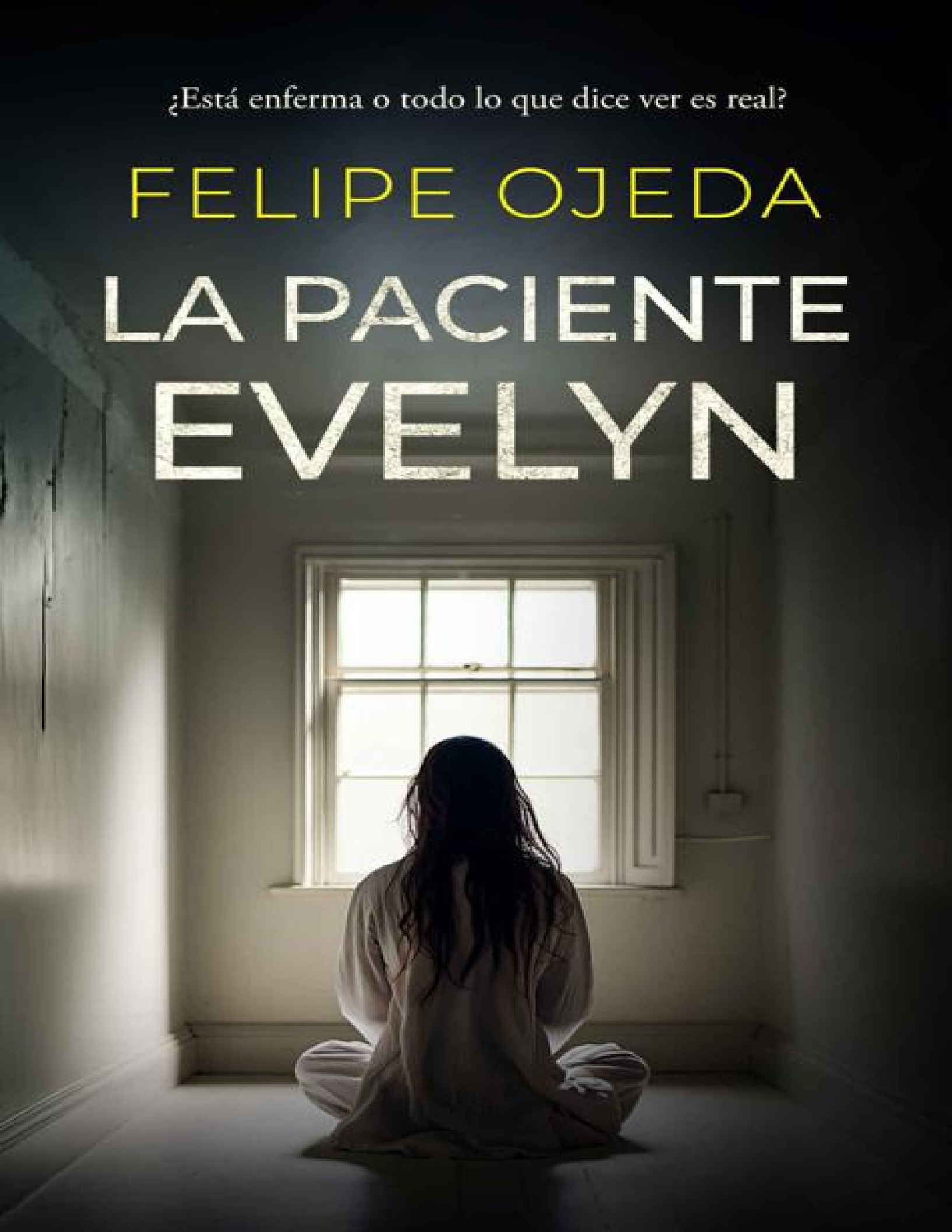
¿Está enferma o todo lo que dice ver es real?

FELIPE OJEDA

LA PACIENTE EVELYN



¿Está enferma o todo lo que dice ver es real?

FELIPE OJEDA

LA PACIENTE EVELYN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: La paciente Evelyn.
©Felipe Ojeda, julio 2024.
Imágenes de la cubierta: Adobe Stock.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Para algún escéptico como yo,
que en el fondo ansia ver.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Agradecimientos

PRÓLOGO

Habían pasado seis meses desde la muerte de su mujer y todo le seguía oliendo a ella. A veces, sin darse cuenta, se ponía a hablarle como si estuviera a su lado, como si nada hubiese ocurrido.

Desde el día del accidente su vida no tenía sentido. «¿Por qué no me fui con ella en ese camino sin retorno?», se preguntaba Martín todas las noches. Su mente no podía borrar la imagen del cuerpo inerte de Daniela. Le abandonó lo que más quería en el mundo y una parte de su corazón se fue con ella.

Todo indicaba que sería una noche mágica, celebrando su primer aniversario, en un restaurante selecto en el paseo marítimo de Murcia. Estaban indecisos con la cena y, tras pedir la sugerencia al metre, decidieron dejarse aconsejar por el chef del restaurante. Un menú degustación acompañado de un vino blanco; de postre, tarta de chocolate con nueces y champán francés, Moët Chan Don.

Todo estaba saliendo a la perfección. Mientras les servían la cena, recordaron cómo se conocieron. Fue en una noche de lluvia cuando celebraban la despedida de soltero de un amigo que tenían en común. Esa noche no se percató de su presencia hasta que salió a la calle para que le diera el aire. El alcohol le estaba haciendo ver doble. Era una noche algo lluviosa y fría de puro invierno.

Martín caminaba por la calle, las gotas de la lluvia que se le deslizaban por la cara le hacían sentir mejor. De pronto vio a una persona que estaba haciendo lo mismo, pero en sentido contrario. Lo primero que pensó fue que era otro chalado mojándose en medio de la calle, lo que le hizo sonreír. Conforme se fueron acercando, se dio cuenta de que era una mujer; ella por lo menos tenía la capucha puesta. Daniela no se dio cuenta de su presencia hasta que no estuvieron a menos de un metro. Tenía la mirada puesta en los charcos. La sombra de Martín se reflejaba en el suelo, lo que hizo que Daniela se detuviese y levantara la cabeza. Esos ojos claros lo hipnotizaron por completo, quiso desviar la vista, pero le fue imposible. Daniela lo miró con una pequeña sonrisa y Martín, como un tonto, se quedó sin poder reaccionar. Fue tanta la impresión que le ocasionó que se quedó bloqueado sin poder mover ni un solo músculo. La siguió con la vista y vio que entraba en la cafetería donde estaban celebrando la despedida. Su estado no era el más idóneo para entablar una conversación, le salía de todo menos las palabras. Cuando se despejó entró en la cafetería. La gente seguía con la fiesta, la botella de whisky iba que volaba de una parte a otra. Martín se subió a una silla para intentar verla de nuevo, pero entre la gente que había y los saltos que daban a ritmo de la música le fue imposible verla. Preguntó a varios de sus amigos si la habían visto, les describió los ojos azules que tenía y lo único que le respondieron fue que no bebiese más, que estaba borracho. Dudó por un instante si había entrado y pensó que, si entró, en algún momento tendría que salir.

Si quería verla de nuevo tendría que quedarse en la puerta como un portero, era la única manera. Observaba a través del cristal de la puerta cómo la lluvia arreciaba. Caía con tanta fuerza que se formaban pequeños cráteres. Alguien le habló por detrás, se giró y era ella. Llevaba el pelo suelto, esos ojos azul cielo le volvieron a hipnotizar. La dejó salir, pero en esta ocasión no la dejaría escapar. Salió con ella y se refugiaron debajo de una cornisa; estuvieron hablando, esperando que la lluvia amainara. Daniela era reacia de dar su número de teléfono a una persona que apenas conocía. La dura insistencia de Martín consiguió que se dieran el número de teléfono,

quedando en llamarse.

Capítulo 1

El camarero empezó a servir la cena. Dejaron de hablar del pasado y se centraron en lo que verdaderamente importaba. La velada estaba siendo de ensueño, la cena fue perfecta, le sirvieron los postres acompañados del champán y Martín quiso sorprenderla con un detalle. Le regaló una pulsera en oro blanco con una grabación que decía: «Feliz aniversario, Daniela. Para ti siempre, Martín 06—01—2015».

El regalo la pilló por sorpresa, no sabía qué decir e incluso se sintió mal, algo incómoda.

—Perdona por no haberte comprado ni un pequeño detalle.

—No hace falta, Daniela, no hay mejor regalo que estar a tu lado. Deseo pasar todos los días de mi vida junto a ti. —Entrelazaron sus manos, Daniela lo miró con emoción y a la misma vez de despedida—. Este sí que es un gran regalo —añadió acompañado de una picaresca sonrisa.

Terminaron de cenar y salieron del restaurante, hacía un frío del demonio, pero no fue inconveniente para dar un pequeño paseo. Del frío pasó a una pequeña llovizna que minutos después se convirtió en aguanieve. Parecía una escena de película donde el chico se declara a la chica. Se sentaron en un banco de madera sin importarles el frío. La luz tenue de una vieja farola fue testigo de su amor. Sus miradas se cruzaron y como un imán sus labios se juntaron. Por unos minutos dejaron que la suave lluvia cayese sobre ellos. Martín la cogió de la mano y se dirigieron hacia el coche como dos adolescentes. La llama estaba encendida y querían llegar a su casa lo antes posible, en su hogar les esperaba el fuego de la chimenea acompañado de unas velas y una botella de champán. Su amor por ella no le dejaba ver las señales que Daniela le estaba lanzando.

Se encontraban parados en un semáforo en rojo esperando que se cambiara a verde. Deseaban llegar lo antes posible para dar rienda suelta a su amor.

—Perdóname —dijo Daniela entre lágrimas.

Sin darse cuenta y sin poder reaccionar un coche se saltó el semáforo y se empotró contra el lado derecho, donde se encontraba Daniela. El impacto fue mortal. Martín quedó algo aturdido, miró a Daniela con miedo y se dio cuenta que estaba inconsciente. Sangraba abundantemente, no tenía bastantes manos para pararle el río de sangre que desprendía de su cabeza.

Por mucho que intentó parar la cascada de sangre, fue imposible. Hizo un gran esfuerzo para sacarla del coche. La cogió entre sus brazos y con mucho cuidado la dejó sobre el suelo húmedo. Intentó por todos los medios reanimarla, pero todos los esfuerzos fueron en vano. Para cuando llegó la ambulancia, Daniela ya había fallecido entre sus brazos. Su sangre le empapaba el cuerpo, una parte de ella se había filtrado a través de los poros de su piel. Estaba totalmente derrumbado, sin poder parar de llorar. Una noche de ensueño se había convertido en una noche trágica. Se sentía hundido por no haber podido salvarle la vida. Era médico y no puedo hacer nada por ayudar a su mujer. Le había fallado.

Pasó dos días ingresado en el hospital con varias costillas rotas, tenía hematomas por todo el cuerpo. Lo único que deseaba era morirse y acompañar a Daniela a la otra vida y cruzar juntos el umbral de la muerte. Los llevarían a la ciudad de los muertos, sus almas andarían juntas entre sus calles. Por las noches se quedarían sentados observando las estrellas esperando la última llamada.

Pidió ver a su mujer para poder despedirse de ella, su amigo le aconsejó que no era bueno

para él por el estado en el que se encontraba.

—Felipe, hace muchos años que nos conocemos, no me niegue la posibilidad de verla por última vez. —Martín le cogió con fuerza la mano y Felipe accedió.

—Prepararé todo para que la veas y te puedas despedir. Estaré contigo y al mínimo desvanecimiento te sacaré de la morgue aunque sea arrastras. —Martín enmarcó una sonrisa forzada y le dio las gracias.

Horas más tarde Felipe fue a la habitación con una silla de ruedas, Martín al verlo le dio de nuevo las gracias. Se sentó en la silla con el cuerpo dolorido, pero lo disimuló para que Felipe no se opusiera antes de tiempo.El ascensor descendió hasta el sótano, el frío gélido se hizo de notar en el momento que se abrieron las puertas.

—¿Estás seguro que quieres hacerlo? —Martín respondió afirmativamente con un gesto con la cabeza.

En medio de un silencio sepulcral, a veces roto por el rechinar de la silla de ruedas, llegaron a la morgue. El forense los estaba esperando, cuando vio a Martín lo saludo con un gesto con la cabeza.El cuerpo de Daniela se encontraba sobre la mesa fría de mármol blanco, tapado por una fina sábana.

Martín se levantó de la silla con la ayuda de Felipe, que le repitió si estaba seguro. En esta ocasión Martín no respondió. Se acercó a su mujer con paso lento, se puso al lado y destapó su cara. La miró lleno de ternura y amargura haciendo un gran esfuerzo para no romper a llorar. Felipe y el forense se miraron diciéndose que había sido un error acceder a su último deseo.

Nunca más podría besar aquel rostro. A pesar de los días encerrada en la morgue, no había perdido su belleza. Empezó a hacerse a la idea de que en minutos desaparecería ante sus ojos, aun así, se forzó a observarla, consciente de que su cerebro se resistía a aceptarlo. Su cabello negro, peinado hacia atrás dando la sensación de estar mojado por el efecto del fijador, los labios rosados por el maquillaje. Un pequeño corte en un lateral de la frente no frenaba su gran belleza. A pesar de sufrir una tortura en su interior de verla y no poder abrazarla, una perversa anomalía le mantenía impertérritoa su lado.

Deseaba llorar su pérdida, pero se resistía a hacerlo porque en ese momento lo separarían de su mujer. Quería morir y abandonar este mundo junto a ella, pero allí estaba manteniéndose frío como una estatua de piedra. Levantó un poco un lateral de la sábana para coger su mano por última vez. A pesar del frío de sus dedos no había perdido la suavidad de su piel. La estuvo observando en silencio porque no le salían las palabras. Se agachó y besó sus labios por última vez y sin poder impedirlo se le derramaron unas lágrimas. Se sorprendió al ver una mancha negra en el lado derecho del cuello, le dio la sensación de ser un pentagrama.

—¿Qué es esta mancha? —preguntó Martín sorprendido.

Felipe y el forense se miraron extrañados, no supieron dar una explicación lógica a la misteriosa mancha.

—Ayer cuando la lavé no la tenía —comentó el forense frunciendo el ceño.

—Ha podido ser alguna reacción alérgica a los geles que se han utilizado comentó Felipe arqueando las cejas.

Dos días más tarde se celebró el funeral de Daniela, Martín se encontraba muy apenado, apenas pudo derramar algunas lágrimas, ya no le quedaban, ni tampoco ganas de seguir viviendo. El día se le hizo eterno con tanta gente diciéndole lo mucho que lo sentía. Martín lo único que deseaba era desaparecer; sin su mujer, su vida ya no tenía sentido.

Pasaron los meses y todo le seguía recordando a Daniela. Intentó rehacer su vida, pero todos los intentos fueron fallidos. Su casa estaba llena de recuerdos de su mujer, para él era un castigo

seguir viviendo en la vivienda que compartió con Daniela. Tomó la decisión de alojarse en casa de un familiar, era incapaz de poner ni un solo pie en el lugar donde tantos recuerdos se quedaron para la eternidad.

Se tomaba toda clase de medicamentos para los nervios y para poder dormir, era cerrar los ojos y la imagen del accidente se repetía una y otra vez. «¿Por qué me tuvo que tocar a mí?», se preguntaba una y otra vez. ¿Qué había hecho para que le arrebataran la mitad de su corazón? Era consciente de que estaba cayendo en un pozo tan profundo que le daba igual morir o seguir viviendo.

Los esfuerzos de sus familiares no cesaban por animarle, había pasado casi un año de la muerte de Daniela, pero para Martín el tiempo se había detenido, tenía la sensación de que solo habían pasado unas semanas. Con esa actitud lo único que conseguiría sería hundirse más y entrar en una depresión de la que difícilmente podría salir. Martín era un reconocido psiquiatra, él recomendaba a sus pacientes que se dejaran ayudar para poder superar esos momentos tan dolorosos. La vida era muy valiosa y había que aprovechar cada minuto. La trágica pérdida de un ser querido no se podía reparar de un día para otro, no habría que intentar olvidarla, pero sí intentar convivir con ella. Los consejos que daba a sus pacientes no le sirvieron para él.

La mayoría del tiempo se lo pasaba encerrado en su habitación apartado del mundo. La situación para sus familiares era insostenible; una noche no pudo evitar escuchar la conversación que tenía su tía con el resto de la familia: su estado físico era preocupante y sobre todo su estado mental, si continuaba en ese estado estaban dispuestos a ingresarlo en el hospital porque temían por su vida.

Esa misma noche se tomó varias pastillas para poder conciliar el sueño. Después de varios intentos, por fin consiguió cerrar los ojos y tuvo un sueño muy especial, soñó que su mujer se le acercaba vestida de blanco luminoso y le susurraba al oído que había sido el amor de su vida. Le daba las gracias por haber compartido durante esos maravillosos años junto a ella. Le hizo prometer que cambiaría y que empezaría a quererse a sí mismo como si ella estuviese a su lado. Le quedaba mucha vida por delante y muchas personas dependerían de su ayuda. Tendría una llamada de teléfono que no debía rechazar. Martín le repetía una y otra vez que le dejara irse con ella, que le llevara a su lado «aún no es tu hora», le respondió. Notó sus fríos labios sobre la frente y vio cómo se alejaba entre una luz blanca brillante.

Al día siguiente, como si de un milagro se tratase, cambió su actitud, se levantó y lo primero que hizo fue ducharse y afeitarse, que hacía muchos días que no lo hacía. Se cambió de ropa, que la llevó durante tres semanas seguidas y olía a putrefacción.

Su tía, cuando vio su cambio, no se lo podía creer y dio gracias a Dios, al fin habían escuchado las plegarias que todas las noches pedía por él.

Era la única familia cercana que le quedaba, sus padres fallecieron cuando Martín tenía quince años en un accidente de aviación, cuando viajaban a Venecia para celebrar su aniversario de boda. La historia se volvía a repetir.

Sobre las once de la mañana, se encontraba sentado en el sofá con la mirada perdida cuando el sonido de su teléfono llamó su atención y dudó por unos segundos si cogerlo. Recordó la promesa que le había hecho a su mujer en ese extraño sueño.

—Martín, sí—contestó con la mente en blanco.

—Buenos días, le llamo del sanatorio Peña Castillo, en la isla de Pedrosa en Santander. Le llamaba por la vacante que tenemos.

Martín se quedó sorprendido escuchando lo que le estaba diciendo y al mismo tiempo

recordó la conversación que tuvo con su mujer. ¿Fue un sueño o pasó en realidad?

—¿De qué vacante me habla? —respondió sorprendido.

—En el departamento de psiquiatría.

—¿Quién les ha proporcionado mi número de teléfono? —En esos momentos se encontraba muy confundido.

—Yo solo tengo orden de llamarle. Si está interesado mañana tendría que estar aquí, no más tarde de las cinco, pasado este tiempo entenderemos que no le interesa.

—Sí que me interesa —contestó sin pensarlo—. Mañana estaré en el sanatorio antes de las cinco. ¿Cómo lo podré encontrar?

—Le mando la ubicación para que no tenga problemas.

Martín se encontraba algo confuso, pensaba que el teléfono lo tenía apagado, se tuvo que pellizcar dos veces para asegurarse de que se encontraba despierto y no se trataba de un nuevo sueño. ¿Cómo pudo sonar el teléfono si lo tenía apagado? ¿Serían los primeros síntomas de su locura?

Se preparó todo lo necesario para tomar rumbo a Santander, apenas tardó una hora, una pequeña maleta y una bolsa de deporte era todo su equipaje.Durante la comida aprovechó para agradecer a sus familiares la paciencia que habían tenido y el cariño que le habían demostrado. Les comunicó que había tomado la decisión de trasladarse a Santander para trabajar en el sanatorio Peña Castillo. Todos se alegraron y le desearon mucha suerte en su nuevo destino, quería alejarse de Murcia y comenzar una nueva vida en un sitio nuevo y alejado de tantos recuerdos.

Desde el accidente no había vuelto a conducir, solo de pensar que tenía que coger el coche se ponía enfermo. Si quería cambiar de aires no le quedaba otro remedio que conducir, no tenía otra salida si quería romper con el pasado.

Al principio estuvo tan tenso que le sudaba todo el cuerpo. Conforme pasaron los minutos y los kilómetros, se fue encontrando algo más relajado. Tenía claro que tendría que enfrentarse a algunas fobias, incluida la de conducir. Tras varias horas conduciendo decidió hacer un alto en el camino, empezaba anochecer y el parador de Alarcón se encontraba a escasos kilómetros, por lo que decidió pasar la noche y continuar al día siguiente. Un pueblo de pocos habitantes, pero con una historia interesante. Martín se encontraba bastante agotado; hacía mucho tiempo que no conducía y de repente meterse casi cuatrocientos kilómetros a la espalda tuvo un coste físico. No le hizo falta tomar un somnífero para poder dormir, cayó rendido sobre la cama. Se despertó sobre las siete y media de la mañana y lo primero que hizo fue abrir la ventana, una bocanada de aire fresco lo recibió y le hizo sentirse bien. Las vistas eran inmejorables, todo el valle a sus pies, la niebla sobre el pantano y olor a jazmín.

Después de desayunar, salió y anduvo por las calles desiertas del pueblo, quería estirar las piernas. Miró su reloj y decidió retomar la marcha. Tenía tiempo suficiente para conducir con tranquilidad. En su cabeza solo tenía un pensamiento: la noche que soñó con su mujer. Le pareció tan real que tuvo dudas de que solo fuese un sueño. Sabía mejor que nadie que la mente a veces te juega malas pasadas, queremos ver cosas que en realidad no existen y solo son imaginaciones. Martín era un buen psiquiatra para sus pacientes, pero para sí mismo le costaba entender ciertas cosas.

Cuando llegó a Santander decidió parar para comer, el restaurante Bahía Herbosa le pillaba de camino y a pocos kilómetros de su destino. Se sentó en una mesa al lado de un gran ventanal desde donde podía divisar el tragoneo de las embarcaciones.

En la mesa de al lado había cuatro hombres tomando café que mantenían una conversación

bastante interesante refiriéndose al sanatorio como un lugar siniestro. La curiosidad de Martín hizo que se girara y les hiciera una pregunta:

—Perdonen mi curiosidad, ¿por qué califican al sanatorio como un lugar siniestro? —Los hombres se miraron entre ellos, sorprendidos por la pregunta.

—Hace dos semanas encontraron a dos enfermos muertos cerca de la capilla, los degollaron e hicieron dibujos satánicos con su sangre. Y no fueron los únicos, hace unos meses pasó algo parecido.

Martín terminó de comer, se levantó de la mesa y pagó la comida. Salió del restaurante bajo la mirada de los desconocidos. Subió al coche sin darle demasiada importancia, la gente suele exagerar mucho cuando sucede algo dramático. Una extraña niebla se levantó cuando cruzaba el puente que unía con la isla Pedrosa. Dio la sensación de haber anochecido de repente. Aflojó la marcha porque no podía ver a más de tres metros de distancia y no quería tener ningún percance de circulación. Cuando llegó a la entrada del sanatorio la niebla se volvió tan espesa que apenas podía divisar nada.

De repente vio algo que se movía entre la niebla y tuvo que pegar un frenazo de mil demonios, una mujer salió entre la niebla con una bata blanca y el pelo suelto que le cubría parte de la cara. El coche se quedó a unos centímetros. La mujer apenas se inmutó, lo miró fijamente. Salió del coche, pero la mujer había desaparecido entre la niebla. Las pulsaciones se le aceleraron. Se preguntó si había tenido una alucinación. ¿Cómo se podía explicar que un psiquiatra sufriera alucinaciones? Sus dudas saltaron antes de lo previsto, se preguntó si realmente se encontraba preparado para ayudar a otras personas o estaba para que le ayudasen a él.

Se apoyó un momento en el coche porque necesitaba tranquilizarse. La niebla fue desapareciendo, fue cuando se dio cuenta de que se encontraba parado en medio del cementerio. A su derecha se encontraba un grupo de personas dando sepultura a un ser querido y por un segundo su mente se trasladó al día del funeral de su mujer. Un pesar invadió su corazón y no pudo evitar que algunas lágrimas cayesen de sus ojos. Se subió de nuevo al coche con ganas de llegar, necesitaba tener la mente ocupada, la muerte de su mujer aún estaba muy reciente. No quería olvidar a Daniela, pero por otro lado quería poder rehacer su vida.

En la cima de la isla se podía ver el edificio principal, la entrada y dos pabellones, uno a cada lado del edificio; una torre central dominaba toda la isla. Conforme se fue acercando, sus grandes ventanales destacaban con sus cortinas en blanco. Sobre la puerta principal se podía leer «Pabellón Reina Victoria Eugenia» en mayúsculas azules sobre un mosaico de azulejos blanco rodeado de un dibujo de hojas de laurel.

Llegó al sanatorio veinte minutos antes de la hora prevista. La primera impresión le sorprendió: la fachada principal se mantenía desde sus orígenes y las piedras que sobresalían del resto de la fachada formaban pequeños jeroglíficos algo extraños por su diseño, por lo menos fue la sensación que le dio. Pensó que, si las piedras pudiesen hablar, más de una leyenda negra saldría desde sus entrañas.

Levantó la vista y echó un vistazo por los alrededores, un olor a incienso le golpeó como una bofetada. Cuando se disponía a sacar las pocas pertenencias del coche, una mujer se le acercó y le preguntó si era el doctor Martín.

—Sí —le contestó.

—¿Le está esperando el director Morales? Soy Raquel, la secretaria del director. Si me acompaña le llevaré a su despacho.

Se encontraba un poco nervioso, quería causarle buena impresión, tenía la oportunidad de

dar un cambio a su vida y no quería empezar con mal pie.

Al entrar en el interior se encontró con un gran *hall* en forma circular; la recepción se encontraba a su derecha y había dos grandes escaleras que subían a las plantas superiores. Justo frente a la recepción se encontraba el despacho del director y entre las escaleras había varias puertas dobles pintadas en blanco que daban a los pasillos donde se encontraban las consultas de los médicos.

Raquel abrió la puerta del despacho, parecía un lugar siniestro con una luz tenue y con gruesas cortinas que impedían entrar la luz del exterior. Desde el fondo del despacho escuchó la voz del director, se levantó de la silla y se le acercó para saludarle. Giró el cuello y Martín se sorprendió al ver el mismo tipo de mancha que la que tenía su mujer, también tenía pequeñas manchas de quemaduras en la cara y en el brazo. El doctor Morales lo miró y sonrió.

—Es xerodermia pigmentosa, más conocida como la enfermedad de Kaposi.

—¿Perdón?

—Las marcas de mi cara, padezco la enfermedad Kaposi. No me pueden dar los rayos ultravioletas del sol, me producen quemaduras, es el motivo de tener las cortinas corridas impidiendo la entrada de la luz del exterior.

Martín seguía mirando la mancha de su cuello. El doctor Morales se dio cuenta de su insistencia y se subió el cuello de la camisa.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrado. ¿Conoces esta enfermedad?

—Algo he leído —respondió Martín con algo de indiferencia.

—Me la diagnosticaron cuando apenas tenía ocho años, mis padres eran portadores, pero no afectados.

El doctor Morales le dio unas palmaditas en la espalda y le acompañó a donde debía sentarse. Martín no perdía de vista la puerta.

—No estamos aquí para hablar de mí, sino de usted. Sé que es un buen psiquiatra y me gustaría que se hiciera cargo de la sección de psiquiatría del centró. No le conozco personalmente, pero sí ha salido a relucir su nombre más de una vez en algún congreso de medicina y eso ha hecho que tenga curiosidad por conocerle. Estoy seguro de no equivocarme.

El doctor Morales le dejó sin palabras, sus halagos le desconcertaron. Siguieron hablando durante largo tiempo. Morales insistió por todos los medios para que se hiciera cargo de la sección de psiquiatría. Martín tuvo la intuición de que había algo más que no le decía.

El doctor Morales quiso saber si tenía conocimientos sobre lo paranormal. Sí, le llamaba la atención ese mundo turbio del que tanta gente hablaba. Pero creyó que no era el momento oportuno.

—Discúlpeme, Martín, pero tenemos que dejar la reunión en este punto,me espera un largo viaje. Tengo plena confianza en usted, sé que lo hará muy bien en mi ausencia. Raquel le pondrá al día, lo que necesite no tenga dudas en comentárselo.

Minutos más tarde el doctor Morales se tuvo que marchar y le deseó suerte en su nuevo cometido. Apenas llevaba unas horas en el sanatorio y ya se encontraba a cargo de la sección de psiquiatría, todo fue demasiado rápido, lo que le creó algunas dudas.

Martín se encontraba algo incómodo, habían sido varias horas de viaje y el sudor estaba haciéndose notar. Raquel lo llevó al apartamento que se encontraba en la parte alta del pabellón, ese sería su hogar de descanso durante unos días hasta que terminaran de arreglar la casa donde viviría durante su estancia en la isla.

Desde la ventana del salón podía ver la torre del campanario y el pequeño cementerio que se encontraba al lado de la capilla. Las vistas no eran las más idóneas, pero tampoco le

preocupaban, no le daban miedo los muertos, le temía más a los vivos.

Martín y Raquel bajaron a coger sus pocas pertenencias del coche. En pocos minutos se vio envuelto en un misterioso velo de niebla y sintió que centenares de ojos lo estaban observando. Raquel, al ver su expresión, le dijo que era normal que se formaran bancos de niebla por la proximidad de los acantilados. No le convenció el argumento.

Dejó su equipaje sobre la cama y su estómago empezó a quejarse de falta de alimento, por lo que abrió la nevera para ver si había algo de comida. Tuvieron el detalle de dejarle varios tuppers con comida, lo único que tenía que hacer era calentarlos en el microondas. Cogió un tupper que contenía unas lentejas, las calentó en unos minutos y las devoró.

Se sentó en un viejo sillón durante unos minutos, algo le hacía sentirse incómodo. Pensó que era debido al agotamiento del viaje y de la tensión acumulada. Se aseguró de que todas las ventanas estuviesen cerradas yse dejó caer en la cama. No tardó en quedarse traspuesto; minutos más tarde le despertó un ruido procedente del salón, al que no hizo caso. Cuando estaba a punto de volverse a quedar dormido, notó un cosquilleo en la planta del pie. Levantó la vista y vio una anciana a pie de la cama. El susto fue mayúsculo y por un momento se quedó más frío que el hielo.

—¡La madre que la parió! —exclamó

El corazón se le aceleró tanto que le costaba respirar. Se sentó en la cama y se tranquilizó hasta respirar con mayor facilidad. Se preguntaba cómo narices había podido entrar al apartamento. La anciana parecíasalida de una película de terror: llevaba puesta una bata de color azul claro, el pelo lo tenía como si fuese el nido de unas comadrejas y en la mano derecha llevaba la pluma que le pasó por la planta de los pies. Aparentaba tener más de ochenta años. Le preguntó qué hacía en la habitación, y como respuesta ella sonrió dejando a la vista los cuatro dientes que le quedaban. Martín se levantó de la cama, la cogió del brazo y la sacó de la habitación. La anciana lo miraba con una pequeña sonrisa.

—¿Te vas a morir pronto? —repetía como un disco rayado. Martín no le dio mayor importancia, llamó a la sala de enfermería y la sentó en una silla esperando que llegara una enfermera. Llamaron a la puerta y la enfermera, cuando entró al apartamento y vio a la anciana, no supo cómo disculparse.

—Perdone, doctor, no entiendo cómo ha podido entrar, no volverá a ocurrir. —La cogió de la mano y se la llevó. Martín aún podía notar los zumbidos de su corazón por el susto.

Empezaba bien su estancia en el sanatorio, llevaba apenas unas horas y ya había tenido el primer contratiempo, no quería pensar lo que podría pasar los siguientes días.

Se le quitaron las ganas de dormir. Se puso la televisión y se sentó en el sillón, que estaba harto de vivir pero era muy cómodo; el agotamiento se apoderó de su cuerpo y terminó quedándose dormido.

Al día siguiente, cuando los primeros rayos de luz entraron por la ventana e iluminaron el pequeño salón, Martín se encontraba abrazado por el viejo sillón en un sueño profundo. Fue el continuo golpeteo de unas aves sobre el cristal de la ventana lo que le hizo despertar, Se sorprendió al ver la hora que era, no le daba tiempo a hacerse ni un triste café si no quería llegar tarde en su primer día. Se puso su bata blanca y bajó al despacho de Raquel con algunas legañas pegadas en los ojos.

Capítulo 2

Una carpeta repleta de expedientes lo estaba esperando, revisó los primeros quince expedientes. Había pacientes que padecían de síntomas de esquizofrenia; otros, de depresiones muy pronunciadas y algunas pacientes, de trastornos alimentarios.

Entre todos los expedientes hubo uno que le llamó su atención, no por su contenido en sí, sino porque daba la sensación de querer pasar desapercibido. La paciente era una mujer de treinta y tres años, los mismos que tenía su mujer cuando murió. Lo único que podía saber de ella era que se llamaba Evelin. Tuvo la extraña sensación de que no sería una paciente más. Quiso saber más sobre Evelin, pero todos los caminos le llevaban al mismo sitio: al director del sanatorio, el doctor Morales.

Tenía los ojos algo rojizos y la vista cansada, necesitaba hacer un parón y tomarse un café bien cargado. Desde que tuvo la visita inesperada de la vieja, no había conseguido centrarse.Estaba a punto de entrar en la cafetería cuando vio a Karen, la jefa de enfermería. La llamó pensando que ella lo podría ayudar.

—Karen, ¿te apetece tomar un café? Por cierto, tengo un expediente de una paciente de la que no tengo nada de información, lo único que aparece es su nombre y la edad.

—¿Quién es la paciente? —preguntó Karen mientras se recogía el pelo.

—Su nombre es Evelin. —Notó el cambio de expresión en los ojos de Karen, cosa que lo desconcertó.

—¿Qué quieres saber? —Se sentía un poco incómoda hablando de ella.

—Tengo por costumbre querer conocer a todos mis pacientes y saber la enfermedad que le han diagnosticado, y sobre todo el tratamiento que le están suministrando. Sobre Evelin no tengo nada de información.

—Lo único que te puedo decir es que es una paciente del doctor Morales. —Martín arqueó las cejas algo extrañado.

—Si es una paciente de Morales, ¿qué hace su expediente mezclado con los de mis pacientes? —Karen se encogió de hombros.

—Yo la conocí un día por casualidad. Se presentó en la recepción, necesitaba hablar con el doctor Morales y yo le dije que se encontraba ocupado y que tenía que esperar.

—¿Qué sensación te dio?

—Una mujer algo misteriosa, apenas pronunció palabra. Se pasó el tiempo observando una fotografía. La verdad que me dio algo de pena, no había visto mujer más guapa y a la misma vez con tanta tristeza. Salí de la recepción un momento y cuando regresé ya se había ido. Se dejó la fotografía encima de unas revistas, salía mucho más joven en compañía de otra chica en una casa de campo.

—¿Qué hiciste con la fotografía?

—La dejé encima de la mesa de Morales.

Martín esperaba que Karen le resolviera dudas sobre Evelin, pero fue todo lo contrario, aumentó su curiosidad.

Entre una cosa y otra —la anciana y el cansancio acumulado— no tuvo tiempo de deshacer el equipaje, se olvidó de sacar sus pertenecías de la maleta. Recordó que tenía una fotografía de su mujer en un departamento de la maleta y eso le hizo sentirse mal. Lo poco que le quedaba de

Daniela lo tenía metido en una simple bolsa.

Se encontraba en la puerta de su apartamento y cuando se disponía a entrar escuchó su nombre, o eso creyó. Miró a su alrededor y no vio a nadie, sin embargo seguía escuchando su nombre. La voz procedía de un pasillo que se encontraba enfrente. No recordaba que Karen le comentara nada sobre los pacientes de esta planta, según Karen todos se encontraban en las plantas inferiores.

Esa voz penetró en su cabeza como una losa pesada, su curiosidad por saber quién le estaba llamando le hizo entrar en un pasillo sin apenas luz. Un escalofrío corrió por su cuerpo. La extraña voz se repetía en su cabeza una y otra vez. Continuó andando por aquel misterioso pasillo mirando por las habitaciones sin encontrar la procedencia de la voz. Al final del pasillo se divisaba una luz tenue que salía de una habitación; algo le decía que no siguiese, pero una parte de él lo ignoró.

Anduvo con pasos cortos y con mucha cautela, se encontró frente a la puerta de donde salía esa terrorífica voz. Abrió la puerta y un silencio aterrador se adueñó de aquel lugar. La habitación estaba alumbrada por una bombilla que hacía años que se dejó de fabricar. La vista le llevó a un rincón donde parecía haber una persona, se acercó lo suficiente para comprobar que se trataba de una mujer. «¿Otra vez la maldita anciana?» fue lo primero que pensó. Se encontraba acurrucada y cuando se disponía a hablarle, la anciana giró la cabeza y se quedó mirándolo. Su mirada transmitía pánico, los ojos los tenía en blanco, fue tal el pánico que le produjo que le hizo retroceder. La sangre se le congeló y un sudor frío empezó a correr por su cuerpo. El corazón le latía tan fuerte que daba la sensación de que en cualquier momento se le saldría del pecho. Se quedó paralizado por unos segundos, fue cuando se dio cuenta de que había retrocedido en el tiempo. Un olor a orina y a descomposición le hacía imposible respirar. La anciana empezó a gemir, el sonido que le salía de la boca era aterrador, lleno de odio y de dolor. Quería salir de aquel maldito lugar, pero no podía; era como si el pasado le hubiese atrapado de las piernas, por mucho que lo intentara no podía soltarse. La anciana se levantó del suelo y se abalanzó sobre él. Martín se acurrucó sobre sus piernas protegiéndose con los brazos, cerró los ojos y soltó un grito aterrador, el pánico lo había bloqueado.

Todo quedó en un silencio sepulcral. Minutos más tarde abrió los ojos con miedo por lo que se podría encontrar. Se sorprendió cuando vio que estaba tumbado en medio del pasillo y a su lado había un trozo de viga de madera que se había desprendido del techo. Se puso de pie y se pasó las manos por la cabeza, se dio cuenta de que tenía una pequeña herida que estaba sangrando. El golpe de la madera lo dejó inconsciente por unos minutos y le hizo entrar en un sueño aterrador. No recordaba qué fue lo que le llamó la atención para entrar en ese pasillo.

Entró en su apartamento, donde se encerró con llave. Algo más tranquilo dejó escapar el aliento que tenía retenido. Estaba sudado, con un sudor frío de los que se te pega en la piel haciéndote sentir incómodo. Encendió la calefacción y minutos más tarde su cuerpo empezó a recuperarse.

Se metió en la ducha, necesitaba sentir el agua caliente correr por su cuerpo. «¿Qué me ha pasado?», se preguntaba en silencio. Después de meditar durante largos minutos, llegó a una conclusión: es normal que, cuando recibes un golpe en la cabeza y pierdes el conocimiento, durante ese pequeño trance puedas tener sueños extraños, que sumado al cansancio los acentuaba más.. Era un sitio nuevo, con gente nueva, por no hablar de que vivía dentró de un sanatorio; le inquietaba un poco, aunque no era miedoso, ni mucho menos. Cuando salió del baño la casa se encontraba más cálida. A pesar de no ser muy tarde, la oscuridad reinaba por los exteriores. Corrió las cortinas de la ventana, pensó que aún sería capaz de ver más cosas raras y su cabeza

no estaba para más tonterías.

Se sentó en el viejo sillón y cerró los ojos intentando relajarse, pero su cabeza no cesaba de repetir si estaba preparado para asumir tanta responsabilidad. Poco a poco el cansancio se fue adueñando de él. Minutos más tarde roncaba a pierna suelta. Pasaron las horas y Martín seguía dormido como un niño, nada de malos sueños ni pesadillas, en esta ocasión su cerebro durmió con él.

De nuevo un fuerte ruido lo despertó, en esta ocasión el ruido provenía de la cocina. Se levantó del sillón sobresaltado y , tragó saliva antes de entrar, encendiendo la luz. Para su sorpresa, el causante de que se rompiera el vaso en mil pedazos era un gato blanco que se paseaba por la encimera.Miró al gato como pidiéndole explicaciones. El gato ni se inmutó.

—¿De dónde has salido?Se acercó a él y para su sorpresa no huyó, al contrario, dejó que lo acariciara.

Estuvo un rato acariciando al gato, comprobó las ventanas por si se hubiera dejado alguna abierta y se hubiese colado. Todas estaban bien cerradas. Pensó en dejarlo en la repisa de una ventana, desde la cual tenía fácil acceso para bajar hacia el jardín, pero vio que estaba lloviendo y hacía mucho frío… No tuvo valor para dejarlo a su suerte.

Nunca había sido muy partidario de los animales, no como su mujer, que los amaba con locura; seguro que la hubiera elegido a ella de haber podido, así que después de barajar qué hacer, decidió que le vendría bien tener algo de compañía. Le puso en un plato un poco de leche y varios trocitos de pan para que pudiera comer. No tenía nada más hasta que le comprara comida para gatos. La gata levantó el rabo en señal de estar contenta y se le acercaba para que la pudiera acariciar.

Antes de ir a la consulta se pasó por el cuarto donde sabía que estaban los de mantenimiento, allí había un celador joven con pinta de buena persona.

—Hola, buenos días. ¿Podría pedirte un favor? Soy Martín, el nuevo… —El joven sonrió.

—¿Así que es usted el nuevo loquero?

—Me temo que sí.

—Encantado, yo soy Samuel, ya tenía ganas de conocerle, había oído hablar de usted. —Martín lo miró sorprendido.

—Acabo de llegar.

—Eso dígaselo a las enfermeras, no vea lo que les gusta darle a la lengua, y por lo visto les ha gustado, ¡vaya usted a saber!

No pudo evitar sonreír, Martín le invitó a un café y Samuel se lo agradeció poniéndole al día de los cotilleos.

—Resulta que hay un gato en mi apartamento, vivo aquí arriba temporalmente. No conozco mucho la zona y quería saber dónde puedo ir a comprar comida para el gato.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El gato… —No había caído en eso

—Pues la verdad es que aún no lo he decido, ya se me ocurrirá alguno.

—No te preocupes, Martín, yo iré a comprar la comida para tu gato sin nombre, también tengo que comprar pienso para mi perro. Puedo dejarte la comida en tu apartamento, si quieres.

—Claro. —Sacó las llaves del bolsillo y se las dio—. Si luego no me encuentras, déjalas en mi despacho, es el último de esta planta.

Samuel cogió el dinero para comprar la comida para el gato y se fue. Martín fue a su

consulta y al abrir la puerta vio a Karen con las cejas arqueadas.

—Doctor, se le han pegado las sábanas… —dijo sonriendo.

—Qué más quisiera, me ha despertado un gato que había en la cocina.

—¿Un gato? No sé de dónde ha podido salir, estuve revisando su apartamento con las chicas de la limpieza antes de que usted llegara…

—Igual que lo hizo la anciana, que cada vez que me acuerdo se me ponen los pelos de punta.

Karen se encogió de hombros y le dejó los expedientes de los enfermos sobre la mesa. De nuevo las malas vibraciones, la sensación incómoda . Martín no entendía lo que le estaba sucediendo, su cuerpo empezó a sudar de nuevo sin motivo. Se levantó y caminó en círculos por el despacho intentando calmarse. Viendo que era imposible, sacó una pequeña agenda que tenía para cosas personales.

Lunes 20

¿Estrés?

Estoy sufriendo estados de nerviosismo y de pánico con sudoración fría, desorientación y algún tipo de alucinación óptica.

Mujer mayor gritando con un sufrimiento horrible, traslado de época. Percibo olores en el período que dura la ilusión óptica, no consigo concentrarme.

He encontrado un gato en mi apartamento. No sufro de insomnio de momento.

Miró lo que había anotado y guardó la agenda en el cajón. Karen volvió al despacho con otro café, pensó que el doctor lo necesitaría. No podía perder más tiempo, los pacientes esperaban.

Cogió el expediente de Tomás —varón de cuarenta y ocho años, 1,70 de altura, peso 85 kilos—. Según el informe médico, durante seis meses lo estuvo tratando el doctor Javier Estrada.

«Los delirios que presentaba el paciente son los de persecución y perjuicio —el paciente se siente perseguido por extraterrestres, la mafia, cree firmemente que todo el mundo está en contra de él— pero también otros contenidos —místicos, religiosos, genealógicos, eróticos—.

Los signos iniciales incluyen también alteraciones del comportamiento, como ansiedad generalizada, depresión leve transitoria, pérdida de interés, abandono del trabajo y de las actividades sociales que antes eran importantes, un cambio profundo y visible en los hábitos y valores personales como la higiene.. Normalmente, las explicaciones para estos cambios y comportamientos son simbólicas, metafóricas o extrañas.Se le han realizado examen del estado mental y exploración física, incluida una exploración neurológica. Análisis de bioquímica sanguínea y hemograma.

Después de analizar todos los resultados y el comportamiento del paciente, la conclusión a la que llegó fue que sufre un cuadro de esquizofrenia transitoria. El tratamiento que le pusieron fue con antipsicótico aripiprazol, olanzapina y risperidona«.

Cuando vio a Tomás la primera sensación que tuvo fue que era una persona muy tímida y desconfiada, en cierta manera su comportamiento era normal. Era la primera vez que se veían, normalmente hasta que no se crea el vínculo entre doctor y paciente cierta desconfianza persiste.

—Siéntate, por favor. ¿Te llamas Tomás?

—Sí, ¿y el doctor Estrada?

—Se encuentra de vacaciones, voy a ser tu médico hasta que regrese. —Por los gestos de su cara, no lo vio muy convencido—. ¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor, ya no me duele tanto la cabeza, el doctor Estrada me dijo que me daría un

sombrero para que no pudieran encontrarme los extraterrestres.

—No te preocupes, Tomás haré que la enfermera Karen te lo dé cuando estés en el patio.

—Gracias, doctor, ya puede ser mi amigo.

Estaba totalmente de acuerdo con el diagnóstico del doctor Estrada y con su tratamiento. Martín se encontraba mucho mejor, los nervios habían desaparecido y encontrarse ocupado hizo que no pensara en lo que le había sucedido.

La mañana transcurrió más tranquila de lo normal. Si todos los días fueran iguales, sería un camino de rosas. Eran cerca de las dos del mediodía y ya había visto a todos los pacientes.

—¿Es normal que haga tanto frío en la consulta? —preguntó Martín con escalofríos.

—Es cosa del termostato, a veces se descontrola y baja mucho la temperatura, se tiene que regular manualmente —comentó Karen dejando los expedientes sobre la mesa.

Con cierta curiosidad, Martín y Karen comentaron que algunos de los pacientes habían sido visitados por una monja. Con cada relato que escuchaban, su fascinación crecía, y comenzaron a considerar que había algo más que simples palabras reconfortantes detrás de la presencia de la monja. Tanto los médicos como las enfermeras notaron un cambio en el ambiente cuando la monja estaba presente, describiéndolo como una sensación de calma y serenidad que se extendía por el sanatorio. Comentaron la posibilidad de indagar más sobre la historia y los antecedentes de la monja y saber el motivo que la llevaba a realizar estas visitas. En ese momento Samuel entró con las llaves de su apartamento, interrumpiendo la conversación, y se quejó de la temperatura tan baja que hacía en la consulta.

—Mark, te dejo las llaves del apartamento, la comida para el gato te la he dejado en el banco de la cocina. He buscado al gato y no lo he visto. Mañana le echaré un vistazo al termostato, que aquí hace un frío de narices.

—Gracias, Samuel, no te preocupes, seguro que se habrá escondido en algún sitio.

—¿Te has cambiado el nombre? preguntó Karen.

—No, que yo sepa. Me han cambiado el nombre, me he encontrado un gato blanco y una enferma entró en mi apartamento, fíjate las cosas que me han pasado en el poco tiempo que llevo aquí.

Karen salió con una larga sonrisa. Martín intentó arreglar el termostato de la consulta, pero le fue imposible. Se dio por vencido, dejó el destornillador en el cajón de la mesa y pensó en su gato sin nombre. «A ver si después de comprarle la comida resulta que ha desaparecido», pensó.

Subió al apartamento, tenía curiosidad por averiguar dónde se pudo haber escondido el gato para que Samuel no lo hubiese visto. Abrió la puerta y lo estuvo llamando sin que diese señales de vida, se había gastado el dinero en su comida y el cabrón del gato había desaparecido, igual que vino se fue. Tenía claro que era un inútil para los animales.Pensó que era una pérdida de tiempo seguir buscándolo, así que todo seguía igual que cuando llegó. Entró en la habitación y una bola de pelo blanco se encontraba encima de la cama.

—¿Estás a gusto en la cama? Que sea la última vez que te subes a la cama, que luego me la dejas llena de pelos.

El gato giró la cabeza y lo miró fijamente y le gruñó, dando la sensación de estar enfadado. Martín se sorprendió al ver la reacción del gato, se movió a un lado de la cama y el gato lo siguió con la mirada.¿Qué sucede? —le preguntó al gato—. No hay nadie más en la habitación para que sigas gruñendo.

Notó como si algo le rozara por la espalda con un frío gélido. No pudo evitar que el vello del cuerpo se le pusiese de punta. El gato dio un fuerte gruñido y saltó de la cama. Martín se quedó inmovilizado, tuvo la sensación de no estar solo. Se sorprendió al ver la fotografía de su

mujer sobre la cama, cogió la foto y miró al gato, que se encontraba en el umbral de la puerta, y de nuevo notó ese frío gélido. Salió de la habitación pensativo y algo desorientado y se sentó en el viejo sillón del comedor. Estaba peor de lo que él se imaginaba. Sin duda estaba en el lugar apropiado, pero no como médico, sino como paciente. Se formó una repentina corriente de aire que hizo que la puerta de la habitación se cerrase tan fuerte que hizo que algunos cuadros se tambalearan. Martín pegó un salto del sillón y miró hacia la habitación. Una silueta translúcida se proyectaba sobre la puerta.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz rota, sabía que no era real lo que sus ojos estaban viendo. Entró en pánico y cerró los ojos con fuerza. Era la segunda vez que había sufrido unas alucinaciones. En esta ocasión no se podía excusar de haber recibido un golpe en la cabeza.El gato se encontraba al lado de sus pies, la foto de su mujer en sus manos. «Dios, ¿qué locura es esta?», se preguntaba una y otra vez.

—Daniela, no sé si podré con todo esto, ha sido tanto el vacío que has dejado en mí que no sé si voy a ser capaz de superarlo. Durante un tiempo pensé en reunirme contigo, pero no sé por qué no lo hice, no sé si fue por cobardía o es porque no he reunido el valor suficiente para hacerlo, pero si sigo por estos derroteros no tardaré mucho en verte.

Dejó la fotografía de su mujer sobre la mesa del salón, no se atrevió a entrar a la habitación. Le puso la comida al gato, que no se movía de su lado; un vínculo especial se había creado entre los dos. Más tarde se dio cuenta que no era un gato, sino una gata, para más inri. Le vino a la mente el nombre de una coneja que tenía cuando era niño, la llamaría Shelley. Su sorpresa fue cuando la llamó por primera vez y la gata se giró y dejó de comer.

Pensó que con la compañía Shelley todo sería diferente, lo que ocurrió solo fue un maldito sueño temporal, por lo menos fue lo que quiso pensar, pero cometió un grave error al intentar engañarse a sí mismo.

Habían pasado varios días desde su llegada y ya conocía a todos sus pacientes. La mayoría de ellos se encontraban ingresados en el sanatorio, lo que le extrañó fue que casi todos le preguntaran por el doctor Estrada, pero nadie le hablase de él.

Un nuevo paciente entró a su consulta, se llamaba Ortega. Este paciente sería un poco especial porque venía recomendado por un familiar de Murcia. Ortega le entregó sus informes médicos y Martín, después de leerlos determinadamente, pensó que en todos los oficios se hacían chapuzas. Después de visitar a varios psiquiatras le diagnosticaron depresión por la pérdida de su mujer. Estaba justificado… si no hubiese sufrido un traumatismo craneoencefálico; no estaba de acuerdo con el diagnóstico, era muy joven para estar con depresiones[1] . Como si la depresión entendiese de edades. Y para remate final le aconsejaron que lo que tenía que hacer era relacionarse con otras personas para no sentirse tan solo. Como si eso fuese tan fácil.Había veces que se avergonzaba de su profesión. Ortega llegó a su consulta por medio de un familiar que tenía en Murcia, su primo le convenció para que fuera a verle, con la esperanza que le ayudara a salir del estado de ansiedad en el que se encontraba.

Ortega, tras varios meses en coma, un día despertó. No recordaba el motivo por el que estaba ingresado en el hospital. Días más tarde y cuando ya se encontraba estabilizado, le comunicaron que su mujer había fallecido en el accidente. Ortega, al principio de recibir la trágica noticia, no fue consciente; en su cabeza tenía muchas lagunas y había perdido todos los recuerdos sobre su mujer. Lo que son las cosas, cuando uno sufre un traumatismo craneoencefálico lo primero que se pierden son los mejores momentos. Los familiares cometieron un error muy grave: le escondieron todo aquello que le pudiese recordar a su mujer.

Lo peor no fue el tiempo que estuvo en coma, lo peor estaba por llegar. Empezó con

pequeños recuerdos de que un día estuvo casado con una mujer que se llamaba Ana. Los días siguientes se lo pasó hablando con sus familiares, intentando que le ayudaran a recordar, quería tener la certeza de que estuvo casado y no era cosa de su imaginación. Los familiares consideraron contarle lo justo para no dañar más su salud y días más tarde encontró una maleta que contenía fotografías de ellos dos juntos y ropa que aún retenía el aroma de su mujer.

El mundo se le cayó encima, las imágenes le vinieron en forma de *flash*, recordó hasta el momento del accidente. Consultó a un psicólogo que le recomendó que fuese a un psiquiatra y, después de varios más, en su desesperación, se aferraba a cualquier rayo de esperanza que pudiera encontrar, incluso si solo fuese una chispa diminuta en la oscuridad abrumado por su dolor. Sabía que el camino hacia la curación sería largo y difícil, pero estaba decidido a encontrar una manera de seguir adelante, incluso si eso significaba enfrentarse a los demonios internos que lo amenazaban con consumirlo por completo. Sin embargo, lo único que consiguió fue que le recetaran antidepresivos, lo que le llevó a caer en un pozo sin salida.

Sus amigos poco se molestaron en ayudarle de verdad. Necesitaba la compresión de los más allegados y no que lo dejaran al azar como si los antidepresivos fueran a resolver las carencias afectivas de su mujer.

Martín consiguió ganarse su confianza. Su mujer murió en un accidente de tráfico, se quedó dormida mientras conducía estrellándose contra un contenedor que se encontraba en una calle en obras. Una luz roja se encendió dentro de Martín, algo le decía que fuese otro médico quien lo tratase, pero Ortega fue a Martín a pedir su ayuda y eso no lo podía obviar.

—Ortega, sé de lo que me estás hablando y comprendo muy bien por lo que estás pasando, pero tienes que hacer un esfuerzo por superarlo. —Qué fácil es decir lo que tienen que hacer los demás y luego eres incapaz de aplicártelo a ti mismo.

—Como si eso fuese tan fácil, doctor, ¿fue culpa mía? Yo provoqué su muerte.

—El que tú condujeras no quiere decir que seas culpable de su muerte, las cosas pasan y los accidentes suceden todos los días, no por ello nos tenemos que sentir responsables. —Le llamó la atención el perfume tan fuerte que llevaba, en pocos minutos inundó la consulta con su aroma.

Tenía la impresión de que se estaba tratando a mí mismo, quería convencerle y hacerle ver que no fue su culpa, tenía que convencerle para que pudiese vivir su nueva vida.

—Ortega, hay días que queremos desaparecer, pero tenemos que seguir día a día. La vida es muy bella para despreciarla. —Ortega lo miró fijamente.

—Yo no la desprecio, la vida me dio la oportunidad de conocer a mi mujer y vivir un tiempo con ella, aunque luego el destino me la arrebatara.

—Me alegra saber que empiezas a aceptarlo. —Martín se recostó sobre el sillón.

—Doctor, yo empecé aceptarlo desde el momento que fui consciente de lo sucedido, indagué sobre el accidente y la policía me confirmó que el contenedor estaba mal señalado y que no fue culpa mía, aunque yo opine lo contrario.

—Ahí tienes la respuesta, fue un mero accidente y eso te exime de toda responsabilidad. —Martín no vio a Ortega muy convencido—. Lleva un tiempo en procesar o aceptar la pérdida de un ser amado.No se trata de venir dos días a la consulta, se necesita tiempo y asistir a una terapia, no para olvidar, sino para poder sobrellevarlo. Te ayudaré en todo lo que esté en mis manos, yo también perdí a mi mujer en un accidente de tráfico. Solo te pido a cambio es que tengas confianza en mí.

Martín no vio suficientes motivos para ingresarlo, no a todos los pacientes les beneficia estar en una habitación aislada del resto.

No solía acompañar a los enfermos a la salida, pero con Ortega hizo una excepción. Los dos

tuvieron un accidente de tráfico y los dos perdieron a su mujer. Ortega se alojaría por un tiempo en el hotel Las Anclas, a cuatro kilómetros del sanatorio, de esta manera podían estar en contacto todos los días. Ortega, a raíz del accidente, se volvió una persona reservada; no le fue fácil que se abriese, pero Martín consiguió algo que los otros psiquiatras no consiguieron: ganarse su confianza. Se despidieron como dos viejos amigos, con la esperanza que se volverían a ver al día siguiente.

Martín, en casos muy especiales como el de Ortega, se involucraba demasiado en los problemas de los pacientes y eso hacía que le afectara demasiado; otros médicos veían a los enfermos desde un punto de vista muy diferente.Con Ortega fue un caso especial, en cierta manera había algo que los unía.

Esa misma noche Martín apenas pudo conciliar el sueño, temía quedarse dormido porque tenía la sensación de que algo le iba a suceder. Hubo un momento en la noche que el cansancio se apoderó de él y se quedó medio traspuesto, un fuerte ronquido fue la señal de que había entrado en un sueño profundo. No tardó en sufrir una pesadilla que le hizo sudar. Soñó que se encontraba en la bañera llena de agua, cuando más relajado se encontraba sintió como lo cogían de los pies y estiraron, la primera embestida tragó un poco de agua. Se agarró fuertemente en ambos lados de la bañera para no ahogarse. Todos los intentos por salir fueron en vano, alguien tiraba con fuerza de sus pies. El agua cubría su cabeza y respirar era casi imposible; aguantó la respiración bajo el agua durante unos segundos para recuperar fuerzas y en la última bocanada de aire soltó un grito y se despertó.

La sensación de ahogo se mantuvo por varios segundos, poco a poco fue respirando con normalidad, se dio cuenta de que su cuerpo se encontraba totalmente mojado del sudor, las sábanas las tenía mojadas como si le hubiesen tirado un cubo de agua. Se levantó de la cama y se duchó, el reloj marcaba pasadas las cinco de la mañana, apenas le quedaban un par de horas para bajar a la consulta. Se sentó en el sillón y al momento se quedó dormido.

El despertador sonó a las siete y cuarto de la mañana, apenas tenía fuerza para levantarse, poco había descansado. Abrió las ventanas para que entrara el aire fresco de la mañana y minutos después las tuvo que cerrar por el olor del crematorio.

Se preparó el desayuno bajo la atenta mirada de su gata Shely, no quiso darle importancia a la pesadilla que había tenido. Se sentó en una silla de la cocina para desayunar y la gata no tardó en subirse a la mesa y pedirle su ración de leche.

Se hizo la hora de bajar a la consulta, no podía perder más tiempo si no quería llegar tarde — Se puso su bata blanca y bajó por la escalera. Al llegar a su consulta Karen lo estaba esperando con el listado de los enfermos. Echó un vistazo al listado y se dio cuenta de que Ortega no se encontraba entre los nombres de los pacientes.

—Karen, ayer se me olvidó decirte que incluyeras a Ortega en el listado, le dije que viniese hoy a última hora.

Los enfermos se encontraban en una sala conjunta controlados por un celador esperando su turno. Había sido una mañana rara y tenía ganas de terminar. Martín se encontraba algo cansado por la mala noche que había pasado y quería terminar pronto, comer rápido, ducharse e intentar dormir un par de horas.

Solo le quedaba por ver a Ortega, pero no había llegado. Decidió esperarlo unos minutos por si había tenido algún problema en el transporte. Entró de nuevo a su consulta con la intención de esperarlo mientras terminaba de rellenar unos informes y notó que la temperatura había bajado unos grados. «¿Ya se ha vuelto a estropear el termostato?», se dijo. Entró en el baño para subir unos grados la temperatura y cuando salió Ortega se encontraba sentado en la silla.

—Qué susto me has dado, no te he escuchado entrar. Hoy te encuentro algo diferente, has cambiado de perfume, este me gusta más, el otro era demasiado fuerte para mi gusto.

—La verdad que me encuentro muy bien.

—¿A qué se debe? La verdad es que me tienes sorprendido con el cambio.

—Anoche soñé con mi mujer, fue tan placentero que me dio la sensación de ser real. —Martín se sorprendió por la respuesta.

—Pero solo fue eso, un sueño.

—¿Usted cree?

—¿Qué tal duermes?, te lo digo porque te puedo recetar un medicamento.

—¡Más medicamentos no, doctor! No se preocupe por mí. No tenga miedo a enfrentarse a la realidad.

—No entiendo nada, y eso empieza a preocuparme. —Martín se dio cuenta de que Ortega estaba sudando demasiado—. Túmbate en la camilla para auscultarte, estás sudando demasiado

—Como usted quiera. —Martín se acercó a la camilla, le cogió del brazo y notó que estaba frío. Ortega lo miraba con media sonrisa. Le auscultó el pecho y su corazón no latía.—Es imposible.

Salió de la consulta desconcertado en busca de Karen y se encontró en medio del pasillo sin saber dónde ir. Tuvo la sensación de que se encontraba en un edificio abandonado donde nadie te ve y nadie te oye.

—Martín, ¿qué son esos gritos? —comentó Karen sorprendida.

—¿Dónde estabas? —Martín estaba entrando en estado de crisis—. Tengo a Ortega en la consulta, está mojado y no consigo encontrar su pulso.

—¿Te encuentras bien? —La cara de Martín estaba desencajada.

—¿Cómo que si me encuentro bien? Le estoy diciendo que tengo a un paciente que supuestamente está muerto y estoy hablando con él.

—Es imposible, doctor, yo misma he comprobado que no queda nadie.

—Entonces ¿quién es el que está encima de la camilla?

Entraron a la consulta y su sorpresa fue comprobar que no había nadie, pero aún se sorprendió más cuando vio que la camilla se encontraba mojada y goteando agua.

Karen lo miró extrañada y le aconsejó que descansara, lo veía un poco estresado. Martín seguía teniendo la seguridad de que Ortega estuvo en la consulta y que no era cosa de un delirio. Tenía que salir de dudas, por su bien, y llamó por teléfono al hotel donde se alojaba Ortega. El gerente del hotel le confirmó que el señor Ortega había fallecido.

No pudo asimilar la noticia del suicidio de Ortega, no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar. Se reclinó sobre el respaldo de la silla y se quedó mirando a la ventana que daba al cementerio. «¿Me estaré volviendo loco?», se preguntaba, o quizás tenía ese don del que alguna gente habla. ¿Podría ver y hablar con los muertos? Martín se miró al espejo y se vio a sí mismo reflejado.

—Pensamos que es imposible ver a personas que han fallecido, que los fantasmas no existen y que experimentar una visión es una señal de locura, o al menos de que estás teniendo una alucinación. En el fondo todos nos preguntamos si es una especie de don que algunos tienen y que crea un puente entre el mundo de los vivos y el más allá.

—¿Cómo podemos explicar lo sucedido con Ortega? —preguntó la persona al otro lado del espejo.

—Por Dios, qué locura estoy diciendo. —Dejó de mirarse al espejo y sacó la libreta de apuntes.

Viernes 25

¿Estrés?

Estoy sufriendo estados de nerviosismo y pánico, con sudoración fría, con fases de intenso calor, alucinación óptica, manteniendo conversaciones con los difuntos.

Varón de 48 años con sentimiento de culpabilidad, camilla goteando agua. Percibo olores en el período que dura la ilusión óptica, no consigo concentrarme. Las alucinaciones ópticas van en aumento. Sufro de insomnio en ocasiones.

Capítulo 3

Estaba convencido de que lo mejor que podía hacer era pasar el fin de semana fuera del psiquiátrico para poder desconectar y descansar sin sobresaltos. Necesitaba respirar aire nuevo. Lo sucedido con Ortega le llevó a un estado delirante y de confusión, desde su llegada al sanatorio le sucedieron cosas difíciles de explicar. Quizás las respuestas a todas las preguntas que se hacía la tenía más cerca de lo que él se podía imaginar. Su negación de lo espiritual intentando buscar una explicación terrenal a todo lo sucedido lo desviaba de la realidad. Simplemente tenía que aceptar la posibilidad de que todo lo ocurrido desde la muerte de su mujer no solo fuese parte de su imaginación, sino que más bien tuviese un don para comunicarse con los muertos.

Subió a su apartamento y se preparó algo de ropa, buscando una documentación en su mochila. Encontró un artículo que escribió cuando dio una charla en la universidad de Murcia relacionado con lo paranormal.

«Aunque no existe una explicación científica comprobada para lo paranormal, algunas teorías sugieren que se deben a fenómenos psicológicos como la sugestión, la ilusión o la alucinación. También se ha especulado que podría estar relacionado con la energía, los campos electromagnéticos o incluso con la asistencia de entidades sobrenaturales. Sin embargo, es importante recordar que estas son solo teorías y que no hay suficiente evidencia para respaldar ninguna de ellas».

Después de leerlo pensó que sería incapaz de mantener lo que en su día escribió. Dobló el artículo y lo volvió a meter en la mochila. Llamó repetidas veces a la gata, pero no dio señales de vida. Le dejó comida y agua para un regimiento. Llamó a un taxi para que fuese a recogerlo al sanatorio y el taxista le puso mil excusas para no ir.

—¿Qué problema tiene para no venir a recogerme?

—La última vez que fui a recoger a una persona al sanatorio a estas horas de la noche me ocurrieron cosas que me pusieron los pelos de punta. Llamaré a la base para que le envíe a otro taxista.

Martín no entendía la negación del taxista y menos lo de la hora, si eran las nueve de la noche. Unos minutos más tarde recibió un mensaje de la base: en quince minutos estaría el taxi en la entrada principal.

Mientras esperaba siguió llamando a la gata, pero seguía sin aparecer. Cogió la mochila, echó un último vistazo, cerró la puerta y bajó a esperar al taxi. Martín se encontraba en el pequeño porche al lado de la entrada principal, la noche era fría y cerrada y con algo de neblina que por momentos se hacía más densa. Martín se quedó mirando fijamente y tuvo la sensación de ver a personas andando entre la niebla; justo en ese momento entendió la negativa del taxista. A los lejos pudo divisar el resplandor de unas luces, el taxista estaba entrando en el sanatorio y lo único que deseaba era que no se diese la vuelta.

—Menuda nochecita —comentó el taxista bajándose del coche—. Apenas se ve a más de dos metros, esta niebla algún día hará que nos matemos.

—Es normal que se formen estos bancos de niebla con la cercanía del mar —comentó Martín mientras se subía al taxi.Le preguntó al taxista si conocía un hotel donde pudiese pasar el fin de semana tranquilo.

—Conozco un hotel del siglo XIX que se encuentra en el centró histórico que sin duda le gustaría.

Martín se encontraba pensativo, intentando dar una explicación de lo que le estaba sucediendo. Era consciente de que no podía seguir en ese estado y empezaba a cuestionarse su continuidad en el sanatorio. El taxista le sacó de su trance con una pregunta.

—¿Usted no lleva mucho tiempo en el sanatorio? Conozco a casi todos los médicos.

—Llevo unos días, estoy sustituyendo a un compañero. —«Aunque me parece que llevo meses metido en este manicomio», se dijo—. ¿Cómo sabe que soy médico?

—Viernes a las nueve y cuarto de la noche, las visitas acaban a las cinco de la tarde y los enfermos se encuentran durmiendo. No creo que seas un loco que se ha escapado. —Martín no pudo evitar sonreír.

—Ya veo que conoce bien el sanatorio. ¿Por casualidad no conocería al doctor Estrada?

—Sí que llegué a conocerlo, lo lleve varias veces a casa de un amigo en el centró. Una pena lo que le sucedió. —Martín arqueó las cejas.

—¿Qué le sucedió? —El taxista permaneció callado unos segundos pensando que había hablado de más.

—Lo que se comentó en esos días fue que se había suicidado tirándose por el acantilado, también se comentó que se había encontrado su cuerpo decapitado y también se dijo que se fue sin decir nada a nadie. Ya sabes lo que sucede en estos casos, la gente está aburrida y habla de más.

Cuando llegaron al hotel Martín se encontraba en *shock* por lo que le había comentado el taxista. Cuando vio los exteriores del hotel pensó que estaba en el lugar apropiado, el taxista no se equivocaba, era un edificio del siglo XIX que había sido restaurado dejando su sello de identidad: el hotel Soho Palacio de Pombo. Cogió la mochila y cuando se disponía a entrar el taxista le dio su tarjeta por si necesitaba sus servicios. Martín le dio las gracias y entró en el hotel. La recepcionista era una mujer mayor con el pelo a mechas y una perfecta sonrisa.

—Buenas noches, quería alojarme hasta el lunes, si es posible. —dijo Martín con gesto cansado.

—Disponemos de varias habitaciones y la buhardilla que acabamos de habilitar.

—La buhardilla, si es posible.

—Buena elección, usted va a ser el primero en utilizarla.

La recepcionista llamó a Victoria para que lo acompañara. Cogió la tarjeta de la habitación y le dijo a Martín que la siguiera. Subieron al ascensor hasta la tercera planta y después subieron una pequeña escalera hasta llegar a la buhardilla.

—¿No prefiere alojarse en otra habitación? —Martín la miró un poco extrañado.

—¿Ha sucedido algo en esta habitación que tenga que saber? —preguntó algo desconfiado.

—La buhardilla permaneció cerrada muchos años. Según comentó el antiguo propietario sucedieron cosas extrañas y por eso permaneció cerrada, se abrió para hacer la reforma. —Victoria le dio la tarjeta para que abriese la puerta, Martín la abrió y cuando se quiso dar cuenta Victoria había desaparecido.

Se quedó fascinado: un gran cristal sobre el techo dominaba la habitación, tenía una vidriera de colores en ambos lados de la cama, de los grandes ventanales colgaban unas cortinas que arrastraban por el suelo en color marrón claro con franjas laterales en marrón oscuro. La pared de la derecha era de ladrillo de la época en color marrón oscuro, con algunos ladrillos salteados en marrón claro. En medio de la pared sobresalía una repisa haciendo ver que en su tiempo fue una chimenea. El suelo era de baldosas alargadas y estrechas de color granate. Sobre la mesita había

un mapa de los lugares que podías visitar, incluyendo paseos en barco turístico. Pero lo que más le impresionó fue la cama de grandes dimensiones. Las vistas eran inmejorables, podía divisar el centró histórico con su gran plaza rodeada de sus antiguos edificios de la época. No le dio demasiada importancia a los comentarios de Victoria, para él la habitación era perfecta.

Su estómago le estaba dando señales de que necesitaba ingerir alimentos. Sacó la cazadora de color azul oscuro con botones de ancla y bajó al comedor del hotel. Sin que Martín se diera cuenta, Victoria lo observaba con preocupación, tenía la sensación de que algo ocurriría. Se sentó al lado de un gran ventanal desde donde podía divisar al completo la plaza.

Después de cenar, pensó que no le vendría mal salir y notar el frescor de la noche, así que se subió la solapa del cuello y se puso a caminar por las calles cercanas sin alejarse mucho del hotel. Los bares y las cafeterías permanecían abiertos, Santander era una ciudad con mucha vida nocturna. Añoraba los paseos que daba con su mujer por el paseo marítimo de Murcia.

Martín se sentó en un banco de madera cerca de los escalones de la plaza y vio cómo los jóvenes se reunían alrededor de la fuente de los leones. Le recordó el tiempo que pasó en la universidad, cuando se reunían en los jardines de la universidad.

Una densa niebla se extendía por la plaza como un manto gris, envolviéndolo todo en un misterio impenetrable. A cada paso parecía sumergirse más en la oscuridad, los contornos de los edificios y personas se desdibujaban en la neblina espesa. A pesar de la opresiva atmósfera, los murmullos de los jóvenes persistían, como susurros fantasmales que danzaban en el aire. A pesar de su curiosidad, una sensación de inquietud se apoderó de él y decidió que era mejor regresar al hotel antes de que la niebla lo envolviera por completo.

El camino de regreso se convirtió en un desafío con la niebla espesa obstruyendo su visión y distorsionando los sonidos a su alrededor. Cada paso era incierto y la sensación de estar siendo observado se intensificaba con cada paso que daba. A medida que se alejaba de la plaza el murmullo de la gente parecía desvanecerse en la distancia, pero la sensación de intriga persistía, como si hubiera dejado algo importante atrás.

Finalmente, al llegar al hotel, se sintió aliviado al cruzar la puerta y dejar atrás la atmósfera inquietante de la plaza envuelta en niebla. Sin embargo, en la seguridad de su habitación, la mente de Martín seguía dando vueltas, no podía permitir que cualquier cosa lo intimidara. Tomó la decisión de salir del hotel y volver a la plaza a descubrir los misterios que la rodeaban. A medida que se acercaba, la niebla parecía dispersarse lentamente, revelando siluetas y contornos que antes estaban ocultos. Al llegar a la plaza encontró un escenario extraño y perturbador. La gente estaba agrupada en pequeños grupos, murmurando entre ellos en voz baja. Al acercarse notó que todos estaban mirando hacia una dirección en particular. Intrigado, siguió sus miradas y vio una figura solitaria de pie en el centró de la plaza, envuelta en un manto oscuro. Su corazón retumbaba con fuerza, sintió que una fuerza extraña lo empujaba hacia la figura, con la mirada de los presentes clavada en él.

Cuando estuvo lo suficiente cerca, la figura levantó lentamente la cabeza, revelando unos ojos penetrantes que parecían mirar directamente a su alma. Con un susurro apenas audible que se elevaba por encima del murmullo de la multitud, la figura habló. Sus palabras eran crípticas, llenas de significados ocultos y promesas veladas. Mientras escuchaba, Martín sintió que le arrastraba a un mundo de misterio donde la niebla no era solo un fenómeno natural, sino un símbolo de algo mucho más profundo y oscuro. La figura enigmática era su mujer.

La mente de Martín era un torbellino de pensamientos turbulentos mientras se recostaba en la cama, sintió como si una sombra oscura se cerniera sobre él. La experiencia en la plaza lo había dejado con una sensación de inquietud que no podía sacudirse.Martín se sumergió en un

sueño lleno de imágenes perturbadoras y desconcertantes. Se encontraba vagando por un laberinto de callejones oscuros, con la niebla envolviéndolo en su abrazo gélido. Voces susurrantes lo rodeaban, susurros que parecía emanar de las sombras mismas. Cada paso que daba lo acercaba más a la figura enigmática que había visto en la plaza, pero nunca lograba alcanzarla. La sensación de ser observado continuaba persiguiéndolo, como si algo acechara en las sombras, esperando el momento adecuado para revelarse.

De repente, se encontró frente a un espejo que reflejaba su propia imagen distorsionada. En el reflejo, vio no solo su rostro, sino también una oscuridad profunda y penetrante que parecía consumirlo.

Despertó sobresaltado, con el corazón latiendo con fuerza y sudor frío perlando su frente. La habitación del hotel estaba tranquila y serena pero la sensación de malestar persistía, como si el sueño hubiera dejado una impresión indeleble en su mente. Estaba convencido de que si se alejaba del sanatorio podría reconciliar el sueño, pero fue todo lo contrario. Se encontraba agotado como si hubiese recibido una paliza mientras dormía.

Se metió en la ducha y permaneció durante varios minutos dejando que el agua corriese por su cuerpo intentando relajarse.

Se asomó al exterior y se alegró al ver que no había rastro de niebla. Bajó a recepción para hablar con la gerente o con Victoria con la intención que le dijeran que fue lo que sucedió en su habitación. Victoria tenía su día libre y la gerente había salido. No estaba dispuesto a pasar otra noche en esa habitación y dio orden que bajaran su equipaje a otra, si pudiera ser, en la primera planta. Entró en el comedor para desayunar, intentaba tener un día tranquilo y sin sobresaltos. No había empezado a desayunar cuando una mujer se le acercó.

—Perdone si le molesto, ¿es usted el doctor Martín? —Él levantó la mirada y después de observarla durante un segundo, afirmó con la cabeza y la invitó a sentarse—. Me llamo Reyes y soy sargento de la UCO. Estoy investigando el supuesto suicidio de un hombre llamado Ortega en el hotel donde se alojaba.—Martín la miró desconfiado y dejó de desayunar—.En el registro de la habitación encontramos diversa documentación y en ella especificaba que era su paciente.

—Ortega llegó al sanatorio recomendado por unos familiares de Murcia, su estado no era del todo preocupante, se encontraba algo deprimido por la muerte de su mujer en un accidente de tráfico. No vi necesario ingresarlo, pensé que el tenerlo controlado sería suficiente. No a todos los que sufren esos síntomas le beneficia el estar internado.

—¿Cómo se enteró de su muerte?

—No se presentó en la consulta y llamé al hotel. El director me dijo que había fallecido.

—Encontramos una nota dirigida a usted. —Martín frunció las cejas sorprendido mientras la sargento se la leía—. «Doctor: no se preocupe por mí, no tenga miedo a enfrentarse a la realidad y déjese ir como yo lo hice». ¿Qué quiso decir? —preguntó Reyes mientras Martín apuraba su café—. Según la enfermera Karen, usted afirmaba que Ortega estuvo en la consulta.

—Qué idiotez acaba de decir, está usted para que la analicen. —Martín fue muy tajante.

—¿Usted no cree que hay algo más después de la muerte? ¿Qué me dice de la existencia de entidades sobrenaturales? — Martín empezaba a sentirse incómodo.

—El día que llegué a Santander paré en un restaurante y no pude evitar escuchar que se habían producido unos asesinatos en el sanatorio. ¿Ocurrieron en realidad o simplemente son historias que siempre acompañan a los psiquiátricos? —comentó Martín de forma irónica.

—Si se refiere a los dos cuerpos que encontramos cerca de la capilla decapitados, sí ocurrió y lo estamos investigando, lo que me extraña es que no se lo comentaran tratándose de unos enfermos, que por cierto fueron pacientes de su antecesor. —Martín empezó a tener sudoraciones

frías.

—Necesito tomar el aire —comentó Martín levantándose de la silla.

Martín y la sargento Reyes salieron del hotel y estuvieron andando por el paseo marítimo, ella se disculpó por la forma de abordarlo mientras desayunaba. Reyes era una persona a la que no le gustaba andarse con rodeos y siempre iba a lo directo. Su forma de actuar le creó serios problemas en más de una ocasión. Reyes y Martín tenían muchas cosas en común que a las personas normales los volvería locos.

—¿Te gustan los paseos en barco? —preguntó Reyes.

—La verdad es que tenía pensado dar un paseo en barco, pero con tu presencia en el hotel me has descolocado. —Martín tenía la idea de no pensar en el sanatorio por unos días, pero con la presencia de Reyes se le crearon más dudas dentro de su cabeza.

—No será para tanto —contestó Reyes con media sonrisa—. Demos un paseo en barco y verás cómo se ve Santander desde el mar.

Peor no le podían ir las cosas, pensó Martín, y aceptó la invitación de Reyes. Se subieron al barco y se sentaron en unos asientos cerca de la proa, tenían el mar Cantábrico para ellos solos. Reyes estaba indecisa sobre si revelar a Martín su secreto y el verdadero motivo de su presencia en el hotel.

—¿Te puedo contar una historia que me ocurrió cuando era niña? —preguntó mirándole a los ojos.

—No sé si debería dejarte que me la cuentes, tengo la impresión de que me crearás más dudas, pero estamos en medio del mar, ¿qué puede pasar? Era la primera vez que Martín sonreía.

—Una vez una familia se mudó a una casa antigua en el campo. La casa era hermosa, pero tenía un sótano oscuro y misterioso que daba miedo. La familia decidió no usar el sótano y lo mantuvo cerrado. Una noche, la hija menor de la familia escuchó ruidos. Ella intentó ignorarlos, pero los ruidos se hicieron más fuertes y persistentes. Finalmente, no pudo soportarlo más y decidió investigar por su cuenta a espaldas de sus padres. Cuando abrió la puerta del sótano, un frío intenso la recibió. Su cabeza le decía que no siguiese y que cerrara la puerta, pero ella era rebelde y muy curiosa. Bajó las escaleras y encontró una habitación secreta detrás de una pared falsa, en el centró de la habitación había un espejo antiguo y polvoriento.

»La niña se acercó y vio su reflejo, pero luego notó algo extraño en el fondo del espejo. Era un hombre pálido y delgado con los ojos oscuros y sin vida. La niña gritó y corrió hacia arriba, pero había algo que la retenía, miró hacia atrás y vio que el hombre la tenía cogida de la ropa. Hizo un esfuerzo sobrehumano y se soltó. Subió las escaleras aterrorizada para contarle a sus padres lo que había visto. Su padre cogió su arma y bajó al sótano. Se encontró huesos humanos y el espejo roto en mil pedazos.

»La familia abandonó la casa y se alojaron en un hotel, al día siguiente la Guardia Civil se personó en la casa y después de realizar un registro encontraron huesos humanos pertenecientes a varias personas y utensilios de ritos satánicos. La familia se dio cuenta de que habían estado viviendo en una casa embrujada todo ese tiempo. Se mudaron a un piso del centró, pero nunca pudieron sacarse de la cabeza la imagen del hombre pálido en el espejo del sótano. Desde entonces vivo con muchas pesadillas y tengo la sensación de sentirme observada a todas horas.

Martín la miró a los ojos y vio una mirada triste y ausente.

—Para todo esto siempre hay una explicación —comentó Martín arqueando las cejas.

—¿Como hablar con un muerto en una camilla mientras goteaba agua? —respondió Reyes sin pensar las consecuencias de su respuesta. Martín se levantó enérgicamente.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Que me ayudes a entender toda esta mierda o acabaré como mi madre: encerrada en un manicomio.

—Joder —respondió Martín pasándose la mano por la cabeza.

—Karen es mi hermana y me contó lo que te sucedió con Ortega.

—Joder, dónde he ido a parar, vine para despejarme y poder rehacer mi vida y estoy metido en un manicomio sin puertas.

—Hay algo siniestro en el sanatorio, estoy segura, y voy a descubrirlo con o sin tu ayuda.

—¿Tu madre se encuentra mejor? —preguntó Martín intentando rebajar la tensión.

—Mi madre murió en extrañas circunstancias en su habitación del sanatorio, como otros enfermos. Ese lugar está maldito.

El barco regresó al puerto y Martín y Reyes se despidieron sin mirase a la cara. Martín salió del recinto del puerto mientras Reyes se subió al coche de la Guardia Civil. Giró la cabeza y vio que lo miraba fijamente,una mirada cómplice, aunque ellos aún no lo sabían.

Capítulo 4

Al llegar al hotel lo primero que hizo fue darse una ducha fría a pesar de la baja temperatura. Después de la refrescante ducha, se envolvió en una toalla y se sentó en el borde de la cama, tratando de despejar su mente.

A pesar del temor sabía que no podía darles la espalda a los enfermos que precisaban su ayuda. Había visto demasiado sufrimiento, demasiada injusticia como para abandonarlos a su suerte. Recordó con resquemor las palabras de Reyes, ¿el sanatorio está maldito? Como director del centró sintió una responsabilidad abrumadora sobre sus hombros.

Decidió enfrentar sus miedos y continuar con su misión de proteger a los pacientes del sanatorio. Sabía que el camino sería difícil y peligroso, pero no podía permitir que el temor lo paralizarse. Se comprometió a seguir adelante a pesar de los impedimentos que seguro se encontraría por el camino, incluso si eso significaba arriesgar su propia vida. Se levantó de la cama sintiendo un peso en el pecho, pero también una determinación renovada en su corazón.

A pesar de los inconvenientes, el fin de semana se pasó más rápido de lo esperado. Fue con la idea de desconectar y consiguió todo lo contrario, pero ahora le aliviaba pensar que no estaba tan loco como en algún momento llegó a creer.

Al llegar al sanatorio, una sensación de inquietud lo invadió. Los pasillos parecían más oscuros y silenciosos de lo habitual y cada sombra parecía esconder algún secreto. A pesar de su firmeza, una voz en su interior le susurraba que tal vez debería huir, dejar todo atrás y buscar su propia seguridad.

Sin embargo, recordó las caras de los pacientes, los ojos llenos de esperanza que lo miraban en busca de ayuda. No podía abandonarlos. No podía permitirse ser controlado por el miedo.

De nuevo se encontró en su pequeño apartamento. Al abrir la puerta vio a su gata Shely, que se le quedó mirando como diciéndole «Te has ido y me has dejado sola en casa». Se dio la vuelta y se fue a la habitación, se subió a la cama y se quedó mirando la foto de su mujer. Martín se extrañó con el gesto de la gata, pero pensándolo bien ya no le sorprendía nada.

A las seis y media sonó el despertador; se levantó de la cama agotado, y eso que era lunes, principio de la semana y con la energía bajo mínimos. De poco le había servido tomarse un fin de semana alejado del sanatorio. Abrió la ventana para que entrara el aire y que el apartamento se pudiese ventilar. Al ser lunes, el crematorio se encontraba cerrado y había que aprovechar, la entrada de aire limpio beneficiaba para purificar las malas energías.

Abrió la despensa, vio lo que tenía y prefirió bajar a la cafetería para desayunar, necesitaba energía para empezar la semana. Entró en la cafetería, pidió un desayuno cargado de vitaminas y se sentó junto a una palma kentia que le daba un ambiente algo tropical al local. Karen entró en la cafetería con cara de pocos amigos. La guardia que le tocó hacer el domingo le dio más faena de lo esperado.

—Buenos días, Martín. — Apenas tenía las fuerzas justas para mover la silla.

—Buenos días, Karen, ¿qué tal el fin de semana?—Karen lo miró haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—No a todos los pacientes les sientan bien las visitas de sus familiares, ayer le tocó a Manuel, salió a dar un paseo por los jardines acompañado de sus familiares. Al pasar cerca de la valla intentó saltarla. Menos mal que había unos celadores cerca y lo pudimos coger, estaba tan

alterado que le tuvimos que inyectar una dosis de olanzapina [2] para que se pudiera relajar. Los otros pacientes, al ver el revuelo que se creó, empezaron a gritar y a ponerse nerviosos. Tuvimos que pedir a los familiares que saliesen lo antes posible. Fue todo un caos. ¿Cómo te fue el fin de semana?

—Me pasó de todo, hasta tuve una visita inesperada. Lo que no sé es cómo supo dónde estaba. —Martín la miró arqueando las cejas.

—¿Has hablado con mi hermana? Le dije que te dejara al margen.

—Buena forma tiene de hacerlo, me abordó mientras desayunaba en el hotel. Lo malo es que no va mal encaminada. Dentro y fuera del sanatorio están ocurriendo cosas inexplicables. Como las muertes de algunos enfermos. ¿Cuándo tenías pensado decirme lo que está sucediendo? —Karen bajó la mirada, se negaba a creer que el sanatorio estuviese maldito como su hermana aseguraba.

Martín se había levantado con el pie cambiado, no se encontraba de buen humor, no llevaba bien el que le mintiesen y que no tuviesen la misma confianza que él había demostrado.

Evelin se encontraba esperando con nerviosismo su turno para entrar en la consulta. Observaba los dibujos en las revistas viejas y escuchaba el tic tac del reloj colgado de la pared, preguntándose cómo sería la conversación y si podría expresar adecuadamente todo lo que había estado sintiendo.

Martín pasó por la sala de espera de casualidad y vio a una mujer que le llamó la atención- Su comportamiento fue algo inusual: entró en la sala como si se tratase un paciente más, se sentó en una de las sillas y cogió una revista. Hizo como si la estuviese leyendo, pero realmente observaba a la mujer que tenía enfrente Era muy bella, parecía un ángel caído del cielo, aparentaba ser una mujer culta, de piel morena, pelo negro (dudóo que fuese su color original), los labios grandes y carnosos, la nariz perfecta y apropiada con el rostro, las manos finas de largos dedos muy bien cuidadas; su forma de vestir era llamativa: pantalón vaquero ceñido con algunas roturas a la altura de las rodillas, una camisa negra ceñida al cuerpo dejando entrever sus grandes pechos.

Se preguntaba si sería una nueva paciente. O quizás sería una acompañante de algún familiar. Se hizo la hora de empezar con la consulta, dejó la revista sobre la pequeña mesa y por casualidad sus miradas se cruzaron.

Martín se encontraba con su primer paciente, pero tenía la cabeza ocupada pensando en la mujer de cabello oscuro. Rodrigo necesitaba toda su atención y debía apartar a la mujer misteriosa de su cabeza. Rodrigo padecía esquizofrenia, que le impedía llevar una vida normal, pues tenía muchos cambios de personalidad, volviéndose por momentos algo agresivo. Tenía días de mucha tristeza, periodos de no conocer a nadie, viéndose solo y apartado de sus familiares. Parecía distante e irritable, apenas reconocible para su familia. Intentaban entender qué lo había llevado a ese estado, pero sus respuestas eran evasivas o incoherentes. La incertidumbre y la preocupación se apoderó de ellos. Al principio sus padres se opusieron a ingresarlo en el sanatorio, hasta que un día se volvió muy agresivo y destrozó los muebles de su habitación. Temieron por su salud y que su agresividad fuese en aumento, y después meditarlo durante largos días tomaron la amarga decisión de ingresarlo. Podían visitarlo todos los fines de semana, era el único consuelo que les quedaba. Martín se encontraba rellenando el informe del ingreso en el sanatorio de Rodrigo cuando entró Karen con cara de sorpresa.

—Martín, ¿está aquí? La mujer misteriosa quiere verte.

—Pues no le hagamos perder más tiempo, que pase.

Evelin abrió la puerta con algo de timidez y permaneció en el umbral durante unos segundos, dudando si pasar o darse la vuelta e irse. Dio pasos cortos y lentos y se sentó en el borde de la silla con el cuerpo erguido, las piernas juntas y las manos entrelazadas entre sus piernas, sintiéndose expuesta bajo la mirada de Martín. Trataba de controlar su nerviosismo mientras pensaba cómo plantear sus preocupaciones y experiencia personales, consciente de que era la primera vez que se abría con alguien fuera de su círculo íntimo.

Martín podía apreciar su angustia y su ansiedad, al levantar la vista de nuevo sus miradas se cruzaron, sus ojos grandes y azules casi traslucidos parecían distantes y desconfiados. El primer contacto con un paciente era muy importante, de ello dependía el éxito o el fracaso de la relación de confianza. Le sorprendió que fuese ella quien rompiese el silencio.

—Es usted el doctor Martín.

—-Sí —respondió algo nervioso sobre la silla. Era la primera vez que le sucedía.

—Me llamo Evelin y he venido por… —No pudo seguir y permaneció en silencio por unos segundos.

Evelin se encontraba tensa y desconfiada. En cierta manera era normal, desnudarse ante una persona desconocida y contarle tus mayores secretos cuando la ves por primera vez no es fácil, pero no le quedaba otra solución si quería recibir ayuda. El paso que ya había dado era muy importante, el reconocer que tenía un problema y que necesitaba ayuda.

—Antes de seguir tengo que decirle que estar hoy aquí no ha sido idea mía. En cierta manera he venido obligada. —Sus ojos desprendían mucha tristeza.

—¿Quién te ha obligado a venir? — Martín

—Le prometí a una persona que vendría a verle. —Su mirada se encontraba distante.

—¿Se puede saber quién es esa persona? —comentó Martín fijándose en los movimientos de sus manos,

—De momento no se lo puedo decir, cuando llegue el momento se lo diré. — Evelin se mostraba tensa y distante.

—Como tú quieras, lo importante es que estás aquí. —Martín trataba de que se sintiese lo más cómoda posible.

Observó a Evelin, la respiración se aceleraba por momentos; cogió fuerzas, dejó caer los hombros hacia adelante y se acomodó en la silla.

—Empezó el día que estábamos celebrando el fin de la carrera, nos encontrábamos cenando en un restaurante del casco antiguo. Todo transcurría con normalidad, terminamos la cena y empezamos con las copas. La verdad es que bebimos un poquito más de lo normal, empecé a encontrarme mal y fui al baño a lavarme la cara; al momento empecé a escuchar una voz.

»Al principio pensé que había otra persona en el baño, pero me di cuenta de que estaba sola. Miré al espejo y me dije a mí misma: «Evelin, has bebido unas copas de más», y volví a lavarme la cara. Volví a escuchar la voz de nuevo, pero esta vez dentro de mi cabeza. Intenté salir del baño, pero la puerta no se abría. Una especie de niebla empezó a entrar por debajo de la puerta, intenté abrir una y otra vez pero no conseguí, grité con todas mis fuerzas pensando que alguien me escucharía. Mi cuerpo no paraba de temblar, estaba muerta de miedo, no sabía qué hacer. Me acurruqué en un rincón tapándome la cara y volví a escuchar de nuevo la voz.

—¿Qué fue lo que te decía? —Evelin se encogió de hombros.

—«¡Morirás pronto!». Al principio no le encontré sentido alguno, y de repente se abrió la puerta. En el restaurante apenas había cinco personas, todo estaba en silencio como si no se hubiese celebrado ninguna fiesta, y cuando me vieron salir del baño y en el estado en el que me encontraba, uno de ellos me llamó drogadicta de mierda. No entendía nada, tuve la sensación de

que me estaba volviendo loca.

»Salí del bar medio mareada, todos mis amigos habían desaparecido dejándome sola. Durante unos minutos busqué mi coche por las calles de al lado hasta que al final lo encontré. Estuve sentada dentro del coche pensando en lo que me había sucedido prometiéndome que nunca más volvería a beber. Escuché unos golpes en el cristal de la puerta, no quería girarme por miedo a lo que me podría encontrar, pero debido a la insistencia me giré y vi a una de mis amigas de la facultad.

»Estuvimos hablando un buen rato hasta que se acercaron otros compañeros, uno de ellos empezó a reírse sin parar. Me dijo que habíamos salido varios compañeros del restaurante y empezamos a dar vueltas por las calles, que llevaba una botella de ron en la mano y que entramos en bar a pedir unos vasos y hielo y, como tardaban en atendernos, me fui al baño. Cogieron los vasos y el hielo y se fueron pensando que yo me encontraba fuera.

»Me cagué en su puta madre por no esperarme. A los pocos minutos me estaba riendo con ellos, en cierta manera me alegré de lo que me dijo. Lo primero que pensé fue que iba con una copa de más y no sabía dónde estaba, lo cual me tranquilizó. Se me quitaron las ganas de seguir con la fiesta y lo único que me apetecía era irme a mi casa. Me subí al coche y cuando me encontraba bajando por la avenida central, algo pasó que hizo que el coche se me fuera a la derecha. Tuve que hacer mucha fuerza con el volante para no golpear al coche que estaba aparcado; me quedé a escasos centímetros de distancia, me dio la sensación de que había pinchado, me encontraba a pocos metros de una intersección.

»Me quedé dentro del coche unos minutos, apoyé la cabeza sobre el respaldo y cerré los ojos. No pasaron más de cinco segundos cuando escuché un frenazo seguido de un fuerte ruido. Abrí los ojos y pude presenciar cómo un camión arrolló al coche que venía detrás de mí, arrastrándolo varios metros. Me quedé paralizada, había restos del coche esparcidos por la avenida y volví a escuchar la misma voz que en el baño del bar. Vi una mujer con un viso blanco, me miró fijamente y sonrió, no supe cómo reaccionar, solo me limité a observar cómo se alejaba entre una suave neblina.

Martín se sorprendió al escuchar el relato de Evelin, observó el juego de los dedos y de las manos en continuo movimiento, síntoma de nerviosismo y de inseguridad, la expresión de sus ojos reflejaba angustia al recordar lo sucedido.

—Evelin, ¿recuerdas si esa noche mezclaste algún tipo de medicamento?

—Si lo que me preguntas es si tomé algún tipo de droga, no, lo único tomé fue un ron con Coca-Cola. —Era incapaz de mantener las manos quietas.

—Comprenderás que te haga este tipo de preguntas, ¿pasó algo más esa noche?

—Se presentaron la policía y las ambulancias, la policía me preguntó si había visto el accidente, mientras los enfermeros recogían restos de un cuerpo esparcidos por la carretera. Me preguntaron si estaba sola o estaba con alguien.

—¿Cuál fue tú respuesta? —Evelin no paraba de frotarse las manos.

—No podía decirles lo que me ocurrió, me hubieran tomado por una desequilibrada —respondió con seguridad a pesar de su nerviosismo.

—¿Comprobaste si realmente tuviste el pinchazo en la rueda?

—Sí, me sorprendió ver que las ruedas estaban bien.

—Si las ruedas del coche estaban bien, ¿qué fue lo que te obligó a frenar el coche?

—Quizás la mujer del viso blanco. —Evelin se encontraba algo confusa—. Puse el coche en marcha y me fui a mi casa, lo primero que hice cuando llegué fue encender todas las luces, comprobé que estaba todo correcto y me fui a la cama, dejé las cortinas descorridas para que

entrara algo de luz del exterior. Vivo en un apartamento pequeño en frente de un hotel, por las noches dejan una planta encendida y se refleja en mi habitación una luz tenue.

—¿Qué relación tienes con tus padres? —Evelin evitaba mantener la mirada.

—Mi padre murió, me costó aceptar la muerte, estábamos muy unidos. Él hizo de padre y de madre al mismo tiempo, mi madre murió cuando yo nací.

—Cuánto lo siento, ¿tienes familiares en Santander?

—Sí, tengo un tío por parte de madre. Él ha sido el que me ha ayudado durante todo este tiempo, pero en estos momentos se encuentra fuera por su enfermedad. Tengo unas amigas de la universidad que son como hermanas. —Fue la única vez que marcó una leve sonrisa.

—Por lo menos tienes a alguien que te pueda ayudar, en estos momentos es muy importante no estar sola.De momento te recetaré unas pastillas para dormir y otras para cuando te encuentres agobiada, te irán bien y te encontrarás más relajada. De lo que te ocurrió puede ser que sufrieras un episodio de pánico al encontrarte encerrada en un sitio pequeño, a veces la cabeza nos juega una mala experiencia y una cosa llevó a la otra. Es prematuro diagnosticarte algún tipo de trastorno, a veces nos suceden cosas a las que no damos importancia y se van acumulando en la cabeza. Suelen aparecer cuando menos te lo esperas creándote inseguridad y brotes de ansiedad. Es muy importante controlar todos esos síntomas y para ello tenemos que llevar varios controles. La enfermera te dará una relación de los días que tienes que venir.

Martín no le dio demasiada importancia a los problemas de Evelin, su belleza lo despistó, no siendo objetivo. Obvió el verdadero problema de Evelin. Pensó que cualquiera puede sufrir un episodio de pánico en un momento dado como a él mismo le ocurrió y no por ello tienes que sufrir una enfermedad mental.

Estaba a punto de salir de la consulta cuando entró Karen con un nuevo expediente y lo dejó encima de la mesa. Se miraron de forma distante, Martín no llevaba bien que le ocultaran ciertas cosas que sucedían en el sanatorio.

—Sería importante que le echara un vistazo a este expediente —comentó Karen algo distante.

—¿De qué se trata? —respondió Martín mirándola por encima de las gafas.

—Es un paciente que dice estar poseído por el diablo, Reyes sospecha que fue él quien mató a los dos pacientes cerca de la capilla. Cuando los de seguridad lo cogieron no paraba de hablar de ritos satánicos y su ropa estaba manchada de sangre. Se encuentra en una sala de seguridad aislada, atado de pies y de manos. Es muy agresivo y no responde a los tratamientos que se le están suministrando.

¿Qué médico lo está tratando? —preguntó Martín con las cejas arqueadas.

—El doctor García, no quiero que pienses que te sigo ocultando lo que sucede en el sanatorio, sería aconsejable que lo visitaras.

Capítulo 5

Al día siguiente, sobre las cinco de la tarde, llamaron a la puerta del apartamento, Martín se había quedado un poco traspuesto. El día había sido un poco movido debido a algunos problemas de violencia con los pacientes que se encontraban en el jardín disfrutando de un día soleado. Todo empezó porque a un paciente que se encontraba dibujando le quitaron una la tiza de color y se abalanzó para impedírselo, lo cogió de la cabeza y le mordió la oreja arrancándole un buen trozo.

La sargento Reyes, viendo que Martín no abría la puerta, volvió a llamar, pero esta vez no fue tan considerada y aporreó la puerta hasta que escuchó la voz de Martín. Cuando abrió no se alegró de verla, le transmitió malas vibraciones. Reyes entró al apartamento como si fuese su casa, fue directa a la cocina y se puso un vaso de agua.

—Veo que conoces el apartamento. —comentó Martín de forma irónica.

—Pasé unas semanas viviendo aquí al principio de ingresar a mi madre, ya sabes, entre familiares nos ayudamos.

—¿A qué se debe esta visita de cortesía? —Martín tenía la impresión de que la visita tenía sorpresa.

—Hay un pabellón que lleva algunos años abandonado que se encuentra dentro del recinto del sanatorio. Mi superior me ha encomendado que haga una visita al pabellón y que me asegure de que no hay ningún maleante escondido que pueda ocasionar problemas a los enfermos. Como eres el director del centro, te lo tengo que notificar para que nos des permiso. —Reyes se encontraba un poco insegura, no quería ir sola por miedo a lo que se pudiera encontrar.

—¿Has venido a que te acompañe a visitar un pabellón que lleva años abandonado? ¿No tienes compañeros? —Reyes hizo un gesto con la cara que a Martín le hizo gracia—. Si me dices el verdadero motivo de visitar ese pabellón, te acompaño, pero no me mientas o te irás sola.

—Hace ocho meses hubo cuatro suicidios con un intervalo de veinte minutos entre ellos, se investigó en su momento, pero no se encontró nada que los pudiera relacionar entre ellos. Ayer por la mañana recibimos en la comisaría un sobre, dentro había una fotografía de los cuatro jóvenes en el pabellón realizando una ouija. En la foto aparece una sombra que parece observarlos y en el reverso hay escrita una fecha. Cinco días después se suicidaron. —Reyes sacó la foto del bolsillo y la dejó encima de la mesa. Martín la observó detenidamente arqueando las cejas.

—No estaban solos, es evidente que había alguien más. La noche se está echando encima y hay algo de niebla, si tenemos que ir, hagámoslo ya. —Martín cogió la cazadora y salieron del apartamento.

En el sanatorio habían ocurrido y estaban ocurriendo cosas difíciles de explicar: la muerte de dos pacientes de forma violenta, la desaparición o suicidio del doctor Estrada… El pabellón lo bautizaron con el nombre de Covadonga, iba acompañado por una leyenda negra, se contaba que fue utilizado para realizar torturas buscando sanar la mente; era el sitio apropiado para encerrar los locos más agresivos. Les arrancaban la ropa, los inmovilizaban, yacían días y noches en sudor, entre orina y excrementos. Los torturaron hasta el punto de pedir su propia muerte. Se contaba que los espíritus de las personas que fueron torturadas y que murieron de forma violenta seguían libres por el pabellón buscando venganza. Para ciertas personas solo eran habladurías.

Martín y Reyes no eran conscientes de lo que se iban a encontrar; la noche se cerró más pronto de lo normal, conforme se iban acercando al pabellón la niebla se iba haciendo más espesa, tenían la sensación de que más de mil ojos los estaban observando. Llevaban dos linternas de gran potencia, pero de poco les serviría con la niebla tan espesa. Minutos más tarde llegaron al pabellón, encontraron que la puerta estaba medio abierta, como si los invitaran a entrar. Martín se paró y miró a Reyes como preguntando si estaba segura.

—Vamos, doctor, no me diga que tiene miedo.

Martín fue el primero en entrar y no tardó en percibir malas vibraciones. Siguieron por un pasillo que los llevó a la sala donde los cuatro jóvenes realizaron la ouija les sorprendió ver que sus pertenencias seguían en el mismo sitio.

—Algo les sucedió para que se dejaran sus pertenencias, se asustaron y salieron corriendo. Entraron con la idea de contactar con el más allá colocaron la tabla de ouija sobre el suelo y comenzaron a invocar a los espíritus sin percatarse del peligro estaban desencadenando —comentó Martín arrepintiéndose de estar ahí.

Al principio todo parecía normal, pero a medida que avanzaban por los pasillos comenzaron a sentir una presencia inquietante a su alrededor. Un escalofrío recorrió sus espaldas mientras la temperatura descendía drásticamente. Voces susurrantes llenaron el aire advirtiéndoles de las consecuencias de sus acciones. De repente escucharon un fuerte golpe en una de las habitaciones. Al acercarse encontraron la puerta abierta y enfocaron la luz de la linterna, una presencia oscura comenzó a manifestarse en la habitación. Decidieron que era el momento de salir del pabellón, pero ya era demasiado tarde, los jóvenes contactaron con el otro lado dejando una puerta abierta. Lo que emergía no era amistoso ni benevolente. Se vieron envueltos en una espiral de terror y desesperación. Tenían que salir lo antes posible, retrocedieron y al llegar a la puerta por donde habían entrado se dieron cuenta que estaba cerrada con llave. Desesperados por salir intentaron forzar la cerradura, pero sin éxito. Escucharon unos ruidos extraños que se acercaban. Reyes sacó su arma y le dijo a Martín que se pusiese detrás de ella, pegó dos tiros al aire en señal de aviso. Tuvieron la sensación de que las paredes se moviesen respondiendo a la acción de Reyes. Aterrorizados, corrieron buscando otra puerta para poder salir, y mientras corrían por el pasillo la luz de las linternas comenzó a parpadear. Encontraron otra puerta, pero al intentar abrirla se dieron cuenta que estaba sellada, percibieron que los estaban siguiendo. Finalmente encontraron una ventana rota por donde poder escapar y sin pensarlo saltaron al exterior. Al volver la vista atrás vieron una figura oscura y amenazante que se desvaneció en el aire. La niebla había desaparecido, quedando una noche despejada con el cielo estrellado.

—¿Qué coño ha sucedido? —preguntó Reyes pasándose la mano por la cabeza.

—No tengo explicación alguna, quizás tengas razón y este lugar está maldito, lo único que puedo decir es que no son solo habladurías, aquí sucedieron cosas horribles.

Cuando volvieron al apartamento era entrada la madrugada y, con el susto en el cuerpo, no podía dejar que Reyes se fuese sola a su casa después de la vivencia que habían tenido. Le dijo que se quedara a dormir. Reyes se lo agradeció con una pequeña sonrisa, no quería tener más emociones por esa noche. Martín encendió la televisión y se dejó caer en el sillón viejo, pero muy cómodo. Reyes se dejó caer sobre la cama acompañada por la gata.

Al día siguiente el olor a café despertó a Martín y cuando abrió los ojos vio a Reyes preparando el desayuno.

—¿Qué explicación le das a lo que sucedió anoche? —comentó Reyes mientras se tomaba el café.

—La tensión que aculamos al entrar al pabellón, los ruidos que oímos, el estrés y los nervios nos hizo ver algo que no era real, estábamos sugestionados a que algo iba a suceder y tuvimos un ataque de pánico. —Martín no estaba convencido con la explicación que le dio a Reyes, pero de momento no podía admitir que algo siniestro había en la isla.

—El hombre que tiene explicación para todo. —Reyes sabía que pondría alguna excusa, a pesar de que anoche pensara diferente.

—Tengo que irme a la consulta, mis pacientes me están esperando. —Era consciente de que las excusas se le estaban acabando.

—Si no te importa, me quedaré en el apartamento hasta que lleguen mis compañeros, quiero inspeccionar el pabellón y recoger las pertenencias de los jóvenes.

Martín salió del apartamento más pensativo de lo normal, tenía claro que tenía que haber una explicación para lo que estaba ocurriendo en el sanatorio, una persona puede tener un ataque de pánico en un momento dado, pero lo que sucedió anoche en el pabellón no tenía explicación. Algo maligno había en el sanatorio. Martín no era como otros psiquiatras que negaban la existencia de cualquier presencia sobrenatural. Tenía sus dudas al respecto, pero no podía reconocerlo delante de ciertas personas, lo que no podía hacer era engañarse a sí mismo. Las situaciones que él mismo vivió le hubieran hecho perder la cabeza a otra persona. Si quería tener respuesta, tendría que indagar los inicios del sanatorio y qué fue lo que sucedió años atrás.

Al bajar las escaleras notó una calma extraña; en otras ocasiones, entre las quejas de los pacientes y el rechinar de las ruedas de las camillas y el trajinar de las enfermeras y de los celadores, parecía estar en una parada del metro. Todo se encontraba demasiado calmado, tenía la sensación de que algo iba a suceder y nada bueno. Vio a Karen en medio del pasillo andando de un lado a otro y eso le hizo sentirse inquieto.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, pero no me gusta nada esta calma, algo tuvo que suceder anoche. Los pacientes están muy asustados y no quieren salir de sus habitaciones.

Fueron visitando a los enfermos en sus habitaciones, todos estaban demasiado tranquilos, como si estuvieran sedados; tocaba visitar a los enfermos más delicados y agresivos. Bajaron al primer sótano y entraron al pasillo C, Antonio era el encargado de la seguridad, era el único que podía abrir las habitaciones donde se encontraban los pacientes más conflictivos. Las puertas tenían un cristal de seguridad desde donde podían ver al paciente en cualquier momento sin tener que abrir la puerta. Antonio abrió la puerta. Nicolás se encontraba andando por la habitación, las paredes estaban acolchadas para que no se pudieran golpear. Nicolás había ingresado voluntariamente, durante sus primeras semanas en el sanatorio sus comportamientos entraban dentro de la normalidad. Un día recibió la visita inesperada de una monja y por la noche empezó a tener extraños sueños. Nicolás se sintió cada vez más perturbado. La presencia de la monja en el sanatorio pareció haber desencadenado algo en él. Incapaz de sacudirse la sensación de malestar, Nicolás se sumergió en una espiral descendente de pensamientos oscuros. En un momento de desesperación intentó quitarse la vida por segunda vez, pero en esta ocasión fue descubierto por el personal del sanatorio.

Su situación se volvió aún más complicada cuando reveló a los médicos que durante sus sueños había sentido la presencia de una anciana, quien le susurró palabras inquietantes y le mostraba visiones perturbadoras. Su comportamiento se volvió cada vez más agresivo, se vieron obligados a encerrarlo en seguridad.

Antonio entró primero y se puso en un lateral de la habitación sin quitar la vista a Nicolás. Tenía la mirada llena de tristeza, con algo de confusión y sin ningún atisbo de esperanza. Martín

y Karen entraron con cuidado, conscientes de la sensibilidad del momento.

—¿Cómo te encuentras, Nicolás? —preguntó Martín algo desconfiado por la reacción que podía tener.

—Bien, esperando que todo llegue a su fin. —Nicolás se sentó en la cama con la mirada fija en Martín.

—En tu expediente pone que ingresaste voluntariamente, ¿fue por algún motivo en especial? —Nicolás movió la cabeza y sonrió.

—Es una larga historia y no sé si le gustaría saberla. —Martín se sentó en la silla mientras Karen permanecía de pie. Nicolás lo miró de forma desafiante—. Fui abandonado por la puta de mi madre, ¿le parece bastante motivo o quiere saber más?

—Por desgracia, muchos niños son abandonados por sus padres y no todos quieren que los ingresen en un sanatorio. —Martín observó cómo Nicolás hacía movimientos extraños con el cuello.

—Me acogieron una familia muy religiosa, me obligaron a rezar antes del desayuno, de la comida y de la cena. Por la noche pedían el bien para ellos mismos y yo rezaba para que se muriesen. —Nicolás empezó a sonreír—. Dicen que Lucifer es la personificación del mal y todos están equivocados, es el único que nos puede liberar de este mundo podrido. —Nicolás se levantó de la cama y se puso delante de la ventana, levantó los brazos esperando que algún ser entrara en su cuerpo.

—Entiendo —comentó Martín sin alterarse.

—¡Usted no entiende nada! —gritó Nicolás haciendo que Martín se levantara de la silla y Antonio se pusiera entre los dos—. La muerte de tu mujer solo fue el principio, porque tuviste que venir a interponerte al divino. —Martín se quedó bloqueado por el comentario de Nicolás.

—Si lo que quiere es provocarme, no lo va a conseguir. —comentó Martín de forma pausada. Nicolás seguía sonriendo de forma endiablada.

—Ya están aquí —Nicolás entre sonrisas.

—¿Quién está aquí?

—Los niños, han regresado al lugar donde los torturaron. —Karen y Martín se miraron sorprendidos.

—¿De qué niños hablas? —preguntó Martín mientras Karen daba un paso atrás y se quedaba en el umbral de la puerta.

—Pregúntaselo a Evelin, ella lo sabe. —Nicolás miró a Martín con una sonrisa endiablada.

—¿De qué conoces a Evelin? —Nicolás se le acercó lo suficiente como para notar los latidos de su corazón sin perder la sonrisa.

—Váyase de este lugar, que aún está a tiempo, de lo contrario morirá como lo hizo su mujer.

Karen cogió a Martín del brazo y salieron de la habitación, la visita a Nicolás les descolocó, Martín le preguntó a Karen quién era Nicolás y quién firmó su ingreso. El teléfono de Martín empezó a sonar.

—Reyes, me pillas muy ocupado. —Karen, al escuchar el nombre de su hermana, se preocupó.

—Será mejor que vengas al pabellón. —El tono de voz de Reyes indicaba más problemas.

Martín y Karen llegaron al pabellón algo sobresaltados, les sorprendió ver a tantos miembros de la Guardia Civil por los alrededores. Reyes se encontraba en la puerta como una esfinge. Martín se acercó con paso vacilante, sintiendo el peso de la tragedia en el aire. «¿Qué ha pasado?», preguntó con voz temblorosa, evitando mirar el cadáver. Reyes suspiró mirando a

Martín con una mezcla de tristeza y preocupación. «Parece un ritual satánico». Martín sintió un escalofrío recorrer su espalda, Karen se tapó la boca con las manos para no gritar.

Sobre el suelo yacía el cuerpo de un hombre abierto en canal, le habían sacado todos sus órganos y los habían dejado dentro de una bolsa. El cuerpo se encontraba en un círculo pintado con la propia sangre del fallecido, tres velas formando un triángulo alrededor de su cuerpo, dos a la altura de los hombros y otra a la altura de la cabeza.

Martín se dio cuenta de que el fallecido agarraba algo en su mano derecha y se acercó para verlo mejor. A simple vista parecía la fotografía de una mujer. La cogió con mucho cuidado y el corazón se le detuvo por un momento al reconocer el rostro de su esposa en la fotografía. Sintió un fuerte dolor por todo su cuerpo mientras luchaba por procesar la desconcertante conexión entre este horrendo crimen y su propio pasado. Reyes notó la expresión de Martín y se acercó con cautela.

—¿Qué ocurre, Martín? —preguntó con voz suave, preocupada por su reacción.

Martín apenas pudo articular palabra, pero finalmente murmuró:

—Es mi mujer, ella murió en un accidente de tráfico..

Un miembro de la UCO se acercó a Reyes y le dijo que le acompañara a una de las habitaciones del pasillo, en el ambiente hostil en el que se encontraba no hacía presagiar nada bueno. La primera en entrar a la habitación fue Reyes, seguido de Martín. Se miraron con incredulidad al ver los esqueletos esparcidos en el suelo de la habitación, cada uno de ellos correspondía al de un niño. La escena era desconcertante, y el silencio que los rodeaba solo aumentaba su inquietud.

Se volvieron a mirar y no hizo falta pronunciar palabra para saber lo que sus miradas se decían. Anoche, cuando saltaron por la ventana, la habitación se encontraba totalmente vacía, tenían claro que no se trataba de una fuerza sobrenatural, tuvo que ser una persona quien los dejó después de que ellos abandonaran a todas prisas en pabellón.

Reyes llamó al forense y le explicó la situación con urgencia. El forense, sorprendido por la extraña llamada, accedió a acudir al pabellón de inmediato. Mientras esperaban, Reyes y Martín examinaron minuciosamente la escena en busca de cualquier pista que les pudiese ayudar a esclarecer el misterio. Cada detalle era crucial para entender lo que allí había ocurrido con esos siete niños. Reyes tenía la sensación de que aún habría alguna sorpresa más y dio la orden que se realizara una batida por el exterior. Veinte minutos más tarde un agente dio la voz de alarma, se acercaron al acantilado y vieron un cuerpo flotando sobre el agua.

Martín se encontraba muy confuso con todo lo que estaba sucediendo. La fotografía de su mujer en las manos del hombre desconocido, muerto mediante un rito satánico, el hallazgo de los cuerpos de los niños con claras evidencia de que fueron torturados, y el único que podría tener las respuestas era Nicolás, un enfermo con síntomas de esquizofrenia y que ingresó en el sanatorio por su propia voluntad aconsejado por el párroco del pequeño pueblo de Reinosa.

Martín y Karen regresaron al pabellón principal con la intención de hablar con Nicolás, él fue quien les habló de los niños. Bajaron la escalera al primer sótano. Vieron a Antonio sentado en una silla leyendo una revista de deporte. Era el encargado de controlar a los pacientes más problemáticos. Un hombre corpulento, que en más de una ocasión tuvo que utilizar sus fuerzas para inmovilizar a algunos pacientes algo agresivos.

—Queremos hablar con Nicolás. —dijo Martín con gesto preocupado.

Antonio cogió las llaves y fueron a la habitación, donde se encontraron con el crucifijo de la

puerta bocabajo. Antonio miró a través del cristal de la puerta y vio a Nicolás en medio de un gran charco de sangre, intentó abrir la puerta, pero había algo que se lo impedía. Martín estaba ansioso por entrar y comprobar si Nicolás seguía con vida, era el único que les podría dar las respuestas que tanto necesitaba. Antonio se peleaba con la cerradura intentando abrirla, pero era imposible. Recordó que tenía una llave maestra que no había cerradura que se le pudiera resistir, y cuando se disponía a salir corriendo a por la llave maestra, escucharon un clic y la puerta de la habitación se abrió. Martín empujó la puerta con la mano y, al ver el cuerpo de Nicolás sobre el gran charco de sangre, dedujo que ya no podían hacer nada por él. Era imposible acercarse al cuerpo sin pisar la sangre y no quería contaminar la escena del suicidio. Antonio se encontraba fuera de sí, no entendía lo que había sucedido, no hacía ni cinco minutos que había hecho la ronda y comprobó que todos los internos se encontraban bien.

Karen necesitaba llenar sus pulmones de aire limpio y alejarse por unos minutos del ambiente cargado del sótano. Subió a la planta superior y salió a esperar a su hermana. Mientras tanto, la vida en el sanatorio seguía con normalidad, ajeno a lo que había sucedido en el sótano.

Martín respiró de forma pausada, necesitaba mostrar tranquilidad para afrontar la nueva situación. Llamó a Reyes, que en ese momento se encontraba con el forense.

—Reyes, un paciente se acaba de suicidar en su habitación, tengo la sensación de que lo que está ocurriendo está relacionado. —Martín era consciente de que con la muerte de Nicolás solo se complicaba más la situación.

Martín intentó por todos los medios calmar a Antonio, le hizo entender que era muy importante saber los minutos antes al suicidio de Nicolás. Cuando Antonio se tranquilizó fueron a la sala de control, las cámaras solo controlaban los pasillos y accesos al pabellón central. Recogieron las imágenes de cómo Antonio realizó su ronda y luego regresó a la sala de control. Segundos más tarde se observaba una sombra detenerse delante de la puerta de Nicolás. La cámara del pasillo dejó de grabar y se escucharon los cánticos de Nicolás algo distorsionados, seguidos de un silencio sepulcral.

—¿Pero qué coño ha sucedido? —preguntó Martín.

Reyes y el forense llegaron en el momento en que Martín salió de la sala de control con la cara desencajada. Reyes visionó las imágenes y se sorprendió, le dijo a un compañero que cogiera la tarjeta gráfica de la cámara para analizarla en el laboratorio.

Martín, Reyes y el forense fueron a la habitación donde se encontraba el cuerpo sin vida de Nicolás. El charco de sangre cubría casi por completo el suelo de la habitación y Reyes realizó varias fotografías. El forense se puso una funda en los zapatos, era imposible entrar en la habitación sin pisar la sangre; observó un corte en la muñeca del brazo izquierdo. El corte no era limpio y el dolor que se tuvo que infligir fue inhumano. Cuando sacaron el cuerpo de Nicolás, pudieron apreciar que el corte presentaba desgarro de la piel y había restos de plástico en su interior, era lo suficiente grande para que se desangrara en pocos minutos. El color de su piel era como si llevase muerto una semana, con los ojos hundidos y negros, las pupilas dilatadas.

—¿Es normal que el cuerpo presente ese estado? —preguntó Reyes al forense.

—El color de la piel no es del todo anormal después de perder toda la sangre, lo que no es normal es lo que le ha sucedido a sus ojos. Cuando le haga la autopsia te podrá decir algo más. —El forense cerró la cremallera de la bolsa y se fue murmurando algo.

Los otros pacientes no tardaron en protestar, fue como si de repente hubiesen salido todos de un largo sueño. La situación estaba empeorando por momentos. Martín aconsejó a Reyes despejar el pasillo para que los enfermos no se alteraran más de lo que ya estaban. Martín y Reyes echaron el último vistazo a la habitación antes de que el equipo de limpieza hiciera su

trabajo.

—Martín, tenemos que hablar, te espero mañana por la tarde en la comandancia. —Martín apretó los labios y afirmó con la cabeza.

Martín era consciente de lo mucho que se jugaba, él era el primero que quería resolver todos los asesinatos, pero también era consciente de que no podía ocultar por más tiempo al resto del personal lo que estaba sucediendo en el sanatorio, sin entrar en demasiados detalles de la investigación.

Se suspendieron todas las visitas a los enfermos, se convocó una reunión de urgencia con todo el personal sanitario y Martín, como director y primer responsable del sanatorio, asumió toda la responsabilidad de lo que había sucedido. Era normal que algunos sanitarios tuvieran miedo, negándose a cuidar a los enfermos. Los rumores que corrían por el sanatorio no eran beneficiosos para el lugar. Algunos los calificaban de siniestro y endemoniado, la existencia de la leyenda de lo que allí ocurrió muchos años atrás aún lo empeoraba más. Era muy difícil trabajar en esa situación y Martín era consciente, el daño que se le podría hacer a los enfermos sería irreversible. De las muertes que se produjeron apenas entró en detalle, ni tampoco sobre la desaparición del doctor Javier Estrada. Insistió en que, de producirse una muerte más, las posibilidades de cerrar el sanatorio eran muy altas, y el cierre conllevaría la pérdida de los trabajos.

Entre los asistentes se encontraba Samuel, que buscaba intensamente con la mirada llamar la atención de Martín. Cuando terminó la reunión, Martín se acercó a donde se encontraba Samuel y se percató de que entre sus manos ocultaba algo.

—¿Qué sucede, Samuel? —preguntó Martín sin quitar la vista de sus manos.

—Hace unos días bajé al sótano donde se encuentran las calderas, y buscando una aceitera encontré este diario. Cometí el error de no dárselo en su momento, lo dejé en el almacén y ayer comencé a leerlo. Fue una torpeza por mi parte, será mejor que usted mismo lo lea.

—Ahora me tratas de usted, esto empieza a asustarme.—Samuel le entregó el diario como si le entregara al mismísimo diablo, agachó la cabeza y se alejó pidiéndole disculpas.

Martín se quedó sorprendido por el nerviosismo de Samuel y observó el diario con determinación. Era un diario antiguo que le recordó a uno que tenía su madre de cuando era una niña. Las tapas eran de piel muy envejecida y en su portada ponía el nombre de Magdalena Torres. Abrió el diario y leyó lo que ponía en su primera página: LA HACIENDA DE LOS GRITOS. «Curioso nombre», pensó. Cerró el diario y se lo llevó a su apartamento para leerlo con mayor tranquilidad.

El sanatorio estaba con poca actividad, se decidió que se sacaran a los enfermos en grupos reducidos para que pasearan por los jardines. Fue muy extraña la forma de comportarse, era como si fuesen conscientes de lo que estaba sucediendo en el sanatorio, apenas hablaban entre ellos. Como si hubiesen abandonado su mundo imaginario y hubiesen regresado al real, incluso algunos pacientes pedían regresar a sus habitaciones. Se dice que los animales prevén cuando va a suceder una catástrofe y nunca se suelen equivocar. Lo mismo les sucedía a los enfermos del sanatorio.

Capítulo 6

Reyes se encontraba en la comandancia de la Guardia Civil, sobre su mesa descansaba el expediente de Nicolás. Su historial era algo sorprendente, sus padres lo abandonaron en la puerta de la iglesia de Cernégula, en Burgos. Su vida de adolescente la pasó en centros de acogida. Lo detuvieron varias veces por pequeños hurtos para costearse su adicción a la droga, su última detención fue por realizar ritos satánicos en la iglesia del pueblo de Reinosa. Lo condenaron a trabajos sociales y uno de ellos fue la limpieza de la iglesia. Entabló una relación de amistad con Ezequiel, el párroco. Su asistencia a la iglesia se hizo bastante asidua, y conforme fueron pasando los días se ganó la confianza del párroco, que le ofreció una pequeña vivienda parroquial a cambio de trabajos en la iglesia.

Reyes vio necesario desplazarse a Reinosa para hablar con el párroco. Cogió las llaves del coche y, cuando se disponía a salir de la comandancia, Martín entraba por la puerta.

—No te esperaba tan pronto —dijo Reyes poniéndose las gafas de sol.

—¿Sabéis algo más sobre Nicolás? —Martín mostraba algo de preocupación por la posible implicación de Evelin.

—Me disponía a visitar al cura de Reinosa, fue la última persona que estuvo con Nicolás antes de ingresar en el sanatorio. Si no estás muy ocupado, me puedes acompañar. —Martín no se lo pensó dos veces y se subió al coche de Reyes—. Las pertenencias de los jóvenes que se suicidaron las encontramos cerca del acantilado, del cuerpo que hemos recuperado del agua hemos descartado que se trate del doctor Estrada. Alguien estuvo en el pabellón después de que nosotros nos fuéramos. Tuvo el tiempo suficiente para matar a Rafael y hacer con su cuerpo un ritual satánico, lo que no sé es cómo llegaron los esqueletos de los niños a la habitación.

—¿Quién pudo llevar a Rafael al sanatorio y hacer un ritual satánico? —preguntó Martín algo pensativo.

—El que lo hizo quiso darte un mensaje, no tiene otra explicación que tuviese una fotografía de tu mujer. —Martín permaneció en silencio.

Una hora más tarde Reyes estaba aparcando el coche en el lateral de la iglesia, en esos momentos una mujer salía por la puerta de la sacristía y le preguntaron por el cura. La mujer dudó al principio de las intenciones de Reyes y Martín, pero en el momento que Reyes le mostró la placa, la mujer los acompañó a donde se encontraba Ezequiel.

Reyes hacía muchos años que no pisaba una iglesia, la última vez fue en el funeral de su madre. Desde la muerte de su mujer había perdido toda la fe. Para él, los curas eran meros trabajadores mandados por el Vaticano, como si de una empresa se tratase.

El cura se encontraba en el altar dando los últimos toques a las flores que minutos antes habían dejado. La mujer que los acompañaba se acercó a Ezequiel y le dijo en voz baja que quería hablar con él. Antes de salir del altar se santiguó y rezó durante unos segundos. Reyes y Martín se quedaron en la sacristía hasta que Ezequiel estuvo disponible.

—Perdonad por la espera —dijo mientras besaba la biblia.

—Veníamos a preguntarle por Nicolás, usted fue la última persona que habló con él antes de ingresar en el sanatorio.

—Vayamos a otro lugar para hablar de Nicolás, este no es el sitio adecuado. —Reyes y Martín se miraron extrañados.

Ezequiel abrió un cajón de una cómoda y sacó unas llaves, les hizo una señal para que lo acompañaran. Salieron de la sacristía por la misma puerta que entraron y anduvieron por una calle estrecha hasta llegar a una casa que hacía rincón. Abrió la puerta y les invitó a entrar.

—Hay cosas que no se deben hablar en suelo sagrado. —Reyes y Martín cruzaron sus miradas.

—Supongo que es la vivienda donde residió Nicolás.

—Supone usted bien, he pensado que les interesaría ver dónde vivía, está todo igual que como lo dejó. —Reyes entró en la única habitación que había en la vivienda y hubo algo que le sorprendió.

—Tratándose de una vivienda de la Iglesia, me llama la atención que no haya ningún crucifijo ni imágenes de santos. —Ezequiel la miró fijamente durante unos segundos.

—Nicolás era una persona un poco peculiar. Decía que a través de los signos religiosos podía acceder hasta él. Su ascendencia siempre ha estado marcada por los malos augurios, sus antepasados lo relacionaron con la brujería. De hecho, fueron desterrados del pueblo de Cernégula, su abuela se ganaba la vida haciendo rituales para familias pudientes. Nicolás fue abandonado en la puerta de una iglesia con una nota que decía que era hijo del diablo engendrado en un lugar santo. El cura Narciso no le dio importancia y pensó que se trataba de unos padres alcohólicos que simplemente abandonaron a su hijo. Nicolás estuvo de acogida en varias familias muy religiosas, vieron en él algo que los hacía estar incómodos y al final siempre terminaba en algún centro de acogida.

¿Cómo puede saber tanto de sus familiares, de la brujería y que fueron desterrados? Posiblemente haya una explicación más sencilla: Nicolás desde niño sufrió esquizofrenia con algún tipo de delirio, que se fue acentuando hasta llegar al suicidio —comentó Martín tratando de dar normalidad a la historia de Ezequiel.

—Los psiquiatras todo lo argumentan con la esquizofrenia, en el registro de la iglesia de Cernégula así consta. Yo mismo presencié cómo Nicolás estuvo poseído por el diablo. El Jueves Santo del año pasado vine para hablar con Nicolás, llamé a la puerta y, al no tener respuesta, la abrí con la llave. Nicolás se encontraba en el mismo sitio que usted, desnudo frente al espejo hablando en latín con la cabeza inclinada hacia atrás y con los ojos ensangrentados. Empecé a rezar en voz alta, Nicolás me miró y dejó de hablar, las ventanas empezaron a abrirse y cerrarse y una fuerte corriente de aire me empujó contra la puerta, del golpe perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba tumbado en la mesa del altar con un fuerte dolor en el pecho. —Reyes y Martín se miraron y pensaron que era otra historia más—. Veo que no me creen —añadió enfadado.

Ezequiel se quitó la chaqueta y se desabrochó los botones de la camisa, Reyes y Martín arquearon las cejas al ver lo que le habían marcado sobre el pecho. Era el mismo dibujo satánico que vieron en el pabellón del sanatorio.

—¿Fue Nicolás quien se lo hizo? —preguntó Reyes pasándose la mano por el pecho.

—Se lo pregunté repetidas veces, pero él siempre lo negó. Nicolás fue cambiando, ponía cualquier excusa para no entrar a la iglesia, su comportamiento empezó a ser muy extraño. Un día lo vi con la ropa manchada de sangre y pocos días después aparecieron animales muertos por los alrededores de la iglesia. Estuve varios días sin saber nada de Nicolás, fue como si se lo hubiese tragado la tierra. Hace unos meses llamaron a la puerta de la sacristía, era Nicolás acompañado por una mujer. Me pidió que le bendijera y que rogara por su alma. Me comentó que había tomado la decisión de ingresar en el sanatorio en la isla de Pedrosa.

—¿Por casualidad se acuerda cómo se llamaba la mujer que lo acompañaba? —preguntó Martín.

—La mujer se llamaba Evelin. —Martín sintió como si le hubiese atropellado un camión.

De regreso a Santander, Martín apenas pronunció palabra, el simple hecho de pensar que Evelin estaba relacionada con lo sucedido en el sanatorio le ponía los pelos de punta. Tenía que haber una explicación. No podía esperar al día siguiente para hablar con ella, así que le dijo a Reyes que lo dejara en el Paseo la Pereda. Minutos más tarde Reyes paró el coche en los jardines que hay enfrente de donde vivía Evelin.

Durante varios minutos anduvo por los jardines pensando si subir hablar con Evelin o dejar pasar unos días, pero necesitaba tener respuestas inmediatas.

Se paró delante del edificio y vio cómo las cortinas del salón se movían. Fue entonces cuando tomó la decisión de subir y despejar todas las dudas. No hizo falta llamar al timbre, la puerta del edificio se encontraba abierta, y prefirió subir por las escaleras para descargar toda la adrenalina acumulada.

Llamó a la puerta con delicadeza, segundos más tarde Evelin abrió la puerta y se sorprendió al ver a Martín en el umbral. Martín no podía quitar la vista de sus ojos, su mirada y su belleza lo hipnotizó por unos instantes.

—Pasa, por favor, no te quedes en la puerta. —Martín entró a la vivienda con paso lento observando el mínimo detalle. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa y Evelin se sentó enfrente. Se miraron durante unos segundos esperando que el otro fuera el primero en hablar.

—Perdona que haya venido sin avisarte, necesito hablar contigo para poner mis ideas en orden. Han sucedido algunos hechos donde tu nombre ha salido a relucir y necesito que me lo aclares. —Martín se sorprendió al ver la expresión de Evelin.

—Dime en qué te puedo ayudar y te responderé a todo. —Martín seguía viendo a Evelin como una mujer dudosa de sí misma. Era imposible que estuviese relacionada con las muertes del sanatorio.

—¿Conoces a un hombre llamado Nicolás? —El semblante de Evelin cambió por completo.

—Si —contestó algo nerviosa.

—¿Desde cuándo lo conoces? —preguntó Martín mirándola fijamente a los ojos. Evelin se tomó unos segundos para contestar.

—Una de las veces que fui a ver a mi tío al sanatorio, Nicolás estaba en su despacho, mi tío me lo presentó. —Martín arqueó las cejas.

—¿El doctor Morales es tu tío? ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—¿Qué hubiese cambiado? —Evelin tenía la sensación de que en cualquier momento rompería a llorar—. Mi tío me pidió que lo acompañara al pueblo de Reinosa, Nicolás tenía que hablar con el párroco de la iglesia. Me extrañó que me lo pidiese, supongo que su motivo tendría. —Martín se encontraba contrariado.

—¿Fue el único día que lo viste?

—No, llevaba unos días que me encontraba bastante mal y fui al despacho de mi tío. Al verme me dijo que me sentara y le comenté que me encontraba muy agobiada, tenía pesadillas horribles de niños atados con correas y siendo torturados por unas personas a las que no podía ver. Los niños me miraban pidiéndome ayuda y yo no podía hacer nada, no paraban de gritar hasta que de repente dejaron de hacerlo. Cerré los ojos y cuando los abrí estaban muertos sobre el suelo de una habitación. Todo fue tan real que me hizo dudar de mí misma. Mi tío intentó calmarme y fue cuando escuche un ruido y vi a Nicolás salir de detrás de unas cortinas con una sonrisa endiablada. Mi tío se enfadó mucho y le dijo que saliera del despacho y ya no volví a verlo más. —Evelin se encontraba confusa y algo nerviosa—. ¿Por qué me preguntas por

Nicolás?

—Había ingresado voluntariamente en el sanatorio, sucedieron cosas extrañas y fui a su habitación para hablar con él. Horas más tarde se suicidó cortándose las venas. Él fue quien me habló de los niños.

—Fue solo una pesadilla —comentó Evelin mientras se bebía un vaso de agua.

—Los restos de los niños aparecieron en una habitación tal como dijiste. —Las manos de Evelin se volvieron débiles, el vaso de agua se le escurrió de las manos y se rompió en mil pedazos.

Estaba rota de dolor, no encontraba sentido a que apareciesen los restos de los niños si solo se trató de una pesadilla. Pensó que alguien la estaba manipulando. Nicolás no pudo poner los huesos de los niños porque estaba encerrado en su habitación, y no pudieron aparecer por obra divina, tuvo que ser la persona responsable de los asesinatos, pero ¿quién?Martín consiguió que Evelin se calmara y se ofreció para quedarse y hacerle compañía, pero Evelin la rechazó en varias ocasiones. Viendo su negativa se fue del apartamento, se despidió de Evelin y le dejó su número de teléfono por si cambiaba de idea. Cogió un taxi y lo dejó en el sanatorio, se encontraba pensativo y algo dudoso, estaba convencido que el mal se había instalado allí. Recordó el diario que le dio Samuel, era el momento ideal para leerlo y con algo de fortuna podría sacar algo en claro.

Cuando entró a su apartamento se encontró con la gata enfrente como si lo estuviese esperando. Shely levantó su rabo en señal de alegría y siguió a Martín por todo el apartamento.

—Por fin alguien se alegra de verme —exclamó Martín.

El diario se encontraba en un antebrazo del sillón esperando que alguien lo leyese. Se sentó y, a pesar del tiempo transcurrido, en su portada se podía leer:

Magdalena Torres, año 1928. La hacienda de los gritos.

Mi familia es la responsable de que esté en este lugar siniestro, me diagnosticaron demencia precoz, querían curar mi rebeldía y lo único que consiguieron fue que me volviese medio loca. Después de muchos días encerrada sin apenas ver luz del día como si fuese un animal enjaulado, cuando tengo algo de lucidez pienso qué motivos he podido dar para estar en esta situación. Lo primero que hacen es anularte como persona, de esta forma estás en sus manos sin poder hacer nada para remediarlo. He sido violada repetidas veces mientras estaba bajo los efectos de los medicamentos. A nadie le importaba lo que podía sentir. Las enfermeras, algunas de ellas monjas, son las peores, creen que tenemos el demonio dentro del cuerpo; y los enfermeros, más bien carceleros, seguían ritualmente las indicaciones del carnicero del director.

Hoy he podido reunir la suficiente fuerza para poder escribir, los medicamentos que nos dan nos dejan como parásitos, apenas podemos pronunciar palabras. Nos pasamos la mayoría de las horas entre sueños oscuros sin esperanzas de mejorar. Me encuentro en el edificio al que llaman Covadonga, dicen que el nombre se lo puso el director por homenaje a la hermana. Según decían las monjas, la hermana del director estaba más loca que una cabra, mató a su propio hijo recién nacido porque decía que estaba poseído por el diablo y no dejaba de llorar.

Este lugar fue construido para albergar a los locos más agresivos, toda una falacia. Era la excusa que ponían para tratarnos como animales, apenas podíamos ver la luz. Cuando encontramos algo de paz en nuestro interior comenzaban de nuevo los gritos. Gritos de dolor y de pánico producidos por el maltrato y los medicamentos que nos administraban, nos provocaban espasmos, ataques semejantes a la epilepsia, te anulan como persona rezando para que la muerte se apiade de ti, que te abrace entre sus brazos y que no te deje regresar al

infierno. Según el doctor que nos suministraba el medicamento, era para que salieran todos los malos humores insanos del cuerpo, provocándote profundas depresiones. Mucho tiempo pasé sin saber quién era, estaba perdida dentro de mí; perdí la esperanza de que algún día pudiera ver la luz del día, tenía la convicción de que terminaría en una fosa común o, peor aún, siendo devorada por el fuego. He visto con mis propios ojos cuerpos quebrados como si fuesen muñecos de trapo. Rogábamos a Satanás que nos ayudara a sobrevivir porque Dios nos había abandonado. Los gritos y lloros de niños se repetían una y otra vez en mi cabeza, los torturaban con la excusa de sanar sus mentes, muchos no lo pudieron soportar y murieron. Escuché decir que había cuerpos de niños amontonados y que luego fueron quemados, otros terminaban enterrados y amontonados en fosas comunes. Estoy segura de que algún día sus almas regresarán pidiendo justicia. Nunca perdonaré a mi familia por haberme metido en este maldito lugar y por eso los maldigo. Apenas me quedan fuerzas para seguir escribiendo, puedo escuchar los pasos que vienen a mi habitación. Es mi turno, no sé qué es lo que me espera, pero puedo imaginármelo, no sé si esta vez podré soportarlo o si será mi última noche en este mundo maldito.

Martín no pudo seguir leyendo y cerró el diario con algunas lágrimas en sus ojos, se preguntaba por qué tanta agresividad con los enfermos. Hubo un tiempo en que a las personas con trastorno mental se las trataba como poseídas por espíritus diabólicos, especialmente por la Iglesia católica, que consideraban los síntomas como algo relacionado con la brujería.

Un ruido procedente de la habitación le hizo salir del estado en que se encontraba, Notó un olor a jazmín, se levantó del sillón y fue a la habitación sin pensar con qué se iba a encontrar. La fotografía de su mujer estaba rota en mil pedazos, la habitación estaba revuelta como si hubiese pasado un tifón. De repente todo se oscureció como si la noche se hubiese apoderado del día Intentó encender la luz varias veces, pero todo seguía en una oscuridad diabólica. Escuchaba pasos por su alrededor, y luego una voz muy aguda que parecía proceder del mismo infierno. Los nervios lo bloquearon, la sensación de ahogo era persistente con la sensación de que en algún momento perdería el conocimiento. Segundos más tarde un fuerte golpe sonó en la habitación y la gata dio un fuerte maullido que se pudo escuchar en todo el sanatorio.

Karen llamó varias veces a la puerta sin tener respuesta. Sabía que Martín se encontraba dentro y que algo había ocurrido. Bajó corriendo en busca de Samuel, que se encontraba en la recepción.

—Samuel, algo le ha sucedido al doctor Martín —exclamó con voz entrecortada.

Samuel cogió su bolsa de herramientas y subieron al apartamento. Podían escuchar el maullido de la gata, notaron un fuerte olor a jazmín. Samuel aporreó la puerta y como no tuvo respuesta, forzó la cerradura. Cuando la puerta se abrió se quedaron impactados por el desastre que había en el apartamento: no quedaba un solo mueble de pie, daba la sensación de que el apartamento había sufrido un tsunami. Ventanas abiertas con los cristales rotos, las puertas fuera de su sitio y los muebles destrozados, a excepción del sillón viejo, que estaba intacto. Entraron y fueron a la habitación, Martín se encontraba en el suelo con un fuerte golpe en la cabeza que no paraba de sangrar. La gata no paraba de lamerle la mano para que reaccionara. Karen comprobó que solo estaba inconsciente. Cogió un paño de cocina, lo mojó con agua y se lo puso en la nuca mientras le curaba la herida de la cabeza. Poco a poco Martín fue recobrando la conciencia, y lo primero que hizo fue preguntar por la gata. Entre Karen y Samuel lo incorporaron y lo sentaron en el sillón.Al ver cómo había quedado el apartamento, preguntó qué había sucedido. Karen y Samuel se miraron y comentaron que lo mejor que podían hacer era bajar a Martín para realizarle algunas pruebas médicas.

Capítulo 7

El día había amanecido lloviznando y con algo de niebla, un día triste y oscuro para Evelin. Se encontraba en la habitación a oscuras por una fuerte jaqueca; le reconfortaba la oscuridad y no tardó en quedarse dormida.

Su corazón latía rápidamente mientras sentía una presencia inexplicable a su alrededor. Cada sombra parecía cobrar vida, el aire se volvió denso y la invadió una sensación de inquietud. El miedo la consumía, sabía que no estaba sola, pero no podía ver quién estaba allí.

Su cuerpo temblaba incontrolable y su piel se erizaba con cada susurro del viento que se colaba por las rendijas de la ventana. Evelin miró a su alrededor con ojos llenos de angustia, sintiendo cómo la atmósfera se volvía opresiva y cargada de energía negativa. Encendió la lámpara de la mesita, la luz parpadeaba iluminado la habitación débilmente, creando sombras inquietantes en las paredes. A medida que la oscuridad se adueñaba de la habitación, sus oídos captaron susurros indistintos y sibilantes que parecían provenir de todas partes. Su corazón latía desbocado en su pecho mientras su mente imaginaba figuras fantasmales acechando en cada rincón.

Cada pequeño ruido la sobresaltaba haciendo que su cuerpo se tensara aún más. Los pasos silenciosos y los crujidos misteriosos resonaban en el ambiente, alimentando su temor creciente.

Sentirse observada intensificaba su terror, provocando un escalofrío que recorría su espalda. Intentaba convencerse a sí misma de que era cosa de su imaginación y de los efectos de la oscuridad, pero no podía ignorar la sensación palpable de que algo más estaba presente. Cada fibra de su ser le gritaba que debía huir, pero sus piernas parecían estar paralizadas por el miedo.

En ese momento, un susurro casi inaudible se deslizaba hacia su oído con un escalofrío que bajaba por su columna vertebral. «No estás sola», susurró una voz siniestra. El miedo se apoderó de ella por completo dejándola en un estado de puro terror mientras luchaba por comprender que una fuerza maligna la rodeaba en la habitación.

Observó una figura maligna de ojos rojos sangrantes que se le acercaba y por unos segundos pensó en dejarse ir, pero una voz de su interior le repetía una y otra vez «Despierta, solo es un sueño».

Evelin despertó angustiada, con un sudor frío, dificultad para respirar y con el pulso muy acelerado. Se levantó de la cama y abrió todas las ventanas para que entrara aire limpio y fresco.

No le importó que estuviese lloviendo y que las rachas de aire entrasen el agua de la lluvia. Recordó el sueño a la perfección, como si hubiese ocurrido de verdad. No pudo evitar que se le erizaran los pelos de los brazos, se convenció de que no podía seguir en esa situación o en cualquier momento moriría de un infarto. Tenía que intentar poner remedio y buscar una explicación coherente a lo que le estaba sucediendo, y para ello necesitaba la ayuda de Martín. Tal vez se equivocó al rechazar su ayuda, pero estaba a tiempo de remediarlo. Cogió el teléfono y llamó a Martín repetidas veces, pero la respuesta fue la misma, siempre estaba comunicando. Su cuerpo se encontraba pegajoso y sudado, necesitaba con urgencia una ducha, pero al mismo tiempo le preocupaba encerrarse en el baño. Abrió la puerta y puso una silla para impedir que se cerrara y se duchó con agua fría sin quitar la vista de la puerta. Las gotas de agua le parecían escarcha, pero no le importó. Se puso el albornoz, necesitaba entrar en calor si no quería morir de una hipotermia, quizás ducharse con agua fría no fue una buena opción. Cogió el teléfono y de

nuevo llamó a Martín, que en esta ocasión sí estaba operativo.

—Martín, soy Evelin, quería disculparme por mi comportamiento, fui una estúpida al rechazar tu compañía, necesito ver… —La persona al otro lado de la línea no la dejó terminar, le sorprendió la voz de una mujer—. ¿Quién eres? —preguntó Evelin algo confusa.

—Soy Karen, la enfermera, Martín ha sufrido un percance y le es imposible hablar en estos momentos.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó angustiada.

—No puedo decirte nada más, le diré que has llamado y cuando pueda te devolverá la llamada.

Evelin no podía esperar a que Martín le devolviese la llamada, le preocupó que no le respondiera y pensó que algo grave le había ocurrido. Cuando se disponía a salir de su casa para ir al sanatorio, se percató de que le habían echado un sobre por debajo de la puerta.

La carta contenía un mensaje que mencionaba su nombre y le revelaba la existencia de secretos ocultos que podrían cambiar su vida para siempre. Quizás no eran solo sueños, algo de realidad había. El mensaje de la carta le hizo ponerse alerta y algo en su interior cambió, no podía seguir aparentando ser una mujer débil y frágil. Si quería tener respuestas y llegar al meollo de la cuestión, tenía que dar un paso al frente.

Capítulo 8

El caso del sanatorio fue uno de los más desafiantes a los que la sargento Reyesse había enfrentado en su carrera como oficial de la Guardia Civil.

Había pasado semanas investigando y recolectando pruebas, y, aun así, la verdad parecía estar siempre fuera de su alcance. Reyes era una mujer testaruda y nunca dejaba una investigación por acabar. En esta ocasión contaba con una colaboración especial que estaba segura de que le ayudaría a resolver todos los enigmas: el doctor Martín, incrédulo para ciertas cosas, pero con la mente lo bastante abierta para entender el origen de los crímenes.

Tenía la certeza de que los suicidios de los jóvenes y los crímenes que se habían cometido en el sanatorio estaban relacionados. A diferencia de Martín, ella sí creía que había fuerzas sobrenaturales y que una mano endemoniada estaba detrás de todo lo sucedido.

En la dependencia de la UCO se recibió una llamada que haría más complicada la investigación. La llamada provenía del pueblo de Reinosa, de la sacristía de la iglesia. La voz entrecortada comentó que había sucedido una tragedia en la iglesia.

Dos patrullas de la UCO, comandadas por Reyes,se desplazaron hasta Reinosa Conforme fueron acercándose al pueblo el cielo empezó a cubrirse de unas nubes oscuras como anunciando que el fin del mundo estaba cercano. No era muy extraño que algo así pudiera suceder. Era época de borrascas, pensó Reyes mirando cómo los truenos y los relámpagos se alineaban.

Primero fueron pequeñas gotas de agua, como dando un aviso de lo que estaba por llegar. Aparcaron frente a la sacristía, y cuando salieron de los coches un fuerte viento los recibió acompañado por una lluvia intensa, el cielo oscureció de tal manera que daba la sensación de que estaba anocheciendo; la luz se fue en todo el pueblo y las caras de algún miembro de la UCO mostraron algo de temor.

Llamaron varias veces a la puerta de la sacristía, pero no hubo respuesta. La lluvia no cesaba, golpeándolos con dureza. Un compañero les gritó que la puerta de la iglesia estaba abierta.

Reyes, linterna en mano, fue la primera en cruzar el umbral de la puerta de la iglesia, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. La oscuridad era opresiva, solo interrumpida por el leve haz de luz que proyectaba su linterna.

El silencio era sepulcral, solo roto por EL sonido incesante de la lluvia golpeando los viejos vitrales.

Avanzó cautelosamente entre las bancadas cubiertas de polvo mientras el resto del equipo la seguía dos metros por detrás. De repente sus ojos se posaron en algo que la dejó sin aliento; un hombre crucificado en el altar mayor.

Su cuerpo se encontraba cubierto de sangre, sus extremidades extendidas y clavadas a la madera.

Reyes se acercó despacio, sintiendo una mezcla de horror y fascinación ante aquella escena macabra. El rostro del hombre crucificado era una máscara de dolor y sacrificio, pero había una extraña serenidad en sus ojos penetrantes. Tardó varios minutos en darse cuenta de que el hombre crucificado era el párroco de la iglesia.

Reyes examinó determinadamente el lugar en busca de alguna pista que pudiera explicar tan espeluznante hallazgo. Había señales de violencia, pero ni rastro de quién pudo haber perpetrado

aquel acto.

Todo parecía haber sido cuidadosamente planeado y ejecutado, Reyes se sentía abrumada por la magnitud de lo que había descubierto. ¿Qué mensaje quería transmitir? Aquello no era obra del diablo, sino de una persona perturbada.

Reyes salió de la iglesia unos minutos, necesitaba respirar aire limpio. La lluvia no cesaba de caer con fuerza, dando la sensación de que se trataba de un castigo divino. Desde el interior de la iglesia la llamaron repetidas veces.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Será mejor que vengas a la sacristía. —Al entrar en la iglesia vio que un compañero no pudo soportar la presión, como a ella le ocurrió.

Una mujer se encontraba sobre el suelo de la sacristía con la cabeza aplastada por una piedra de granito, la escena era macabra, y la visión del corazón arrancado de su pecho añadía un horror aún mayor. Reyes miró a su compañero con expresión de horror, sintiendo un nudo en el estómago. Quitaron la piedra de su cabeza y taparon su cuerpo con una sábana. ¿Qué tipo de ritual o sacrificio habrían realizado en este lugar sagrado? Registraron hasta el último rincón de la sacristía sin saber en realidad lo que estaban buscando. Un cajón de la cómoda se cayó al suelo y se rompió, dejando a la vista que contenía un doble fondo. Quitaron la tapa de madera que lo cubría y su sorpresa fue mayúscula al ver que contenía un libro antiguo.

Reyes cogió el libro con mucho cuidado y lo puso encima de la mesa, se trataba de una Biblia satánica. Reyes abrió la Biblia con precaución, sintiendo una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Las páginas estaban llenas de símbolos oscuros y pasajes intrigantes. Mientras hojeaba la Biblia, su compañero observaba con cautela preguntándose qué secretos revelaría esa lectura inusual.

A medida que se alejaban de la sacristía, una sensación de paranoia se apoderó de ellos. ¿Quién más podría estar involucrado en este oscuro mundo de secretos y sacrificios? La búsqueda de respuestas los llevaría por un camino peligroso y lleno de misterio, donde la línea entre lo sobrenatural y lo terrenal se desvanecía cada vez más.

El sol comenzaba a asomarse entre las nubes dispersas después de la lluvia, el bullicio de guardias civiles inundaba las tranquilas calles del pueblo de Reinosa. La noticia de los dos crímenes horrendos se propagaba a toda prisa, aunque, paradójicamente, los vecinos parecían reaccionar con una extraña pasividad. Reyes y varios miembros de la unidad observaron con perplejidad que los lugareños continuaban con sus actividades cotidianas como si nada hubiera sucedido. Algunos murmuraban entre ellos en voz baja, pero la mayoría parecía indiferente ante los horrores que habían ocurrido en su pueblo.

Esta reacción inusual solo aumentó el misterio que rodeaba a Reinosa. ¿Por qué los habitantes del pueblo parecían tan resignados ante tales atrocidades? ¿Habría algo más oscuro acechando en las sombras, algo que los lugareños preferían no reconocer? Reyes se dio cuenta de que descubrir la verdad detrás de estos crímenes los llevaría a enfrentarse no solo a los perpetradores físicos, sino también a los oscuros secretos arraigados en la psique colectiva del pueblo.

Capítulo 9

Martín se encontraba bastante recuperado del golpe, aunque el aparatoso vendaje que le pusieron le cubría media cabeza. Martín respiró profundamente antes de abrir la puerta del apartamento. Al entrar, el olor a humo y el caos reinante lo golpearon de inmediato. Samuel se sorprendió al ver cómo habían quedado los muebles. «Esto no tiene arreglo», pensó para sí mismo. Se acercó con cuidado a lo que quedaba de su hogar, tratando de entender cómo había llegado a ese estado. Entre los escombros encontró un extraño símbolo grabado en la pared, lo que confirmó sus sospechas sobre fuerzas más allá de su compresión. Samuel se fijó en el símbolo, no pudo evitar que un escalofrío corriese por su piel.

—Un símbolo como ese lo vi hace unos días en una película de miedo, las personas que vivían en la casa estaban poseídas por el diablo. Esa noche no pude pegar ojo.

—El diablo, como tú dices, no existe —comentó Martín quitándole importancia—. Me alojaré en un hotel mientras duren las obras, compraré muebles nuevos y todo solucionado. Sea lo que sea lo que haya provocado este desastre, no me obligará abandonar el sanatorio —comentó Martín para sí mismo.

Martín fue a cerrar la ventana del salón y le impactó ver a una monja mirando hacia la ventana. Llamó a Samuel, pero este no respondió. La monja seguía mirando fijamente hacia la ventana con una expresión de profundo temor en su rostro. Volvió a llamar de nuevo a Samuel y este al final respondió, cuando se quiso acercar a la ventana la monja había desaparecido. Se preguntó si la monja sería la misma que solía visitar algunos pacientes.

Martín bajó las escaleras con la precaución de no caerse; aunque aparentemente se encontraba bien, de vez en cuando sufría pequeños mareos. Entró en el despacho de Morales Era una de las pocas veces que se le podía ver cabreado, tenía la sensación de que Morales lo había engañado con algún fin nada halagüeño para él.

Las cortinas impedían que entrara la luz del exterior, se sentó en el sillón y atrajo su atención un hilo de luz que entraba a través de la ventana y se reflejaba sobre una vitrina antigua. Se fijó en unas iniciales de color dorado. Intentó abrir la vitrina, pero estaba cerrada con llave, cogió un pequeño destornillador y forzó la cerradura. Había una carpeta que contenía unos planos del sanatorio de cuando hicieron la reforma, pero había otro más antiguo dibujado a mano. Los comparó y vio que en los planos de la reforma acortaron una zona del pasillo del pabellón A.

Con los planos en la mano salió del despacho, contó los pasos que había en el pabellón A y B, y le sorprendió que el pasillo del pabellón A fuese seis metros más corto que el pabellón B. No convencido, salió y dio varias vueltas al sanatorio. Comprobó que no había ningún tipo de retranqueo en el edificio para justificar la diferencia de metros de un pabellón al otro. Estaba convencido de que cuando hicieron la reforma ocultaron algo que no querían que se viese.

Martín, de regreso con media sonrisa, era consciente de que había dado con algo muy importante. Pensó que detrás de esa pared había una sala que podía aclarar algunos misterios. No podía entrar con una maza y tirar la pared para ver lo que había detrás, había aprendido desde su llegada al sanatorio que las sorpresas a veces no son muy agradables. Se lo tenía que decir a la sargento Reyes, a la cual le gustaba inspeccionar sitios siniestros y este podría ser uno de ellos.

Karen vio a Martín cuando se disponía a salir para ir a la comandancia, salió a su encuentro y le comentó que Evelin se encontraba en la sala de espera. Martín no pudo disimular su sorpresa. Había pasado varios días sin saber nada de ella, pensó que habría tenido una recaída y que necesitaba de sus servicios.

Entró a la sala de espera, Evelin se encontraba mirando una revista de moda y cuando lo vio se puso de pie. Martín la vio diferente, como más segura de sí y con mucha vitalidad. Como si se hubiese inyectado un chute de energía.

—¿Cómo van esas pesadillas?

—Tengo la sensación de que esas pesadillas, como tú dices, no solo son pesadillas, sino que hay algo de realidad. —Martín se sorprendió, pero no por la respuesta en sí, sino por la seguridad con que lo dijo.

—¿Qué me he perdido en estos días que no te he visto?, te veo diferente. —No podía disimular que le atraía.

—Después de que te fueras de mi casa, empecé a encontrarme mal, tuve un fuerte dolor de cabeza. Pensé que simplemente sería un ataque de jaqueca. Tuve una horrible pesadilla, con la sensación de que me iba a morir. Cuando estaba a punto de dejarme ir una voz en mi interior me repetía que simplemente era un sueño. Abrí los ojos sobresaltada y a la vez aliviada de que solo fuese un sueño. Comprendí que de una manera u otra estoy relacionada con lo que está sucediendo, cuando estaba a punto de salir me dejaron esta carta. Me la habían echado por debajo de la puerta. —Evelin le entregó la carta que había recibido—. Desde que tengo uso de razón sufro pesadillas relacionadas con la muerte, con seres espectrales y con brujería, ¿te parecen suficientes motivos? —Evelin mostraba una gran fortaleza.

—Es hora de que conozcas a la sargento Reyes, le entregaremos la carta para que la analice.

Martín le envió un mensaje a Reyes diciéndole que estaban de camino a la comandancia y que iba acompañado por Evelin. Martín se mostró preocupado, la carta que recibió Evelin la relacionaba con secretos ocultos, eso incluía la brujería o, peor aún, a una secta satánica.

Recordó que estando en la universidad conoció el caso de Eva, una chica que fue captada por una secta. La captaron en un momento de vulnerabilidad y desesperación. La manipularon aprovechando la situación para atraparla con promesas de consuelo y pertenencia. Eva encontró cierta calma en el grupo, pero rápidamente se dio cuenta de que estaban controlando cada aspecto de su vida.

A medida que pasó el tiempo, Eva se vio envuelta en rituales extraños y doctrinas peligrosas. La secta ejercía un fuerte control sobre ella, manipulando su mente y distorsionando su percepción de la realidad con mentiras y engaños. La pérdida de sus padres a una temprana edad fue el detonante perfecto. Perdió la confianza cristiana y odiaba todo lo referente al cristianismo. Poco a poco se fue introduciendo en un mundo negro, bebían sangre de cabra para purgar su alma. La anularon como persona, abusaron de ella muchas veces, y el mal que le propiciaba ella lo multiplicaba por tres hacia otras personas. En una noche de locura mató a una mujer a quien le faltaba poco tiempo para dar a luz, le sacó a su hijo de las entrañas ofreciéndole en un ritual. Perdió la cordura por completo, no distinguía el bien del mal. Una noche lluviosa una patrulla de la Guardia Civil la vio caminando por una carretera semidesnuda y manchada de sangre. La llevaron a un hospital y pasados los días la trasladaron a un psiquiátrico, donde permaneció aislada un tiempo. Consciente de lo que había hecho, en la primera ocasión que tuvo se suicidó.

Reyes los esperaba en los escalones de la comandancia, la expresión de su cara reflejaba que no llevaba un buen día.

—No es un buen momento para visitas —comentó Reyes algo remilgosa.

—Esta mañana Evelin recibió esta nota, te la he traído por si la podías analizar y sacar algo en claro.

—Pasemos dentro.

Martín y Evelin esperaron en el despacho de Reyes mientras ella llevaba la nota al laboratorio para que la analizaran. Se fijó en que Evelin era una mujer muy atractiva con unos ojos cautivadores, capaz de enloquecer a cualquiera. De regreso del laboratorio Reyes entró en su despacho y vio a Martín mirando unas fotografías que había sobre su mesa.

—¿Quién es? —preguntó Martín.

—¿No lo reconoces? Es Ezequiel, el párroco de la iglesia. —Martín se quedó unos segundos sin decir nada, la expresión de su cara lo decía todo. Mientras, las miradas de Evelin y Reyesse cruzaron por primera vez.

—Ayer recibimos una llamada muy extraña diciéndonos que había sucedido algo terrible en la iglesia de Reinosa. Cuando llegamos vimos a un hombre crucificado, minutos después lo reconocí. Era el párroco de la iglesia ¿recuerdas a la mujer?

—Sí, la recuerdo perfectamente, que al principio se negó a que entráramos.

—La encontramos en el suelo de la sacristía, le habían aplastado la cabeza con una piedra de granito. Le abrieron el pecho en canal y le extrajeron el corazón. —Martín miró a Evelin horrorizado por las imágenes de las fotografías, le sorprendió al ver que Evelin ni se inmutó.

—Primero la muerte del párroco y de la mujer, segundo la nota que le enviaron a Evelin relacionándola con secretos ocultos. Todo parece indicar que se trata de ritos satánicos.

—Todo lo que está sucediendo está relacionado y yo soy parte de ello —dijo Evelin mirando a Reyes de una manera especial.

—Pero ¿qué locura estás diciendo, Evelin?

—Evelin tiene razón — comentó Reyes devolviéndole la mirada.

—Por cierto, ¿nos conocemos de algo?

—Que yo recuerde, no. —Hasta Martín se dio cuenta de que mentía.

—Nos vimos en el sanatorio cuando fui a hablar con mi tío, estabais hablando o discutiendo. Al verme dejasteis de discutir y te fuiste sin dejar de mirarme. No se puede olvidar ese tipo de miradas. —Martín estaba algo confuso con lo que estaba sucediendo. Estaba como presenciando un partido de tenis, girando la cabeza de un lado a otro. No entendía qué estaba sucediendo entre Reyes y Evelin.

Fermín, el compañero de Reyes, abrió la puerta rompiendo ese momento turbio.

—Perdona, Reyes, ha venido un hombre que se empeña en hablar contigo y con Martín. —Ambos se miraron extrañados.

—Que pase a ver qué nos quiere decir, seguro que ha sido inquilino del sanatorio —comentó Reyes de forma irónica.

Cuando el hombre entró en el despacho, vieron a un anciano que necesitaba de ayuda de un andador para poder moverse, llevaba puestas unas gafas de aumento para poder tener algo de visión. Martín le ofreció su silla para que se sentara, mientras él permanecía de pie. Estaban intrigados por lo que el anciano les podría contar.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Reyes al anciano mientras se acomodaba en la silla.

—Me llamo Jeremías, soy el único que aún queda vivo desde ese fatídico día.—El hombre hablaba con algo de dificultad.

—¿A qué se refiere, Jeremías? —El anciano se quitó las gafas para limpiárselas.

—Hará unos cincuenta años o algo más estuvimos trabajando en el sanatorio, por esas

fechas cayó un diluvio que afectó al techo de uno de los pabellones y a algunas de sus dependencias. Nosotros éramos una colla de seis personas que nos dedicábamos a la albañilería. Durante el tiempo que estuvimos reparando el techo del pabellón todo fue bien, aunque tengo que reconocer que a mí nunca me gustó trabajar en ese lugar.

»En uno de los pabellones había una pared que tenía filtraciones de agua y para poder arreglarlas tuvimos que derribarla. Se lo hice saber al director, que ahora no recuerdo su nombre. El director me dijo que hiciéramos lo que fuese necesario y que no había ningún problema en derribar una pared si con ello solucionábamos el problema. Cuando se empezó a derribar nos dimos cuenta de que había una sala antigua con unas escaleras que bajaban a un sótano. En ese momento apareció un joven seminarista gritando porque habíamos derribado la pared.

»Llamamos al director, el joven y él estuvieron hablando un buen rato y luego el director nos confirmó que siguiéramos con los trabajos. Al día siguiente bajamos por la escalera en medio de un olor a putrefacción, la puerta del sótano se encontraba atascada y la tuvimos que forzar, notamos algo muy extraño que nos hizo retroceder. Nos costó cerrar la puerta, tuvimos la sensación de que alguien empujaba para que no se cerrara y subimos la escalera asustados. No entendíamos nada de lo que había sucedido.

»Agustín era un hombre muy creyente, siempre llevaba un crucifijo colgando del cuello, y nos dijo que Satanás estaba en el sótano. En ese mismo instante pudimos ver cómo la cruz que le colgaba del cuello se partió en varios pedazos. Nos miramos extrañados, llegó el director con un cura y nos dijo que teníamos que rehacer de nuevo la pared. El cura bajó la escalera y se aseguró de que la puerta se encontraba bien cerrada, estuvo unos minutos rezando y después bendijo el lugar. Nos quisimos ir y que otros terminaran el trabajo. El director nos convenció a cambio de un dinero extra.

—No entiendo qué relación puede tener lo que acabas de contar con lo que estamos investigando, es una historia más sobre el sanatorio —comentó Reyes.

—Sería una historia más si no hubiesen muerto dos de mis compañeros días más tarde en el sanatorio. El cura que estuvo bendiciendo el lugar apareció crucificado en la capilla.

Reyes y Martín se quedaron sorprendidos mientras Evelin era una espectadora más, la historia se repetía. En esta ocasión el sacrificado fue el pobre Ezequiel.

—De los que estuvisteis trabajando en el sanatorio, ¿cuántos quedan con vida? Te lo pregunto solo por curiosidad —comentó Reyes.

—Pedro y José ingresaron en el sanatorio por problemas mentales y a los dos los degollaron cerca de la capilla. A Juan y Antonio se los encontraron muertos al lado del pabellón Covadonga, y como dije con anterioridad, a Jesús lo arrolló el tren mientras cruzaban un paso a nivel. El coche se paró en medio de las vías, las puertas se quedaron bloqueadas y no pudieron salir a tiempo. Lo curioso de todo es que la barrera de paso a nivel se encontraba subida. Yo perdí el setenta por cien de la vista a los pocos días de terminar los trabajos en el sanatorio, he sufrido dos infartos y hace unos meses me diagnosticaron cáncer en uno de los pulmones. Por el motivo que sea alguien me quiere vivo a pesar de estar muerto en vida.

—¿Por qué dices eso? Has superado dos infartos y lo de padecer un cáncer a su edad tampoco tiene que preocuparle mucho, el noventa por cien de los cánceres en personas con edad muy avanzada apenas tienen consecuencias, se mueren antes por otras enfermedades —comentó Martín con intención de animar al anciano.

—Hace unos meses mi hijo y unos amigos estuvieron en mi casa, mi hijo me insistió en que contara a sus amigos las historias de lo que allí sucedió. No tuvieron mejor idea que ir a pasar una noche en el pabellón abandonado. No sé lo que les sucedió, pero mi hijo dejó de ser el chico

alegre que era y terminó suicidándose como hicieron sus amigos. —Reyes y Martín se miraron mientras al anciano se le derramaban unas lágrimas.

—Fue usted quien nos envió la fotografía donde aparecía su hijo y sus amigos en el pabellón. —El anciano lo confirmó con un movimiento de cabeza.

Por unos segundos se quedaron en silencio, ninguno de los presentes tenía nada que decir ni sabía cómo actuar. Sus miradas lo decían todo. El anciano reunió la suficiente fuerza para seguir hablando.

—Dejen de investigar, saquen a los enfermos del sanatorio, llévenlos a un lugar seguro y derriben todo lo que hay allí, echen varias toneladas de tierra encima y no dejen que la gente se acerque por ese lugar endemoniado. De lo contrario más personas morirán.

El anciano se levantó de la silla con las pocas fuerzas que le quedaban y salió del despacho de Reyes. Pocos minutos después se escuchó un fuerte frenazo, los agentes de la Guardia Civil salieron. Vieron a una persona debajo de una furgoneta, con mucho cuidado lo sacaron, pero ya no se podía hacer nada por él, el impacto con la furgoneta se lo llevó matándolo en el acto.

La muerte del anciano les sorprendió, lo que no habían conseguido los infartos y el cáncer lo consiguió un accidente. Los testigos que lo presenciaron testificaron lo mismo: el anciano se encontraba en un paso de peatones esperado que el semáforo se pusiera verde para poder cruzar, y al paso de la furgoneta el anciano se abalanzó sobre ella como si alguien le hubiese empujado.

Capítulo 10

Martín, Reyes y Evelin se volvieron a ver en el sanatorio, desconcertados por la forma en que murió el anciano, pero la investigación tenía que seguir adelante. Obviaron los consejos del anciano y no tuvieron en cuenta las consecuencias.

Martín despejó su mesa y extendió los planos que encontró en el despacho del doctor Morales. Era evidente que había diferencia de un plano a otro, habían ocultado una sala que llevaba a un sótano de forma deliberada. Martín estaba decidido a derribar esa pared para averiguar lo que tantos años se había ocultado. Reyes se mostraba escéptica, pero por otra parte estaba obligada a averiguar cualquier indicio que diera luz a lo que sucedió años atrás en el sanatorio.

Samuel abrió un hueco en la pared lo suficientemente grande para que se pudiera pasar sin problema. Un olor a humedad y putrefacción fue lo primero que notaron solo de abrir el hueco en la pared. La primera en entrar fue Reyes, para asegurarse de que no hubiese peligro alguno.

—La sala está totalmente vacía. Tal y como dijo el anciano, hay una escalera que baja al sótano. El olor es insoportable y es necesario ponerse una mascarilla, de lo contrario no podremos aguantar mucho tiempo.

Martín contaba con que sería necesario utilizar mascarilla para evitar inhalar los malos olores y, pensando también en el polvo que podría haber, sacó unas mascarillas y le dio una a cada uno. Una vez dentro de la sala utilizaron unas linternas para poder ver con mayor claridad. Sin duda era un lugar siniestro y a cualquiera se le pondrían los pelos de punta. Bajaron la escalera y comprobaron que la puerta de acceso al sótano se encontraba bloqueada. Martín le dijo a Samuel que cogiera una palanca de hierro y que forzara la puerta para poder entrar al sótano. Samuel introdujo la palanca entre el marco y la puerta apretando fuerte y sintió una descarga a través de la barra de hierro. No se sintió cómodo ante aquella situación, no quería ser él quien profanara algo tan ciertamente cerrado. Miró a Martín, quien le enfocaba con la linterna; parecía más sereno que él, y con cierta timidez le dio la barra, no sin mirar brevemente el suelo sintiéndose un poco cobarde.

Martín sonrió para sí mismo, de haber apostado habría ganado… Sabía que no se atrevería a abrir nada. Le cedió la linterna en un breve suspiro e introdujo la barra entre un pequeño hueco y la puerta, por un momento pensó que tendría que hacer mucha fuerza, pero para su sorpresa fue fácil, demasiado fácil, y aquello no le gustó demasiado, quería ignorar la sensación inequívoca de que había tenido ayuda, obviamente de alguien o algo que pudiera haber al otro lado. Apretó sus labios intentando ignorar una incipiente sensación de pánico, lo que no sabía es que esa misma sensación la sentían tanto Reyes como Evelin. Por unos segundos pensaron en darse la vuelta, pero la serenidad que demostró Reyes les convenció para seguir. Evelin se agarró de la mano de Martín como una lapa.

—Si sigues apretándome la mano de esa manera harás que se me corte la circulación.

Evelin llevaba puesta una cadena con un crucifijo y no paraba de besarlo.

El viejo sótano se encontraba totalmente a oscuras, la pesadez del aire hacía que la respiración fuese dificultosa, la tensión acumulada y el miedo a lo desconocido hicieron que los pasos fuesen cortos y pesados. Conforme fueron introduciéndose en el sótano se fue ensanchando hasta llegar a una sala grande, en un lateral se encontraban unos pequeños

habitáculos de un metro y medio de ancho. Se podían apreciar trozos de madera y hierro que en su día fueron camas, en el suelo se encontraban restos de correas con las hebillas totalmente oxidadas, supuestamente utilizadas para atar a los pobres enfermos. Un escalofrío subió por sus cuerpos, la tensión fue en aumento y el miedo se reflejaba en sus rostros. La sargento Reyes, a pesar de no ser creyente empezó a rezar. Martín iluminó una pared a su espalda y vio lo que parecía ser un interruptor de luz y se aproximó para verlo más de cerca. Con la luz de la linterna siguió el cable que salía del interruptor, que subía hacia el techo y después bajaba a lo que parecía ser unos focos. Subió la clavija convencido de que no funcionaría. A los pocos segundos los focos se encendieron creando una luz tenue que iluminaba la sala.

Los tres se quedaron petrificados, estaban en el lugar donde torturaron y manipularon las mentes de los enfermos. A pesar de los años transcurridos, algunas estanterías metálicas seguían de pie. En el centro de la sala de los horrores se encontraba la mesa de operaciones, del techo se descolgaba una cadena metálica que sujetaba lo que parecía ser una estructura circular con ocho focos. Había camillas con correas y carros que aún mantenían utensilios quirúrgicos. Al final de la sala había una puerta metálica entreabierta. Martín se acercó y la abrió y lo que se encontró fue demoledor: restos de cuerpos humanos amontonados.

Las paredes fueron testigo de décadas de sufrimiento y dolor, en su pasado albergó a pacientes con enfermedades mentales graves, convirtiéndose en un infierno terrenal donde las almas perdidas vagaban sin esperanza.

—Quiero salir de aquí —dijo Evelin entre temblores.

El poco aire que había se hacía más espeso y costoso de respirar. Escucharon voces susurrantes que emergían de las sombras, pequeños objetos que se movían por sí solos y apariciones fantasmales que parecían querer comunicarse con ellos. La luz empezó a parpadear y segundos después las bombillas explotaron dejando la sala en una completa oscuridad. Se llamaron entre ellos para saber dónde se encontraban, la única que no respondió fue Evelin. Las linternas dejaron de funcionar y Reyes desenfundó su arma.

—Martín, ¿dónde estás? —gritó Reyes desesperada—. La linterna no funciona.

—Estoy cerca de ti— contestó Martín golpeando su linterna para que funcionara.

Mientras hablaban se fueron acercando hasta llegar a tocarse con las manos, la linterna de Martín empezó a funcionar. Iluminó la cara de Reyes, que la tenía desencajada por el pánico.

—¿Dónde está Evelin? —Reyes cogió su mano con fuerza—. ¡No me sueltes!

Con la poca luz que hacía la linterna buscaron a Evelin, alumbraron el suelo y vieron sus pies, la llamaron y no tuvieron respuesta. Poco a poco subieron la luz hasta iluminar su cara. Reyes no pudo evitar gritar. Su mirada estaba fija, con los ojos saltones y sin pestañear al movimiento de la luz de la linterna.

—¿Qué le sucede? —preguntó Reyes entre lágrimas.

—Parece que está en trance, tenemos que sacarla de aquí. —La cogieron entre los dos y caminaron hacia la salida.

Su cuerpo se encontraba completamente rígido y sus piernas no reaccionaban a los movimientos, la única manera de sacarla de ese siniestro lugar era arrastrándola. Notaron como una fuerza poderosa los empujaba al mismo tiempo que el cuerpo de Evelin se hacía más pesado como si alguien la tuviese cogida por los pies.

—Pesa demasiado.

Martín y Reyes giraron la cabeza y vieron que el cuerpo de Evelin se encontraba levitando y unas extrañas sombras la rodeaban. Su primera reacción fue soltar el cuerpo de Evelin, que permaneció inmóvil y rígido en el aire.

—Dios, ¿qué está sucediendo? —exclamó Martín con desgarro.

—No dejemos que se la lleven —gritó Reyes cogiéndola con fuerza al mismo tiempo que empezó a rezar en latín—: *Sanctificetur Numen Tuum; adveniat Regnum Tuum; fiat voluntas Tua, sicut in caelo, et in terra. Panem Nostrum cotidianum da nobis hodie; et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentaciones; sed libera nos a Malo.*

Poco a poco el cuerpo de Evelin se fue relajando y las sombras que la rodeaban desaparecieron, su cuerpo dejó de poner resistencia. Reyes no paraba de rezar mientras Martín la miraba sorprendido. La luz de la linterna empezó a parpadear, pocos segundos después de nuevo se encontraban en una completa oscuridad. Intentaban encontrar la salida, pero la sensación de presencia maligna los rodeaba, generando un escalofrío a sus espaldas. Desesperados por encontrar una solución, Reyes recordó que tenía un encendedor en su bolsillo. Con la mano temblorosa, lo sacó y lo encendió. Una pequeña llama titilante iluminó tímidamente el entorno, revelando apenas los contornos del sótano.

Evelin fue recobrando el conocimiento, podía andar por sí sola, pero con algo de dificultad, y dejó de ser un lastre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Evelin medio aturdida.

—Sigue caminando y no preguntes —respondió Reyes.

Decididos a avanzar, caminaron a ciegas, con la débil luz del encendedor como su única guía. Cada paso era incierto, cada ruido resonaba con eco en el sótano, alimentando sus miedos crecientes, pero se aferraron a la esperanza de encontrar la salida.

La llama del encendedor empezó a parpadear llenando de ansiedad a Reyes y a sus compañeros. Sabían que debían apresurarse para evitar quedar nuevamente en la oscuridad total. Continuaron avanzando con determinación, siguiendo cualquier indicio que los llevara más cerca de la libertad.

De repente, sintieron una extraña presencia acechándolos desde las sombras. Sus corazones latían desbocados mientras el miedo se apoderaba de ellos. Pero no podían rendirse. En medio de la oscuridad y el suspense, Evelin recordó que tenía unas bengalas en la mochila por si las linternas fallaban. Sin dudarlo, la encendió y la lanzó al aire. Una luz brillante y resplandeciente llenó el sótano. A lo lejos vieron un rayo de luz, era la puerta que tanto se hacía esperar. La sensación de alivio que sintieron les impulsó a hacer un último esfuerzo para salir de ese endiablado sótano. Corrieron hasta la puerta sin pensar lo que había detrás. Subieron las escaleras como si les fuese la vida en ello y, una vez en la sala y viéndose a salvo, se miraron los tres preguntándose qué acababa de pasar. Se encontraban agotados, sin apenas fuerzas para moverse, tenían la sensación de haber corrido cinco maratones seguidas. Sus respiraciones aceleradas les impedían pronunciar palabra.

Samuel los miraba atónito, la expresión de sus caras reflejaban el miedo que habían pasado. Martín era el que peor estaba, sus gestos de dolor eran bastante notorios. Movía los hombros para aliviar el dolor. Notó un escozor que le corría por la espalda sin saber qué podía ser. Samuel se le acercó para ayudarlo y fue cuando vio lo que tenía en la espalda.

—¡Dios!

—¿Qué ocurre? —preguntó Martín con gesto de dolor.

—Tienes tres arañazos en la espalda bastante profundos —respondió Samuel angustiado—, es como si te hubiesen rozado las garras de un oso.

Martín no entendía cómo se pudo hacer esos arañazos, lo que sí sabía era que tenía un fuerte dolor en la espalda. Reyes llamó a Karen para que fuese a la enfermería sin dar más

explicaciones. Cuando Karen llegó vio a Martín bocabajo y se asustó, aunque las heridas no fueron graves, pero sí preocupantes.

—Necesitarás algunos puntos para cerrar la herida —dijo sin preguntar cómo se lo había hecho.

Lo pusieron en una camilla y lo llevaron a la enfermería, Karen desinfectó las heridas y dio puntos en las zonas donde la herida se encontraba más abierta. Los gestos de dolor eran notables. Le puso crema cicatrizante y antibiótica en el resto de las heridas. Le vendó el pecho y la espalda con un vendaje compresivo para evitar movimientos involuntarios.

—Vas a estar unos días dolorido, intenta no hacer esfuerzos si no quieres que la herida se abra de nuevo. —Karen miró a su hermana, Reyes le hizo un gesto con la mirada lo suficiente notorio para que no preguntara.

Martín se levantó de la camilla bastante dolorido y les dijo a Reyes y Evelin que lo acompañaran al despacho del director mientras le daba indicaciones a Samuel para que cerrara de nuevo el hueco que había abierto. Se sentó en una silla para mantener el cuerpo recto mientras Reyes y Evelin lo hacían en sendos sillones. Durante unos segundos se quedaron callados con la mirada perdida, como buscando una explicación a lo que habían vivido.

—Tengo que bajar de nuevo al sótano, pero esta vez lo haré con varios agentes de la comandancia —comentó Reyes rompiendo el silencio.

—En esta ocasión no podré acompañarte, apenas me puedo mover. No entiendo cómo me he podido hacer los arañazos y no haberme dado cuenta. —Martín se encontraba contrariado.

Reyes se dio cuenta de que algo le sucedía a Evelin, se encontraba totalmente paralizada con la vista perdida. No respondía a ningún estimulo, de nuevo había entrado en trance. De repente todo empezó a moverse, Martín se agarró a la silla en medio de fuertes dolores.

—Otra vez no —exclamó Reyes angustiada.

—Por Dios, intenta que reaccione.

Reyes no sabía qué hacer para que saliera del trance, la llamó varias veces y no respondió. Desesperada por la situación la cogió de la mano y la besó varias veces. Ese estímulo hizo que Evelin fuese saliendo del trance poco a poco bajo la mirada de Reyes y Martín. Vio que todo estaba fuera de su sitio, como si hubiese pasado un huracán. Preguntó qué había sucedido y Martín se levantó de la silla entre fuertes dolores, habían movido su cuerpo como si se tratase de unas maracas. Reyes y Martín se miraron sorprendidos, preguntándose quién provocaba los extraños efectos paranormales.

Capítulo 11

Quince años antes

En lo profundo de un bosque sombrío, oculto a los ojos curiosos, se alzaba una mansión abandonada. Sus paredes descascaradas y sus ventanas rotas eran testigos mudos de una historia macabra que se desarrollaba en su interior. Allí, en las sombras, se reunía un grupo de individuos vestidos con túnicas negras y rostros ocultos por máscaras grotescas. Eran seguidores de una secta satánica que buscaba el poder y la inmortalidad a través de pactos oscuros. Bajo la luz pálida de la luna llena, los miembros de la secta se arrodillaban alrededor de un antiguo altar. En el centro, reposaba un libro antiguo y polvoriento cuyas páginas contenían conjuros prohibidos y rituales siniestros. El líder de la secta, un hombre enigmático conocido como Malachi, dirigía la ceremonia con voz firme y penetrante. Los seguidores rezaban palabras enrevesadas y entonaban cánticos macabros mientras las llamas danzaban en el centro del altar. El humo del incienso llenaba el aire creando una atmósfera opresiva y cargada de energía negativa. La tensión era palpable mientras cada miembro esperaba ansiosamente el momento en que sus deseos más oscuros y retorcidos se hicieran realidad.

Malachi buscaba obtener poderes sobrenaturales a través de sacrificios humanos. Los pacientes de un sanatorio no muy lejano eran víctimas inocentes utilizadas en estos ritos macabros. En medio de esta oscuridad había una joven llamada Evelin. Ella había sido elegida por la secta debido a su pureza y vulnerabilidad para el gran acto final. Una antigua profecía hablaba de un portal oscuro, una puerta hacia lo desconocido. Se decía que este era el hogar de demonios ansiosos por ser liberados y que solo esperaban el momento adecuado para cruzar al mundo de los humanos.

Mientras el líder de la secta entonaba las palabras prohibidas, algo inesperado sucedió: la puerta del mal se abrió por unos segundos, tiempo suficiente para que el diablo pudiera cruzar el umbral al mundo humano.

Fuerzas malignas se apoderaron del lugar creando el caos entre los miembros de la secta, algunos perdieron la vida intentando huir del lugar. Otros ofrecieron sus almas a cambio de su obediencia.

Malachi repetía cánticos macabros mientras las llamas estaban a punto de devorar el cuerpo de Evelin. De repente un estruendo resonó en la casa. Las puerta y las ventanas se abrieron de golpe, dejando entrar un vendaval de aire que hizo estremecer todo a su paso. El fuego que ardía en el antiguo altar se apagó de inmediato dejando solo cenizas y brasas humeantes. El vendaval era tan poderoso que parecía tener vida propia. Rugía como una bestia salvaje mientras se adentraba en cada rincón de la casa. Las viejas cortinas danzaban frenéticamente, arrastradas por su fuerza imparable. Los objetos más ligeros salieron volando y se estrellaron contra las paredes, generando un caos monumental. Los miembros de la secta que quedaron se tuvieron que agarrar fuertemente para no salir despedidos de la casa. Malachi se protegió detrás de la mesa del altar donde el cuerpo desnudo de Evelin permanecía sobre la mesa como si fuese un objeto muy pesado al que no afectaba el vendaval. A medida que el vendaval avanzaba, algo mágico comenzó a suceder. El aire que traía consigo era fresco y revitalizante, como si hubiera sido extraído de los lugares más prístinos y puros del mundo. El aroma a hierba fresca y flores silvestre llenaba la mansión, reemplazando a las fuerzas malignas y al olor ahumado que antes

predominaba.

Capítulo 12

Dos días más tarde la sargento Reyes, acompañada por varios miembros de la unidad, regresaron al sanatorio para bajar de nuevo al sótano e intentar averiguar lo que allí sucedió y recuperar los restos humanos que se encontraban en una de las habitaciones.

El personal de mantenimiento que trabajaba en el sanatorio se negó a bajar al sótano para realizar la instalación de una red eléctrica para tener el sótano bien iluminado. Fueron los propios miembros de la unidad de la UCO quienes realizaron los trabajos y se llevaron más de un susto: sonidos extraños, sensación de sentirse observados, sombras que se movían a sus alrededores… hubieran pensado en abandonar si no hubiese sido por la insistencia de Reyes. Una vez instalada la iluminación todo tenía un aspecto diferente. El sótano ya no parecía tan siniestro, Reyes encabezaba la inspección con la protección de un crucifijo que llevaba debajo de la camisa. Caminaron durante unos minutos, sus sentidos se aguzaban. Podían percibir un olor metálico en el aire y escuchar el eco de sus propios pasos resonando en las paredes. Al final del pasillo se encontraba la puerta que daba acceso a la sala del antiguo quirófano.

Reyes permaneció parada en el umbral de la puerta, lo que vio la dejó sin aliento. La vieja mesa de operaciones, oxidada y envejecida por el transcurso de los años, y los viejos focos, que se descolgaban del techo y en su día alumbraron la mesa de los horrores, desprendían pequeñas gotas de agua como si fuesen lágrimas de penitencia debido a una filtración de agua de la vieja instalación. Los instrumentos médicos oxidados estaban esparcidos por todas partes.

Una sensación de malestar la invadió mientras observaba el lugar. Las vibraciones negativas eran palpables, como si los horrores del pasado aún se aferraran aquel sombrío lugar. Creyeron escuchar unos susurros inquietantes que parecían salir de las paredes. «Salid de aquí», decía la voz. «Este lugar está maldito». Algunos miembros de la unidad sintieron un escalofrío, incluso alguno desenfundó su arma.

—Guardad las armas o alguien resultará herido —comentó Reyes con voz de mando.

A medida que registraban cada rincón del lugar, encontraron viejos registros médicos y fotografías desgastadas. Descubrieron la historia macabra de un médico que había llevado a cabo experimentos inhumanos en aquel sótano, causando sufrimiento y muerte.

La sargento Reyes sintió una mezcla de repugnancia y compasión. La maldad que había ocurrido en ese lugar había dejado una marca indeleble en el ambiente. Sacaron los restos humanos que había en una de las habitaciones y los fueron depositando en bolsas que luego precintaron. Un miembro de la unidad se empezó a encontrar indispuesto debido a las atrocidades que allí ocurrieron. Reyes se prometió que nadie volvería a bajar, las malas vibraciones y la oscuridad de aquel quirófano abandonado nunca volverían a perturbar la paz mental de los enfermos.

Al día siguiente, por orden de un juez, precintaron el sótano y volvieron a reconstruir la pared que lo mantendría al margen del resto del sanatorio. Los restos humanos y materiales fueron llevados al departamento forense de la Guardia Civil para su análisis antropológico. De esta manera el forense podría identificar a las víctimas.

Capítulo 13

Martín había cambiado su apartamento por una pequeña vivienda en la planta baja donde anteriormente se alojaba el vigilante, en apenas cuarenta metros cuadrados se tenía que apañar. Prefirió la estrechez antes de pasar ni una sola hora más en lo que fue su apartamento. Aún sentía el miedo en el cuerpo de cuando bajaron al sótano. El dolor de las heridas en la espalda se lo recodaba en cada movimiento. Ya no le quedaban dudas respecto a que el sanatorio se encontraba bajo la influencia de una fuerza maligna. Martín se pasó horas delante del ordenador investigando sobre posesiones satánicas y brujería. Encontró libros antiguos, artículos académicos y testimonios de expertos en el tema. Con cada página que leía, su comprensión del fenómeno se profundizaba, pero también aumentaba su inquietud por lo que podría encontrarse. Sin motivo aparente, el ordenador se le apagó, lo reinició y de nuevo todas las ventanas se le abrieron. En una de las ventanas le ofrecían una Biblia satánica por el simple hecho de registrarse. Frunció las cejas y recordó haber visto una Biblia en el despacho de Morales igual a la que le estaban ofreciendo. Sin perder tiempo entró en el despacho, corrió las cortinas para que entrara la luz del exterior y se puso a buscar la Biblia como un descosido. Los nervios no le dejaban ver más allá de su propia nariz. Cerró los ojos y respiró profundo varias veces intentando relajarse, se concentró para recordar dónde la vio. Giró la vista a su derecha, se acercó a una de las estanterías y entre cientos de libros, medio escondido, se encontraba el que estaba buscando.

Tenía delante de sus ojos la Biblia satánica, la figura del diablo ocupaba gran parte de su portada. La cogió con sumo cuidado, ya que se trataba de una vieja reliquia, y la abrió por sus primeras páginas. Leyó un párrafo de adoración al diablo y notó un fuerte dolor en la espalda, como si las heridas se le hubiesen abierto. Del dolor se le entumecieron las manos provocando que la Biblia se cayera al suelo. Cuando se agachó para recogerla una fotografía salió de entre sus páginas. Se quedó atónito y sin apenas poder respirar cuando reconoció a la chica que aparecía en la fotografía: era Daniela, su mujer, con apenas dieciséis años.

El mundo se le cayó encima como una losa de miles de kilos, las piernas se le aflojaron de tal manera que no podía permanecer de pie. La sensación de angustia, la dificultad para respirar, sus pulsaciones descontroladas hacían presagiar que estaba a las puertas de sufrir un infarto.

Cantidad de imágenes y de recuerdos le saturaron la cabeza, entre todos los recuerdos uno prevalecía sobre los demás. Recordó que, días antes de celebrar su aniversario, Daniela se encontraba fría y distante con él, tuvo la sensación de que le ocultaba algo, pero un beso inesperado lo solucionó todo. La noche antes a su aniversario, después de hacer el amor muy apasionados, le dijo que la recordara tal y como era. Como si se tuviese despidiendo. Recordó que segundos antes del accidente le dijo que la perdonara.

Martín se negaba a pensar que todo estuvo premeditado y que sabía que esa noche iba a morir. ¿Por qué? Cogió la Biblia y la introdujo en una bolsa de plástico, luego cogió las llaves de su coche. Llamó varias veces a Reyes, pero no tuvo respuesta, pensó que estaría ocupada con la investigación y decidió pasarse por la comandancia de la Guardia Civil. Tras veinte minutos que le parecieron veinte años, aparcó el vehículo en zona reservada para coches oficiales y cuando se disponía a salir, uno de los agentes que estaban de servicio se le acercó para decirle que retirara el vehículo.

—La sargento Reyes me espera.

—La sargento no se encuentra en la comandancia —respondió el agente perdonándole la

vida. Martín se extrañó de que Reyes no estuviese en su despacho.

Se subió al coche y antes de ponerlo en marcha la volvió a llamar y de nuevo saltó el contestador. Era urgente hablar con ella, pero tampoco podía permanecer en la comandancia hasta que Reyes apareciese. Pensó en visitar a Evelin antes de volver al sanatorio. Minutos más tarde se encontraba delante del edificio, al salir del coche vio a una mujer que le resultó conocida. La mujer se paró y se quedó mirándolo fijamente. Tenía prisa y no podía perder tiempo para hablar con ella, así que, aprovechando que un repartidor salió del edificio, entró. No tenía tiempo ni para pulsar al ascensor. Subió por las escaleras preguntándose qué podía hacer la fotografía de su mujer entre las páginas de la Biblia satánica. Dudas y más dudas resonaban sobre su cabeza. Llamó a la puerta de Evelin y se sorprendió al ver a Reyes abriendo la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Martín al mismo tiempo que cruzaba el umbral de la puerta.

Reyes no dijo nada, se limitó a terminar de abrocharse los botones de la camisa, Martín se sentó en una silla y al momento salió Evelin con el albornoz y el pelo mojado. No había que ser unas lumbreras para darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Notó una pequeña decepción en su interior, llegó a pensar que quizás podría tener algo con Evelin, pero no contaba con que tuviese gustos diferentes.

—Te he llamado varias veces al teléfono —comentó Martín mirando a Reyes. Ella no contestó, simplemente hizo un gesto con los ojos—. Entiendo, estabais ocupadas.

Martín sacó la Biblia satánica de la bolsa y la dejó sobre la mesa. Al verla, Reyes se cabreó pensando que era la que tenía en el cajón de su despacho.

—¿Quién te ha dado permiso para cogerla?, es una prueba de un homicidio.

—Tranquilízate, que te van a subir las pulsaciones, no quiero que te dé un infarto de momento. —Evelin no pudo evitar sonreír—. Recordé que la había visto en el despacho de Morales, lo que me ha sorprendido ha sido lo que he encontrado entre sus páginas.

Martín sacó la fotografía y la puso al lado de la Biblia. Evelin se quedó sorprendida al verla.

—¿Es Daniela? —preguntó Evelin de forma espontánea. Martín y Reyes cruzaron sus miradas.

—¿De qué la conoces? —preguntó Martín al mismo tiempo que se levantó de la silla como un resorte.

—De los campeonatos universitarios que se celebraron en Santander, de esto hace unos diecisiete o dieciocho años. Competíamos en modalidad de tenis y conocí a Daniela cuando pasé a cuartos de final. Fui a la sala de deporte donde se ponía el listado de cruces y fue cuando la conocí. Lo recuerdo muy bien porque a partir de ese momento siempre estuvimos juntas. Hicimos una gran amistad, cuando se terminó el campeonato se quedó unos días en Santander. Le gustaba mucho la naturaleza y los días siguientes planificamos varias rutas para hacerlas andando.

»La amistad se fue fortaleciendo. Al año siguiente me invitó a pasar el verano en Murcia, en el apartamento que tenían sus padres en La Manga del Mar Menor. Fue un verano inolvidable, ese mismo noviembre volvió a venir a Santander y estuvimos en una masía que perteneció a mis padres en el pueblo de Cabezón de la Sal. Allí fue donde conoció a mi tío, Daniela le cayó muy bien desde el principio. Durante el día hacíamos senderismo y de regreso siempre pasábamos por el pueblo y aprovechábamos para comprar comida. La masía se encontraba en medio del bosque y lo único que había a su alrededor eran los inmensos árboles.

»Una tarde, mientras paseábamos por el pueblo, una anciana se nos acercó, le cogió la mano y segundos después la soltó como si hubiese recibido una descarga eléctrica. La anciana la miró

santiguándose y le dijo que llevaba un mal dentro de su cuerpo. No pudimos evitar reírnos y la anciana se fue murmurando. Cuando llegamos a la masía mi tío nos estaba esperando en la puerta, cuando entramos nos dio unas batas blancas como usan las enfermas del sanatorio y nos dijo que nos las pusiéramos. Quería hacernos unas fotos para un trabajo que estaba realizando. Nos pusimos las batas y nos hizo varias fotografías, Daniela disfrutaba haciéndose pasar por poseída. Después de cenar mi tío nos propuso jugar a la ouija. Esa noche sucedieron cosas muy extrañas. Durante el juego mi tío imploraba a los espíritus para que hiciesen presencia. Yo tuve la sensación de que no estábamos solos, pasé mucho miedo y dejé de jugar, nunca fue solo un juego.

»Esa noche apenas pude dormir, hacía mucho aire y las ramas de los árboles parecían hablar. Me levanté para cerrar la ventana y vi a Daniela entre los árboles con los brazos en cruz, sentí un escalofrío que me corrió por el cuerpo. Me di cuenta de que no estaba sola, mi tío estaba escondido detrás de un árbol. Al día siguiente, cuando bajé a desayunar, Daniela y mi tío no estaban, pensé que habían salido a dar un paseo por el bosque o quizás habían ido al pueblo. Intuí que algo raro estaba sucediendo, subí a la habitación de Daniela y vi que se había llevado toda su ropa. No entendí lo que estaba sucediendo, se fue sin decirme nada. Me enfadé mucho, el tiempo que estuve sola en la casa tuve la sensación de sentirme observada, me sentí muy incómoda.

»Cogí mis cosas, me subí al coche y regresé a Santander. La llamé varias veces, pero no tuve respuesta, y pasado unas horas llamé a mi tío y le pregunté por Daniela. Me dijo que la llevó a la estación para que cogiese el primer tren a Madrid. Unos días más tarde recibí un mensaje de Daniela, en él me decía que la disculpara por su comportamiento. Al momento de recibir el mensaje la llamé, pero no tuve respuesta. Durante unos días seguí llamándola y la respuesta siguió siendo la misma, no supe nada de ella. ¿Por qué ese interés por Daniela?

—Era mi mujer y murió entre mis brazos. Pensé que fue a causa de un accidente de tráfico, pero ahora no lo tengo tan claro. —Martín se sintió angustiado simplemente al pensar que lo pudo haber evitado. Cogió la foto de su mujer y cuando se disponía a irse, Reyes intentó retenerlo, Martín la miró para que no lo hiciera.

Su mirada era triste y distante, pensando cómo su vida había dado un rumbo que no había elegido. Tuvo la esperanza de que Daniela hubiese sido la madre de sus hijos y poder llevar una vida en familia, pero se desvaneció como el humo. Todo eso terminó antes de empezar, su rabia la sufría en su interior y eso le destrozaba. En cierta manera se sentía responsable de su muerte por no haber visto las señales que ella misma le envió. Estaba tan cegado de amor que no lo supo ver.

Se sintió algo defraudado con Evelin, pensó que podían haber tenido algo juntos, pero estaba equivocado. Evelin eligió a Reyes. Sus sentimientos hacia ella no habían cambiado de momento, pero tenía la certeza de que esa guerra la había perdido. Se sentía frustrado al no ser correspondido y de nuevo su instinto le había fallado.

Martín salió del piso desmoralizado, bajó por las escaleras con paso lento intentando de nuevo ordenar sus pensamientos. Se sorprendió al ver a la misma mujer que momentos antes se había cruzado con él. Martín se detuvo abruptamente a ver a la mujer junto a su coche. Sus pulsaciones se le dispararon preguntándose qué podría querer. Con paso cauteloso, se acercó lentamente, tratando de ocultar su nerviosismo. La mujer lo miró fijamente, sus ojos transmitían desconfianza y misterio. Hasta que no estuvo a menos de un metro de distancia no la reconoció.

—Usted es la monja que estuvo en el sanatorio.

La mujer asintió con una ligera sonrisa, confirmando la sospecha de Martín. Su mente comenzó a girar, recordando la última vez que la vio en el sanatorio, rodeada de un aura de

misterio. Antes de que pudiera formular una pregunta, la monja habló con voz suave pero firme:

—Sé que tienes muchas preguntas, Martín. Pero ahora no es el momento de responderlas. Perdona si el otro te hice sentirte incómodo cuando te asomaste por la ventana, la verdad es que no te miraba a ti, miraba a las almas de los difuntos que estaban a tu alrededor. —Martín arqueó las cejas.

—Difuntos, almas, ¿a qué te refieres? —La mujer volvió a marcar una leve sonrisa.

—No estabas solo, simplemente no lo viste. Hace unos años, en tu apartamento, murió una familia completa de forma misteriosa y sus almas aún siguen retenidas sin poder descansar.

Un coche con los cristales tintados en negro paró, salió un hombre y abrió la puerta para que la mujer entrara. Martín se quedó pensativo observando cómo la monja se alejaba. Aquello podría explicar la sensación de sentirse observado. La destrucción del apartamento fue simplemente un aviso para que lo abandonara y no interferir en el descanso de sus almas.

Se subió al coche para regresar al sanatorio y se dio cuenta de que tenía una nota en el parabrisas. Al principio pensó que sería una multa de tráfico por mal aparcamiento. «¡Hoy tengo todos los astros en mi contra!», se dijo. Se fijó bien y se dio cuenta de que no se trataba de una multa, sino de una nota escrita. Se bajó del coche y cogió la nota, estaba escrita en mayúscula con tinta negra: «Tu vida corre peligro». Martín arqueó las cejas pensando que fue la monja quien le dejó la nota.

Capítulo 14

En el pueblo de Cangas de Onís, cerca de los lagos de Covadonga, entre un ejército de árboles se encontraba una masía a medio de restaurar, alejada de cualquier centro urbano, ignorada por la mayoría de los habitantes de los pueblos cercanos. El ejército de árboles la protegía de las vistas de los senderistas que realizaban rutas por las montañas. Pocos de los lugareños de los pueblos cercanos conocían lo que allí sucedió.

Años atrás se construyó una masía con la idea de proteger a los animales durante la época invernal. Los inviernos eran muy fríos y lluviosos. El día 22 de diciembre, días antes de las navidades del año 1960, amaneció con el cielo cubierto de unas nubes que amenazaban con un pequeño diluvio. Narciso, pastor de una aldea cercana, sacó a su rebaño de ovejas para que pastorearan por valles cerca de la masía. Después de un gran trueno las nubes empezaron a descargar una fuerte lluvia sin preaviso. Narciso tomó la decisión de ir a la masía abandonada a pesar de tener malas vibraciones, tenía que proteger a su pequeño rebaño de los relámpagos y de la lluvia que por momentos se hacía más insoportable. Siempre que salía con el rebaño intentaba estar lo más alejado de la masía, pero ese día fue distinto, tenía la obligación de proteger al rebaño. Entró en lo que era un pequeño establo con la intención de permanecer el mínimo tiempo posible. Pero ese día las nubes negras tenían otro plan y, según fueron pasando las horas, las lluvias se fueron haciendo más intensas acompañadas de granizo. No le quedó más remedio que pasar la noche en el establo, pensó que una noche se pasaría rápido. Se aseguró de que su ganado estuviese a salvo y se acurrucó al lado de su perro, un Border Collie, su mejor aliado. Pocos minutos después el perro empezó a lloriquear, su instinto animal percibía que algo malo estaba sucediendo. Se escucharon unos ruidos extraños procedentes de una sala conjunta al establo. Entre las grietas de la puerta vieja de madera se filtraban los pequeños rayos de luz procedente de la sala. Curioso por saber de dónde procedían esos ruidos extraños, intentó abrir la puerta, pero se encontraba atascada. Con la ayuda de un cincel viejo y oxidado forzó la puerta, arqueó las cejas y se quedó paralizado al ver los cuerpos de cinco personas en el suelo entre un mar de sangre, algunos de los cuerpos se encontraban desmembrados. Alzó la vista del suelo y vio a unas personas con máscaras y con las manos ensangrentadas. El perro se puso delante y empezó a ladrar enseñando sus colmillos con la intención de proteger a su dueño. Narciso se quedó bloqueado sin saber qué hacer, y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde, tenía clavado un cuchillo en el estómago. Su cuerpo cayó a plomo desangrándose en pocos segundos. El perro saltó sobre uno de ellos y le mordió el antebrazo hincándole sus afilados colmillos, segundos después el perro fiel corrió la misma suerte que su dueño.

Al día siguiente de denunciar la desaparición de Narciso, el pueblo entero se volcó en su búsqueda y realizaron batidas con la ayuda de la Guardia Civil. Horas más tarde una patrulla civil con varios amigos de Narciso entraron en la masía, uno de ellos dio la voz de que había encontrado el ganado en el pequeño establo. Todos se alegraron por su hallazgo, pensaron que Narciso se encontraría cerca. Los guardias civiles se extrañaron de que el perro no ladrase, ya que nunca abandonaba al rebaño. Alejandro, sargento de la Guardia Civil, fue el primero en notar un fuerte olor a sangre. Mandó que todos abandonaran el establo. Con la pistola en mano entró en la sala contigua al establo y se quedó petrificado al ver semejante escena. Entre los cuerpos desmembrados se encontraron los cuerpos sin vida de Narciso y el de su perro fiel.

Capítulo 15

Juan, banquero de profesión y miembro destacado de la secta, le comentó al doctor Morales que había una masía en el municipio de Cangas de Onís, llevaba muchos años a la venta, pero nadie se atrevió a comprarla por lo que allí sucedió.

El doctor Morales vio una buena oportunidad para comprarla a un buen precio, de esta manera podría seguir reuniendo a los miembros de la secta y continuar con sus planes.

Pocos días después Juan se encargó de comprar la masía y de hacer todos los papeleos oportunos. Cuando salió de la notaría recogió al doctor Morales, mejor dicho, a Malachi, como a él le gustaba que le llamaran. Cuando llegaron a la masía, unos robustos árboles se encargaban de protegerla, el lugar parecía que se había detenido en el tiempo.

—Fabuloso —exclamó Malachi, abriendo los brazos en cruz—. Necesita una gran limpieza y unos retoques, pero es ideal para nuestro cometido.

—¿No quieres saber lo que ocurrió? —comentó Juan algo sorprendido.

—Me lo puedo imaginar, el olor a muerte está presente. —Malachi sonrió, sin saberlo dio con el lugar donde antiguos miembros de otra secta intentaron invocar a fuerzas malignas, pero sin éxito.

El doctor Morales presentaba un aspecto como si no hubiesen pasado los años a pesar de las heridas que sufrió en su piel la última vez que invocó a las fuerzas malignas. Las heridas de su piel habían mejorado en el transcurso de los años, pero las secuelas eran evidentes. Juró obediencia eterna a cambio de llevar a cabo sus deseos más oscuros. Morales se enfrentaba a las consecuencias de sus oscuros tratos con las fuerzas malignas. Aunque su aspecto físico mostraba señales de curación, las cicatrices emocionales y mentales persistían. Su juramento de obediencia eterna pesaba sobre él como una sombra recordándole constantemente el precio que tenía que pagar por sus deseos más oscuros y tenebroso. Morales se encontraba en una encrucijada, luchando con el peso de su juramento y las consecuencias de sus acciones pasadas. A pesar de sus habilidades médicas y su apariencia rejuvenecida, se sentía atrapado en un ciclo interminable de servidumbre hacia las fuerzas oscuras que una vez había invocado. Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes de sus tratos con lo sobrenatural lo atormentaban, recordándole el precio de su ambición desmedida.

Pasaría un tiempo hasta que los miembros de la secta se pudieran reunir de nuevo.

Este enigmático personaje, con su mirada penetrante y su aura de misterio, lideraba la secta que tenía como objetivo invocar al rey de las tinieblas. El doctor Morales era un hombre inteligente y manipulador, había logrado reclutar a nuevos seguidores con la ayuda del doctor Javier Estrada. Descontentos y desesperados por encontrar un sentido a sus vidas, les prometía poder y libertad a cambio de su lealtad absoluta. Bajo su influencia, estos individuos se convertirían en meros títeres dispuestos a cometer cualquier acto atroz que su líder ordenara. Los planes de la secta eran tan diabólicos como variados. A su ayudante más fiel, el doctor Estrada, le dieron como desaparecido mientras estuvo trabajando en el sanatorio, se encargaba de la logística mientras el resto de la secta obedecía sin preguntar. Entre los miembros se encontraba Isabel, una mujer con personalidad múltiple, con trastorno de identidad disociativo. Nacida en una familia pobre, fue víctima de abusos físicos que la llevaron a estar internada en un

psiquiátrico en Murcia como consecuencia de sufrir varios problemas mentales. Contaba con un gran repertorio de delitos, acusada de asesinato que ella siempre negó alegando que había sido otra persona en posesión de su cuerpo.

Faltaban menos de dos meses para que la secta iniciase su última ofrenda, la víctima ya estaba seleccionada. Martín y la sargento Reyes se convirtieron en un obstáculo para ellos, su plan consentía en deshacerse del doctor Martín y la sargento Reyes. Pero de momento tenían que esperar. Evelin fue la elegida y en esta ocasión no podían cometer errores. El doctor Morales pensó que, al tratarse de un familiar directo, la ofrenda a Satán tendría más fuerza. De esta manera podría conseguir sus deseos más profundos y pasar a la historia como el hombre que desafió a la fe cristiana. Sus antepasados lo intentaron en varias ocasiones, pero no lo lograron y fueron quemados en la hoguera por herejes y ejercer la brujería.

Durante centenares de años estuvieron escondidos de la inquisición como ratas, en lo más oculto de la sociedad. Había llegado la hora de que todo renaciera con más fuerza, el poder de la Biblia de Satán pasaría a relegar al cristianismo a un segundo plano. La venganza estaba más cercana, después de años de sufrimiento, el doctor Morales conseguiría que todo el cristianismo se inclinase pidiendo clemencia, sumiendo al mundo en una oscuridad absoluta.

Desde su sillón de piel de color negro y rodeado de libros, todos dedicados a Satán, recordaba las historias que le contaba su abuela y cómo conoció a su abuelo. Su madre siempre le decía que había sido engendrada en una cueva. El sufrimiento que padeció su abuela por sus creencias fue desproporcionado cuando fue desterrada y marcada para el resto de su vida, viviendo en la más absoluta soledad. Durante un largo tiempo estuvo escondida en una cueva alejada de toda civilización, se mantenía con fruta que cogía por la noche en los campos de cultivo. La despojaron de todo lo que tenía, con solo veintiocho años se encontraba en medio de la nada. A pesar de ser desterrada y arrojada a la soledad extrema, nunca abandonó sus creencias, tenía la convicción de que Satán la ayudaría a sobrevivir.

Un día lluvioso y de mucho frío se encontraba refugiada en su cueva con un gran fuego que se podía divisar a centenares de metros de distancia. El fuego le producía el suficiente calor para soportar la baja temperatura y la humedad del valle. Ese día oscuro y lleno de tristeza cambiaría su vida para siempre.

Un joven desorientado caminaba por los caminos de tierra del valle, se encontraba medio perdido, mojado hasta los huesos y con pocas esperanzas de sobrevivir en ese sitio hostil. Su corazón se aceleró cuando vio un resplandor que salía entre unas laderas, pensó que sería un buen lugar para refugiarse de la lluvia y del frío. Cuando estuvo cerca de la cueva y vio el fuego con claridad, saltó de alegría y dio gracias por la suerte que había tenido. Cuando quiso entrar a la cueva vio a una joven desconfiada y desafiante con mirada de pocos amigos. Llevaba un palo entre las manos y estaba dispuesta a utilizarlo en cualquier momento.

El joven estuvo hábil, sacó comida de su alforja y se la ofreció a cambio de que le dejara refugiase del frío y de la lluvia. Victoria, al ver la comida, lo miró como mira un lobo a su presa y le hizo una señal con la mano para que entrara. Poco a poco se fue acercando a la comida sin perder de vista al joven. Satur se sorprendió al ver la forma en que devoraba la comida.

—Despacio, que te sentará mal si comes de esa manera. —Victoria lo miró sonriente.

Minutos después Satur se quitó la ropa y la dejó cerca del fuego para que se secase, Victoria le dejó una vieja manta para que se protegiera del frío. Observaba el cuerpo semidesnudo de Satur con una mirada perturbadora y no era por la comida. Hacía mucho tiempo que no notaba las caricias de un hombre.

Unos golpes en la puerta hicieron que Morales volviera a la realidad, Estrada se encontraba en el umbral de la puerta esperando que le diera su permiso para entrar.

—Tenemos que hacer algo con respecto al doctor Martín, no es la persona dócil que pensábamos. —Estrada se acercó a la ventana, donde las vistas dominaban el valle.

—O no ha sabido leer las señales que le hemos enviado, le entregamos al hombre que mató a su mujer y ni siquiera lo reconoció. No podemos deshacernos de él de momento, necesitamos que siga al frente del sanatorio. Alguien tendrá que asumir lo que está por venir cuando varios pacientes desaparezcan. Hablaré con Isabel para que le haga una visita de cortesía.

El doctor Morales contaba con dos aliados dentro del sanatorio, piezas clave en su ausencia. Se puso en contacto con Jesús y le dio unas indicaciones que tenía que seguir. Jesús le estaba muy agradecido por haber salvado la vida de su hijo, en el transcurso del tiempo se ganó su plena confianza y se convirtió en su servidor dentro del sanatorio. Trabajaba como celador y le tenía informado de todo lo que sucedía en su ausencia.

El hijo de Jesús sufría de una fuerte depresión, no se relacionaba con ellos y se pasaba la mayoría del tiempo encerrado en su habitación, apenas comía y la angustia lo estaba deshaciendo. Su delgadez extrema, la tristeza de su mirada, el color pálido de su cara y sus grandes ojeras presagiaban lo peor.

Damir no tenía la suficiente fuerza para seguir con su vida, agotado de sufrir tomó la peor decisión de su vida e intentó suicidarse cortándose las venas. La rápida respuesta de su madre evitó una tragedia irreparable. Le vendó la muñeca con un trozo de sábana que encontró para cortar el flujo de sangre, cogió a su hijo en brazos y lo metió en su coche. El hospital le pillaba muy lejos y no podía perder más tiempo, la vida de su hijo estaba en juego, el sanatorio era lo más próximo que tenía. Entró en urgencias con su hijo en brazos pidiendo ayuda, Damir había perdido el conocimiento y la sangre dejaba un regadío por el suelo. El doctor Morales, que en esos momentos se encontraba en urgencias atendiendo a un paciente que se había abierto la cabeza, al escuchar los gritos salió a la recepción. Al ver al niño se lo arrebató de las manos a su madre y se lo llevó a la sala de curas. Minutos más tarde una enfermera salió de la sala de curas y le dijo a la madre que su hijo se encontraba bien y que estaba consciente.

Pasaron unas horas hasta que el doctor Morales se reunió con los padres, que le mostraron su gratitud por haber salvado la vida de su hijo.

—Damir se encuentra bien, algo débil por la pérdida de sangre. He podido hablar unos con él y he apreciado que está pasando por una depresión. Lo tendremos unos días en observación y tendrá que llevar un tratamiento durante un tiempo.

La madre, agradecida, lo abrazó con fuerza mientras el doctor sonreía. Damir permaneció ingresado durante un mes y después fue dado de alta. Mejoró su estado mental, pero nunca llegó a curarse del todo. No tardó mucho tiempo en tener una recaída que lo llevó de nuevo a estar internado durante una larga temporada.

Capítulo 16

Martín apenas pudo dormir en toda la noche, cuando conseguía quedarse medio traspuesto los recuerdos de Daniela le golpeaban con fuerza y se despertaba angustiado. Se sentó sobre la cama y permaneció varios minutos bajo la mirada de su fiel gata blanca. Miró el reloj y las agujas marcaban las cuatro de la mañana. Resignado se levantó y fue a la cocina a beber un poco de agua fría y al mismo tiempo se tomó un ansiolítico para tranquilizarse.

No se había sentido tan desorientado desde el día del entierro de Daniela, ¿por qué tenía que ser todo tan complicado? Él llegó al sanatorio con la idea de pasar página y poder continuar con su vida, pero desde el primer minuto de su estancia en la isla todo cambió para mal.

La situación había llegado muy lejos como para abandonar, tenía que averiguar lo que realmente le sucedió a su mujer para tomar la decisión que tomó y abandonarlo en lo mejor de su vida. Se sintió engañado y defraudado, le fastidiaba pensar que nunca llegó a conocerla.

Saco del cajón de la mesita la pulsera que le regaló para su aniversario. Unas lágrimas descendieron de sus ojos, hacía mucho que no lloraba por la pérdida de Daniela. Pero al mismo tiempo se sintió enojado con ella.

—¿Por qué tuviste que hacerme esto si te entregué todo mi amor? —dijo en voz tan alta que hasta la gata se asustó.

Estaba convencido de que la muerte de Daniela no fue un simple accidente. Tenía claro que tenía que averiguar lo que le sucedió para tomar esa trágica decisión. No le quedaba más remedio que empezar desde el principio, tenía que averiguar quién era realmente el doctor Morales y qué relación tuvo con su mujer. Tendría que averiguar si aún se encontraba en esa conferencia de psiquiatría, como él le dijo. El doctor Morales tenía que darle muchas explicaciones y si no lo hacía le obligaría a la fuerza, estaría dispuesto a cruzar la línea de lo racional y de lo irracional. Martín sintió que había perdido todo a lo que se pudiera aferrar, no tenía nada más que perder y estaba dispuesto a entregar su vida a cambio de la verdad, nada de más mentiras.

Las agujas del reloj marcaban las siete de la mañana, muy pronto para bajar a su consulta. Sintió una presión en el pecho, necesitaba respirar aire fresco. El día había amanecido con el cielo amenazando lluvia, pero eso no le impidió salir a dar un corto paseo por los jardines del sanatorio. El frescor de la mañana le golpeó con tal fuerza que le hizo tiritar de frío en dos ocasiones, pero a la vez se sintió aliviado. Estuvo caminando sin rumbo a ninguna parte mientras sus pensamientos lo devolvían una y otra vez a las fotografías donde supuestamente empezó todo. Su corazón desbocado le gritaba que huyese de la isla, que no valía la pena seguir sufriendo, tenía la certeza de que vendrían momentos muy delicados y no sabía si tendría las fuerzas necesarias para poder afrontarlo.

Regresó al sanatorio con el frío introducido en sus huesos, vio que la cafetería estaba abierta y pensó que un café bien caliente le vendría bien. Cogió el café de la barra y se sentó en una mesa cerca del ventanal donde se podía divisar el océano.

A pesar de estar de espaldas reconoció la voz de Karen, que se encontraba sentada tres mesas más alejadas; giró la cabeza y vio que se encontraba con otras enfermeras. Hacía dos días que no pasaba por consulta, todos sus pacientes fueron asignados a otros médicos para llevar su control. Sabía que podía confiar en Karen y que no lo defraudaría. Martín pasaba por uno de los peores momentos desde que llegó al sanatorio. Karen se levantó de la silla para empezar su turno

y vio a Martín sentado con la vista perdida hacia el océano. Sabía por el momento delicado que estaba pasando su hermana, la sargento Reyes le contó lo sucedido en el piso de Evelin. Se sentó a su lado en señal de afecto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Karen con voz pausada al mismo tiempo que le cogió la mano. Martín la miró fijamente en silencio, su mirada triste hablaba por él.

—He tenido tiempos mejores, pero no te preocupes por mí. Gracias por haberte encargado de los pacientes, no he estado a la altura y abandoné a mis pacientes, pero no volverá a ocurrir. —Martín le devolvió el apretón de manos acompañado de una leve sonrisa forzada.

—No te preocupes por ellos, estuvieron bien atendidos. Además, solo fueron controles rutinarios que hasta yo misma podía haber hecho.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en el sanatorio? —Karen se quedó algo confusa por la pregunta.

—Sobre unos diez años si no me equivoco, ¿por qué lo preguntas?

—¿El doctor Morales ya ejercía como director? — Karen se quedó pensativa.

—No, recuerdo muy bien que cuando empecé a trabajar en el sanatorio me entrevistó el doctor Baviera, por cierto, una excelente persona. —Martín arqueó las cejas.

—¿Recuerdas cuándo se hizo cargo el doctor Morales del sanatorio?

—Si no me equivoco, yo llevaría unos seis meses trabajando cuando nos informaron del cambio en la dirección del centro. Nos quedamos algo extrañados, el centro funcionaba a la perfección. Tuve la ocasión de poder despedirme de él, el doctor Baviera se encontraba muy disgustado y no entendía los motivos de su cese. Al día siguiente nos presentaron al doctor Morales como nuevo director del centro. Y pocos días después se fueron realizando algunos cambios en el personal.

—Cuando dices cambios del personal, ¿a qué puestos te refieres? —Karen no entendía el interés de Martín.

—Como la secretaria del centro. Herminia era la más antigua, conocía todos los entresijos; después cambiaron a la jefa de enfermería, sustituyeron a algunos médicos y el centro empezó a funcionar de una manera muy diferente. Empezaron los problemas con algunos internos, trasladaron a algunos enfermos en estado críticos sin dar información alguna ni decir a dónde los llevaban. Todo pasó a ser un secretismo.

No podían demorar más el tiempo. Martín y Karen salieron de la cafetería y se dirigieron a la consulta. Los pacientes hacía unos minutos que estaban esperando en la sala de espera. El primer paciente en pasar fue Pedro, un hombre de cuarenta y ocho años que sufría trastornos mentales producidos por el consumo continuado de drogas. No era un paciente agresivo, muy rara vez se le podía ver discutir con otros pacientes. Huía de cualquier problema que se le pudiera presentar y se ganó el apodo de el risueño entre los sanitarios porque de todo se reía. Llevaba seis meses internado, algunos sanitarios lo consideraban como un buen paciente. Incluso el propio Martín le comentó en la anterior visita que si seguía en esas condiciones le darían el alta muy pronto. Se había ganado la confianza de algunos celadores y le dejaban que fuese un poco a su aire. Ese día Pedro se levantó con su sonrisa habitual pensando que sería el último día que estaría en el sanatorio. Después de desayunar se pasó por la cocina y se despidió de los cocineros, y sin que ninguno de los que estaba en la cocina se diera cuenta Pedro cogió un cuchillo pequeño pero muy afilado y se lo guardó en el bolsillo. Su cara de risueño pasó a un semblante serio con la mirada un poco ida y se fue a la sala de espera.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Martín sin fijarse en la expresión de sus ojos.

—Muy bien. —Pedro acariciaba el cuchillo por encima del pantalón.

—Me han pasado tu informe interno y tengo que decirte que todo está bien. —Martín meditó por unos segundos, Pedro tenía que seguir avanzado para su cura total—. Te voy a dar unos días de permiso para que puedas salir, con la condición de que a tu vuelta te someterás a unos controles para saber si has consumido algún tipo de droga. Si no has sufrido ninguna recaída, prepararemos tu alta. Prohibido ir por los sitios que frecuentabas y muy importante: no debes tener contacto con las antiguas amistades. —Pedro sonrió con una sonrisa falsa pensando en su próximo movimiento.

Martín se levantó de su silla para acompañar a Pedro fuera de la consulta y despedirse de él, fue cuando se dio cuenta del cambio de expresión en su mirada. Lo achacó a los posibles nervios y la inseguridad que algunos enfermos muestran cuando de nuevo se tienen que enfrentar a los demonios del exterior. Pero en esta ocasión Martín se equivocaba.

Cometió el error de darle la espalda y perderle de vista unos segundos. Pedro se levantó como un resorte, sacó el cuchillo de su bolsillo, lo cogió del pelo tirándole la cabeza hacia atrás y le puso el cuchillo en el cuello. La mano le temblaba y eso hizo que la punta del cuchillo se le clavara provocándole un pequeño corte y la herida le empezó a sangrar por el cuello. Martín no pudo reaccionar a tiempo, la acción de Pedro lo cogió desprevenido y poco podía hacer si quería conservar la vida. Martín aparentaba tranquilidad a pesar de su nerviosismo interno y se limitó a obedecer todas sus exigencias.

—Vamos a andar hacia atrás muy despacio hasta ponernos detrás de tu mesa y vas a llamar a Karen. —Caminaron muy despacio hasta que la espalda de Pedro dio con la pared. Martín llamó a Karen por teléfono para que entrara.

Cuando Karen abrió la puerta y vio a Pedro con el cuchillo se quedó paralizada.

—Pasa y cierra la puerta —dijo Pedro mirándola fijamente, Karen cerró la puerta y se quedó a un lado de la mesa.

—No te puedes hacer una idea de las veces que me he imaginado follándote en mi cama. —Unas lágrimas brotaron de los ojos de Karen.

—Pedro, estás sufriendo un brote psicótico, suelta el cuchillo y deja que te ayudemos —comentó Martín algo desesperado sintiendo cómo la sangre le corría por la piel.

—Cállate la boca, gilipollas, en mi vida he tomado drogas excepto las que me habéis dado aquí. He hecho bien mi papel de drogadicto, sabes que estudié teatro cuando era niño. —Pedro reía al mismo tiempo que le susurró algo al oído que hizo que a Martín se le desencajara la cara.

—Reconozco que nos has engañado a todos y te felicito por ello, pero ¿por qué haces esto si podías salir del sanatorio sin causar problemas? —comentó Karen con voz temblorosa. Pedro no pudo evitar sonreír.

—Vas hacer todo lo que te diga, y sin poner problemas, de lo contrario verás cómo le corto el cuello como si fuese un cerdo. Vas a llamar a la sala de control del pabellón C y les dices que un celador va a sacar a Fermín para hacerle unas pruebas. —Martín continuaba en shock.

—Fermín es un enfermo muy peligroso, no lo dejarán salir simplemente por una llamada.

—Haz lo que digo y más vale que no pongas problemas, de lo contrario, ya sabes. —Pedro apretó el cuchillo introduciéndolo más en la herida, provocando un flujo más continuo de sangre.

Karen llamó a la sala de control y después de unos minutos hablando con el de seguridad le pudo convencer para que no pusiera objeción alguna. Miró a Martín, le extrañaba su actitud, seguía como ausente, con los brazos caídos como si no le importase nada mientras no paraba de sangrar la herida. La camisa la tenía empapada de sangre.

—Veo que no te ha puesto muchas pegas, ahora llamarás a Jesús y le dices que vaya con una camilla y que saque a Fermín, que se asegure que se toma un somnífero, que coja unas bridas

y que se pase por la consulta. Que se dé prisa si no quiere ver cómo se desangra tu amigo.

Karen hizo todo lo que le indicó, los minutos de espera se hicieron interminables. No podía ver cómo Martín se desangraba sin poder hacer nada para evitarlo, le preocupaba que no pudiese resistir por mucho tiempo sangrando de esa manera. Su cara empezó a tomar un color blanco amarillento mientras las primeras gotas de sangre empezaron a salpicar el suelo.

Unos minutos más tarde golpearon en la puerta de la consulta. Jesús entró y cerró la puerta, actuó como sorprendido y nervioso.

—Fermín se encuentra en la camilla dormido, ¿qué tengo que hacer? —Sus manos mostraban un pequeño temblor.

—Coge las bridas y pónselas al doctor. —Cuando vio que Martín tenía puestas las bridas lo dejó que se sentara en la silla—. Cúrale la herida antes de que se desangre este gilipollas, no quiero que se muera antes de tiempo.

Karen le taponó la herida y le puso un vendaje para cortar la hemorragia, le colocó una vía y un gotero de suero.

—Necesita sangre, el gotero no es suficiente. —Karen temió por la vida de Martín.

—Tampoco ha sido para tanto —comentó Pedro mientras le ponía las bridas a Karen y la ataba a la mesa. Antes de taparle la boca la miró fijamente, le puso el cuchillo en el cuello, le rompió los botones de la camisa y le sobó los pechos. Le tapó la boca con una venda, se lavó las manos manchadas de sangre y salieron de la consulta como si nada hubiese ocurrido.

Los pacientes que permanecían en la sala de espera empezaron a protestar, había pasado más de media hora desde que salieron Pedro y Jesús de la consulta. Una enfermera, al escuchar el alboroto de los pacientes, se acercó para ver lo que estaba sucediendo, los pacientes, al verla, aumentaron sus quejas.

María llamó a la puerta varias veces, sabía que Martín y Karen se encontraban dentro de la consulta, se extrañó mucho de que Karen no respondiera. Intentó abrir la puerta, pero había algo que lo impedía. Karen empezó a golpear una vitrina de cristal, María al escuchar los golpes empujó la puerta con todas sus fuerzas; por fin se abrió, un perchero de pie se cayó al suelo cuando Jesús y Pedro salieron de la consulta e hizo tope con la puerta. Su primera reacción a ver la trágica escena fue gritar pidiendo ayuda. Los pacientes que permanecían en la sala de espera, al escuchar los gritos de María, se fueron. Mientras María cortaba las bridas a Karen llegaron los celadores y algunos médicos. Karen se quitó la venda de la boca y gritando les indicó a sus compañeros que Martín necesitaba una transfusión de sangre. A Martín lo sacaron en volandas de la consulta y lo pusieron en una camilla, se encontraba muy aturdido por la pérdida de tanta sangre, su rostro reflejaba una palidez preocupante. Lo llevaron a la enfermería y, mientras el doctor Rafael le curaba la herida del cuello, Karen y María le pusieron un gotero de sangre.

Después de la tempestad vino la calma, un silencio extraño dominaba el pabellón B. Karen permaneció junto a Martín hasta que recobró el conocimiento. Cuando abrió los ojos y vio a Karen controlando el gotero, le cogió la mano y sonrió.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Martín. Karen se secaba una lágrima que corría por su mejilla.

—Has perdido mucha sangre, este es el tercer gotero que te hemos puesto.

—Un poco aturdido, pero bien —respondió Martín sin soltarle la mano.

Martín volvió a cerrar los ojos, se encontraba muy débil, sin apenas fuerzas para mantenerlos abiertos. Karen controlaba que las pulsaciones y la tensión se encontraran en

términos normales. Ensanchó sus pulmones para tranquilizarse, era consciente de que en esta ocasión Martín estuvo a punto de cruzar la línea que separa el mundo de los vivos del de los muertos, si Pedro le hubiese introducido más el cuchillo probablemente se hubiese muerto desangrado. Estuvo a una milésima de haberle cortado la arteria carótida.

Karen se encontraba sentada junto a Martín pensando en lo que había sucedido, estaba muy confusa pensando en lo que dijo Pedro. Había estado fingiendo su enfermedad todo el tiempo, ¿cuál fue el motivo que lo llevó a hacerlo?

Levantó la vista del suelo y vio a Reyes parada en el umbral de la puerta, Karen se levantó y abrazó a su hermana. Reyes la besó varias veces sin poder quitar la mirada de Martín.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Reyes muy preocupada.

—Bien, para lo que le podía haber pasado. Han estado muy cerca de cortarle la carótida. Martín no está seguro aquí, he pensado que cuando esté algo estable me lo llevaré a mi casa. —Karen se encontraba muy convencida de lo que tenía que hacer.

—Lo llamé varias veces, pero no me respondió, pensé que estaba molesto conmigo por mi relación con Evelin. —Karen arqueó las cejas y la miró fijamente—. No me mires así, que me haces sentirme incómoda.

—¿Desde cuándo estáis juntas?

—No sé, hace dos noches la acompañé a su casa y terminamos en la cama. Al día siguiente Martín se presentó en su casa, yo había terminado de ducharme, Martín entró un poco alterado, había estado llamándome e incluso fue a la comandancia a buscarme. Cuando vio a Evelin salir en albornoz se lo imaginó y no le sentó muy bien. —Reyes se mordió los labios.

Capítulo 17

Tres meses antes
Centro penitenciario El Dueso, Santander

Desde el monte Buciero se podía observar el centro penitenciario al completo. Quizás podían pensar que habría una alta dosis de morbo en ello, pero no para Felipe ni para ninguna de las personas que lo acompañaron en el tiempo que pasó encerrado, sin motivación alguna ni esperanza de salir vivo. Se sorprendió con la diversidad de personas que se encontraban privadas de libertad, como él. Su opinión cambió cuando empezó a tratar con algunos reclusos, el factor humano con el que se encontró fue la única razón que le dio la suficiente fuerza para seguir adelante. No se trataba de una cárcel modelo, pero era muy diferente a las demás. El Dueso, en cierta medida, te daba la sensación de tener una semilibertad comparada con otras prisiones.

Felipe se sentía muy orgulloso de ser el padrino de boda de su único hermano, no había más felicidad viéndole la cara. Santiago se lo repetía muchas veces: «Felipe, cuando yo me case tu será mi padrino». Y así fue. Todo aparentaba ir a la perfección, un día soleado, la misa corta y una novia preciosa. El cáterin nada más llegar al restaurante fue inmejorable, con todo tipo de detalles. Entraron al salón y todo el mundo se puso en pie, aplaudieron cuando hicieron presencia los novios. Santiago y su mujer presidían la mesa con los padrinos a los lados. Cuando sirvieron el segundo plato, el metre se acercó a los novios y le dijo a Santiago al oído que la policía nacional quería hablar con él. Por un momento pensó que se trataba de una broma, pero viendo el semblante serio del metre se dio cuenta de que no se trataba de ninguna broma. Santiago se levantó de su silla bajo la atenta mirada de su mujer y acompañó al metre a la recepción del restaurante, donde le esperaban cuatro policías vestidos de paisano y con el chaleco puesto de la policía nacional.

—¿Qué sucede? —preguntó Santiago con semblante serio.

—Perdona que le molestemos en su celebración, necesitamos hablar con su hermano, ¿sabe dónde se encuentra? —Santiago arqueó las cejas y un ardor se apoderó de su estómago.

—¿Por qué preguntan por él? —El sargento de la policía nacional le enseñó la orden de detención. Tragó saliva y vio que la cosa iba en serio.

Santiago entró en el salón nupcial con una sonrisa forzada y desde lejos miró a su hermano. Felipe, viendo la expresión de su mirada, enseguida entendió que había algún problema. Se levantó de la silla antes de que Santiago llegase a la mesa y salió a su encuentro.

—Felipe, la policía pregunta por ti.

—¿Por mí? —respondió sorprendido.

Los dos hermanos salieron del salón, un policía se adelantó y le preguntó si era Felipe García y le pidió su documentación.

—¿Qué ocurre? —Sacó su documentación del bolsillo y se la entregó bajo la atenta mirada de su hermano.

—Tenemos una orden de detención contra usted por homicidio.

—¿Qué? —respondió Felipe muy sorprendido—. Santiago, déjate de coña, las bromas te las tenemos que hacer a ti. —Una sonrisa nerviosa reflejaba su preocupación.

—No se trata de ninguna broma, esto es muy serio. Queda usted detenido por el presunto

asesinato de la ciudadana polaca Anka.

Lo detuvieron en plena cena delante de Santiago, era lo único que le quedaba de su familia. Le repitió varias veces que era inocente, y cuando le pusieron las esposas le pidió perdón por haber arruinado el día más feliz de vida.

Lo arrestaron por estar en el lugar equivocado, le acusaron de cometer un asesinato atroz. Por mucho que intentó explicar que era inocente y que no tenía nada que ver con la muerte de Anka, no le creyeron. Según la fiscalía, contaba con varios testigos que aseguraban haberle visto discutiendo con la víctima.

El día del juicio todo fue un despropósito, todo estaba en su contra, las pruebas con la que contaba la fiscalía fueron demoledoras, hasta su propio abogado dudó de su inocencia. A pesar de sus intentos desesperados por probar su inocencia, las pruebas en su contra parecían irrefutables. Las cámaras de seguridad lo captaron en el lugar del crimen, y varios testigos lo identificaron como el perpetrador. Su situación se volvió cada vez más desesperada.

Lo condenaron a veinte años de prisión, un tiro directo al corazón. Se sintió hundido al escuchar la sentencia sabiendo que era inocente.

Lo trasladaron a la prisión de El Dueso, cuando bajó del furgón de la Guardia Civil pudo observar todo el recinto. Al ver los edificios se sorprendió de comprobar que se habían construido sobre los restos de un antiguo fuerte napoleónico, dio la casualidad de que la última clase de historia que pudo dar en la Universidad Católica de Valparaíso fue sobre las construcciones napoleónicas.

Pensó que ya no le podía pasar nada peor que perder la libertad, pero estaba equivocado. Llevaba seis meses cumplidos de su condena cuando vio a Fermín por primera vez, su parecido era asombroso, cualquiera los podía confundir.

Unos días más tarde, hablando con un funcionario de prisiones con el que había hecho algo de amistad, le aconsejó que se mantuviera lo más alejado posible de Fermín, se trataba de una persona con doble personalidad y que en momentos dados se volvía muy agresivo. Hacía poco que había salido de una celda de aislamiento.

Una noche, en su celda, mientras leía una novela de intriga, surgió una extraña casualidad: en la novela se describía cómo habían condenado a muerte a un ciudadano inocente por su parecido con el verdadero asesino. Abrió los ojos como un búho, se levantó de la cama y empezó andar por la celda. En su cabeza solo tenía una obsesión, pensó que quizás le había ocurrido lo mismo que se describía en la novela. Quien cometió el asesinato tenía que parecer mucho a él y enseguida le vino a la cabeza el nombre de Fermín. Tenía la posibilidad de demostrar que era inocente. Pero ¿cómo hacerlo estando encerrado?

A pesar del mal tiempo que hacía y que en cualquier momento las nubes negras podían descargar un fuerte chubasco, los presos estaban deseando que llegase la hora de salir al patio, verse en ese espacio tan grande hacía que te sintieran en semilibertad. Había manías para todos los gustos: unos se ponían a hacer deporte, otros caminaban sin parar y otros, como Felipe, se sentaban a observar al resto de los presos.

Estaba sentado observando cómo jugaban al tenis, uno se hacía llamar Nadal y el otro Federer. No podían ser más inútiles, no daban ni tres raquetazos seguidos. Fermín se sentó a su lado, Felipe se hizo el desentendido y prefirió que fuese Fermín quien iniciase la conversación.

—¿Qué tal con los profesionales? —comentó sonriendo al mismo tiempo que se sacó el

paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, pero no fumo —le dijo sin mirarle a la cara.

—Me llamo Fermín. —Levantó la mano para saludarle.

—Felipe —respondió estrechándole la mano.

—Es curioso, a pesar de estar encerrado, cuando salgo al patio tengo sensación de libertad. —Miró a Fermín y tuvo la sensación de querer algo—. Eres el profe de la prisión y te encargas también de la biblioteca —comentó Fermín encendiéndose un cigarro.

—Así es, intento no meterme en líos y eso me da algo de autonomía. —No quería que se le notara su interés por él.

—En cierta medida tienes algo de libertad de movimiento.

—Podemos decir que sí. —Fermín lo miró y sonrió—. Puedo solicitar un ayudante si te interesa. —Fermín volvió a sonreír.

—Si lo consigues, no te arrepentirás. —Tenía que jugar muy bien su baza y ganarse su confianza, su instinto le decía que estaba haciendo lo correcto.

Cuando entraron a los pabellones Felipe solicitó una tarjeta para llamar por teléfono, hacía unos meses que no sabía nada de su hermano. Entendía su comportamiento. Llamó varias veces hasta que Santiago respondió, el saludo fue frío como el hielo. Felipe le suplicó que no le colgara y le explicó lo que pensaba y lo que pudo haber sucedido el día que mataron a la mujer. Él reconoció que estuvo en la misma discoteca y que salió a andar por los alrededores donde se encontró el cuerpo de Anka. Él juró y le perjuró que era inocente.

—Solo te tengo a ti y sin tu ayuda me pudriré en la cárcel teniendo la certeza de mi inocencia. —Su voz sonaba a desesperación.

—¿Qué quieres que haga? —Al escuchar la voz de su hermano se tranquilizó.

—Tomás te puede ayudar a conseguir las imágenes que requisó la policía, tengo la corazonada de poder demostrar mi inocencia. —Felipe sabía lo complicado de lo que le estaba pidiendo.

—Sabes que no nos hablamos desde hace años, no le invité a mi boda y eso no me lo perdonará. —A Santiago le costaba tragar saliva.

—Santiago, escúchame bien: si estoy equivocado, te prometo que nunca te molestaré y no sabrás nada de mí. He conocido a un preso que se parece mucho a mí, es un delincuente muy agresivo y estoy convencido de que pudo ser el que cometió el asesinato. Por favor.

Felipe era consciente de lo que le pedía a su hermano. Santiago y Tomás eran amigos desde la infancia, pero una mujer los separó. Estuvo enamorado de Sara, pero ella eligió a Santiago y ese fue el detonante de romper su amistad. Tomás era teniente de la policía nacional y estaba destinado en asuntos internos de la policía. Era la única posibilidad que le quedaba a Felipe aparte de sonsacarle información a Fermín.

Felipe solicitó por escrito un ayudante para ayudarle a dar las clases a los presos y poder llevar el control de la biblioteca. No tardó en tener la respuesta, el director de la prisión le concedió que pudiera escoger a un ayudante entre los presos. Ya había dado el primer paso para su libertad. Al día siguiente, cuando los presos salieron, buscó a Fermín para comunicarle que a partir de ese momento era su ayudante. Se extrañó al no verle por los sitios donde solía ponerse. Preguntó a un preso por Fermín y este le dijo que se encontraba en la enfermería. Lo primero que pensó fue que le habrían agredido, pidió permiso a un funcionario para poder ir a la enfermería y este se lo concedió. Después de pasar por varios controles de seguridad, entró en la sala de

enfermería y le preguntó a la doctora por el estado de Fermín.

—Fermín sufrió un brote psicótico e intentó autolesionarse, en estos momentos se encuentra mejor después de la medicación que le hemos suministrado.

—¿Puedo hablar con él? Le tengo que dar una buena noticia y supongo que ayudará a su mejoría. —Felipe utilizó todas sus artimañas seductoras.

—De acuerdo, puedes pasar, pero a la mínima alteración que sufra, te sales —contestó la doctora.

Felipe se acercó con paso lento y silencioso hasta donde se encontraba Fermín. Dudó si llamarle, tenía los ojos cerrados como si estuviese durmiendo por los efectos de la medicación. Fermín abrió los ojos y cuando vio a Felipe sonrió y le dijo que se sentara.

—Tengo buenas noticias, el director ha aceptado que seas mi ayudante, de esta manera estarás liberado de todo trabajo y tendrás más libertad de movimiento —comentó Felipe viendo que su plan podía fallar.

—Me van a sacar de aquí —comentó Fermín con media sonrisa. Felipe sintió que le había caído una losa de hormigón.

—¿Te refieres a que vas a salir de enfermería o te van a trasladar a otra prisión? —Arrimó la silla para escuchar mejor.

—Ayer, antes de salir al patio, hablé con mi padre y me dijo lo que tenía que hacer para que me trasladasen al sanatorio que él dirige. —Felipe estaba desconcertado.

—Yo tenía la esperanza de que algún día pudiéramos ir a la sala Niágara cuando tuviéramos un permiso. —Felipe soltó el primer anzuelo.

—Yo estuve allí cuando me concedieron un permiso de fin de semana. Me lo pasé de cine, conocí a una polaca que flipas, le gustaba la marcha que no veas. —Fermín se tiró a la piscina de cabeza.

—Todas son iguales, te calientan y luego te dejan tirado, las malas zorras. —Fermín sonreía sin parar.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Felipe.

—Tú estabas cuando mataron a una polaca. —A Felipe se le abrieron los oídos como el sónar de un submarino.

—Sí, menudo revuelo se armó. —Felipe estaba muy atento a lo próximo que podía decir.

—Después de hacernos una raya la tía se puso muy caliente, salimos y en una calle en la que no había mucha iluminación me la follé al lado de unos contenedores. La puta se resistió al principio, pero cuando la notó dentro dejó de protestar.

Fermín reía como un psicópata, todo enloquecido. Felipe sé quedó paralizado, tenía la prueba de su libertad y no podía hacer nada para demostrarlo. Giró la cabeza para ver dónde se encontraba la doctora, y fue cuando Felipe se dio cuenta del tatuaje que tenía en el cuello. Fermín fingió tener un brote psicótico, empezó a gritar y cogió del cuello a Felipe.

—No te asustes, que no te voy a hacer daño —le dijo al oído.

Por un momento empezó a tener dificultad para respirar, intentó soltarse de las manos de Fermín. En un movimiento defensivo cayeron al suelo, Felipe pidió ayuda bajo la perturbada mirada de Fermín. Los enfermeros corrieron en su ayuda y cuando se lo quitaron de encima le guiñó el ojo.

Felipe salió de la enfermería en estado de *shock* y bajó las escaleras sin apenas tocar los escalones. Tenía la confesión de Fermín y lo único que podía hacer era llamar a su hermano. Su respiración acelerada le impedía explicarse con claridad, respiró profundo soltando el aire despacio y cuando notó que estaba más tranquilo le contó todo lo que le había contado Fermín y

le hizo hincapié sobre el tatuaje que tenía en el cuello. Surgieron nuevas evidencias que arrojaban dudas sobre su culpabilidad.

Pasaron dos semanas hasta que su hermano, en compañía de su abogado, se presentó en la prisión. Felipe se encontraba desesperado, no podía permanecer más tiempo encerrado sin volverse loco, después de la confesión de Fermín los días se le hicieron interminables.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Santiago. Le preocupó el estado en que se encontraba.

—Me volveré loco si no consigues sacarme de aquí. —Sus ojeras de no poder dormir y su delgadez presentaban un estado preocupante.

—Tienes un nuevo abogado, él es Salvador y se va a ocupar de tu causa.

—Quiero que me expliques con todo detalle lo que te dijo Fermín. Tenemos nuevas imágenes donde se aprecia un tatuaje en el cuello de la persona que cometió el asesinato y una de las cámaras de la enfermería recogió la conversación que tuvisteis los dos. Contamos con un logopeda que demostrará con la lectura labiofacial tu inocencia. Tienes que ser más fuerte que nunca, presentar todas las pruebas ante el juez llevará unos días. Tranquilidad ante todo —dijo el abogado.

—¿Qué fue de Fermín? —preguntó Santiago.

—Lo trasladaron a un sanatorio, según un celador hicieron falta varias personas para controlarlo. Se arrancó los goteros que tenía puestos. Quiso hacerme ver que fingía, pero la verdad es que estaba como una cabra.

Veinte días después le notificaron a Felipe que quedaba libre de todos los cargos por homicidio. Felipe rompió a llorar, recogió sus pertenencias y recorrió el pasillo que le llevaría hacia la libertad. Las puertas de la prisión se abrieron y no pudo evitar que la piel se le pusiera de gallina de la emoción que sintió.

Capítulo 18

En los Jardines de Piquío, en primera línea de la playa del sardinero, se encontraba la ambulancia que habían robado para salir del sanatorio. Jesús y Pedro se felicitaron, la fuga había salido mejor de lo previsto. Fermín aún se encontraba algo aturdido bajo los efectos del somnífero que le había suministrado. No tenían tiempo que perder, a estas alturas ya habrían notificado a la policía lo sucedido en el sanatorio, el tiempo apremiaba y no tardarían en dar con la ambulancia.

Jesús y Pedro planificaron cómo sacar a Fermín del sanatorio antes de que lo volviesen a trasladar a la prisión del Dueso. La tarde anterior Jesús había dejado un coche cerca de los jardines con el que tenía pensado que Pedro y Fermín siguiesen su camino.

—Estas son las llaves del coche, tenéis ropa para cambiaros y la dirección a donde tenéis que dirigiros se encuentra en la guantera del coche. Pero antes de iros me tenéis que atar con una brida al volante de la ambulancia. —Jesús no había terminado de hablar cuando Fermín le asestó un puñetazo en la cara que le rompió la nariz y lo dejó inconsciente.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Pedro arrastrándolo a la ambulancia.

—Tiene que resultar creíble, así no dudarán de su versión. —Cuando lo dejaron dentro de la furgoneta y lo ataron al volante, Fermín le volvió a propiciar otro puñetazo en la cara, salpicando de sangre el volante—. Esto por haberme drogado sin avisarme.

El doctor Morales se encontraba en la masía algo nervioso e impaciente por saber si habían podido sacar a su hijo del sanatorio. Minutos más tarde recibió un mensaje: «OK». Morales sonrió, por fin se podía reunir de nuevo con su hijo.

Fermín nació de una relación extramatrimonial con una de sus ayudantes. Muy pocas personas conocían que Morales tuviese un hijo. A la madre, como a su hijo, los mantuvo en secreto y alejados de Santander, no quería que se supiese de su existencia, todo lo que poseía pertenecía a su mujer y corría el riesgo de perderlo todo si se hubiese enterado de su infidelidad. Compró una casa en el pueblo de Henarejos, en la serranía de Cuenca, donde vivían los padres de Victoria. Con su ayuda no tendría problemas para criar a su hijo. Lo visitaba dos veces al mes con la excusa de que tenía que asistir a coloquios en la universidad de Madrid y aprovechaba para visitarlos y pasar unos días juntos.

A partir de los siete años el comportamiento de Fermín empezó a cambiar, se volvió distante y frío con sus compañeros del colegio. Victoria al principio pensó que eran cosas de niños, pero no tardaría en darse cuenta de que el comportamiento de Fermín no era normal. Pudo notar cómo Fermín poco a poco se fue distanciando, se pasaba la mayoría del tiempo solo, jugando y hablando con su amigo imaginario; su agresividad fue aumentando conforme fueron pasando los días y en algunos momentos se mostraba desorientado. Victoria, viendo que su hijo mostraba esos síntomas, llamó a Morales y le comentó que estaba muy preocupada por Fermín.

Al día siguiente se desplazó a Henarejos. Cuando llegó, Fermín se encontraba durmiendo en su habitación. Al verlo el corazón se le encogió, se apenaba de no haber podido pasar más tiempo con ellos. Morales y Victoria se encontraban en una habitación anexa a la de Fermín, y Victoria le explicaba entre lágrimas que Fermín padecía síntomas de autismo o esquizofrenia. No era la primera vez que veía esos mismos síntomas en otros niños durante el tiempo que permaneció trabajando en el Hospital Santa Clotilde de Santander. Morales intentó que se tranquilizara y le dijo que quizás estaba exagerando, a Victoria no le sentaron muy bien esas

palabras y lo miró con una mirada desafiante y le recordó el tiempo que pasó en la sección de psiquiatría, donde lo conoció.

Victoria se culpaba por haberse dejado manipular de esa manera, mientras discutían escucharon la voz de Fermín. Se acercaron a la puerta de la habitación con sigilo y pudieron escuchar que Fermín mantenía una conversación con una persona imaginaria. En ese momento Morales pensó que quizás Victoria tenía razón y que no exageraba como él pensó. Permaneció toda la noche observándole. Al día siguiente, cuando Fermín despertó y vio a su padre, lo primero que hizo fue abrazarle. Ese día lo pasaron en familia, Morales pudo comprobar los cambios de comportamiento de su hijo. Estaba convencido, y así se lo hizo ver a Victoria, de que Fermín necesitaba la ayuda de un psiquiatra pediátrico para poder controlar su comportamiento y estudiar los patrones de pensamiento durante un tiempo. Necesitaría medicamento para evitar el comportamiento agresivo y que pudiera lastimarse a sí mismo.

Pasaron los años y el comportamiento de Fermín fue empeorando, con catorce años cometió su primer delito, agredió a su profesora rompiéndole la nariz de un puñetazo, lo que le sirvió para que lo expulsaran del colegio.

Hacían mucho tiempo que su padre dejó de visitarlos y su madre ejerció de padre y de madre. Más de una vez le preguntó a su madre por qué su padre los había abandonado. Victoria no encontraba las palabras adecuadas para explicárselo porque ni ella misma no lo sabía, de un día para otro dejó de saber nada de Morales. Victoria cayó enferma, al principio pensó que era un simple resfriado, pero conforme fueron pasando los días fue empeorando; de un simple resfriado pasó a ser un cáncer de pulmón. Estuvo ingresada dos meses en el hospital, Fermín intentó ponerse en contacto con su padre, pero él no respondió a sus llamadas de auxilio. Un cable se le rompió en el cerebro y el odio hacia su padre aumentó. Victoria pidió el alta voluntaria y volvió a su casa, quería pasar sus últimos días rodeada de sus padres y de su hijo.

Por las noches no paraba de toser y de quejarse mientras su abuela se desvivía por cuidarla. En la habitación contigua, donde dormía Fermín, se podía escuchar a su madre quejarse de dolor y eso le afectaba mucho, se pasaba las noches llorando en silencio hasta que llegó el día en que dejó de llorar. No podía ver a su madre sufrir y tomó una decisión. Sobre las cinco de la mañana se levantó y fue a la habitación de su madre con la almohada. Victoria se encontraba despierta, apenas podía respirar y cuando vio a su hijo con la almohada supo lo que iba a suceder. Fermín se acercó a la cama y después de besar a su madre repetidas veces y pedirle perdón le puso la almohada en la cara y apretó con todas sus fuerzas hasta que su madre dejó de respirar. Por fin pudo descansar en paz y dejar de sufrir. Se quedó a su lado hasta que su abuela entró a la habitación, se miraron y se abrazaron.

—Ya ha dejado de sufrir —dijo su abuela saliendo de la habitación.

Con la muerte de su madre Fermín se descontroló por completo y así, unido a las malas compañías, se convirtió en un delincuente común. Perdió todo contacto con su padre, sumergido en una vida de vandalismo hasta que ingresó en la penitenciaría del Dueso por cometer varios robos con agresión y por homicidio.

El doctor Morales acudía una vez al mes a la penitenciaría para ayudar a la doctora Sofía con los enfermos que sufrían trastornos leves. En una de sus visitas la doctora Sofía se encontraba pasando consulta a varios presos y le dijo al doctor Morales que la esperara en su despacho. Mientras esperaba miró unos expedientes que había sobre la mesa, cogió uno ala azar y le faltó el aire cuando vio la fotografía de su hijo. En ese momento entró Sofía y vio a Morales con la cara desencajada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sofía mientras se sentaba.

—Sí, es la alergia, a veces tengo sensación de ahogo. ¿Estos expedientes son de presos nuevos?

—Sí, cada vez son más jóvenes.

—¿Puedo echarles un vistazo?

—Tú mismo.

Morales pudo leer con toda tranquilidad el expediente de su hijo y se le fueron todas las dudas posibles, la persona que respondía al nombre de Fermín era su hijo. En su interior la alegría se le desbordaba.

Al día siguiente llamaron a Fermín a la enfermería, pensó que sería para comprobar si había padecido alguna enfermedad contagiosa, cosa habitual cuando llegas a una prisión. Fermín subió a la enfermería y el celador le dijo que entrara a una consulta. Fermín entró y se sentó esperando a la doctora. A los pocos segundos entró un enfermero y después de hacerle unas preguntas rutinarias le dijo que tenía una llamada. Fermín se extrañó.

—Escúchame bien, ¿hay alguien contigo? —preguntó Morales.

—No, ha salido el enfermero un momento. ¿Quién eres? —preguntó Fermín muy extrañado.

—Soy tu padre. —Fermín se reclinó hacia atrás arqueando las cejas.

En el transcurso de la conversación Morales le pidió disculpas por no haber sido un buen padre y le prometió que lo sacaría de la prisión, lo único que tenía que hacer era tener calma y seguir sus indicaciones.

Capítulo 19

Habían pasado tres días desde la agresión que sufrió Martín en el sanatorio y a punto estuvo de costarle la vida, unos milímetros más y en este momento estaría criando malvas.

Se encontraba de pie frente al ventanal desde donde podía ver a la gente pasear por la playa del Sardinero, le recordó a tiempos atrás cuando vivía en Murcia, desde su apartamento podía divisar a las olas enfurecidas golpear la arena de la playa. Echaba de menos esos tiempos donde las aguas del Mediterráneo mojaban sus pies, cuando daba largas caminatas por la playa.

Martín estaba desmotivado y desolado, hasta un acto tan simple como tragar saliva lo tenía que realizar en varios movimientos. Beber algo líquido era un suplicio para él. De momento no podía hablar y se tenía que comunicar con Karen con señas.

Se pasaba muchas horas solo y alejado del sanatorio, aburrido y siempre con los mismos pensamientos. En esos momentos de debilidad se te pasan muchas ideas por la cabeza y ninguna buena. Se encontraba inmerso en ese mundo de desgracias donde se sentía víctima, sin entender cómo podía tener tan mala suerte.

Giró la cabeza al escuchar el ruido de la cerradura de la puerta, pensó que sería Karen que volvía porque se le hubiese olvidado algo. Fue a su encuentro y se sorprendió mucho al ver a la persona que entró. Quiso hablar, pero su herida se lo impidió. Se dio media vuelta y de nuevo regresó al salón ignorando a su visita.

—¿Cómo te encuentras? No he podido venir antes a verte, hemos tenido mucho trabajo en la comandancia —comentó Reyes en forma de excusa mientras Martín permanecía impasible delante del ventanal—. Entiendo cómo te puedes sentir.

Martín se giró con una mirada fría y se sentó en un lado del sofá.

El encuentro con Martín fue tan frío como ella se esperaba, pero eso no era lo que le preocupaba. Temía su reacción cuando supiese lo que le sucedió a Evelin.

—La investigación de tu agresión nos ha llevado a descubrir algo interesante y a la vez preocupante. El paciente que se encontraba internado no se llama Pedro, su nombre es Víctor Buiza, un delincuente y un estafador. El doctor Morales falseó su expediente médico para poderlo internar en el sanatorio. Fermín, el paciente que se encontraba en la habitación de seguridad, en realidad es un preso muy peligroso de la penitenciaría El Dueso. Tenía que haber regresado a la penitenciaría. Según la doctora que firmó el traslado al sanatorio, fue porque sufría de esquizofrenia paranoide.

Martín se encontraba incrédulo gesticulando con las manos.

—Estamos seguros de que Morales preparó el internamiento a Víctor con la intención de ayudar a escapar a Fermín. Con qué intención, no lo sabemos. De la declaración de Jesús poco podemos sacar de momento, pero me da en la nariz que está relacionado con lo sucedido. Lo sorprendente de todo es que el doctor Morales se encuentra desaparecido, lo de su viaje a un congreso médico ha sido todo un montaje, hemos consultado el listado de los viajeros en las fechas que dijo que se fue y su nombre no aparece. Morales se encuentra en territorio español y tenemos que dar con su paradero para ordenar este rompecabezas.

Reyes se mostraba más nerviosa de lo normal y Martín se dio cuenta. Se levantó del sofá algo inquieto, tenía la intuición de que Reyes le ocultaba algo, se le acercó al oído y le dijo con voz aguda y muy despacio:

—¿Qué sucede? —Se tocó la garganta por el esfuerzo que había hecho.

—Hay algo más que tengo que decirte, es sobre Evelin. —Martín se sentó frente a ella con mirada inexpresiva, lo que aumentó su ansiedad. Arqueó las cejas y la miró fijamente. —Evelin ha sufrido un ataque de pánico y se encuentra internada en el sanatorio, no paraba de gritar y la han tenido que sedar.

Martín le indicó a Reyes que lo llevara al sanatorio, al principio Reyes se negó, pero debido a su testarudez no tuvo más remedio que ceder. Durante el corto trayecto Reyes intentó disculparse de nuevo por su relación con Evelin, pero los sentimientos son los que son por mucho que nos pese.

Cuando llegaron al sanatorio Martín se bajó del coche y, sin esperar a Reyes, se fue a la sala de psiquiatría donde se encontraba Evelin. Se encontró con Karen en el pasillo, pues acababa de salir de la habitación. Le recriminó su presencia, pero Martín no tenía oídos para nadie, y con un gesto de la mano le pidió el historial médico.

Evelin sufría un episodio repentino de miedo intenso acompañado de ansiedad, dolor en el pecho, latidos cardíacos rápidos y dificultad para respirar.

Martín entró en la habitación, Evelin se encontraba dormida por la sedación, tenía puesto el oxígeno para evitar la sensación de ahogo. Después de comprobar su ritmo cardíaco y sus pulsaciones, salió de la habitación.

Pensó que ya era momento de volver al trabajo, que no pudiese hablar con claridad no le impedía dirigir el centro. Las ventanas del despacho daban a una zona ajardinada, los rayos de sol apenas rozaban los ventanales. Notó un olor a claustro cuando traspasó el umbral de la puerta. El despacho se veía como abandonado, una fina capa de polvo cubría los muebles. Martín se percató de que alguien había dejado una ventana abierta, alguien había estado en el despacho en su ausencia. Cerró la ventana y al darse la vuelta vio ceniza en el suelo y un paquete arrugado de tabaco, y los cajones de la mesa se encontraban medio abiertos. Alguien, con toda la tranquilidad del mundo, se fumó un cigarro mientras rebuscaba por los cajones, no le importó dejar evidencias de su visita. Martín vio que la persona que estuvo en el despacho le dejó una nota sobre la mesa: «No pienses que tienes siete vidas como los gatos, te has librado dos veces, no te libraras una tercera vez».

A estas alturas Martín no le daba mayor importancia a las notas y los mensajes de advertencia. Cogió la nota, la rompió y la tiró a la papelera. Reyes entró al despacho sin llamar y vio a Martín de pie al lado de la mesa.

—¿Alguna novedad? —preguntó Martín con un hilo de voz.

—De momento sigue todo igual. —Reyes se acercó y pasó un dedo por el polvo acumulado de la mesa—. Esto necesita una limpieza.

—Alguien estuvo aquí. Se dejó la ventana abierta, se fumó un cigarro y tiró el paquete de tabaco al suelo. —Martín no le mencionó nada sobre la nota.

Capítulo 20

Morales se encontraba algo intranquilo, empezaba anochecer y los caminos que conducían a la masía de noche eran peligrosos. Habían pasado cuatro horas desde que recibió el mensaje de Jesús donde le decía que todo había salido bien. Temía que hubiesen tenido algún contratiempo por el camino y todo el esfuerzo no hubiese servido de nada. Intentó contactar de nuevo con Jesús, pero su teléfono se encontraba inactivo. Sus paseos por el salón se hicieron constantes mirando a través de los ventanales, ansioso por ver algún reflejo de luz, era la señal de que algún coche se acercaba.

Faltaba poco para la apoteosis final y no quería tener cabos sueltos, era hora de actuar sin rodeos y ajustar cuentas con el diablo. En pocos días tendría la invocación a las fuerzas del más allá mediante la realización de una ouija y la presencia de Fermín era imprescindible. Era consciente de que le quedaba poco de vida y tenía que dejar su legado a su hijo como hizo su padre con él. Le inquietaba pensar que Fermín no fuese lo suficiente fuerte para seguir con su cometido. Llevaba su misma sangre y, como tal, era el heredero del satanismo en la Tierra.

Un reflejo de luz deslumbró por el horizonte y una pequeña sonrisa endiablada se le dibujó en el rostro marcado por las cicatrices. Conforme la luz se fue acercando, su felicidad fue en aumento. Faltaba poco para abrazar de nuevo al hijo que un día dio por perdido.

Llamó a Juan, que se había convertido en su seguidor más fiel y desde hacía unos días ejercía como su hombre de confianza; los dos salieron al pequeño porche para recibirlos. Morales no podía disimular la emoción que sentía de poder abrazar a su hijo.

El Hyundai Santa Fe paró a escasos metros de donde se encontraban Morales y Juan. El primero en salir del vehículo fue Fermín, miró fijamente a su padre con algo de duda, pues hacía muchos años que no lo veía y para él era un hombre desconocido. Morales lo abrazó con mucho entusiasmo, al contrario que Fermín, que le respondió con unas palmaditas en la espalda algo forzadas. Fermín le agradeció primero por haberle sacado de la cárcel y segundo por haberle librado de estar encerrado en el sanatorio.

—No le demos importancia a lo que no la tiene —le respondió a su hijo.

Entraron en el interior de la masía y se dirigieron al salón donde les esperaba una mesa repleta de toda clase de comida. Pedro fue el primero que se sentó y le echó mano al jamón, que tenía una pinta increíble. Desde que se tomó el desayuno a las ocho de la mañana no había probado bocado.

Durante casi hora y media degustaron del manjar que Marcela les había preparado y después de tomar un buen café pasaron a una sala conjunta que hacía de biblioteca y a la vez de despacho. Morales no podía disimular su alegría, hacía todo lo posible para que su hijo se sintiese lo más cómodo posible, Fermín no era muy receptivo y un poco desconfiado, fue él quien tomó la decisión de apartarse de su padre años atrás. No le había perdonado por el sufrimiento que les hizo pasar a su madre y a él. En su interior le reprochaba que no hubiese estado al lado de su madre en sus últimos momentos. Y no estaba dispuesto a pasarlo por alto, simplemente tenía que esperar pacientemente hasta que llegase la hora de ajustar cuentas. Durante largas horas Morales le explicó una y otra vez el sentido de la vida y lo que estaba destinado a hacer. No era fácil hacerle comprender el reto que tenía por delante. Mucha información para unas horas de conversación. Fermín se estaba cansando y lo acompañó a su habitación.

—Mañana seguiremos hablando.

Fermín entró a la habitación y se dejó caer en la cama.

Morales volvió a la biblioteca y, sin reparar en la hora, realizó una llamada. Insistió varias veces, pero la persona del otro lado de la línea se encontraba muy ocupada. Se molestó mucho porque no respondieron a su llamada y se fue a la habitación donde Mercedes lo esperaba. Ella le abrió la cama, lo conocía muy bien, sabía cómo relajarlo, después volvería a su habitación.

Fermín se despertó de un sobresalto y durante algunos segundos estuvo confuso sin saber dónde estaba. Más calmado y al ser consciente de dónde se encontraba, se relajó. Se asomó a la ventana desde donde podía divisar el paisaje verde; el aire soplaba con fuerza haciendo hablar a las ramas de los árboles. Estaba distraído observando las montañas nevadas que se veían al final del valle cuando escuchó unos golpes en la puerta, le avisaron de que estaban todos abajo esperándolo. Bajó las escaleras sin prisa, observando a las personas que se encontraban alrededor de la mesa. Morales al ver a su hijo, se levantó de la silla y le indicó dónde debía sentarse. Morales se dirigió a Javier, algo molesto porque Isabel no le respondió a su llamada.

—Javier, conoces muy bien tu cometido, es tener a la gente dispuesta a la hora que sea necesario. Anoche llamé a Isabel y no me respondió, no estoy dispuesto a permitirlo.

—Hablaré con ella y no se repetirá.

Javier se sentía molesto porque Juan le había quitado su puesto relegándolo a un segundo plano.

Durante el desayuno Fermín pudo comprobar cómo su padre recriminaba a los asistentes de la mesa sin que nadie le replicara. Pensó que lo hizo para demostrarle quién mandaba.

Después de un corto paseo por los exteriores de la masía, Morales y Fermín entraron y bajaron unas escaleras que dirigían a la sala donde se encontraba la mesa de las ofrendas, rodeada de cirios encendidos y una figura del diablo en un pequeño altar con pequeñas luces rojas y negras. Morales quiso comprobar la reacción de su hijo al ver lo que había construido. Fermín se quedó impactado, fascinado por lo que estaba viendo. Miró a su padre y sonrió.

—Es realmente asombroso. —Morales respiró profundo y aliviado viendo la reacción de su hijo.

—Dentro de unos días realizaremos la ofrenda que tanto tiempo hemos esperado.

Fermín se encontraba emocionado. «Todos los asesinos tenemos el diablo dentro», pensó.

—¿Quién es la elegida? —preguntó ansioso por participar.

—En unos días lo sabrás. —Morales no quiso desvelar su nombre por precaución.

Capítulo 21

Reyes permaneció todo el día en el sanatorio, la noche se le había echado encima sin apenas darse cuenta. Su intención era quedarse a pasar la noche acompañando a Evelin, pero una llamada de la comandancia le hizo cambiar de idea. En las horas que permaneció en el sanatorio apenas cruzó dos palabras con Martín, su resentimiento hacia ella era notorio. Llamó a su hermana, que se encontraba de guardia, y le dijo que había recibido una llamada y que tenía que regresar a la comandancia.

Salió del sanatorio algo preocupada por el estado en el que se encontraba Evelin, pensó que en unas horas podría estar de vuelta y pasar el resto de la noche en su compañía.

Puso en marcha el coche sin darle mucha importancia a la niebla que se estaba formando alrededor de la isla. Cuando se disponía a salir del recinto, una luz roja se encendió en el salpicadero del coche y segundos después el coche se paró, se había quedado sin batería. No se dio cuenta en qué punto del recinto se encontraba hasta que abrió la puerta y miró a su alrededor. «No me jodas, justamente aquí», se dijo así misma. El coche se le paró a pocos metros del pequeño cementerio que había a un lado de la capilla.

Empezó a oír ruidos extraños procedentes del cementerio, como si la tierra se resquebrajara. Pensó en volver andando al sanatorio, pero la niebla no le dejaba ver más allá de dos metros. Los nervios empezaron a florar, su ritmo cardíaco se le empezó acelerar y la sensación de ahogo se hizo evidente. Cogió el teléfono para llamar a la comandancia para que fueran a recogerla, pero al teléfono apenas le quedaba batería y cuando marcó el número, se apagó. Se apoyó sobre el coche y respiró profundo sintiéndose aliviada por el aire frío en sus pulmones. Notó que sus pulsaciones volvieron a la normalidad. Cogió la linterna que tenía en la guantera y abrió el capó del coche. No es que fuese una experta en mecánica, pero tenía alguna noción, y se dio cuenta de que la abrazadera que conecta con el borne de la batería se encontraba algo flojo y eso podría explicar el motivo de que el coche se quedara sin corriente. Con unas pinzas de arreglarse las cejas que tenía en su bolso pudo apretar lo suficiente el tornillo de la abrazadera para que tuviese mejor contacto con el borne de la batería. Rezó para que ese fuese el motivo de la avería; se subió al coche, le dio al contacto y como un milagro el motor se puso en marcha. La niebla era tan densa que las luces de los focos apenas podían alumbrar más allá de un par de metros. El movimiento de la niebla alrededor del coche hacía que se formasen algunas sombras y con los sonidos que procedían del cementerio daba la sensación de que hubiese personas a su alrededor. Salió del coche para cerrar el capó con la pistola en la mano dispuesta a utilizarla en cualquier momento, como si se pudiese disparar a las almas de los difuntos. Cuando se disponía a subirse al coche tuvo la sensación de que alguien la empujó. Reyes se encontraba con los nervios a flor de piel, abrió la puerta del coche de espaldas al mismo tiempo que encaraba el cañón de la pistola hacia lo desconocido.

Con una sensación de miedo y de pánico conducía muy despacio sobre el puente que conectaba la isla con la península. No podía evitar el temblor de sus manos, que le hacía más difícil la conducción; la niebla se hizo más intensa mientras atravesaba el puente, la visibilidad era completamente nula, y la tensión de conducir en ese estado le ocasionó un pequeño hormigueo en las piernas. Escuchó un fuerte golpe a la altura del capó, como si hubiese atropellado a alguien o algo. Paró al momento pensando que podía tratarse de una persona y no de un animal. Al no poder ver nada perdió los estribos y empezó a gritar y a dar golpes sobre el

volante. No estaba dispuesta a bajar del coche para comprobarlo, su corazón latía con tanta fuerza que daba la sensación de que en cualquier momento se le podría salir del pecho, el pánico se apoderó de ella y aceleró al máximo, las ruedas empezaron a patinar como si hubiese algo que lo retenía, y de repente el coche salió disparado. Notó que la rueda de la parte derecha pasó por encima de algo, pero el miedo no le dejó bajar para averiguarlo. Al final del puente vio el reflejo de las luces de la Guardia Civil y eso le alivió. Cuando llegó a su altura paró y se bajó del coche y vio a dos de sus compañeros.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Reyes controlando la respiración.

—Como tardabas en venir, pensamos que te había sucedido algo.

—¿Y por qué os habéis parado aquí? —Reyes, algo más relajada, le recriminó su pasividad.

—Date la vuelta y lo verás.

Reyes se dio la vuelta y dio un paso atrás: sobre la isla se había formado una niebla jamás vista antes, daba la sensación de que el puente y la isla habían desaparecido.

Condujo su coche hasta la comandancia, lo dejó aparcado al lado del garaje para que al día siguiente lo analizaran por si tenía restos de sangre.

Al entrar a la comandancia vio a Fernando sentado en una silla con un expediente en las manos, no tenía buena cara y se veía venir una reprimenda. Al cruzarse con un compañero este le hizo un gesto con la cara en señal de aviso. Fernando no le quitó ojo desde que entró por la puerta, su cara no reflejaba nada bueno y cuando Reyes se encontró a su lado Fernando se levantó de la silla y le puso la mano sobre la espalda entrando al despacho. Cerró la puerta con tanta fuerza que hizo moverse a dos cuadros que había en la pared. Reyes le ofreció su silla, pero este la rechazó. Fernando dejó el expediente sobre la mesa y la miró como si la fuese a fulminar con la mirada.

—Llevo dos horas esperándote, ¿dónde cojones estabas? —Las voces del capitán se podían oír desde fuera.

—He tenido un percance con el coche. —Reyes permanecía con la cabeza baja, era una de las pocas veces que su superior le chillaba de esa manera.

Fernando salió del despacho y se dirigió a Antonio, que se encontraba terminando un atestado.

—Antonio, que le acompañen dos compañeros y vayan al puente de la isla a mirar lo que ha sucedido, compruebe si hay algún herido.

—Con la niebla que hay no podremos pasar con el coche, en cualquier descuido nos caeremos a la ría —respondió Antonio temiendo la reprimenda.

—Pues vayan andando, que para eso tienen piernas, y rapidito. —Fernando volvió a entrar al despacho con la mirada puesta en Reyes.

—¿Cuándo tenías pensado informarme de lo sucedido en el sanatorio? Han muerto tres personas, has realizado un registro sin mi autorización y me ha llamado el juez de la penitenciaría echándome la bronca porque un preso muy peligroso que se encontraba internado en el sanatorio se ha escapado. —El enfado del capitán era mayúsculo.

—Te llamé varias veces por teléfono y no te dignaste a contestarme. Me puse en contacto con tu secretaria y le envié la información que teníamos en ese momento, si tu secretaria es una incompetente no es culpa mía. —Fernando la miró frunciendo las cejas y de la rabia que le dio que le hablaran así dio un golpe sobre la mesa que hizo que Reyes se reclinara sobre la silla.

—Si no fueses lo que… —Fernando se mordió la lengua y se calló.

—¿Por qué te callas?, termina con lo que ibas a decir. Como soy tu sobrina no te abro un expediente disciplinario. —Reyes se arrepintió de las palabras que acababa de decir. Fernando

cambió el semblante—. Lo del preso que se ha escapado, nosotros no tuvimos notificación de su traslado al sanatorio. —Reyes y Fernando dejaron de mirarse y un silencio extraño se hizo en el despacho.

—Sobre la mesa tienes un expediente. Léelo bien y actúa como veas conveniente, nos enfrentamos a personas muy peligrosas. Cuídate. —Fernando abrió la puerta para salir cuando Reyes se levantó, se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Todo saldrá bien, Pilar es una mujer muy fuerte.

—Si no te contesté fue porque me encontraba en el hospital con ella.

Una hora más tarde Antonio regresó de la inspección ocular de donde había dicho Reyes que tuvo el accidente. Solo encontraron trozos de cristales que dedujeron que serían del foco del coche, ningún rastro de sangre. Fuese lo que fuera que golpeó con el coche, desapareció.

A Reyes le apenaba no poder volver al sanatorio y pasar la noche junto Evelin, su coche se encontraba en el garaje para que el equipo forense lo inspeccionara. Pensó en coger un coche de la comandancia, pero viendo la niebla que había sobre la isla desistió y prefirió que una patrulla la acercara a su casa.

Nada más abrir la puerta cogió el teléfono y lo puso a cargar. Entre el estrés y el miedo, necesitaba una ducha con urgencia. Permaneció bajo el agua caliente hasta que la piel de sus dedos empezó a reblandecerse, se puso el albornoz y se preparó una infusión doble bien caliente tocada con un poco de whisky. Cogió el teléfono y vio que la batería se encontraba a mitad de carga. Le sorprendió ver que tenía tres llamadas de su hermana, le preocupaba que Evelin hubiese empeorado.

—Karen, ¿qué sucede?

—Evelin despertó de la sedación a los pocos minutos de que te fueras, al principio aparentó estar más tranquila, se quedó mirando a la puerta y empezó a gritar y a decir cosas incoherentes. Martín le volvió a poner un sedante y vio conveniente ponerle unas correas en las muñecas para que no se pueda autolesionar, da la sensación de estar poseída. —Reyes no pudo evitar que se le cayesen unas lágrimas.

—¿Cómo se encuentra Martín? —Reyes se sentó en la cama, cansada.

—Se le ve bastante preocupado, ha recuperado el habla y está preparando una serie de pruebas para hacérselas en cuanto Evelin despierte.

Reyes se dejó caer sobre la cama, los párpados le pesaban tanto que los ojos se le cerraban solos. No había pasado ni una hora cuando empezó a estar intranquila, una pesadilla le hizo despertar con angustia y miedo. La pesadilla la trasladó al momento del atropello. Se bajó del coche y no vio nada, anduvo unos pasos atrás y vio a una niña con un vestido blanco sobre el asfalto, tenía los ojos abiertos y sangraba por la cabeza. Se levantó de la cama sudada y con sensación de ahogo, necesitaba respirar aire limpio. Abrió la ventana de la habitación, cerró los ojos y dejó entrar el aire frío en sus pulmones.

Era una noche fría, el cielo se encontraba totalmente despejado y sus estrellas lucían en todo su esplendor. Dirigió la mirada a una de las farolas que alumbran la calle. Le pareció ver una sombra detrás del árbol, se quedó mirando fijamente y vio a la niña que había atropellado salir de detrás del árbol con la cabeza ensangrentada y con una mirada diabólica. Sus pulsaciones se le aceleraron tanto que creyó que en cualquier momento el corazón le explotaría. Se dio la vuelta y respiró profundo, sabía que no era real lo que había visto y que la niña era cosa de su imaginación. Volvió la vista hacia la calle y no vio nada, pensó que el subconsciente le había jugado una mala pasada. Se disponía a cerrar la ventana cuando la niña apareció delante de ella. Reyes se quedó paralizada de miedo, dio un grito que le salió de las entrañas e hizo que algunos

vecinos se despertaran. Retrocedió con mirada de pánico y sin apenas poder respirar, las piernas le fallaron y se cayó hacia atrás golpeándose la cabeza con la mesita. Los ojos se le cerraron lentamente mientras la moqueta de color beis se empezó a teñir de un tono rojizo.

Minutos más tarde, un vecino, alertado por el grito terrorífico de Reyes, empezó a llamar al timbre y a aporrear la puerta.

Pasaron unos veinte minutos hasta que la policía se personó en la vivienda, pudieron forzar la cerradura y entraron. Reyes se encontraba inconsciente sobre la moqueta, la herida había dejado de sangrar y cuando llegaron los sanitarios Reyes empezaba a recobrar el conocimiento. Se sorprendió al ver tanta gente en la habitación. Mientras los sanitarios le curaban la herida le preguntaron qué le había sucedido. Reyes los miró antes de decir nada, dándole tiempo a pensar lo que iba a decir.

—Me encontraba algo mareada y abrí la ventana para que me diera el aire y se ve que me caí hacia atrás con la mala suerte de golpearme la cabeza. —No podía decir lo que le había sucedido si no quería que la tratasen como a una perturbada.

—Las pupilas no las tienes dilatadas y responden bien a los cambios de luz, no has sangrado por los oídos ni por la nariz. Aparentemente pareces estar bien y solo ha sido el golpe, la herida apenas revierte importancia. No veo motivos para llevarte al hospital. —Los sanitarios recogieron los utensilios y antes de salir le dejaron un número de teléfono para que llamase en el caso de que empeorara.

Los policías tuvieron que rellenar el atestado debido a que habían forzado la cerradura de la puerta. Al tomar los datos de Reyes se dieron cuenta de que era sargento de la Guardia Civil. Uno de los agentes llamó a la comisaría por si tenía que tomar medidas adicionales.

—Tendrás que llamar a un cerrajero para que te cambie la cerradura —comentó uno de los policías.

—No te preocupes, lo de menos es la cerradura, y gracias por vuestra ayuda. Viendo las horas que son y que dentro de una hora tengo que entrar de servicio, ¿podéis esperar unos minutos y me lleváis a la comandancia?

—Sí, por supuesto —respondió uno de los agentes.

Reyes entró a su habitación con una sensación extraña, solo ella sabía lo que verdaderamente ocurrió. Al cerrar la ventana fue cuando se dio cuenta de que en su mano derecha aún retenía el trozo de tela blanca, pensó que podía ser de la cortina al agarrarse para intentar no caerse, pero enseguida se dio cuenta de que pertenecía a un vestido blanco, igual al que tenía la niña.

Su cuerpo se tambaleó por unos segundos, tenía que tranquilizarse y mostrar serenidad delante de los agentes. Metió el trozo de tela en una bolsa para que lo examinaran en la comandancia y dejó caer una toalla para tapar la mancha de sangre. Salió de la habitación pensativa, tenía que haber una explicación lógica para lo que había sucedido, pero la aparición del trozo de tela en su mano la desconcertaba.

Cuando llegó a la comandancia lo primero que hizo fue entregar la bolsita con la tela a sus compañeros de la científica para que pudieran analizarla. Al mismo tiempo preguntó si se habían encontrado algo en el coche que pudiera esclarecer lo que atropelló en el puente.

—En el faro hemos encontrado trozos de lo que pueden ser huesos, estamos esperando los resultados del laboratorio. —Reyes se sorprendió con la respuesta de su compañero.

Entró en su despacho algo confusa, estaba segura de que lo que le pasó en el puente y después en su casa no fue cosa de su imaginación, esperaba con ansia el resultado del laboratorio respecto al trozo de tela para indicar su antigüedad.

Capítulo 22

Sobre las diez de la mañana terminaron de realizarle las pruebas a Evelin, el escáner cerebral descartó que tuviese algún tipo de tumor que pudiera afectar a una parte de su cerebro que explicase su comportamiento. Martín respiró aliviado de que no fuese ese el problema. La evaluación psicológica que le realizó mostró que la depresión no la había superado. Revisó la primera evaluación que le realizó cuando se presentó en su consulta por primera vez. Según constaba en su expediente, Evelin en su adolescencia había sufrido algunas depresiones con cambios de humor. Había sufrido delirios, rozando la esquizofrenia, pero de eso habían pasado muchos años. Tenía claro que los problemas mentales no se curaban al cien por cien, y que entra dentro de la normalidad que en el transcurso de los años se tenga alguna recaída siempre que exista algún detonante. Eso podría explicar el ataque de pánico que había sufrido. Martín leyó varias veces su propio expediente de Evelin y llegó a la conclusión de que Evelin sufría un trastorno mental transitorio relacionado con una causa externa. ¿Quizás fuese su propia familia la causante de sus problemas?

Después de pasar toda la noche pendiente de Evelin y una vez realizadas todas las pruebas, Martín habló con Karen para que empezaran con el tratamiento de antiespasmódicos y antipsicóticos. En pocos días, con el nuevo tratamiento, Evelin experimentaría una buena mejoría.

El rostro de Martín reflejaba cansancio y necesitaba dormir aunque solo fuesen un par de horas, hacía más de cuarenta horas que no dormía y sus energías empezaron a agotarse. Entró en su pequeño estudio con sensación de que sus pies le pesaran una tonelada, lo único en que pensaba era dejarse caer sobre la cama. Se disponía a entrar a la habitación sin reparar en que había una persona sentada en el sillón esperándole.

—Hola, Martín, cuánto tiempo ha pasado sin vernos. —Martín se paró en el umbral de la puerta y se dio la vuelta

—Isabel —respondió con cara de sorpresa. Se quedó unos segundos en silencio observándola—. ¿Qué haces aquí?

—Venía con la intención de matarte, en cierta manera te debo la vida, soy una persona que siempre devuelve los favores. Fuiste la única persona que confió en mí cuando nadie lo hizo. Y por eso estoy aquí, para avisarte de que estáis en serio problema. Te dejé una nota en el limpiaparabrisas del coche para que tuvieses cuidado y por lo que veo no lo hiciste.

—Si te refieres a la herida del cuello, solo fue un accidente. —Isabel sonrió al mismo tiempo que dejó la pistola con silenciador sobre la pequeña mesa de cristal. Martín, al ver la pistola, retrocedió un paso. Isabel, al ver su reacción, se guardó el arma en el bolsillo interior de la cazadora.

—¿Sabes quién es realmente el doctor Morales? —Martín negó con la cabeza—. Es un ser satánico y malvado, puede matar sin ningún pudor, yo misma pude ver cómo degollaba a una mujer por desobedecerle y después descuartizarla en una ofrenda al diablo. Esa fue su presentación. Está convencido de que es el representante de Satán en la Tierra, practica la ouija constantemente evocando a las fuerzas del mal. Está preparando algo muy gordo, según me comentó uno de sus ayudantes mientras me lo trajinaba en la cama, piensa realizar una ofrenda como apoteosis final, se cree que será invencible con la ayuda del diablo.

Martín, algo más tranquilo y convencido de que Isabel no utilizaría su pistola contra él, se

sentó en el sillón como si estuviesen en una sesión de terapia.

—Me comentaron que realizaba invocaciones a través de ouija, pero no que llegase a esos extremos. Pero no entiendo por qué me quieren quitar de en medio. —Martín, con mucho tacto, la estaba psicoanalizado por si se tratasen de delirios de Isabel.

—Cuenta con gente muy peligrosa dispuesta a hacer cualquier barbarie por ganarse un puesto en el acto final. Lo que no sabe es que tiene un eslabón débil, la persona que fue su mano derecha hasta hace unas semanas. Javier Estrada no acepta de muy buen grado que lo relegara a un tercer plano. —Martín arqueó las cejas y se reclinó hacia delante.

—Cuando has pronunciado el nombre de Estrada, ¿te refieres al doctor Estrada que trabaja en el sanatorio?

—Sí.

Martín se levantó del sillón y cogió el teléfono con la intención de llamar a Reyes.

—Nada de llamadas, de lo contrario me obligarás a hacer algo que no quiero. Me estoy jugando el cuello por hablar contigo en vez de cumplir con la orden que me dieron.

—Entiendo —respondió Martín a la vez que dejaba el teléfono donde estaba.

—No has entendido nada, me enviaron para pegarte dos tiros y hacer un vídeo mientras te desangras y solo piensas en llamar por teléfono.

—Perdona, Isabel, ha sido un impulso. Llevamos varios meses intentando averiguar el paradero del doctor Estrada. —Martín de nuevo se sentó en el sillón con las manos abiertas, intentando calmar a Isabel que había vuelto a sacar la pistola de la cazadora—. ¿Dónde se encuentra Morales? —Isabel volvió a sonreír.

—La verdad es que no lo sé, nos llevaron a una masía con los ojos vendados y después de permanecer unos días la abandonamos de nuevo con los ojos vendados. Nos dieron quince mil euros con la condición de que esperásemos las órdenes de Morales sin preguntar, de lo contrario acabaríamos sobre la mesa de mármol hechos pedacitos para los cerdos. —Martín se levantó del sillón y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa.

—¿Qué podemos hacer, esperar a que nos maten? —Martín, inquieto por la situación, se pasaba la mano por la cabeza y el cuello. Isabel se levantó, fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Al volver le dio dos palmaditas en la espada.

—Hay una persona que lo tiene informado de todos vuestros movimientos y de todo lo que sucede en el sanatorio, averiguad quién es y eliminadlo. Será la única manera de ganar tiempo. No puedes salir del pisito de momento, si lo haces y te ven sabrán que no he realizado el encargo y ya sabes lo que va a suceder después. —Isabel sacó una botella de plástico pequeña que contenía sangre y dos casquillos de bala y lo dejó sobre la mesa—. ¿Alguna vez has fingido tu muerte?

Martín hizo lo que Isabel le fue indicando: primero se quitó la bata blanca, la puso sobre dos cojines y disparó dos veces. Se la dio para que se la pusiera y se tumbó en el suelo con el cuerpo inclinado, la cabeza mirando hacia la derecha, la mano izquierda sobre su cuerpo y la mano derecha separada del cuerpo. Abrió la botella que contenía la sangre y la echó sobre los puntos de los impactos, el resto de la sangre la echó en el suelo.

—Perfecto, y ahora mantén la respiración. —Cogió el móvil, grabó un vídeo e hizo dos fotografías. El resultado fue impactante, Martín parecía estar muerto de verdad—. Ya te puedes levantar. Si te preguntas de dónde he sacado la sangre, te diré que es de origen animal.

—Tengo que reconocer que me tienes desconcertado, te veo muy segura de ti misma, no eres la Isabel que conocí. Una mujer sin autoestima, depresiva y con serios problemas mentales. —Isabel se le acercó y le acarició la cara.

—Pudiste demostrar en el juicio que tenía doble personalidad cuando ocurrieron los hechos y yo no era consciente de haber matado a ese chico; de todas formas, tuvo lo que se merecía por intentar violarme. No como los informes médicos que presentó la fiscalía, que lo único que buscaba era que me pudriese en la cárcel. Gracias a tu empeño salí absuelta de todos los cargos con la condición de que me internaran en un psiquiátrico. Allí conocí al doctor Rosales, que me propuso un tratamiento experimental y, si todo salía bien, me darían el alta médica antes de tiempo. Lo hice y un año después me dieron el alta con la condición de que tenía que pasar revisiones cada mes. Pasé de tomar antipsicóticos a tomar marihuana medicinal, al principio del tratamiento empecé con inhalación vaporizada y más tarde con pastilla. Cuando noto cierta recaída, aumento la dosis y me recupero bastante bien. Es hora de irme, recuerda bien todo lo que te he dicho, de lo contrario pondrás tu vida y la mía en serios problemas.

Isabel olvidó comentar que primero tuvo que someterse a una terapia electroconvulsiva, con el riesgo que ello conlleva. Lo de la marihuana medicinal simplemente era un tratamiento secundario. Pensó que no era el momento de seguir indagando, no cuando sus vidas corrían peligro. Isabel se fue del apartamento advirtiéndole que dependía de él poder continuar con vida. No podía salir del estudio por temor a que todo se fuese al traste, tenía que hablar con Reyes para decirle que no estaba equivocada al pensar que Jesús estaba implicado en la fuga de Fermín y que era la persona que mantenía informado a Morales en todo momento. Cogió el teléfono para llamar a Reyes, pero unos golpes en la puerta hicieron que dejara el teléfono sobre la mesa.

Se aproximó a la puerta con sigilo. Al no tener mirilla apoyó la oreja sobre la puerta intentando averiguar quién podría ser. El sonido de su voz la identificó al momento. Martín abrió la puerta, Reyes entró al estudio como en una cacharrería alzando la voz y gesticulando con las manos, dando la impresión de que estaba enfadada con el mundo.

—Deja de verborrear, hablas tan rápido que apenas te puedo entender. —Reyes se calló al momento y le miró arqueando las cejas.

—Desde que salí ayer del sanatorio no han parado de sucederme cosas a las que me cuesta encontrar una explicación razonable. —Martín la miró y no pudo evitar sonreír—. Veo que te hace gracia. Por cierto, me gustaba más el otro apartamento. Ayer atropellé a alguien en el puente y no vi nada debido a la niebla tan densa, rompí el cristal del foco y la científica ha encontrado restos de huesos, pero nada de sangre. Cuando llegué a la comandancia me estaba esperando el mandamás y me echó una bronca de mil cojones recriminándome no tenerle informado de las investigaciones que estamos llevando. Y si eso no fuese suficiente, anoche me sucedió algo muy extraño, me sentí agobiada con sensación de ahogo, abrí la ventana de la habitación para poder respirar, y lo que me sucedió después me acojonó.

—¿Qué te pasó?

—Tuve una pesadilla donde aparecía una niña con la cabeza ensangrentada y con la mirada llena de odio, cuando me asomé por la ventana me pareció ver que algo se ocultaba detrás del árbol y de repente apareció la niña chorreando sangre por la cabeza. Me di la vuelta cerrando con fuerza los ojos, pensando que mi subconsciente me había jugado una mala pasada. Pasados unos segundos volví a mirar de nuevo a la calle y no vi nada, pero cuando me disponía a cerrar la ventana la niña apareció delante de mí. Me quedé bloqueada y se ve que perdí el conocimiento, me caí golpeándome la cabeza y me hice una brecha que no paraba de sangrar, la moqueta que había comprado hacía unos días la manché de sangre. Y ahora viene lo más sorprendente de todo: en mi mano derecha tenía un trozo de tela igual al del vestido de la niña. —Martín aún podía apreciar el miedo en sus ojos.

—A veces me cuesta encontrar una explicación razonable para lo que está sucediendo,

siempre he negado la existencia de algo maligno, pero ahora empiezo a tener serias dudas. Estoy convencido de que en la isla sucedieron cosas horribles y que murió mucha gente de forma extraña y que ahora están pidiendo la justicia que años atrás les negaron. —Martín dejó salir su yo, el que pensaba que podía existir una fuerza maligna en la Tierra.

—¿Realmente piensas que el diablo existe? —Martín se encogió de hombros en respuesta.

—Suceden cosas para las que la psiquiatría no encuentra explicación. Antes de aporrear la puerta estaba con el teléfono en las manos para llamarte. He tenido una visita inesperada.

Durante algo más de una hora Martín le contó a Reyes su encuentro con una antigua paciente, que en cierta manera le había perdonado la vida por esta vez. Reyes puso caras de sorprendida y de extrañeza a la vez que escuchaba el relato de Martín. Por primera vez las piezas del puzle empezaban a encajar: la muerte del padre Ezequiel, la de su asistenta, todas las muertes que se produjeron en el sanatorio y el suicidio de los cuatro jóvenes estaban relacionados con la secta satánica dirigida por el doctor Morales.

Quién podía imaginar que el relato de una antigua paciente de Martín diese sentido a todo o casi todo lo que había sucedido en ese tiempo.

Martín y Reyes por fin eran conscientes de a lo que se estaban enfrentando, tenían claro que las muertes que se produjeron fuera y dentro del sanatorio eran responsabilidad de la secta que dirigía Morales. Reyes ordenó la detención de Jesús como cómplice de los asesinatos que se cometieron en el sanatorio, como partícipe en la huida de Fermín y de Víctor. La detención no se tendría que realizar dentro del sanatorio ni en su vivienda, tenía que realizarse cuando se desplazara del sanatorio a su vivienda en un control rutinario y fuera de la vista de los curiosos. De esta manera Martín se podría mover sin poner en peligro su vida ni la de Isabel, o eso pensaron.

Horas más tarde llamaron a Reyes informándola de que Jesús había sido detenido en el puente cuando se dirigía al sanatorio y lo habían trasladado a los calabozos de la comandancia. Reyes se felicitó por ello, salió de la vivienda de Martín sin perder tiempo, pero antes de abandonar el sanatorio se acercó a ver a Evelin, que en ese momento se encontraba bajo los efectos de los sedantes que le había suministrado.

Habían sucedido muchas cosas en muy poco tiempo y el cansancio de Martín era evidente, apenas tenía fuerzas para mantenerse de pie, eran muchas horas seguidas sin dormir y el cuerpo empezaba a resentirse. Después de darse una ducha con el agua bien caliente se puso el albornoz y se dejó caer sobre la cama. No le dio tiempo a acomodarse cuando los ojos se le cerraron. Su mente se liberó por completo, como si su cerebro se hubiese reseteado dejando su mente en blanco, sin pesadillas ni sueños extraños. Por fin pudo dormir como hacía tiempo que no lo hacía, pero la tranquilidad no le iba a durar mucho tiempo.

Capítulo 23

Reyes llegó a la comandancia sin apenas decir nada, entró en su despacho, cogió un expediente y pasó al anexo de la sala de interrogatorios. Durante unos minutos estuvo observando a Jesús, se le veía aparentemente tranquilo y muy confiado en sí mismo como si la cosa no fuese con él, mantenía la esperanza de que en unos minutos quedaría en libertad. Reyes y un compañero entraron en la sala, dejaron el expediente sobre la mesa y conectaron la cámara de vídeo. Jesús mostraba una pequeña sonrisa aparentando tranquilidad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Reyes.

—Bien.

—¿Te han tratado bien los compañeros cuando te han detenido?

—Sí, en todo momento han sido correctos, me pidieron la documentación y después me dijeron que los tenía que acompañar a la comandancia y aquí estamos.

—¿Te forzaron a entrar en el coche o entraste por tu propia voluntad?

—Colaboré en todo momento con los agentes cuando me detuvieron. —La pequeña sonrisa de su rostro desapareció.

—¿Recuerdas bien la declaración que hicisteis cuando se escaparon Fermín y Víctor? Según tú, te obligaron a colaborar con ellos.

—Sí, la recuerdo perfectamente. —Jesús empezaba a mostrar un pequeño nerviosismo que Reyes detectó al momento.

—Creo que deberías reconsiderar tu declaración, tenemos imágenes donde se ve que todo estaba planeado. —Jesús desvió la vista, señal de que lo habían descubierto.

—No hablaré si no está presente mi abogado. —Se reclinó sobre el respaldo de la silla y se cruzó los brazos.

—Me parece bien, estás en todo tu derecho. Yo en tu posición esperaría unos minutos a lo que te voy a ofrecer a cambio de tu colaboración y, si después consideras oportuno llamar a tu abogado, paramos el interrogatorio y esperamos a tu abogado. Pero ten presente que en ese momento no hay propuesta alguna, y créeme, tenemos pruebas que te pueden hacer pasar un largo tiempo en prisión. —Reyes quería que hablase voluntariamente, sabía que en presencia de su abogado la cosa se complicaría.

—¿Qué me ofreces a cambio de mi colaboración? —Jesús empezaba a recular de su declaración anterior.

—Para que compruebes que no voy con tonterías te voy a mostrar unas imágenes para que pienses bien hasta dónde estás dispuesto a llegar.

Reyes le mostró primero las fotografías de una cámara de vigilancia de la zona de la playa donde se apreciaba bien su colaboración con Fermín y Víctor. Esperó unos segundos observando su reacción y antes de que dijera nada le mostró unas fotografías donde aparecían los cuerpos degollados cerca de la capilla, y después las del cuerpo mutilado y las pintadas satánicas realizadas con sangre en el pabellón Covadonga.

—Para que se pudieran cometer estos crímenes debieron tener ayuda de personas que trabajan en el sanatorio y sabemos que tú informas a diario al doctor Morales de lo que sucede dentro. También tenemos la declaración de una persona que así lo afirma. Como verás, estás en serios problemas. —El rostro de Jesús empezó a desquebrajarse.

—Yo no tengo nada que ver con las muertes, eso fue cosa de Javier Estrada y del doctor

Morales. —El nerviosismo y la voz quebradiza de Jesús dio lugar a su derrumbe.

—Mi propuesta es la siguiente: hablaré con la fiscalía para que te considere un testigo protegido y reduzca al máximo tu pena. A cambio de que tu declaración sea del todo convincente según el resultado de la investigación. —Reyes pensó que lo tenía todo atado, pero no era consciente de la sorpresa que vendría después.

—No. —Reyes se vio sorprendida con su respuesta.

—¿Estás dispuesto a pasar unos cuantos años en prisión por protegerlos? —Reyes alzó la voz, pensó por unos segundos que todo se iba al garete.

—No digo que no colaboraré, quiero que esté mi abogado presente para hablar con él antes de comprometerme en nada. Además, hay algo más importante. —Jesús se mostró seguro, era la única salida que vio para quedar en libertad sin cargos.

—Como quieras. Antonio, déjale que llame por teléfono a su abogado, léele todos sus desechos y que permanezca en la sala contigua hasta que su abogado se presente. —Lo miró fijamente a los ojos como si de un duelo se tratase—. Me aseguraré de que te pudras en la cárcel si no me das lo que espero.

Reyes salió de la sala de interrogatorios hecha una fiera y se sentó en su despacho cabreada, tenía claro que Jesús se guardaba algo con que negociar, de lo contrario no tendría sentido solicitar la presencia de su abogado. No le quedaba más remedio que esperar a que el abogado de Jesús llegase a la comandancia para continuar con el interrogatorio. Mientras esperaba, revisó la declaración de Jesús; pensó que se derrumbaría en cualquier momento, pero eso no sucedió, su cambio de actitud le hacía presagiar que lo peor estaba por llegar.

Mil pensamientos se le pasaron por la cabeza y ninguno de ellos era bueno, la espera la desquiciaba. No tenía buenos recuerdos de la última vez que un abogado se presentó en la comandancia, terminaron denunciándola por pasarse de la raya en el interrogatorio y eso le costó un aviso de sanción si se repitiese.

Llamó a su hermana para saber si Evelin empezaba con la mejoría como dijo Martín, pero Karen no respondió. Le extrañó mucho que su hermana no respondiese y llamó a Martín con la esperanza de que le pudiera decir algo bueno que la tranquilizara, pero obtuvo la misma respuesta. Martín en esos momentos se encontraba en el séptimo cielo en un sueño profundo. Insistió llamando, pero la respuesta seguía siendo la misma.

Cuarenta minutos más tarde y desesperada por la espera, un hombre trajeado y muy apuesto se presentó en el despacho de Reyes, sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa.

—Soy Pascual, el abogado de Jesús. —Reyes lo miró de una manera poco amistosa que el abogado encajó con media sonrisa.

—Sígame, le llevaré a la sala donde se encuentra su cliente.

Reyes miró la tarjeta y pensó cómo se podía costear Jesús los servicios de uno de los bufetes más prestigiosos de toda Cantabria. Abrió la puerta de la sala donde se encontraba Antonio con el detenido, Jesús estaba esposado y el abogado al verlo preguntó que si era necesario.

—Son las normas, es por su seguridad, algunos detenidos se autolesionan y eso no queremos que suceda. Les dejamos solos para que hablen con toda tranquilidad, espero que aconseje bien a su cliente, de lo contrario se pasará una larga temporada en prisión. —El abogado la miró reprochándole su último comentario.

Reyes y Antonio esperaron veinte minutos en el pasillo. Tenían suficientes pruebas para detenerlo y llevarlo a prisión a espera de juicio y eso de alguna manera los tranquilizaba. Reyes desconfiaba del abogado con tantos recovecos jurídicos para que Jesús quedarse en libertad, pero

en esta ocasión eso no ocurriría.

El abogado abrió la puerta, Reyes y Antonio entraron y se extrañaron cuando vieron a Jesús con lágrimas en los ojos.

—Mi cliente está dispuesto a hacer una declaración muy relevante, a cambio solicitamos que Jesús se considere testigo protegido y que quede absuelto de todos los cargos.

—Sabe, letrado, que lo que pide no está en mis manos, eso es cosa de la fiscalía.

—Llame al fiscal antes de que sea demasiado tarde. —El abogado sacó una tablet y rellenó un informe mientras Reyes salía de la sala para hablar con el fiscal. Al cabo de unos minutos, Reyes entró.

—El fiscal quiere hablar con usted. —Reyes le entregó el teléfono al abogado y este salió de la sala dejando la puerta entreabierta. Por la forma de hablar se dieron cuenta de que se conocían y que no era la primera vez que llegaban a algún acuerdo.

El abogado terminó de rellenar el informe y lo envió a la fiscalía para que lo revisaran y lo devolvieran firmado. Reyes y Antonio se extrañaron de que todo fuese tan rápido, tenía que ser muy importante lo que Jesús tenía que decir. Una vez que el abogado recibió la conformidad de la fiscalía, dio permiso a Jesús para que prestara declaración.

—El doctor Morales salvó la vida de mi hijo. Me contrató unas semanas para trabajar en el sanatorio como celador. A cambio le tenía que informar de todo lo que sucedía. Al principio fueron pequeñas cosas sin importancia, luego empezaron los maltratos a algunos pacientes. Cuando me di cuenta de dónde me había metido, no podía dar marcha atrás, amenazaron con matar a mi mujer si no continuaba colaborando con ellos.

»Los dos cuerpos mutilados que se encontraron cerca de la capilla fueron cosa del doctor, se lo llevaron para realizar un sacrificio. El doctor es quien dirige la secta y el que realiza los sacrificios a Satán. El hombre que apareció descuartizado y con todos sus órganos extraídos en el pabellón Covadonga con la fotografía de la mujer del doctor Martín fue un aviso.

Jesús paró unos segundos para tomar un poco de agua, cogió aire y siguió con la declaración. Hasta el momento Reyes más o menos sabía lo que Jesús estaba declarando.

—Los cuatro jóvenes que se suicidaron… el doctor Moraleslos secuestró mientras realizaban una ouija, se los llevó y los mantuvo encerrados en un lugar siniestro rodeado de cadáveres, experimentó con ellos y les suministró LSD y les hizo ver que tenían el diablo en sus cuerpos. Utilizó métodos satánicos hasta que se convencieron de que solo quedarían libres si se suicidaban, de esa manera sus familiares quedarían liberados de la mano del diablo. Los liberaron con altas dosis de LSD en sus cuerpos y a las pocas horas se fueron suicidado. Lo sucedido al cura y a la mujer en la iglesia de Reinosa también fue cosa del doctor Morales. Pero en esta ocasión quien los mató fueron Javier Estrada y tres colombianos.

—Y usted, mientras todo esto sucedía, ¿qué hacía, por qué no lo denunció? —Jesús rompió a llorar. Después de unos segundos en silencio, continuó con su declaración.

—No podía hacer nada, la secta está compuesta por miembros muy peligrosos, tenía que colaborar con ellos o a mi mujer y a mí nos quemarían vivos en uno de sus rituales como hicieron con otras personas. —Reyes se reclinó sobre el respaldo de la silla. Jesús miró a su abogado y este le dijo que parara un momento. Reyes se dio cuenta de que algo anómalo estaba sucediendo.

—¿Qué sucede, por qué no sigues declarando? —preguntó Reyes inclinándose hacia delante.

—El doctor Morales está preparando una ofrenda final, y van a llevar a cabo el sacrificio de una persona a las fuerzas del mal. Y quiero que quede claro que el arzobispado de Cantabria está

colaborando para que esto no suceda —comentó el abogado desviando la vista. Reyes arqueó las cejas y miró al abogado de muy malas maneras.

—Ya me extrañaba que la Iglesia no estuviese involucrada, ahora lo entiendo. Me preguntaba cómo su cliente podía pagar a un bufete tan prestigioso de Cantabria, ha sido el propio arzobispado quien los ha contratado para la defensa de este miserable. Dígale a su cliente que continúe o de aquí no sale ninguno de los dos.

Antonio intentaba que Reyes se calmara. O sea, la Iglesia tenía constancia de que algo estaba sucediendo y dejaron que mataran al cura y a la mujer. Reyes se levantó de la silla y empezó andar por la habitación.

—Van a secuestrar a una paciente que se encuentra en el sanatorio para sacrificarla y es sobrina del doctor Morales. —Los ojos de Reyes se le salían de sus órbitas, en un movimiento muy rápido tiró a Jesús al suelo, sacó su arma y metió el cañón de la 9mm Parabellum en su boca.

—Cálmese, sargento. —intervino Antonio intentando quitarla de encima.

—¿Cuándo va a suceder? —gritó fuera de sí.

—Hoy.

—Si le sucede algo a Evelin, date por muerto. Ni la protección de testigos ni la jodida Iglesia podrá salvarte.

Reyes salió corriendo de la sala, ahora entendía por qué su hermana no le respondía a sus llamadas. Temía que la hubiesen llevado con Evelin o peor aún, que la hubiese matado. Cogió el primer coche patrulla que vio sin esperar a que ninguno de sus compañeros la acompañara.

Capítulo 24

Martín se despertó sobresaltado, en esta ocasión no fue por un mal sueño o una pesadilla. Tenía la extraña sensación de que algo malo había sucedido. Miró el teléfono y vio que tenía varias llamadas de Reyes. Estaba tan agotado que no se enteró de que el teléfono no paraba de sonar. Mientras se vestía se asomó por la ventana y vio a gente correr por los jardines. Nada bueno podía presagiar, al llegar al vestíbulo vio que había un pequeño revuelo, algunas enfermeras llorando y dos celadores tirados en el suelo con pequeñas heridas.

No se paró a preguntar lo que había sucedido, fue directo a la habitación donde se encontraba Evelin y notó un temblor en el cuerpo cuando vio que había desaparecido. Karen se encontraba en un lateral de la habitación inconsciente. El corazón le latió con fuerza al pensar que podía estar muerta, se agachó para examinarla y notó un fuerte olor a cloroformo. Eso le tranquilizó, simplemente había perdido el conocimiento. Intentó reanimarla, pero Karen no respondía, la levantó y la dejó sobre la cama. Escuchó un griterío por el pasillo y se asomó para ver a Reyes con la cara desencajada que venía corriendo por el pasillo repitiendo el nombre de Evelin una y otra vez.

—Se la han llevado —confirmó Martín pasándose las dos manos por la cabeza.

—¿Dónde está mi hermana?

—Está bien, simplemente se encuentra bajo los efectos del cloroformo. —Reyes lo miró preocupada, entró en la habitación y al ver a su hermana en la cama no pudo evitar que un pequeño lagrimeo llenase sus ojos.

—Llamaré a la comandancia para que ponga controles, pero temo que sea demasiado tarde.

Reyes se dirigió al vestíbulo a averiguar qué había sucedido mientras Martín intentaba reanimar a Karen.

La confusión se había apoderado del sanatorio, algunos enfermos que se encontraban esperando a ser atendidos se alteraron al ver cómo las enfermeras gritaban y corrían por el pasillo. Unos se quedaron inmóviles por el escándalo, mientras para otros cualquier rincón era bueno para resguardarse. El desconcierto era notorio, el subdirector del centro intentó poner orden, habló con las enfermeras y los celadores para que hiciese un recuento de los internos por si faltaba alguno. Reyes vio a una mujer de avanzada edad sentada en uno de los sillones de la recepción, con la mirada un poco perdida, pero aun así aparentaba estar tranquila y se acercó para hablar con ella.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Reyes intentando transmitir tranquilidad.

—Algo confusa por lo sucedido, pero bien.

—Me llamo Reyes y soy sargento de la Guardia Civil, ¿me puede decir si vio algo de lo sucedido? —Reyes se sentó a su lado y la cogió de las manos.

—Apenas llevaba unos minutos sentada, esperando para visitar a mi sobrina, cuando de repente entraron seis personas encapuchadas gritando. Dos se quedaron al lado de la recepción y cuatro entraron corriendo por el pasillo, se escucharon gritos y al cabo de unos minutos salieron con una mujer en una silla de ruedas. —Reyes le enseñó una fotografía para confirmar que era Evelin—. Sí, esa es la mujer que iba en silla de ruedas.

Reyes se levantó y llamó de nuevo a la comandancia para preguntar por el operativo y al mismo tiempo pidió que dos agentes se presentaran en el sanatorio lo antes posible para recopilar

más información.

Entró de nuevo en la habitación donde se encontraba su hermana y se tranquilizó al ver que Karen empezaba a reaccionar. Se acercó, le pasó la mano por la cabeza y la besó en la frente. Karen intentaba decir algo, pero el efecto del cloroformo no le dejaba hablar con claridad. Martín le puso la mascarilla de oxígeno para que su recuperación fuese más rápida y pudiese explicar lo que había sucedido, ella fue la última persona que estuvo con Evelin. Martín se reprochaba no haber estado para protegerla. Reyes lo notó molesto y muy preocupado.

—Te he llamado varias veces por teléfono, ¿por qué no has contestado?

—Llevaba más treinta horas sin dormir y al final el cansancio me venció, se ve que me quedé dormido de tal manera que no escuché el teléfono. Cuando desperté y vi tus llamadas supuse que algo malo había sucedido, vine lo más rápido que pude, pero ya era demasiado tarde.

—Aunque hubieses estado con Evelin, no habrías impedido que se la llevaran y quizás el resultado hubiese sido peor. Sabemos quién la ha secuestrado y el motivo por que lo ha hecho. Evelin corre un gran peligro y lo peor es que no sabemos dónde puede estar. —Reyes tenía los brazos en jarra, realizando movimientos con el cuello para intentar relajarse—. Hemos detenido a Jesús y lo ha confesado todo, la ha secuestrado la secta que dirige Morales, intenta hacer un sacrificio y la elegida es Evelin. Si no llegamos a tiempo, la sacrificarán. —Martín arqueó las cejas y miró a Karen, que ya se encontraba completamente recuperada.

—¿Estás dispuesta a cruzar una línea roja?

—¿A qué te refieres? —Reyes cerró la puerta de la habitación.

—Puedo suministrarle tiopentato de sodio a Jesús para que nos diga dónde puede estar Evelin. Será la única manera en que podremos salvarla.

Karen se quitó la mascarilla de oxígeno y miró a Martín.

—Sabes que si lo haces y lo descubren te apartarán de la medicina y puedes acabar en la cárcel.

—Quizás Martín tenga razón, tenemos que hacer algo, y si para eso tenemos que cruzar una línea roja, lo haremos. ¿Cómo lo hacemos?

—Con la excusa de realizarle una revisión médica, tendremos el tiempo suficiente para sacarle toda la información.

—Estáis locos —comentó Karen.

—Tendrá que ser esta noche, mañana vienen los de la brigada central para hacerse cargo de Jesús, según me han comentado desde la fiscalía. Me encargaré de que haya la menor gente posible en la comandancia.

Reyes regresó a la comandancia y lo primero que hizo fue entrar en la celda donde se encontraba Jesús. Lo miró fijamente a los ojos y le advirtió de las consecuencias que podía tener si no decía toda la verdad. Jesús no pudo mantener su mirada y agachó la cabeza.

—Esta noche vendrán a realizarte una revisión médica, mañana vendrán los de la brigada de protección de testigos y te llevarán a un lugar seguro. No pienses que te has librado de mí, si le sucede algo a Evelin daré con tu paradero y vaciaré el cargador sobre tu cabeza. Aún estás a tiempo de decirme a dónde se la han llevado.

Jesús fue incapaz de levantar la cabeza y permaneció callado, lo único que deseaba era que se pasaran pronto las horas y salir de la comandancia lo antes posible.

Los controles de la Guardia Civil que se encontraban en las principales vías de salida de Santander no dieron los resultados esperados. Lo único que consiguieron fue la ralentización de la circulación formándose grandes colas y el enfado de algún conductor. Poco a poco se fueron

retirando y regresaron a la comandancia. Reyes sabía lo que se estaba jugando en el caso de que algo saliese mal. Tenía que actuar con mucha cautela para que nadie de la comandancia tuviese ninguna sospecha de que tenía preparado.

Hacía unos días que se habían incorporado dos nuevos agentes recién salidos de la academia. Héctor y Alicia fueron los elegidos por Reyes para que la acompañaran en el servicio de guardia. Sobre las nueve de la noche, Reyes salió de su despacho y fue a donde se encontraba Alicia, al mismo tiempo que se aseguró de que no hubiera más personas de las debidas. Le comentó que estaba esperando a los sanitarios, para hacerle una revisión médica al detenido, y que le avisara cuando llegasen.

Una hora más tarde Martín y Karen se presentaron en la comandancia. Alicia, al verlos, salió a su encuentro.

—Buenas noches, venimos a hacer una revisión médica a un detenido. —Martín y Karen le entregaron sus acreditaciones.

—Los estábamos esperando, registro sus nombres y aviso a la sargento. —Todo tenía que aparentar normalidad, no era la primera vez que se hacía controles médicos a los detenidos.

Reyes salió de su despacho y los acompañó a la celda. Jesús se encontraba tumbado en la litera y cuando vio a Martín, se sorprendió. Martín se le acercó y le preguntó cómo se encontraba.

—Bien —contestó algo desconfiado.

—Hemos venido a hacerte un reconocimiento médico, no tardaremos mucho.

Karen dejó el maletín sobre la mesa y sacó una carpeta con algunos impresos. Martín le pinchó en un dedo para controlar la glucosa en sangre, después le puso un tensiómetro alrededor de su brazo izquierdo, el manguito ejerció presión y al cabo de unos segundos obtuvieron los resultados. Para ser más creíble, Karen fue apuntando los resultados que iban obteniendo en un informe médico. Martín le auscultó la espalda y después el pecho. Jesús se fue relajando y pensó que lo que le estaban haciendo simplemente era un control médico rutinario.

—Para terminar, tenemos que sacarte sangre para analizarla. —Martín le ató una goma sobre el brazo, Karen le hizo varias preguntas para distraerlo y mientras tanto Martín le suministró el tiopentato de sodio sin que Jesús se diese cuenta.

Poco a poco el fármaco fue corriendo por su torrente sanguíneo y no tardó en hacer efecto, Jesús empezó a sentirse algo mareado, acompañado de una pequeña sudoración, y el ritmo cardíaco se le aceleró, pero nada que fuese preocupante. Pasados unos minutos Jesús se encontraba totalmente bajo los efectos del tiopentato de sodio, la droga de la verdad. Le hicieron una serie de preguntas aleatorias para comprobar que decía la verdad. Jesús era como un libro abierto.

—¿Quién ha secuestrado a Evelin? —le preguntó Reyes. Jesús la miró con las cejas arqueadas.

—El doctor Morales, envió a su hijo y varios miembros de la secta a secuestrarla.

—¿Dónde se encuentra Evelin?

—En una masía en Asturias.

—¿En qué lugar concretamente?

—No lo sé, nunca me lo dijeron.

Reyes le repitió varias veces la misma pregunta y siempre obtuvo la misma respuesta. Miró a Martín pensando que todo había sido una pérdida de tiempo, no obtuvieron la información que necesitaban. Una masía en Asturias, como si solo hubiese una.

—Escúchame bien, Jesús, ¿cuándo está previsto realizar el sacrificio de Evelin? —preguntó

Martín. Jesús lo miró forzando la vista y sonrió.

—No puedes estar aquí, estás muerto, yo vi tu cuerpo.

—¿Cuándo está previsto realizar el sacrificio de Evelin? —repitió. Después de unos segundos en silencio, Jesús respondió.

—El treinta de octubre es el día del aniversario de la batalla del Monte de las Cruces.

Jesús entró en un extraño sueño y ya no respondía a las preguntas.

—Está inconsciente, lo dejaremos en la cama y le suministraré un suero para contrarrestar los efectos de la droga, cuando despierte no se acordará de nada. —Martín le hizo un pequeño masaje en el brazo para que el suero corriera rápido por el torrente sanguíneo.

—Apenas tenemos seis días para localizarla —comentó Karen mirando a su hermana.

No podían hacer nada más, salieron de la celda pensando cómo averiguar dónde se encontraba Evelin. Tenían que actuar con la máxima rapidez antes de que fuese demasiado tarde. Reyes le entregó a Alicia los resultados de la revisión médica de Jesús para que lo incluyeran en su expediente.

—Mañana ordenaré que se investiguen todas las compras de masías y casas rurales en Asturias. Será un trabajo laborioso, pero es lo único que podemos hacer.

Reyes se despidió de Martín y de su hermana y entró en su despacho.

Martín llevó a Karen a su casa, se había hecho demasiado tarde para volver al sanatorio y más con la niebla que se solía formar en el puente que unía con la isla. Karen insistió para que Martín se quedara en su casa. Martín aparcó el coche y subieron al apartamento, al entrar notaron un ambiente cálido y confortable. Martín se sentó en el sofá mientras Karen preparaba un té verde bien caliente.

—Mañana intentaré ponerme en contacto con Isabel para ver si recuerda algo que nos ayude a averiguar dónde se encuentra la maldita masía.

Martín se quitó la chaqueta y los zapatos mientras Karen dejaba las dos tazas de té sobre la mesa.

—Puedes dormir en la habitación o en el sofá, como prefieras. —Martín la miró y sonrió.

Minutos más tarde Martín se quedó traspuesto tumbado en el sofá, Karen lo tapó con una manta y se fue a su habitación. Se quitó la ropa y se dio una ducha bien caliente para relajar los nervios acumulados del todo el día. Al salir de la ducha se puso el albornoz y, cuando estaba a punto de meterse en la cama, recordó que se había dejado el teléfono sobre la mesa del salón. Sin encender la luz y un poco a tientas fue al salón con precaución de no despertar a Martín, pero el ruido del agua de la ducha lo despertó.

—Lo siento, ¿te he despertado?

Martín la observó de arriba abajo, se levantó del sofá y se le acercó mientras Karen permanecía inmóvil. Le deshizo el lazo del albornoz y pudo observar su cuerpo desnudo, pasó su brazo por detrás de su cintura y la atrajo hacia él, la miró fijamente a los ojos y sin decir nada la besó. Karen reaccionó dejando caer el albornoz y fundiéndose entre sus brazos.

Capítulo 25

Evelin se despertó algo aturdida, con la sensación de haber estado dormida una vida entera, no recordaba nada de lo que le había sucedido. Miró a su alrededor varias veces y se dio cuenta de que se encontraba en un lugar desconocido. Intentó levantarse, pero no pudo, unas correas atadas sobre sus muñecas se lo impedían. Apenas tenía fuerzas para hablar. Miró a una mujer que se encontraba a su lado, que sonrió mientras le ponía un gotero con una sedación para que continuase dormida. En esos momentos el doctor Morales entró en la habitación, la miró fijamente y recordó a su hermana; sintió nostalgia, pero eso no le impidió que siguiera con su terrorífico plan. Sus ansias de poder y de dominación sobre los demás le hacían ser una persona sin sentimientos ni escrúpulos.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó mientras le acariciaba la cara con el exterior de sus dedos.

—Bien, sus constantes son normales, ha despertado desorientada mientras le estaba poniendo el gotero y se ha vuelto a dormir —contestó Mercedes mientras preparaba la medicación.

—De momento necesitamos que siga así, mañana empezaremos con la medicación. —Morales observaba a Evelin con frialdad.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Piensa que es tu sobrina.

—Necesito un alma pura y qué mejor que la de ella, el sacrificio es necesario.

Morales se dio media vuelta y salió de la habitación. Bajó al sótano donde se encontraba la sala de oración al diablo, el vello se le puso de punta al ver a su hijo tumbado sobre la mesa de sacrificio. Se le acercó con pasos cortos, vio que tenía los ojos cerrados como si estuviese en trance. No se atrevía a tocarlo porque tenía la sensación de que estuviese muerto. Después de varios minutos observándolo se decidió a comprobar si aún estaba respirando, y una voz aguda salió de la boca de su hijo. Morales se quedó paralizado, sintió como si el mismo diablo le hubiese hablado. Fermín miró a su padre con los ojos enrojecidos y sonrió al ver a su padre retrocediendo y asustado. Quizás el diablo tenía otros planes y eligió a Fermín para que fuese su representante en la Tierra.

Fermín se levantó de la mesa de mármol, vio a su padre asustado y arrinconado sobre la pared y le extrañó su comportamiento. Se acercó para comprobar que se encontraba bien. Su tono de voz había vuelto a la normalidad, Morales levantó la vista y miró a su hijo, vio que su mirada era normal y se levantó fingiendo que había tenido un fuerte dolor en el pecho.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Morales con la voz entrecortada.

—La verdad que no lo sé, me encontraba en la biblioteca y me pareció escuchar una voz insistente que me llamaba y me fue guiando hasta llegar aquí. Me dirás que estoy como una regadera, pero estoy seguro de que el diablo me habló.

En ese momento Morales se dio cuenta de que Fermín no era consciente de lo que había sucedido.

Hacía tiempo que el doctor Morales no se sentía tan contrariado, tuvo la sensación de ser desplazado por su propio hijo y eso no estaba dispuesto a consentirlo. Había matado y torturado a personas inocentes por ser el representante de la doctrina de Satanás en la Tierra y ahora su propio hijo se lo podía arrebatar.

Al salir del santuario se aseguró de cerrar la puerta con llave para que nadie pudiese entrar. Subió las escaleras pensativo, faltaban pocos días para la apoteosis final y no quería tener ningún contratiempo. Entró a la biblioteca y se sentó en su sillón de piel negro donde se sentía como en un trono mientras sus fieles se encontraban de rodillas en señal de respeto. En el cajón central de su mesa, cerrado con llave, conservaba unos escritos del Papa Negro y fundador de la Iglesia de Satán. Morales había encontrado esos escritos durante su juventud. Lo que le fascinaba no era tanto el contenido oscuro y polémico de esos textos, sino la fuerza con la que lo defendía, su visión del mundo y su rechazo de la hipocresía moral. Aunque Morales no compartía del todo las ideas del Papa Negro, encontraba en ellas un punto de partida para sus propias reflexiones sobre la espiritualidad y la naturaleza humana. En su diario, guardado celosamente en el cajón, Morales escribía: «admiro la audacia del Papa Negro, pero no puedo aceptar la visión de la humanidad que él propone. Mi fe en lo sobrenatural es muy diferente, no niego la posibilidad de un sentido más profundo y trascendente».

Morales estaba totalmente en contra de las dudas de ciertas personas sobre si Satán existía de verdad. Él sintió en su propia piel el poder de Satán que estuvo a punto de costarle su propia vida por una fallida invocación. Algunos miembros de la secta murieron y otros enloquecieron, mientras que a Morales se le presentó una segunda oportunidad. Satán le dejó marcado en la piel su firma para que nunca se olvidara de las consecuencias que podría tener que alguien dudase de su poder en la Tierra.

Unos golpes en la puerta le hicieron salir de esa guerra interna que mantenía en algunas ocasiones. La puerta se abrió. Juan pudo comprobar la mirada malvada de Morales, odiaba que lo molestase mientras se encontraba en la biblioteca debatiendo y poniendo orden en sus pensamientos.

—¿Qué sucede?

—Hay algo que debes saber, he recibido una llamada donde me confirman que Martín sigue con vida. —Morales se levantó del sillón como un resorte, muy enojado.

—Reúne a la gente en el salón y me avisas cuando estén todos. —Morales cerró con llave el cajón y salió de la biblioteca enrabietado.

Juan obedeció su orden sabiendo lo que les sucede a las personas que le contradicen. Fue llamando uno a uno para que los principales miembros de la secta se reunieran alrededor de la mesa del salón. Todos esperaban en silencio la presencia de Morales. En la mesa se encontraba incluido Víctor, al que habían nombrado recientemente nuevo miembro de la secta. Morales descendió por la escalera con su túnica negra bajo la mirada de sorpresa de algunos miembros, incluida la de su propio hijo. Dio dos vueltas a la mesa sin pronunciar palabra y se paró frente al ventanal desde donde divisaba todo el valle, dándole la espalda a los presentes.

—No tolero que se me desobedezca y menos que me mientan en mi propia cara. Di una orden y no se ha cumplido, Martín sigue con vida.

Morales se dio la vuelta y miró fijamente a Javier, que era el responsable de que su orden se llevara a cabo. Se posicionó detrás de Javier y le puso las manos en los hombros, Javier intentó explicarse, pero Morales no se lo permitió. Sacó un bisturí del bolsillo y le seccionó el cuello en presencia de todos los presentes. Del cuello de Javier empezó a manar sangre como una cascada. Los asistentes a la mesa se echaron hacia atrás, incluido su propio hijo.

—Esto es el resultado de desobedecer una orden mía. ¿Algo que objetar? —preguntó mientras se limpiaba las manos con una toalla que Mercedes le proporcionó—. Quiero que Isabel tenga su merecido. —Todos permanecieron en silencio con la mirada baja.

—Yo haré que le lleguen tus quejas a Isabel —comentó Fermín con media sonrisa dibujada

en su rostro de perturbado.

—No esperaba menos de ti, hijo mío.

Morales abandonó el salón dejando un reguero de sangre tras él. Javier permanecía con la cabeza hacia atrás y el cuello seccionado. Todos menos Fermín abandonaron el salón en silencio. Fermín se levantó de la silla y se posicionó al lado del cuerpo inerte de Javier. Con su mano derecha le movió la cabeza de un lado a otro mientras sonreía. No le importó mancharse las botas de sangre, le cogió del pelo y le tiró la cabeza hacia delante quedando apoyada sobre la mesa. Salió de la vivienda en busca de Juan. No era una persona de su agrado, pero era el hombre de confianza de su padre y, de momento, tenía que respetarlo. Vio a Juan teniendo una discusión un poco acalorada con Víctor. Se acercó con sigilo y Víctor, al verlo, se calló y agachó la cabeza. Juan siguió increpándolo hasta que vio a Fermín y en ese momento dejó de hablar. Fermín lo miró de muy mala manera, como perdonándole la vida.

—Juan, necesito que me facilites la dirección de Isabel. Esta noche tengo la intención de hacerle una visita de cortesía. —Fermín se pasó el dedo por el cuello recordándole lo que le pasó a Javier.

Juan entró en la habitación de Javier alterado, sabía que tenía una agenda donde estaban apuntadas las direcciones de los miembros de la secta. Miró por todos los rincones y la agenda no aparecía. De la rabia que le entró, empezó a tirar todo lo que había por la mesa y a pegar patadas a todo. Una silla se volcó y tiró una caja metálica que había detrás del ordenador, la abrió y sonrió cuando vio la agenda. Buscó el nombre de Isabel y al lado estaba apuntada su nueva dirección. Salió de la habitación en busca de Fermín. Al pasar por el salón, se quedó mirando el cuerpo ensangrentado de su amigo y tragó saliva. En lo único en que pensó fue que no quería acabar como él.

El cuerpo inerte de Javier seguía estando sobre la mesa en el salón, el olor a sangre empezaba a ser molesto. De poco le valió sacrificar su carrera por prestar su apoyo y estar al lado de Morales. ¿Qué le pudo rondar por la cabeza para cruzar el límite de la cordura y fangarse en una doctrina satánica? Pasó de curar a enfermos con problemas mentales a torturarlos y sacrificarlos por el satanismo y la adoración al diablo. Aunque no mató a nadie con sus propias manos, sí que ayudó a que algunos internos del sanatorio fuesen torturados y maltratados. Él probó su propia medicina y ahora su cabeza se encontraba unida a su cuerpo solo por los nervios raquídeos cervicales. Su alma jamás podría tener descanso eterno, ni en la derecha de Dios ni en la izquierda del diablo. Allí a donde fuese, las almas de las personas que maltrataron y torturaron le persiguirían para pedirle justicia hasta que su alma se desintegrase en el polvo.

Cuatro hombres vestidos con monos de protección de color gris bajaron de una furgoneta negra arrastrando unos maletines. Entraron en el salón sin pronunciar palabra bajo la atenta mirada de Fermín, que no les quitó la vista de encima. Dos de ellos sacaron una bolsa negra y metieron el cuerpo de Javier, dando la sensación de que en cualquier momento la cabeza se le separaría del cuerpo. Mientras, los otros dos limpiaron todo el salón sin dejar ningún rastro de sangre. El cuerpo de Javier se trasladó a un crematorio clandestino para ser devorado por las llamas del infierno.

Juan esperó hasta que la furgoneta negra se alejara de la masía para acercarse a Fermín y entregarle la dirección de Isabel.

—Dile a mi padre que no me espere para cenar.

Fermín se subió en el Hyundai Santa Fe de color negro que conducía Víctor y abandonaron la masía.

Capítulo 26

Hacía pocos días que Isabel se había instalado en un piso en el barrio de San Miguel, a escasos metros de la plaza de Pombo. Tenía la intención de romper con todo lo que representaba el doctor Morales. Era consciente de que Morales no se lo iba a poner fácil y menos después de negarse a matar a Martín. Le preocupaba su reacción cuando se enterara de que aún seguía con vida, sabía que estaba en peligro y, a pesar de haberse cambiado de domicilio, era cuestión de tiempo que diera con su paradero.

Solía pasar bastante tiempo fuera de su apartamento con la intención de familiarizarse con el lugar. Visitaba los sitios más destacados del barrio, como el mirador del Cueto, uno de los lugares más espectaculares de San Miguel, con una panorámica impresionante de la ciudad de Santander y de la bahía. Después de dos horas caminando por una empinada cuesta, llegaba al mirador exhausta, pero el esfuerzo merecía la pena. Permanecía durante una hora en el mirador observando las magníficas vistas y reiniciaba el camino de vuelta. De regreso pasó por la puerta de la iglesia y algo en su interior le decía que tenía que entrar. «Lo dejaremos para mañana», comentó para sí misma.

Conforme iba acercándose al edificio donde residía, vio un coche negro aparcado cerca de la intersección, un Hyundai Santa Fe. Le resultó sospechoso y esperó un largo tiempo, hasta que por fin un hombre con traje oscuro se subió al coche y se marchó. Antes de entrar al edificio, preguntó a una mujer que llevaba una pequeña maleta y que también se disponía a entrar.

—Perdone, señora, ¿conoce usted al hombre que se acaba de marchar? —comentó Isabel abriendo la puerta del patio.

—Sí, es mi sobrino, que me ha traído de Santander. ¿Por qué lo pregunta?

—Me pareció conocerle, pero si dice que es su sobrino, me habré equivocado. El que yo conozco no tiene familia en Santander.

Al día siguiente por la tarde, salió de su casa decidida a entrar en la iglesia de San Miguel, hacía tanto tiempo que no lo hacía que no recordaba cómo eran por dentro. Se paró en la misma puerta de la iglesia dudando si entrar o, de lo contrario, irse dándole la espalda. A la izquierda de las grandes puertas de madera había un grabado sobre la misma piedra de la fachada: Templo gótico del siglo XIII. Como si estuviese hipnotizada, Isabel entró y se dirigió a la imagen de San Miguel Arcángel. Una imagen que pertenece a la edad media, se le atribuyó la función de pesar las almas y rescatarlas de las garras del demonio. El arcángel mantenía la balanza en la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba la espada para rechazar al demonio.

Permaneció en silencio durante unos minutos hasta que comprendió el motivo por el que estaba delante de la imagen del arcángel. Quería resarcirse de todo el mal que había provocado bajo la dirección del doctor Morales, lo único que quería era estar en paz con Dios. Cuando salió de la iglesia, tuvo un mal presagio que le decía que su fin se estaba aproximando. Miraba a derecha e izquierda e incluso a veces se daba la vuelta por si alguien la seguía. Toda precaución era poca, pensaba Isabel, que siempre estaba alerta. Si veía algún vehículo que le llamaba la atención, se acercaba con sigilo y comprobaba si había alguien sospechoso en su interior. Después continuaba con su rutina, regresaba a su apartamento no más tarde de las nueve y siempre con la precaución de que nadie la siguiese.

Al día siguiente amaneció lluvioso con fuertes truenos acompañados de relámpagos que se encargaban de iluminar el cielo cubierto de nubarrones negros. Isabel se levantó de la cama con

un fuerte dolor de cabeza, que le recordó al tiempo donde se pasaba el día consumiendo todo tipos de drogas. Lo achacó al mal tiempo y a las pocas horas que había dormido. Apenas se podía mantener de pie, mareada. Durante el desayuno se tomó dos analgésicos para evitar que el dolor de cabeza le fuese a más. Después de varios minutos y con la mirada perdida, se levantó de la silla y se acercó a la ventana del salón, la abrió para dejar que entrara un poco de aire fresco de la mañana; a veces el aire frío la calmaba.

El día era desapacible, con pocas ganas de hacer nada. Había quedado con Javier para enseñarle el apartamento y luego comer juntos. Lo que viniese después sería bien recibido por ambas partes, no sería la primera vez que acabasen juntos en la cama. Cogió el teléfono y llamó a Javier. Después de varios tonos, respondió una voz que no era la de su amigo. Al principio pensó que se podía haber equivocado y volvió a llamar, después de esperar unos segundos y cuando ya se disponía a cortar la llamada, una voz aguda pronunció su nombre. Un escalofrío corrió por su cuerpo al pensar que algo grave le podía haber ocurrido a Javier. Él no era una persona que se dejara el teléfono en cualquier sitio, donde otra persona lo pudiera coger. Cogió otro teléfono que tenía y que utilizaba en pocas ocasiones. Le mandó un mensaje en clave que solo él conocía, esperó unos minutos y al no tener respuesta pensó en lo peor.

El mal día que había salido, la lluvia que cada vez caía más fuerte y el mal estado de la carretera fueron suficiente excusa para no coger el coche y acercarse por su casa, a pesar de que a Javier no le gustaban las visitas improvisadas. Durante el día intentó ponerse en contacto con Javier por otros medios, pero la respuesta seguía siendo la misma. Las horas se le hicieron eternas, sin nada que hacer y aburrida de ver los mismos programas en la televisión. Sobre las ocho de la tarde, cuando empezó a oscurecer, decidió salir a estirar las piernas y visitar de nuevo la iglesia de San Miguel para ver la imagen del arcángel. Permaneció dentro de la iglesia durante un largo tiempo comunicándose en silencio con el arcángel, pidiéndole que defendiera su alma de las garras del diablo. Cuando se disponía a salir de la iglesia, el viejo párroco la llamó.

—Te he visto varios días en la iglesia y siempre observando con admiración la imagen de San Miguel Arcángel. ¿Sabes lo que representa? —Isabel miró su pelo plateado, que le recordó a su padre.

—Sí, su lucha por salvar las almas de las garras del diablo —respondió al anciano párroco, abandonando la iglesia con la cabeza baja.

Al salir de la iglesia se encontró con tal cortina de agua que apenas podía divisar un par de metros. Esperó un buen rato hasta que la lluvia empezó a aminorar. No podía dejar de pensar en Javier y eso le hizo no estar centrada en su seguridad. Vio de nuevo un coche negro aparcado cerca de la intersección y pensó que sería el mismo Hyundai que el otro día y no le prestó la suficiente atención. Al pasar por su lado la lluvia no le dejó ver que había dos personas en su interior.

Al abrir la puerta del patio, no se dio cuenta de que los dos hombres salieron y con movimientos rápidos se le avanzaron, le taparon la boca con cinta americana y la subieron en volandas hasta llegar al segundo piso, le quitaron las llaves, abrieron la puerta y la dejaron sobre la cama. Isabel no reconoció a los dos hombres que la asaltaron, pero tenía la certeza de que los había enviado Morales. La ataron las manos a unos listones finos del cabezal de madera. Isabel permanecía inmóvil sobre la cama, sabía lo que iba a suceder y no opuso resistencia, la violarían de todas las formas.

Fermín se sentó encima, la cogió de la camisa y, de un fuerte movimiento, le arrancó todos los botones. Con un cúter le cortó el sujetador, quedando sus pechos a su merced. Isabel, a pesar de hacerse la dura, no pudo evitar que se le saltaran unas lágrimas. A continuación, fueron los

pantalones y las bragas. Isabel puso resistencia, pero fue inútil. Fermín, viendo los movimientos defensivos, cogió la cinta americana y le ató las piernas a cada extremo de la cama. Desnuda e inmovilizada de pies y manos, solo tenía que esperar a lo que vendría después.

Fermín le dijo a Víctor que saliera de la habitación y que no entrara hasta que él lo llamase. Se puso sobre ella y le empezó acariciar los pezones con la lengua, le apretó tanto con los dientes que estuvo a punto de seccionarlos. En los ojos de Isabel se podía ver el dolor que estaba padeciendo. Se desabrochó el botón del pantalón y se bajó la cremallera, sacó su pene erecto y sin mediar palabra se lo introdujo en su vagina. Isabel se quedó bloqueada con la mirada fija en el techo, mientras recibía las fuertes embestidas. Su cuerpo permaneció inmóvil como si se tratase de una muñeca hinchable. Una vez que Fermín terminó de violarla, sacó su teléfono y le enseñó unas fotografías de Javier con el cuello seccionado.

—Esto es lo que te va a pasar, por traicionar a mi padre. —Los ojos de Isabel se abrieron como si se le fuesen a salir de sus órbitas. Empezó a hacer movimientos bruscos mientras Fermín sonreía, mirándola con desprecio.

La tortura solo acababa de empezar. Le fue realizando pequeños cortes por todo el cuerpo, le cortó los pezones como si fuesen dos garbanzos. Isabel intentaba soltarse las manos para poder defenderse, pero era inútil. Sus ojos rojizos eran dos cascadas de lágrimas. La observaba desangrarse, pero eso no era suficiente para él, tenía que seguir infligiendo más dolor. Se volvió a sentar sobre ella sin importarle mancharse de sangre, daba la sensación de estar poseído. Dejó el cúter al lado de su rodilla, la cogió del cuello con las dos manos y empezó a presionar poco a poco dificultando la respiración. Los ojos se le fueron hinchando, apenas le quedaba aliento para seguir viviendo, pero ella no se dejaba llevar y en un arrebato, con las pocas fuerzas que le quedaban, rompió el listón que la sujetaba, cogió el cúter y le hizo un corte desde la oreja hasta el mentón. Fermín dio un grito aterrador y saltó de la cama. Víctor entró y se encontró con una escena grotesca, se quedó parado viendo la cantidad de sangre que había.

—¡Hija de puta! —gritó Fermín. Isabel lo miró con una sonrisa, sabiendo que sería la última.

Fermín le arrebató el cúter de la mano y sin mediar palabra le cortó el cuello. La sangre se le salía a borbotones. Isabel dejó el mundo de los vivos habiendo hecho las paces con Dios. No le dio tiempo a reparar el mal que había provocado, pero no dejó que el diablo se apoderara de ella. Fermín, enloquecido por el dolor, siguió clavándole el cúter en el pecho. Víctor lo cogió por detrás y lo bajó de la cama. La cara la tenía abierta, igual que cuando abres una cremallera. Rompió un trozo de sábana y se la puso en la cara intentando cortar la hemorragia. Tenía que llevarlo a un hospital si no quería correr el riesgo de morir desangrado. Llamó a Morales y le explicó lo que había sucedido, Morales no se lo podía creer, no paraba de soltar improperios. Víctor recibió la ubicación de una clínica veterinaria, era el lugar más seguro a donde lo podía llevar.

El veterinario los estaba esperando con la puerta abierta. Al verlos les ayudó a salir del coche y lo llevaron a la sala de curas, le desinfectó la herida y le puso veinticinco puntos. Tuvo suerte de que el corte, a pesar de ser profundo, no le llegó a atravesar la mejilla. Fermín se encontraba muy débil por la pérdida de sangre, así que le puso un gotero para que se recuperara y lo llevó a una habitación que daba a la salida lateral.

Capítulo 27

Reyes se encontraba en la comandancia, absorta en sus pensamientos. La desaparición de Evelin la tenía preocupada y frustrada. A pesar de todo, los esfuerzos del equipo de investigación seguían sin tener ninguna pista sólida para dar con su paradero. Tenía la impresión de estar buscando una aguja en el pajar.

El sonido del teléfono de la centralita rompió el silencio. Reyes se levantó de la silla con gesto de cansada, se acercó y atendió la llamada. Una voz desconocida habló al otro lado de la línea. Su voz entrecortada y su nerviosismo llamaron su atención. Reyes le preguntó varias veces su nombre, pero el informante se negó a dárselo. Le explicó un poco por encima lo que había visto en el barrio de San Miguel, sin dar más detalle. Insistió en que debían reunirse. Reyes condujo en silencio por la desolada carretera, tenía la cabeza llena de preguntas y suposiciones. ¿Quién era la persona que había llamado y por qué había decidido ayudarlos? Al llegar al barrio de San Miguel, Reyes detuvo el coche, las luces parpadeantes de las farolas apenas iluminaban las calles. Con cautela salió del coche, miró a ambos lados y caminó unos pasos, siempre alerta ante cualquier movimiento sospechoso.

Al doblar la esquina, vio a una persona ocultándose detrás de la iglesia. Reyes aceleró el paso y lo miró fijamente a los ojos, tratando de discernir cualquier indicio de engaño. El hombre misterioso la miró y asintió con la cabeza antes de hablar.

—Perdona por este misterio, la última vez que confié en la justicia me vi envuelto en un asesinato que no cometí y me destrozaron la vida —comentó el desconocido saliendo de la oscuridad.

—¿Por qué nos ha llamado? ¿Y quién eres? —Reyes tuvo la impresión de que sería otra pérdida de tiempo.

—Me llamo Felipe. En la cárcel me encontré con un preso que se llamaba Fermín, una persona con problemas mentales. Hace unas horas lo vi en un coche negro y me dio mala espina. Por curiosidad me acerqué para ver lo que hacían, me refugié de la lluvia en aquel saliente. Cuando una mujer intentó abrir la puerta del patio, se abalanzaron sobre ella y la entraron a la fuerza. Pensé en llamar a la policía, pero algo me decía que no me tenía que entrometer. Esperando a que la lluvia aminorara, los vi salir del patio. Fermín iba cubierto de sangre y el otro hombre le ayudaba a subir al coche y se fueron a toda marcha. Me temí lo peor, entré al patio y al llegar al segundo piso vi una puerta medio abierta, vi sangre en el suelo y al salir vi una nota pegada detrás de la puerta con dos números de teléfono. En uno ponía Guardia Civil y en el otro ponía Martín.

Reyes se sorprendió al escuchar su nombre. Desenfundó su arma y entró en el patio con decisión. Subió hasta el segundo piso, la puerta seguía abierta, y entró con precaución de no pisar la sangre que había por el suelo. Cuando llegó a la habitación y vio la escena del crimen, Reyes se quedó paralizada. La víctima se encontraba encima de la cama desnuda y atada, apenas se podía diferenciar su cuerpo al encontrarse cubierto de sangre. Observó todo el desorden y el rastro de sangre que salía de la habitación. Su mente empezó a trabajar rápido. Mientras intentaba mantener la calma, llamó a la comandancia solicitando un equipo de la científica, una ambulancia y varias dotaciones. Se tomó unos segundos para respirar profundamente, tratando de contener las emociones. Con paso más cauteloso, se acercó lentamente al cuerpo, evitando pisar cualquier evidencia que pudiera comprometer la escena. La habitación estaba sumida en un caos,

con muebles volcados y objetos dispersos por el suelo. La sangre salpicaba en las paredes como pinceladas grotescas en una obra macabra. Sobre la mesa del comedor había un bolso. Reyes lo vació y se sorprendió al ver que había tres documentos de identidad con distintos nombres. En uno de ellos ponía Isabel. Enseguida recordó que Martín le contó que una mujer llamada Isabel se había presentado en su casa con la intención de matarlo. Miró el reloj y, a pesar de las horas que eran, pensó que sería importante hablar con él. Marcó el número de teléfono de Martín y le sorprendió su rápida respuesta.

—¿Qué sucede? —preguntó Martín dejándose caer sobre el respaldo del sofá.

—¿Cómo sabes que ha sucedido algo?

—Cuando me llamas a estas horas no será para darme las buenas noches.

Reyes se sentó en el primer escalón de la escalera pasándose la mano por la cabeza.

—Han matado a una mujer, he registrado su bolso y encontrando un documento de identidad con el nombre de Isabel. —Martín saltó del sofá como un resorte.

—¿Dónde ha sucedido?

—En el barrio de San Miguel.

Martín ya no respondió, Reyes escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

Salió de la vivienda y se detuvo en el umbral del patio, respirando el aire fresco de la noche. Mientras esperaba a la científica y la ambulancia, repasaba mentalmente cada detalle de la escena del crimen. Las luces intermitentes de las patrullas parpadeaban en la distancia, iluminando débilmente la carretera. Reyes se apoyó contra la pared, dejando que su mente divagara mientras repasaba los posibles escenarios en su cabeza. La noche se extendía frente a ella, llena de incertidumbre. Reyes levantó la vista del suelo y vio a Felipe, y le hizo una señal para que se acercara.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Felipe con las manos metidas en los bolsillos.

—Han matado a una mujer. Será mejor que te vayas, mañana te tendrás que acercar por la comandancia y prestar declaración, tendrás que decir lo mismo que me has contado.

—Quizás si hubiese actuado de otra manera…

—No hubiese evitado nada, quizás solo habría sumado otro cadáver.

Felipe abandonó el lugar mientras el sonido del motor se acercaba, anunciando la llegada del equipo forense. Reyes se enderezó y se preparó para colaborar con los expertos, consciente de que cada pieza sería crucial para la investigación.

El equipo de la científica, encabezado por la doctora Martínez, llegó a la escena del crimen siguiendo las indicaciones de la sargento Reyes. Se encontró con un mar de sangre, no había pared en la que no hubiese salpicaduras de sangre. Hacía mucho tiempo que no se encontraba con una escena tan horrenda como la que tenía delante, la persona que lo hizo se ensañó con la víctima. Con meticulosidad, comenzaron a examinar cada rincón de la habitación en busca de evidencia que pudiera arrojar luz sobre el homicidio. Tomaron muestras de sangre, fibras y cualquier otro indicio que pudiera ser relevante para la investigación. Martínez se fijó en el regadío de sangre que había en el suelo del pasillo que se dirigía a la salida de la vivienda. Tomó muestras de sangre del suelo, tenía la certeza de que no sería de la víctima, y supuso que pertenecería al autor del crimen.

Llegaron las dotaciones que Reyes había solicitado; lo primero que hicieron fue acordonar la calle para alejar a los curiosos que se estaban concentrando al pie del edificio. Reyes se acercó al cabo García y le pidió que fuese con Lucía a hablar con los vecinos por si habían visto u oído algo fuera de lo normal.

Martín llegó al barrio de San Miguel y se sorprendió del trajín de la gente a pesar de la hora

que era. No tardó en ver el juego de luces de la policía y de la ambulancia. Dejó el coche en un lateral de la iglesia y continuó andando hasta llegar a la multitud que se encontraba concentrada a escasos metros del edificio donde se había cometido el homicidio. Le costó abrirse paso entre la gente hasta que llegó al cordón policial. Vio a Reyes, que en ese momento estaba saliendo del edificio con cara de pocos amigos. Cruzó el cordón policial y fue hasta donde se encontraba Reyes, que al verlo le dio dos palmaditas en el pecho.

—Has llegado justo a tiempo, están esperando a que la reconozcas para llevársela a la morgue.

Martín entró al edificio, la víctima se encontraba sobre una camilla metida en una bolsa negra. Reyes abrió la cremallera para que la pudiera identificar y, después de observarla durante unos segundos, con un gesto de cabeza confirmó que se trataba de Isabel.

—¿Quién es el salvaje que ha cometido esta atrocidad? —preguntó Martín tragando saliva.

Se quedó pensativo y apenado, tenía la sensación de que en cierto modo él era el responsable de que Isabel se encontrara metida en esa bolsa. Cambió su vida por la suya.

—Un testigo ha confirmado que se trata de Fermín y tengo la sospecha de que la otra persona que iba con él sería Víctor.

Martín necesitaba ver dónde se había matado a Isabel. Reyes al principio se opuso, pero viendo que la científica había acabado, cedió y lo acompañó. Cuando entró a la habitación, Martín se estremeció al ver la cantidad de sangre sobre la cama. No pudo evitar sentirse mal, Isabel le salvó la vida y él no pudo hacer nada para protegerla. Entró en el salón, se acercó a la ventana y apartó las cortinas, dejando que los primeros rayos luz inundaran la estancia. Entre los objetos dispersos por el salón encontró un trozo de papel arrugado. Lo desplegó y leyó: «No puedes huir de tu pasado». Martín entendió su significado, pero también entendió que Isabel intentaba cambiar.

Cuando se disponía a salir de la vivienda, se dio cuenta del regadío de sangre que había en el suelo del pasillo.

—El asesino resultó herido y sangraba en abundancia. No lo llevarán a ningún hospital porque darían el aviso. Yo registraría las clínicas veterinarias de los alrededores —comentó Martín observando su número de teléfono detrás de la puerta.

Reyes mandó a una patrulla a visitar las clínicas veterinarias más cercanas.

Los residentes del edificio apenas pudieron aportar nada relevante: de las doce viviendas, solo en tres vivía alguien y ninguno de ellos escuchó nada. Isabel eligió un edificio con pocos vecinos por su seguridad, pero el destino a veces te lleva hasta el final del camino sin que puedas hacer nada por revertirlo.

La presión cada vez era más insostenible. El reloj avanzaba implacablemente, sabían que cada minuto perdido disminuía las posibilidades de encontrar a Evelin con vida. La ansiedad se palpaba en el aire, solo les quedaba esperar que la patrulla diese con algo positivo.

El equipo de la científica y el forense abandonaron el barrio de San Miguel llevándose consigo el cuerpo de Isabel. Los únicos que quedaban a pie del edificio fueron Martín y Reyes. Se resignaban abandonar el lugar sin haber obtenido ningún indicio que les guiara al paradero de Evelin. Se quejaban de la mala suerte que habían tenido hasta el momento, pero estaban seguros de que en cualquier momento podía cambiar.

El teléfono de Reyes empezó a sonar, vio que la llamada era de Jaime y eso la activó.

—Sargento, hemos encontrado la clínica veterinaria donde han curado a un hombre con un

corte en la cara.

Reyes no pudo disimular su alegría y pidió que le enviara la ubicación.

Media hora más tarde la sargento Reyes y Martín entraron a la clínica veterinaria, el veterinario se encontraba esposado al lado del pequeño mostrador. Jaime les indicó que entraran a la sala de curas, sobre la mesa aún estaban los apósitos manchados de sangre. Martín se dio cuenta de que la sangre era reciente y pensó que podían estar escondidos. Cogió un bisturí, salió de la sala de curas y se lo puso en el cuello del veterinario. Reyes no entendía lo que estaba sucediendo.

—¿Dónde están? —preguntó Martín apretando el bisturí y haciéndole un pequeño corte.

—Han salido por la puerta lateral —contestó el veterinario.

Reyes desenfundó su arma y cuando se disponían a salir una ráfaga de disparos los sorprendió. Reyes resultó herida en un brazo mientras sus compañeros se libraron por los pelos. Martín le puso un vendaje improvisado mientras intentaban ponerse a cubierto. Sus compañeros, aún agitados por la emboscada, se aseguraron de que el recinto estuviera despejado antes de acercarse a ella.

—¿Estás bien? —preguntó Martín ayudándola a levantarse.

—Sí, solo es un rasguño —respondió Reyes tratando de sonreír. Martín sacó su teléfono y le mostró la foto de la matrícula.

—Buena jugada, Martín —dijo Jiménez mientras revisaba la foto.

—Averigua a quién pertenece el coche —ordenó Reyes mientras se apoyaba el brazo sobre el pecho.

Reyes preguntó por el veterinario, miraron por la clínica y vieron su cuerpo en una habitación cercana a la salida con varios impactos de bala. Martín le tomó el pulso y comprobó que estaba muerto.

—La matrícula está registrada a nombre de Javier Estrada —comentó Jiménez después de unos minutos de búsqueda— Lo curioso es que hay una denuncia por desaparición.

—¿Tenemos alguna dirección?

—Según consta en el registro, heredó una vivienda en Castro Urdiales, en la calle Escalante número cincuenta y ocho.

—Jiménez, llama al puesto de la Guardia Civil de Castro Urdiales y les dices que vamos de camino, que vigilen la vivienda y que no intervengan si no es necesario.

Antes de salir con dirección a Castro Urdiales, Martín le examinó la herida del brazo, comprobó que no había nada de qué preocuparse y le cambió el vendaje. Durante el trayecto llamaron a Reyes desde la comandancia informándola de que habían encontrado un coche de la marca Hyundai de color negro en llamas en las afuera del pueblo de Potes.

—Era de esperar —comentó Reyes.

Capítulo 28

Juan, acompañado por dos miembros de la secta, se desplazaron hasta el pueblo de Potes donde habían quedado con Fermín y Víctor. Juan se encontraba apoyado sobre la furgoneta cuando vio aparecer el Hyundai. Fermín bajó del coche claramente adolorido. Con la mano izquierda se mantenía el vendaje de la herida, que no paraba de sangrar, y se subió a la furgoneta. En esta ocasión tuvieron suerte, Reyes estuvo a punto de detenerlos. El coche presentaba varios impactos de bala y lo mejor que podían hacer era deshacerse del vehículo.

—Debemos actuar rápido —comentó Juan.

Juan abrió el maletero de la furgoneta y sacó un bidón de gasolina. Mientras Víctor rociaba el coche de gasolina, Juan le dio a Fermín una pequeña toalla para que se la pusiera en la herida. La situación era crítica, pero no había tiempo para detenerse. Una vez que el coche estaba empapado de gasolina, Víctor encendió una cerilla y la arrojó al vehículo. Las llamas se elevaron rápidamente, devorando el coche en cuestión de segundos. Los dos hombres observaron el fuego por un momento antes de que Juan tocara el hombro de Víctor.

—Vamos, debemos movernos antes de que alguien lo vea.

Víctor asintió y se subió a la furgoneta, que arrancó con un rugido. Condujeron en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos. Fermín sabía que el tiempo corría en su contra; la herida necesitaba atención médica urgente. Deseaba llegar lo antes posible a la masía para que su padre le pudiese curar la herida. La furgoneta avanzaba por los caminos cada vez más rurales alejándose del peligro inmediato, pero la amenaza de ser descubierto no se disipaba por completo. Finalmente llegaron a la masía, Morales había habilitado una habitación para atender a su hijo debidamente. Dentro de la casa Morales se puso a trabajar de inmediato. Mientras Fermín era atendido, Víctor observaba por la ventana, vigilando cualquier signo de peligro. Sabía que su suerte no duraría para siempre, pero de momento estaban a salvo.

La tensión llenaba la pequeña habitación habilitada como si fuese un quirófano: Fermín yacía en una camilla improvisada con su padre trabajando diligentemente en su herida. Víctor seguía vigilando desde el exterior, sus ojos recorrieron el paisaje oscuro en busca de algún movimiento sospechoso.

Fermín necesitaría descansar unos días y evitar cualquier esfuerzo, según comentó Morales limpiándose la sangre de sus manos. El corte había sido limpio, pero había perdido mucha sangre. Fermín asintió débilmente, sintiendo el peso del agotamiento sobre él. La calma de la noche envolvía la masía, pero en el horizonte, las sombras se movían, prometiendo que la tormenta aún no había terminado.

Morales se paseaba nervioso de un lado a otro en su despacho. La tarde empezaba a caer y la luz tenue que entraba por la persiana proyectaba sombras inquietantes sobre las paredes. Finalmente se detuvo y observó las manchas de sangre en su camisa.

—Maldita sea —murmuró para sí—. ¿Cómo ha podido suceder esto?

Justo cuando el reloj marcaba las siete en punto, la puerta del despacho se abrió y Víctor entró en silencio cerrando la puerta tras él. Morales dejó escapar un suspiro pesado y se pasó una mano por el rostro.

—Víctor, quiero respuestas. Espero que no me mientas porque ya sabes las consecuencias.

Víctor asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. Sabía que cuando Morales

hablaba con ese tono, no había espacio para errores ni para dilataciones.

—Vimos a Isabel, esperamos a que estuviese dentro del edificio y nos abalanzamos sobre ella. Subimos a su apartamento, entramos y la llevamos a su habitación, la dejamos sobre la cama. Le ayudé atarla y me dijo que saliese de la habitación y que no entrara hasta que él me avisara. No sé lo que sucedió, escuché a Fermín gritar y entré, y entonces vi que Fermín apuñalaba repetidas veces a Isabel. Cuando me acerqué fue cuando le vi la herida en la cara, corté un trozo de sábana y le taponé la herida para cortar la hemorragia. Fue cuando te llamé, y después fuimos a la clínica. El veterinario le curó y le dio unos puntos. Al cabo de unos minutos llegó la Guardia Civil, intercambiamos unos disparos y salimos lo más rápido que pudimos. — Morales lo miró fijamente y le hizo una señal para que saliese del despacho.

Morales se quedó solo nuevamente, observando su reflejo en el espejo. Las cosas se estaban complicando más de lo que había previsto. La fecha de la ofrenda al maligno estaba muy cercana y no quería más sorpresas inesperadas. El espejo le devolvió una mirada cargada de preocupación y cansancio. Se pasó una mano por el rostro, tratando de calmar su mente. Había pasado mucho tiempo investigando y preparando el ritual meticulosamente. Sin embargo, había recibido noticias inquietantes esa misma mañana, alguien más sabía sobre la ofrenda y, peor aún, estaba dispuesto a sabotearlo.

Morales se dirigió hacia su escritorio, donde un antiguo grimorio reposaba abierto con sus páginas amarillentas llenas de símbolos arcanos. Necesitaba encontrar una manera de proteger el ritual y asegurarse de que el maligno, una entidad tan caprichosa como poderosa, recibiera la ofrenda correcta sin interferencias.

Mientras estudiaba las runas, un leve golpeteo en la ventana lo hizo sobresaltarse. Se giró bruscamente y vio una figura oscura acechando fuera. Su corazón latió con fuerza. Se acercó con cautela. Al abrir la ventana, una ráfaga de viento helado inundó el despacho y la figura desapareció entre las sombras de la noche.

Capítulo 29

La comitiva formada por dos coches camuflados llegó a Castro Urdiales. Todo un equipo de la Guardia Civil los esperaba en la entrada. El saludo fue corto y breve, Reyes deseaba llegar cuanto antes a la vivienda de Javier Estrada, detenerlo y registrar la casa hasta los cimientos. Cuando llegaron a la calle varios guardias civiles tenían acordonada la zona.

Se respiraba un aroma hostil, o quizá fuera la propia ansiedad de Reyes; el ambiente estaba tenso, al igual que la neblina que rodeaba la zona, como si aquello fuera un presagio de lo que vendría más adelante. Reyes dio un suspiro que intentó ocultar. Aunque Martín se había dado cuenta, no dijo nada y miró por la ventana deseando por un momento que aquello fuera una pesadilla y de golpe se despertara, pero después de pellizcarse a escondidas de Reyes se dio cuenta de la realidad. Reyes bajó del coche acompañada de Martín y ambos se dirigieron con paso firme y rápido hacia el perímetro acordonado. Los guardias civiles la saludaron con una mezcla de respeto y urgencia. Sabían que cada minuto contaba en la búsqueda de Evelin.

—¿Qué tenemos? —preguntó Reyes al agente al cargo, un hombre corpulento con rostro serio que forzó la garganta para no parecer débil, aunque por un momento creyó que no le saldría la voz.

—La casa está vacía, Javier Estrada no se encuentra dentro, pero hemos encontrado algo que podría interesarle —respondió el agente señalando hacia la puerta principal de la vivienda.

Reyes asintió no sin tragar un poco de saliva. Aunque por fuera era una roca de hielo con la expresión justa y necesaria, por dentro era un hervidero. Tenía que controlarse, ella lo sabía y se lo repetía mentalmente desde la desaparición de Evelin. Sé adentró rápidamente en la casa seguida por su equipo mientras Martín esperaba en el exterior. El lugar estaba desordenado, como si alguien hubiera salido a toda prisa, con cajones abiertos y papeles por el suelo en cada habitación por la que fueron pasando, como si en aquella casa hubiera habido más personas y todas hubieran salido a la vez. Frunció el ceño y miró al agente al cargo que estaba a su lado.

—Demasiado desorden para tratarse de una sola persona, ¿no crees? —dijo Reyes mirando cada rincón.

—Sí, hemos pensado…

—Quiero que reviséis cada rincón de esta casa —dijo elevando la voz—. Si hay algún rastro de alguien más aparte de Javier, quiero que sea recogido. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo aquel hombre sin apenas mirarla más de dos segundos a los ojos. Reyes infundía mucho respeto, incluso miedo.

Siguió los pasos del agente hasta llegar a una habitación, entonces se detuvo, algo era diferente allí: todo estaba en orden, los libros perfectamente apilados, la ropa doblada en una silla, todo inmaculado; demasiado, a decir verdad. Sus ojos fueron a parar a un cuaderno que estaba sobre un escritorio antiguo.

—Aquí está lo que encontramos —dijo el agente entregándole unos guantes a Reyes mientras él hacía lo propio con los suyos. Se acercaron al cuaderno y sin moverlo pasaron las páginas tocándolas brevemente por la esquina pese a llevar guantes—. Hay anotaciones de todo tipo.

—Ya veo —susurró ella buscando algo que llamara su atención desesperadamente.

Reyes empezó a leer las anotaciones una por una. Parecía ser una especie de diario, con fechas y lugares detallados. Uno de los últimos registros mencionaba una dirección en las afueras

de Castro Urdiales y una frase mal escrita que le heló la sangre: «Debo sacar a Evelin antes de que sea demasiado tarde». Ya tenía lo que estaba buscando, al fin había dado con algo, pero no sintió alivio alguno, al revés.

—¡Tenemos que ir a esta dirección inmediatamente! —ordenó Reyes mostrando la página a su equipo—. Podría ser nuestra única oportunidad de encontrarla.

Los agentes asintieron y salieron rápidamente de la casa, dirigiéndose a los vehículos. Reyes no podía evitar sentir una mezcla de esperanza y miedo. Esperanza de que estuviera cerca de encontrar a Evelin, miedo de lo que podrían descubrir al llegar. Mientras conducían a toda velocidad hacia la dirección mencionada en el cuaderno, Martín no paraba de pensar que algo no cuadraba, según Isabel y Miguel, siempre hablaron de una masía en Cantabria. Se lo hizo saber a Reyes, quien también tenía sus dudas. Sabía que Javier Estrada se había convertido en un delincuente común, y cada pista parecía llevarlos a un entramado más oscuro y complicado. Al llegar a la dirección

indicada, un antiguo caserón abandonado en las afueras del pueblo les dio la bienvenida. Era un lugar oscuro y lúgubre. Martín y Reyes se miraron durante unos segundos, en ese momento los agentes descendieron de los vehículos. La tensión en el aire era palpable, ya no solo lo sentía ella, sino todas las personas que estaban allí, incluso los que no sabían del todo la naturaleza real del caso.

Reyes hizo una señal a sus hombres para que se desplegaran y comenzaran a rodear el caserón. Se acercó lentamente a la puerta principal, con la mano en la empuñadura de su pistola. Con un movimiento rápido y preciso, empujó la puerta y entró, seguida de su equipo. Dentro, el ambiente era sombrío y silencioso, lleno de recovecos donde la humedad y el abandono eran evidentes. Después de un rápido reconocimiento del piso inferior, subieron las escaleras con cautela, revisando cada habitación. El olor a moho y humedad cada vez era más fuerte, incluso llegando a dificultar la respiración. Finalmente, llegaron a una puerta cerrada con llave. En ese momento no le tembló el pulso y con todas sus fuerzas dio una patada que partió la puerta de tal manera que a sus compañeros no les costó nada abrirla.

En su interior encontraron a una mujer que parecía ser Evelin, atada y amordazada. Estaba sucia y tenía el pelo en la cara, se retorcía entre sollozos. En ese momento el corazón de Reyes latió con fuerza.

Martín estaba inquieto, había agentes por la zona de abajo revisando cada recoveco, él se había quedado allí, sin saber qué esperar a los pies de la escalera oscura y siniestra, tanto que parpadeó varias veces al creer que sombras se movían entre los escalones. Cerró los ojos y suspiró. En ese momento un grito hizo que subiera las escaleras sin pensar exactamente qué iba a encontrarse.

—No es Evelin —repetía Reyes una y otra vez—. No es ella —susurró apretando su arma mientras miraba a la nada. Tenía los ojos llenos de lágrimas retenidas. Martín la sujetó por los hombros, tratando de calmarla.

—Reyes, mírame. —Ella seguía con la mirada en ninguna parte hasta que los dedos de Martín la redirigieron a sus ojos, entonces pudo parpadear—. ¿Qué ha pasado?

—Es otra mujer —respondió Reyes respirando con dificultad—. Es otra mujer.

—¿Está viva? —preguntó Martín escondiendo un cierto temor tras su pregunta.

—Sí. —Le miró fijamente—. Pero no es ella.

Martín suspiró y en ese momento le dio un abrazo totalmente inesperado, tanto fue así que a Reyes le costó unos segundos poder reaccionar, luego sintió un leve consuelo en los brazos de ese hombre, que en aquel momento estaba tan destruido como ella.

—Has salvado una vida —susurró Martín apretando la espalda de esa mujer fuerte como un roble.

—Lo sé. —Se separó de aquel hombre que siempre olía tan bien y acarició su mentón, veía miedo en sus ojos. Martín se enfadó con ella por haberse permitido romperse—. Siento que estamos cerca.

Mintió para consolar a Martín, incluso quiso creérselo ella misma. A veces la fe es poderosa. Después de todo lo que había visto y vivido, ¿cómo podía no creer en algo más? Si existe la oscuridad, ¿por qué no debe existir la luz? En ese momento un pensamiento pasó rápido por su cabeza y miró a Martin.

—Si ella estuviera muerta, ya lo sabríamos. —Martin torció la cabeza con cierto desconcierto—. Ella nos lo hubiera hecho saber de alguna manera, ¿no crees?

Él soltó un suspiro y sonrió de manera dulce, apretó el cuello de Reyes y besó su frente.

—Totalmente.

Ambos se miraron y se sonrieron con cierta esperanza, era una sonrisa agridulce, una mezcla de emociones difíciles de descifrar. Miedo, esperanza, añoranza, desesperación… todo junto reunido en aquel instante.

Una hora y media después había más equipos de la Guardia Civil peinando la zona y los alrededores, había llegado un equipo médico que estaba con aquella chica haciéndole el primer reconocimiento. Reyes caminaba de un lado a otro mientras Martín estaba mirándose las manos sentado en uno de los escalones de la puerta principal. En ese momento salió la camilla con aquella chica, tapada y con varios goteros, y Reyes acudió rápidamente a la ambulancia.

—Está muy débil, no es el momento —dijo una pequeña mujer de unos cincuenta años que sostenía un gotero en alto dentro de la ambulancia.

—¡Puede ser un testigo importante, tengo que hablar con ella ahora!

—Tiene que entender hasta qué punto llega su trabajo y cuándo empieza el mío, Reyes.

—Lo sé, Juana, así que no me hagas recordártelo. — Reyes levantó una ceja, a lo que Juana negó con la cabeza.

—Quiero hablar. —La mujer, ahora libre de sus ataduras, empezó a hablar con voz temblorosa—. Si puedo ayudar a alguien, quiero hacerlo ya.

Juana y Reyes se miraron durante un segundo, Reyes entró en la ambulancia y se sentó junto a aquella chica que, aunque quería mostrar firmeza, temblaba del miedo, o quizá del frío o puede que de ambas cosas.

—Gracias por ser tan valiente —susurró Reyes apretando sus manos para infundirle tranquilidad y hacerle saber que ya estaba a salvo—. Cuéntame qué ha ocurrido, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Marta. —Tragó saliva—. Marta Abar López. Javier me trajo aquí hace unos Días. —Reyes sintió que le temblaban las manos con solo mencionar aquel nombre—. Tenía la intención de cambiarme por otra mujer.

—¿Cambiarte por otra mujer?

—Sí, eso escuché… —Parpadeó mientras varias lágrimas recorrían su cara.

En ese momento se fijó realmente en ella, aquellos ojos, el color de pelo, su tez blanquecina… Era bastante parecida a Evelin. El aire se le quedó en los pulmones durante unos segundos, luego sonrió con amabilidad,

—¿Sabes dónde puede esta ahora, has podido escuchar algo más? —Marta negó con la cabeza—. Gracias de todas formas.

Ya iba a darse la vuelta cuando Marta habló de nuevo.

—Hay algo… Solo que no estoy segura.

—¿A qué te refieres?

—No sé si lo escuché o lo soñé, pero juraría que dijo algo sobre una casa en mitad del bosque.

Capítulo 30

De nuevo se encontraban en el mismo punto de partida, con la salvedad de que el tiempo se terminaba. Martín se negaba a resignarse y convenció a Reyes de volver a la casa de Javier para revisar de nuevo la casa con el pretexto de que quizá los compañeros de Reyes no se habían fijado en detalles importantes que ellos sí podrían ver.

Reyes, aunque agotada en todos los ámbitos posibles, accedió. Era completamente plausible lo que Martín decía. A decir verdad, tenía toda la razón, o al menos esperaba que así fuera.

Cuando llegaron y apagaron las luces del coche, Martín sujetó el brazo de Reyes para que no se moviera. Él había visto un coche aparcado a escasos metros de la vivienda de Javier, un Mercedes con los cristales tintados.

—¿Qué pasa?

—Ese coche —susurró Martin—. ¿Estaba antes?

Reyes achinó los ojos y al fin pudo ver el coche entre aquel manto de oscuridad.

—¡No! Por supuesto que no.

—Voy a ir a ver…

—Ni de broma, tú no te mueves de aquí —dijo ella dando una orden, pero no cayó en que Martín no trabajaba para ella y le vio sonreír sutilmente—. Martín, hablo en serio. ¿Quién tiene el arma de los dos?

—¿Es una amenaza?

—¿Debería serlo? —Apretó fuerte el brazo de Martín, y aunque era una mujer fuerte, Martín también. Se deshizo de su agarre y antes de poder cerrar el seguro de las puertas Martín ya había salido del coche.

Ella salió rápidamente sujetando con fuerza la pistola. Cuando Martín dio unos pasos hacia el coche, este encendió el motor. Él se hizo a un lado y Reyes levantó el arma, el coche no se detuvo, pero pasó muy lentamente junto a ambos. Luego aceleró y se perdió de vista.

—¿Estás loco? ¡Esto no es un juego! ¿Y si te llega a pasar algo?

—Pero no me ha pasado —dijo Martin con la mirada perdida en el camino por donde se había marchado el coche—. Estoy cansado de tener miedo, ¿tú no? —Reyes le miró unos segundos y suspiró—. Había alguien en el asiento de atrás.

—¿Alguien? ¿Cómo has podido verlo? Está todo oscuro.

—El reflejo de esa débil farola ha reflejado una silueta, lo curioso es que me resultaba familiar…

—Martin —la voz de Reyes sonó cansada—, creo que ya vemos fantasmas donde no los hay.

Martín no dijo nada y se encaminó hacia la casa, acordonada con cinta que prohibía el acceso. Cuando pasaron por debajo Reyes resopló.

—Había dicho que quería una patrulla aquí toda la noche —dijo de mala gana sacando su móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—Reyes…

—Ahora no, Martín —susurró enfrascada en desahogar su rabia en aquel pobre agente que cogiera su llamada.

—Reyes, mira. —Ella levantó la mirada—. Nos han dejado un regalo.

Reyes arrancó el recibo que había clavado en la pared con una navaja.

—Es un recibo de una gasolinera de Cangas de Onís —susurró ella revisando cada detalle. Después le dio el papel a Martín mientras ella miraba a su alrededor.

—Fíjate en la dirección y la cantidad de litros —comentó Martín. En ese momento no le dijo nada a ella, pero él ya había atado cabos.

—Vámonos de aquí —susurró Reyes—, no me gusta esta casa.

Estaban en el rellano a punto de bajar por las escaleras cuando el teléfono de Martín empezó a sonar, miró la pantalla y vio que se trataba de un número oculto. Reyes y él se miraron y ella asintió con la cabeza, aceptó la llamada y puso el altavoz. No dijo nada y se quedó en silencio.

—Martín —repitieron varias veces al otro lado de la línea. Martín reconoció la voz.

—Sabía que había sido usted quien ha dejado el recibo.

—Espero que lo sepáis aprovechar, la masía que estáis buscando se encuentra en Cangas de Onís, con ir a la gasolinera sabréis la dirección. Pero mi llamada no era por esto, creía que vosotros ya lo habríais deducido. ¿Cómo se encuentra Marta? Me han informado de que la habéis liberado. —Reyes resopló con enfado.

—¿Por qué has hecho eso, por qué ella? —preguntó Martín.

—Es una investigadora que trabaja para la Iglesia, estaba investigando a Morales y a la secta. Se acercó demasiado a Javier y este la descubrió.

Ambos se miraron y Reyes no pudo estar más tiempo callada.

—¿Qué pudo averiguar antes de descubrirla? ¿Y por qué no ha dicho nada de esto cuando la he interrogado?

—Como ya sabrá, somos un pozo sin fondo de secretos y mentiras ¿No cree, agente? Descubrió lo que ya sabéis… que tenía retenida a una mujer para realizar la ofrenda a Satanás. Seguramente la vida de Marta hubiera corrido la misma suerte que la de esa pobre muchacha, o incluso le podría haber preparado un destino mucho peor que la propia muerte. —Reyes resopló indignada.

—No hay un destino peor que la muerte —exclamó nerviosa.

—¿En serio cree eso, señorita?

De golpe una explosión les pilló por sorpresa, ambos cayeron rodando por las escaleras

mientras decenas de cristales se hacían añicos y caían del cielo junto con trozos de ladrillos. Todo estaba lleno de humo y un incipiente incendio nacía de las entrañas de la casa. Durante unos segundos ambos permanecieron inertes en el suelo, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada. Un pitido horrible hizo que Martín abriera los ojos. Hasta que no parpadeó varias veces no fue consciente de lo que había pasado. Buscó con desesperación a Reyes, quien por suerte se movía tapándose los oídos con las manos. Sus ojos se encontraron y ella sonrió aliviada. Pasaron unos minutos hasta que se pudieron mover.

—¿Estás bien? —preguntó Reyes, su voz apenas audible sobre el ruido de las sirenas que se acercaban rápidamente.

—Creo que sí —respondió Martin, apretando los dientes mientras intentaba ponerse de pie sin éxito.

Reyes y Martin se encontraban sentados en la parte de atrás de la ambulancia mientras los enfermeros que se habían desplazado curaban de manera rápida y por orden de Reyes las múltiples heridas superficiales que ambos tenían por el cuerpo.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Reyes, aún tratando de procesar lo ocurrido—. ¿Y quién les ha llamado tan rápido?

—No lo sé —respondió Martín confundido.

En ese momento un guardia civil que anteriormente les había ayudado en el registro de la

vivienda llegó a donde estaban ellos y respiró aliviado al ver que Reyes estaba relativamente bien.

—Me alegra verlos vivos —dijo García con un tono grave—. Necesito saber qué escucharon o vieron momentos antes de la explosión.

Reyes y Martín intercambiaron una mirada y comenzaron a relatar los momentos previos al desastre, recordando cada detalle por insignificante que pareciera.

—Esto no ha sido un accidente —concluyó García mirando hacia el edificio dañado—. Hay algo más detrás de tras de esto, no me puedo imaginar la carnicería que se hubiese formado si llega a explosionar cuando estuvimos registrando la vivienda.

—Eso he pensado yo —dijo Reyes molesta—. Aunque no sabemos si esto estaba antes o después del registro inicial. Había pedido expresamente que esta zona estuviera vigilada.

—Yo mismo he mandado una patrulla justo al terminar el registro —dijo mirando a todos lados—. ¿No se encontraban con ustedes?

Ambos negaron con la cabeza y en ese momento García cogió su walkie y se alejó de ellos.

—Puede que sí que haya habido víctimas —susurró Martin apenado.

Capítulo 31

Los generadores se pusieron en marcha tras un estruendo y más de quinientas bombillas iluminaron los exteriores de la masía. Ya estaban en marcha los ensayos de iluminación para el día del aniversario de la formación de la Iglesia satánica.

Morales y los miembros de la secta se encontraban ultimando los detalles para que el día de la apoteosis fuese un éxito total, donde la fe de los satanistas relegaría a un segundo plano a la fe cristiana, como si de alguna manera aquello les diera algún tipo de poder. Tres personas conocían las intenciones de Morales: el propio Juan y las dos actrices de teatro que contrataron para realizar una representación de seres espectrales. En cierta manera despreciaba a las personas que solo se movían por el afán del dinero. A pesar de todo, se vio obligado a montar una farsa con la única intención de recaudar fondos para la implantación de la primera catedral del mal.

Las actrices realmente creían que aquello que iban a realizar no era más que una tétrica representación de algo oscuro para un puñado de gente extraña con dinero, ninguna de las dos imaginaba de qué espectáculo iban a formar parte y las consecuencias que aquello les iba a acarrear. Nunca puedes pasar de puntillas por la oscuridad, eso es algo que Morales ya sabía.

A falta de unas horas, todo estaba preparado para recibir a los primeros invitados a la gran noche oscura, la noche que todos estaban esperando. Llegaron desde varios puntos de la península. Banqueros, notarios, políticos y personas de relevancia del postureo. Se habilitaron habitaciones para los invitados más importantes, preparadas al detalle para que no les faltara de nada mientras estuvieran en aquella estancia, haciéndola de alguna manera acogedora. También les sirvieron cócteles con alucinógenos. La noche prometía y todo estaba dispuesto para favorecerla.

El majestuoso salón principal, decorado con lujosos candelabros y tapices antiguos, rebosaba de un aire de opulencia y misterio. La iluminación tenue, con velas estratégicamente colocadas, daba un toque de intimidad y complicidad a la velada. Algunos miembros de la secta, vestidos de manera impecable, recorrían la sala mientras degustaban canapés exquisitos y bebían copas del mejor champán que pudiera haber. A medida que los invitados iban llegando, se percibía una mezcla de nerviosismo y anticipación en el ambiente. Cada uno de ellos había recibido una invitación personal y confidencial, prometiéndoles una noche inolvidable y exclusiva.

Entre los asistentes se encontraban don Luis Ferrer, un banquero de renombre conocido por su astucia y su ambición sin límites; doña Margarita Villalobos, una notaria de gran prestigio, famosa por su discreción en asuntos delicados; y el senador Julián Márquez, un político cuya carrera estaba marcada tanto por su carisma como por sus polémicas.

A las ocho en punto, las puertas del salón se cerraron y una voz melodiosa y misteriosa resonó por los altavoces ocultos.

—Bienvenidos, distinguidos invitados, a la noche que marcará un antes y un después en sus vidas. Les rogamos que dejen a un lado sus preocupaciones mundanas y se sumerjan en las experiencias que hemos preparado especialmente para ustedes.

Las cortinas se abrieron lentamente, revelando un escenario en el que una figura enmascarada aguardaba, envuelta en una capa de terciopelo negro. Con un movimiento elegante, la figura alzó la mano señalando hacia el centro del salón, donde un gran pentagrama estaba

dibujado en el suelo rodeado de velas negras. El murmullo de los invitados se intensificó, mezclándose con la música de fondo, que ahora adquiría un tono más intenso y envolvente. La figura enmascarada comenzó a recitar unas palabras en un idioma antiguo, desconocido para la mayoría, pero cargado de una energía palpable.

—Que la ceremonia comience —dijo con voz profunda, y un silencio expectante se apoderó de la sala.

Los asistentes, atrapados entre el escepticismo y la curiosidad, observaban cada movimiento, cada palabra, cada gesto, conscientes de que estaban a punto de presenciar algo extraordinario, quizás peligroso y por ello asombrosamente excitante.

En ese momento, las luces se apagaron por completo, sumiendo la sala en una oscuridad total. Un grito ahogado resonó en el silencio y la noche prometía revelar secretos que nadie se atrevía a imaginar. Por un instante la oscuridad fue absoluta y el silencio, sepulcral. Entonces, un suave resplandor empezó a emanar del pentagrama en el centro de la sala, iluminando tenuemente las caras de los presentes, que observaban con una mezcla de asombro y temor. Algunos rostros reflejaban entusiasmo, otros cierta y coqueta vergüenza y otras tantas, miradas de desconcierto y arrepentimiento porque acababan de entender que quizá no deberían estar allí, pero ya era tarde.

La figura enmascarada continuó recitando en aquel idioma arcano, su voz reverberando en las paredes del salón. Lentamente, las velas negras alrededor del pentagrama comenzaron a encenderse solas, una tras otra, hasta que el símbolo en el suelo quedó completamente rodeado de llamas danzantes.

Un escalofrío recorrió a los invitados cuando el aire en la sala pareció vibrar cargado de una energía extraña y poderosa. De repente, una figura etérea comenzó a materializarse en el centro del pentagrama, emergiendo de la nada. Era una mujer espectral, con un vestido largo y fluido que se movía como si estuviera bajo el agua. Sus ojos, dos abismos oscuros, recorrieron la sala con una mirada que parecía penetrar en el alma de cada asistente. La dama del velo alzó una mano pálida y translúcida, y un silencio aún más profundo cayó sobre la sala. Cuando habló, su voz era un susurro gélido, que sin embargo se escuchaba con claridad en cada rincón del salón.

—Han venido buscando poder, conocimiento y placer más allá de los límites mortales. Pero primero deben demostrar su devoción y valentía.

Morales y varios miembros de la secta controlaban a todos los invitados. Después de aquello, nadie podía salir del lugar, ya que todas las puertas estaban cerradas y una persona completamente de negro y con el rostro oculto impedía la salida. Los asistentes se miraron unos a otros, sus rostros reflejaban incertidumbre y miedo. La figura enmascarada se levantó y, señalando a uno de los asistentes al azar, continuó.

—Cada uno de ustedes será sometido a una prueba. Solo aquellos que superen su desafío recibirán las recompensas prometidas.

Don Luis Ferrer, el banquero, fue el primero en ser llamado. Con paso vacilante, se acercó al centro del pentagrama, sus ojos estaban llenos de una mezcla de avaricia y aprensión. La dama del velo extendió su mano hacia él y una llama oscura saltó del suelo, rodeándolo sin quemarlo.

—Tu prueba será enfrentar tus propios demonios —dijo la dama con voz inexorable—. Mira dentro de ti mismo y encuentra el coraje para aceptar lo que descubras.

La sombra en torno a don Luis comenzó a girar y a cambiar de forma, transformándose en figuras familiares: rostros de personas a las que había traicionado, mentido y explotado a lo largo de su carrera. Cada uno de ellos lo miraba con ojos llenos de reproche y tristeza.

Don Luis sintió su corazón latir con fuerza y su respiración se aceleró. Cerró los ojos,

tratando de evitar las visiones, pero las voces de los espectros resonaban en su mente, y aun con los ojos cerrados podía ver las caras de cada una de las personas que había herido, repitiendo sus pecados una y otra vez. Finalmente, con un grito desesperado, abrió los ojos y frenó a las sombras.

—¡Sí, he hecho cosas terribles! —admitió con voz temblorosa—. Pero estoy dispuesto a cambiar, a enmendar mis errores si me das una segunda oportunidad.

La dama del velo lo miró fijamente, Luis se perdió en aquellas cuencas oscuras sin alma, pero era tanta su necesidad que mantuvo firme la mirada. Ella evaluaba la sinceridad de sus palabras y llegó a una conclusión tras unos segundos que parecieron una eternidad. Asintió levemente y las sombras se desvanecieron.

—Has mostrado arrepentimiento y valor —dijo—. Tu prueba ha sido superada.

Don Luis, tembloroso pero aliviado, regresó al grupo de los invitados, quienes lo miraban con renovada mezcla de respeto y temor. La figura enmascarada, sin perder tiempo, señaló al siguiente participante. La noche aún tenía muchas pruebas que ofrecer y cada uno de los presentes debía estar listo para enfrentar sus peores miedos.

Fermín subió a la primera planta y entró a una habitación donde se encontraba su padre, observando todo lo que estaba sucediendo en el salón. Varias pantallas de televisión retrasmitían en directo la interpretación de la dama enmascarada y la dama del velo.

—Hasta yo tengo que reconocer que estoy sorprendido. ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Fermín acariciándose la herida.

—Se les han suministrado los suficientes alucinógenos en la bebida y en la comida, lo raro es que no vean cerdos volar —se río de su propia broma—. Para ellos todo este espectáculo es real… pagaría por ver lo que ellos ven. —Suspiró con cierta envidia—. Pronto nos darán todo lo que les pidamos, y la catedral de nuestro verdadero dios podrá ser construida, tal y como le prometí.

—Aún no me has dicho quién es la mujer que va a ser sacrificada.

Morales lo miró y sonrió.

—Primero nos tenemos que librar de esta chusma. Hay varios vehículos preparados para llevarlos de nuevo a sus hoteles. Solo unos pocos elegidos tendrán la ocasión de presenciar la transformación de Lucifer en la Tierra.

Mientras el sol ascendía en el horizonte, los primeros rayos de luz se filtraban a través de las ventanas de la masía iluminando las paredes cubiertas de símbolos arcanos y velas encendidas. La transformación de Evelin fue espectacular, desde las primeras horas del día la prepararon para que todo saliese a la perfección. Mientras se encontraba bajo los efectos de las drogas la lavaron a conciencia para que fuese lo más pura posible. Aunque ella en su interior intentaba resistirse, los fármacos que le estaban suministrando eran muy potentes y su cabeza vagaba de un lado a otro sin rumbo fijo. Mercedes la perfumó y la maquilló a la perfección para su sacrificio, una vida a cambio de la fe hacia Lucifer… Aquello no tenía precio.

Evelin, ahora vestida con una túnica blanca, era conducida lentamente por Mercedes y otros adeptos a una sala donde debería esperar para más tarde hacer la entrada a la sala donde entregaría su vida a cambio del regreso del señor oscuro a la Tierra.

Capítulo 32

Reyes y Martín, acompañados de varias dotaciones de la UCO, llegaron a Cangas de Onís, concretamente a la gasolinera donde se había registrado el recibo de doscientos litros de gasoil industrial para uso doméstico. Alejandro, el encargado de la gasolinera, les informó de la dirección de la entrega y les confirmó que se trataba de una masía en pleno bosque a quince kilómetros del pueblo.

Reyes y Martín comandaban la comitiva de las fuerzas de seguridad, formada por quince miembros de la Guardia Civil muy bien armados. Condujeron por caminos rurales con bastante dificultad, lo que ralentizó la marcha. Un kilómetro antes de llegar a la masía se desviaron a la derecha por un camino poco transitado con la intención de refugiarse entre los matorrales para no ser vistos.

Un grupo de cuatro hombres se adentraron por el bosque hasta llegar a las puertas de la masía. Comprobaron que el recinto estaba controlado por seguridad privada. Tomaron imágenes de la entrada y por los dos laterales, después volvieron al centro de

operaciones e informaron de la situación. Reyes y Martín estaban dispuestos a todo por liberar a Evelin con vida, sabían que el tiempo jugaba en su contra, pero tenían que esperar a que el manto de la noche les cubriera. Esperaron pacientemente en el centro de operaciones, revisando las imágenes y trazando un plan meticuloso para la incursión nocturna. Sabían que la precisión y el sigilo eran cruciales para garantizar la seguridad de Evelin y evitar bajas innecesarias entre sus hombres.

La noche comenzó a caer lentamente, envolviendo el paisaje en una oscuridad densa y

extrañamente protectora. Los quince miembros de la Guardia Civil se prepararon, revisaron sus armas y ajustaron sus equipos de visión nocturna. Reyes, con su voz firme pero calmada, dio las últimas instrucciones.

—Recordad, nuestra prioridad es rescatar a Evelin con vida. No podemos permitir que nos descubran antes de tiempo. Manteneos en contacto constante y seguid el plan al pie de la letra.

El equipo se dividió en dos grupos. El primer grupo, liderado por Reyes, se acercó a la masía desde el flanco izquierdo, donde habían identificado menos vigilancia. Martín, con el segundo grupo, avanzaba desde la derecha, listos para neutralizar a cualquier guardia que intentara alertar a los miembros de la secta.

Avanzaron con cautela, el sonido de pasos amortiguado por la hierba blanda del bosque. A través de sus visores nocturnos podían ver las sombras de los guardias de seguridad privada patrullando el perímetro. Reyes levantó una mano, señalando a su equipo para que se detuvieran. Tres guardias estaban cerca de la entrada principal, conversando entre ellos. Reyes indicó a dos de sus hombres que se adelantaran silenciosamente. Se acercaron por detrás de los guardias y en una acción coordinada los neutralizaron rápidamente sin hacer ruido. El equipo avanzó hasta posicionarse cerca de las paredes de la masía.

Mientras tanto, el grupo de Martín se acercaba desde el otro lado. Localizaron a dos guardias más cerca de una ventana lateral. Martín hizo una señal a un francotirador que, con precisión milimétrica, dejó fuera de combate a ambos guardias con dardos tranquilizantes. Con el perímetro asegurado y los dos grupos en un punto ciego fuera del alcance de las cámaras de seguridad, Reyes susurró por el intercomunicador:

—Estamos en posición. Procedamos a la entrada.

Usaron herramientas de cerrajería para abrir una puerta lateral sin activar las alarmas. Se movieron como sombras por los pasillos, como si bailaran una danza. Cada paso estaba controlado y siguieron así hasta llegar al salón, donde aún quedaban los restos de lo que había sido una gran fiesta. Martín se dio cuenta de los reflejos de luz que procedían de la planta inferior. Después de avisar a Reyes con señas, ella bajó las escaleras muy despacio y fue entonces cuando pudo escuchar el murmullo incoherente de los miembros de la secta. Volvió arriba y preparó su siguiente movimiento; estaba concentrada, y eso le hacía pensar muy rápido. Mandó a uno de sus hombres introducir por un orificio pequeño una cámara de visión. Tras unos segundos de incertidumbre una imagen se proyectó en el portátil de Reyes.

Los miembros de la secta se hallaban vestidos con túnicas oscuras y murmuraban cánticos en un idioma desconocido. En el centro de la mesa, una figura yacía inmóvil, apenas visible bajo la luz tenue de las velas. Tenían que asegurarse de que fuera Evelin. El tiempo se había detenido y justo cuando Reyes estaba a punto de dar la orden de intervenir, unos ruidos procedentes del piso de arriba hicieron que se detuviera. En ese momento un olor desagradable llenó la estancia, un olor a comida podrida que invadió aquella zona por completo. La temperatura bajó drásticamente y todos se miraron, nadie excepto Martín y Reyes sabían qué significaba. Todos se quedaron agazapados, inmóviles y teniendo la sensación de que estaban sobre la nieve helada. Una suave brisa iba de un lado a otro acompañada de aquel olor putrefacto.

—Está aquí —susurró Martín con el vaho saliendo de su boca.

Capítulo 33

La figura de Lucifer presidía la escena rodeada de velas negras y símbolos satánicos que llenaban el suelo. El viento afuera aullaba, como si la misma naturaleza presintiera el cambio que se avecinaba. La luna, alta en el cielo, se ocultó detrás de las nubes espesas, y la noche se volvió aún más oscura. Así, bajo el manto de la noche, la secta se preparó para lanzar su ataque final, convencidos de que la victoria estaba a su alcance.

Mercedes y otros adeptos yacían en el centro de la sala ritual, donde un altar de piedra fría los esperaba. Los cánticos resonaban en el aire llenando el espacio con una melodía sombría y casi hipnótica. Evelin, luchando contra la pesada bruma que nublaba su mente, sentía que sus pasos se volvían cada vez más pesados y torpes. Aunque su cuerpo seguía moviéndose, su espíritu libraba una batalla interna, buscando cualquier resquicio de esperanza para escapar de su destino. Mercedes, con una calma inquietante, le quitó la túnica blanca que significaba su pureza dejando su cuerpo desnudo a merced de cientos de ojos sedientos de poder. Colocó a Evelin sobre el altar y acto seguido ató sus manos y pies con suaves correas de cuero, asegurándose de que no pudiera moverse. El momento había llegado. Levantó un cuchillo ceremonial y la hoja brilló con destellos siniestros a la luz de las velas.

El líder del culto, de mirada penetrante y voz grave, se acercó al altar y comenzó a recitar una letanía en un idioma antiguo. Las palabras cargadas de un poder oscuro resonaban en los oídos de Evelin intensificando su desesperación. Los miembros de la secta murmuraban en voz baja para instantes después comenzar a entonar cánticos que resonaban con una intensidad creciente en el espacio cerrado, cada palabra parecía cargar en el aire con una tensión palpable mientras las velas parpadeaban al ritmo de su invocación.

De golpe un viento gélido interrumpió en la sala extinguiendo alguna de las velas y llenando el lugar con una presencia espesa que cortaba el aire. Fermín sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Morales alzó los brazos al cielo, invocando a las fuerzas oscuras con un grito desgarrador.

—Oh, grandes señores de la oscuridad, aceptad nuestro sacrificio y otorgadnos vuestro poder.

En ese momento, una figura sombría apareció en el círculo de invocación, era alta y estaba envuelta en una neblina oscura. La figura habló con una voz que parecía surgir de las tinieblas.

—Vuestros deseos serán concedidos, pero el precio será alto.

Morales, entusiasmado por recibir el poder absoluto, no se dio cuenta de que la figura sombría hablaba con su hijo y no con él. Fermín sintió que su corazón latía con una velocidad alarmante. La figura se dirigió a él, sus ojos brillaban con una intensidad inhumana.

—Tú, el iniciado, ¿serás el catalizador de esta transformación? ¿Estás dispuesto a pagar el precio?

Fermín estaba a punto de convertirse en el representante de Lucifer en la Tierra, ni siquiera él estaba seguro de que aquello fuera real. Por un momento intentó hacer memoria de lo que había comido y bebido horas atrás. ¿Y si aquello era su imaginación? ¿Y si ahora era él a quien estaban engañando? Mientras Fermín tenía mil pensamientos incapaz de poder hablar, otra persona rumiaba algo en voz baja.

—No, esto no debía ser así —murmuraba una y otra vez Morales sin levantar los ojos del suelo—. No merezco esto.

Fermín miró a su padre, el cual lo miraba con ira. Él quiso hablar, quiso decir que no quería nada de aquello, pero su padre se adelantó y con una rabia cegadora, incapaz de pensar claramente, apuñaló a su hijo en el corazón sin apenas parpadear. Él debía ser el elegido, él y nadie más. Sus manos se mancharon de la sangre de su propio hijo y fue entonces cuando pudo parpadear. Lo hizo mientras veía a su hijo mirarle con terror, viendo cómo la vida se apagaba poco a poco y su sangre manchaba la túnica.

En ese momento la sombra se desvaneció, la sala quedó en silencio después del alarido inicial al ser testigos del apuñalamiento. Morales se negaba a ser un seguidor más, él era el líder. Todos los ojos estaban atentos a su siguiente movimiento, sabían que su reacción no solo definiría su destino, sino el de toda la secta.

La figura de Lucifer estalló en mil pedazos, provocando un temblor que hizo moverse hasta el último de los cimientos de la masía. Los retablos cayeron al suelo, las velas se apagaron dejando la sala en una oscuridad tenebrosa. Entonces unos ojos rojos ascendieron de los restos de la imagen de Lucifer. El simple contacto con aquella visión hizo que gran parte de los miembros de la secta empezaran a sangrar por los ojos hasta terminar desangrándose en apenas unos segundos entre gritos de dolor.

—¡Yo soy el elegido! —gritó Morales alzando el cuchillo ceremonial.

Una voz que parecía salir del mismo centro del infierno resonó con fuerza.

—¿Cómo osas contradecir mis deseos? —En ese momento los oídos de Morales empezaron a sangrar—. Tú eres débil…

Los miembros de la secta que aún permanecían con vida se encontraban inmovilizados del pánico.

—¡Termina el sacrificio! —gritó Mercedes oculta en un rincón tapándose con fuerza los oídos.

Morales, con una expresión demoníaca, alzó el cuchillo que aún goteaba la sangre de su propio hijo y cuando centró todas sus fuerzas para clavárselo en el pecho de Evelin, la puerta de la sala voló por los aires. En ese momento Reyes logró tres certeros disparos que impactaron en el pecho de Morales provocando su muerte, y un silencio sepulcral invadió la sala.

Evelin abrió los ojos como si acabara de salir de algún tipo de trance. Aún temblaba a causa del miedo y *shock* mientras la figura imponente de Reyes permanecía de pie en el umbral, con el arma aún humeante en sus manos. Se acercó a Evelin con cautela, manteniendo sus ojos fijos en el cuerpo inerte de Morales.

Martín entró en la sala, cogió la túnica blanca del suelo y tapó el cuerpo desnudo de Evelin. En ese momento pudo darse cuenta de que aquello húmedo que estaba pisando era sangre. Reyes siguió la mirada de Martín y ambos se miraron en silencio.

—Estás a salvo —murmuró Reyes con voz calmada pero firme.

Evelin asintió con la cabeza, sin poder articular palabra. A su alrededor, la sala parecía haber sido sacada de una pesadilla. Los muebles destrozados, las paredes y todo el suelo llenos de litros de sangre y, justo en el centro, el cuerpo de Morales, cuya expresión aún reflejaba la ira y la locura que le habían consumido.

—Tenemos que salir de aquí. No es un lugar seguro —susurró Reyes.

Martín cogió en brazos a Evelin, demasiado débil como para caminar, y tampoco quería que sus pies descalzos pisaran la sangre que cubría todo. Mientras se dirigían hacia la puerta, un gemido débil detuvo sus pasos. Reyes se giró bruscamente, con la mano de nuevo en su arma, pero el sonido no provenía de Morales. Reyes se acercó hacia la fuente del gemido, encontrando a Mercedes apenas consciente, escondida bajo una mesa volcada.

—Vaya, ¿qué vamos a hacer contigo? —dijo Reyes acuclillada al lado de Mercedes, que ahora, despojada de todo el poder que creía tener, era una mujer pequeña.

—Déjasela a él —dijo Evelin.

—¿A quién? —preguntó confusa Reyes.

Martín la miró y ella lo entendió todo. Los tres salieron de aquella sala y segundos después un grito aterrador hizo que todos supieran cuál había sido el destino de Mercedes.

Epílogo

Un año después

Martín se encontraba en una cafetería a la que tenía por costumbre ir cada día desde que todo había pasado, cada vez tenía menos pesadillas y visitaba más la iglesia que estaba cerca de su nuevo hogar. No acudía a misa, simplemente entraba y se quedaba sentado en un rincón. Allí se sentía a salvo, no sabía exactamente de qué. Pero le aliviaba estar allí.

Se había mudado al centro de la ciudad, cerca del tumulto y el gentío, no le gustaba el silencio y ahora pasaba consulta psicológica a pacientes con los típicos problemas del día a día, estaba seguro en aquella zona de confort. Todo lo que había vivido le había cambiado para siempre, nada volvería a ser igual. Quería una vida lo más tranquila posible. En ese momento la camarera que le atendía con asiduidad le dejó un pastel junto con su café ya frío y el periódico. Cuando la miró ella le guiñó un ojo.

—Gracias —sonrió tímido.

—A ti. —Se miró las manos, vergonzosa—. Haces que venir a trabajar sea especial. —Él agachó la cabeza sonriendo—. Te he apuntado mi teléfono en la página número seis del periódico.

—Gracias —repitió él.

Quedar con mujeres no era algo que le apeteciera en exceso, pero sí es cierto que aquella chica tenía algo especial que hacía que él siempre fuera a aquel lugar. Pero en ese momento no estaba preparado para hacerse según qué preguntas. Mientras evitaba centrarse en sus propios pensamientos abrió la página del periódico. Estaban siendo investigados todos los asistentes a aquella terrible noche un año atrás, por un lado o por otro se habían estado filtrando sus estafas y sus oscuridades. Nadie sabe cómo las grabaciones de sus pecados se filtraron por redes sociales. Fermín y Morales habían grabado cada instante de aquella noche donde la gente adinerada a tope de estupefacientes había hablado más de la cuenta, y no solo hablar, muchísimas más cosas que cualquier persona pagaría para que jamás fuera revelado. Pretendían chantajear a todos los que estuvieron allí, si algo salía mal, sin imaginar el destino que les iba a deparar. Se seguía investigando aquella noche ya que seguían quedando huecos por rellenar. No había explicación sobre las muertes de todas aquellas personas que habían muerto desangradas. Según las autopsias nada era concluyente, solo podían afirmar que habían muerto desangrados.

Las grabaciones de lo ocurrido aquella noche por parte de la Guardia Civil quedaron inutilizadas. Aunque todos en aquella casa habían visto lo sucedido por la cámara, no quedó material grabado salvo los inicios. Algunos dejaron el cuerpo, otros pidieron la baja y otros hicieron como si nada hubiera pasado. Estar cerca de la oscuridad deja rastro.

En ese momento una vibración le sacó de sus pensamientos.

—Reyes, ¿a qué debo tu generosa llamada?

—Déjate de cháchara, ¿estás trabajando? O lo que sea que haces ahora. —Martín sonrió al escuchar a Reyes.

—Me pillas libre, ¿qué necesitas? ¿Va todo bien? ¿Y Evelin?

—Yo estoy bien, Evelin muchas veces no sabría decirte…

Martin resopló negando con la cabeza, Reyes era cuadriculada y Evelin un estallido de

subidas y bajadas. Era la única persona que pese a su amistad seguía teniendo de paciente. Le hubiera gustado decir que estaba recuperada, que todo había terminado para ellos tres, pero no. No al menos para Evelin, ella seguía con las rachas de pesadillas, con las épocas oscuras, aunque ella se esforzara al máximo por estar al cien por cien.

—Reyes, hemos hablado de esto muchas veces, debes tener paciencia y...

—Martín, escúchame, algo va mal.

Él se tensó en la silla.

—Tiene pesadillas sobre el sanatorio, pesadillas tan reales que dan miedo y…

—¿Y…?

—Son reales, Martín, lo que ella ve en las pesadillas es real, está pasando.

—¿A qué te refieres?

—Me ha contado cosas que están ocurriendo allí, están volviendo a tapar muertes, he estado haciendo averiguaciones, algo está pasando allí y ella por algún motivo lo sabe.

Martín dejó el dinero sobre la mesa y dijo adiós con la cabeza a la camarera que lo miraba expectante, aunque se entristeció al ver que no se había llevado el periódico con su número y que ni siquiera había llegado a la página seis.

—Tranquila —dijo una mujer rubia que alguna vez se sentaba allí sin consumir nada—, hay cosas que le cuestan.

—Eso parece —dijo ella frustrada mientras volvía de recoger su mesa—. ¿En serio no lo conoces?

—De otras vidas —dijo la mujer encogiéndose de hombros.

—¡Sara! —La jefa salió de la cocina—. ¿Otra vez hablando sola?

Sara puso los ojos en blanco.

—Estoy ensayando para mi papel, soy algo más que una camarera —dijo enfurruñada.

—Pues ensaya en otro lugar, parece que estás loca.

La mujer se perdió por el interior de la cocina y Sara miró a aquella mujer que le devolvió la mirada divertida. Sara se llevó el dedo a los labios.

—Shhh.

Sanatorio

Martín, Evelin y Reyes estaban delante de la puerta de la nueva directora del lugar. Martín se prometió no volver allí, pero a veces uno falla a sus propias promesas.

—Gracias por venir —dijo la directora dándoles la bienvenida—. No sabía a quién acudir.

—Dígame en qué le podemos ayudar.

Mientras la mujer les explicaba lo que estaba pasando, Evelin se puso de pie y salió del despacho, segundos después fueron los demás.

—¡Evelin! ¡Evelin, para!

Dio la vuelta tras la orden de Martín y señaló una puerta. Todos se miraron y la directora del centro habló.

—Ese es Juan, lleva aquí cerca de un año. No habla, solo mira por la ventana.

—¿Por qué no habla? ¿Algún trauma? —sugirió Martin.

—No lo sabemos, se cortó la lengua.

Todos excepto Evelin tragaron saliva.

—No es él quien me preocupa, es ella.

—¿Quién?

La mujer empezó a caminar y todos la siguieron.

—Se llama Esther. La trajeron aquí después de asesinar rajándole la garganta a su compañera de piso. Ambas eran actrices, o al menos pretendían serlo. Nadie sabe qué pudo pasar entre ellas, pero un día…

—¿Y por qué no está en la cárcel? —apuntó Reyes confusa.

—Dice que la voz de ojos rojos se lo dijo.

Todos se miraron, en ese momento se pararon delante de una habitación alejada del resto, en una zona oscura que ni siquiera Martin reconocía.

—Ha matado a seis pacientes y aún no sabemos cómo, pero mueren si pasan tiempo con ella.

Reyes sonrió nerviosa.

—Eso es imposible, ¿cómo los va a matar sin hacerles nada?

—Todos mueren desangrados por los ojos, todos y cada uno de ellos. La tenemos recluida aquí, no sabemos qué hacer. Nadie quiere entrar, vienen las enfermeras en grupos de cinco y nunca la miran a los ojos. No sé qué más puedo hacer.

—¿Sabe alguien más algo de esto?

—El comisario, pero dice que son majaderías.

Evelin pasó la mano por la puerta y suspiró.

—¿Está atada? —dijo con un aliento de voz.

—Sí, por su propia seguridad. Intenta arrancarse los ojos.

—Abra la puerta, por favor.

—¡No! —exclamaron Reyes y Martín a la vez.

—Está atada, no se preocupen —suspiró la mujer y con mano temblorosa metió la llave en el portón de hierro—. Necesito que alguien más vea esto.

En ese momento un olor putrefacto salió de aquella estancia haciendo que todos se hicieran a un lado. Cuando quisieron darse cuenta Evelin estaba dentro de aquella habitación. La mujer llena de heridas se incorporó sonriendo, tenía los dientes podridos.

—¡Evelin, volvemos a vernos!

FIN

Agradecimientos

Gracias a ti, que has llegado hasta aquí, dándome la oportunidad de entrar en tu mente unas horas. Es un regalo.

A mi nieta Mía, la luz de mi vida.

A mis hijos Emilio y Míriam, por su apoyo y sus ideas, unas buenas y otras… en fin, el artista soy yo.

A mi mujer, M°Ángeles por ser y estar, y porque no decirlo, ser mi mayor crítica literaria.

A toda mi familia y amigos.

Y ti Evelyn, llevas mucho dentro de mi cabeza hasta que por fin he podido darte un cierre en tu historia.

Nos leemos pronto.

Felipe Ojeda.